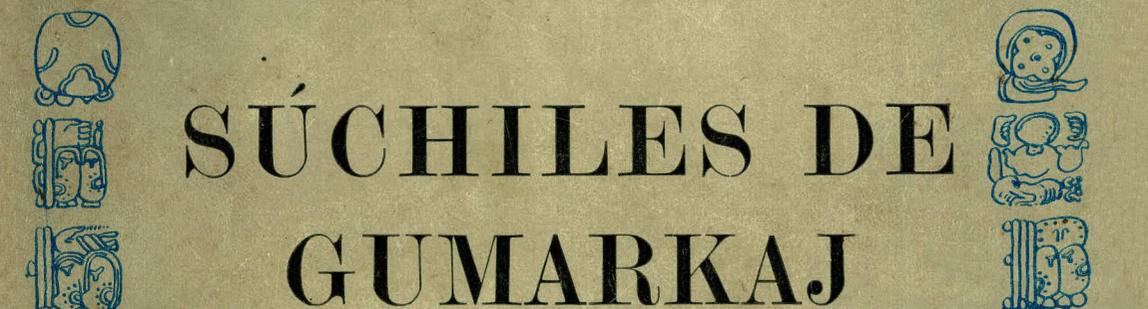
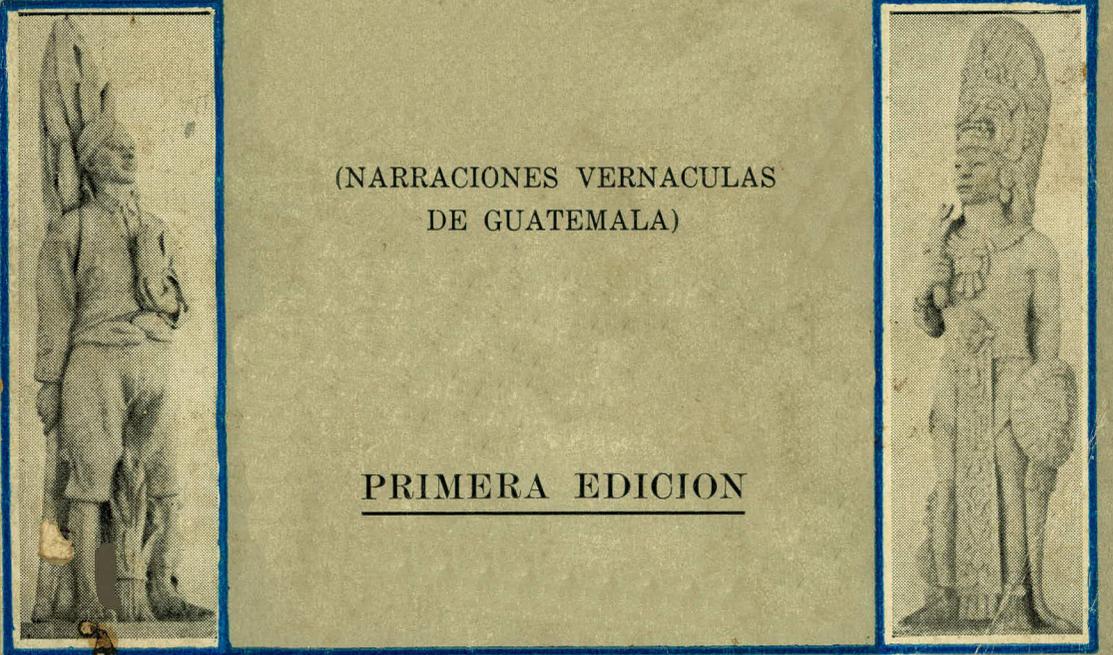




J. LUIS GARCIA A.



SÚCHILES DE GUMARCAJ



(NARRACIONES VERNACULAS
DE GUATEMALA)

PRIMERA EDICION



GUATEMALA, CENTRO AMERICA

1962

SÚCHILES DE GUMARKAJ

(NARRACIONES VERNACULAS DE GUATEMALA)

J. LUIS GARCIA A.

SÚCHILES DE GUMARKAJ

(Narraciones vernáculas de Guatemala)

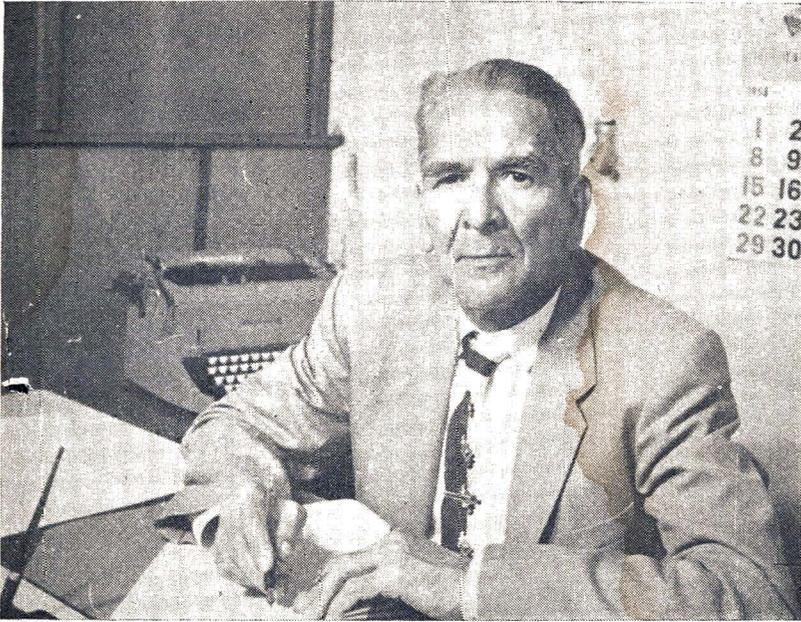
PRIMERA EDICION



Guatemala, C. A. — 1962

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Reservados todos los derechos conforme a la ley.
Prohibida la reproducción y la adaptación para
teatro, programas de radio o televisión, sin
previa autorización del autor.



J. LUIS GARCIA A.

SUS OBRAS:

"Esquipulas"

"Leyendas Indígenas de Guatemala"

"Corazón de Indio"

"Don Rufino"

"Súchiles de Gumarkaj"

DEDICATORIA

El autor tiene el honor de dedicar su obra, como un homenaje de admiración, al escritor y acucioso mayista



JULIO PRADO GARCIA SALAS

cuya palabra amable y cálido estímulo de su saber y predilección a los temas de leyendas indianas, dieron forma y perfección a la publicación de estas páginas.

OFRENDA

Un recuerdo al glorioso esplendor de los Mayas,
a los pueblos aguerridos de los Quichés,
los Cakchiqueles y los Zutuhiles;
a la invicta altivez de Su Majestad Tecún Umán.

Un canto a los indios
de mi tierra,
y a la belleza de mi amada
Guatemala.



PROEMIO



Signos para eternizar

EL PENSAMIENTO



EN la Era Genésica, nuestros antepasados mayas, cuando en el cielo de su entendimiento se había iluminado la aurora inicial de su obra creadora, porque sus labios ya eran dueños de la voz hecha palabra y el sol los hizo sabedores del infinito pasar del tiempo, para legar

a su pueblo la enseñanza eterna de su sabiduría esculpieron en la piedra los signos de sus primeras letras así:

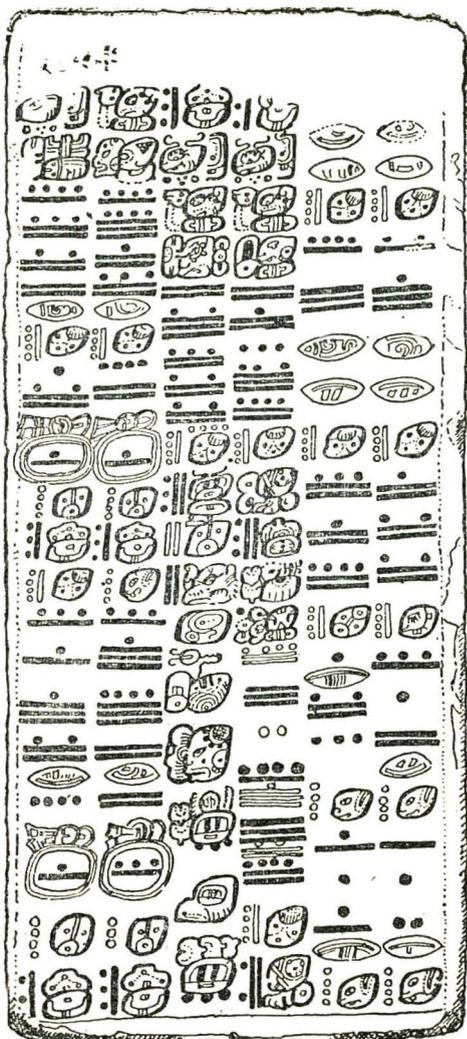


Y CUANDO ya estaba la palabra escrita en la piedra eterna, en ella grabaron también la imagen de sus inmortales. Así narraron su historia, sus hechos gloriosos, en estas estelas que ornaron las plazas de sus

poblaciones y los jardines de sus palacios, para que en ellas el pueblo leyera y recordara siempre las épicas hazañas de sus héroes y de sus varones iluminados.



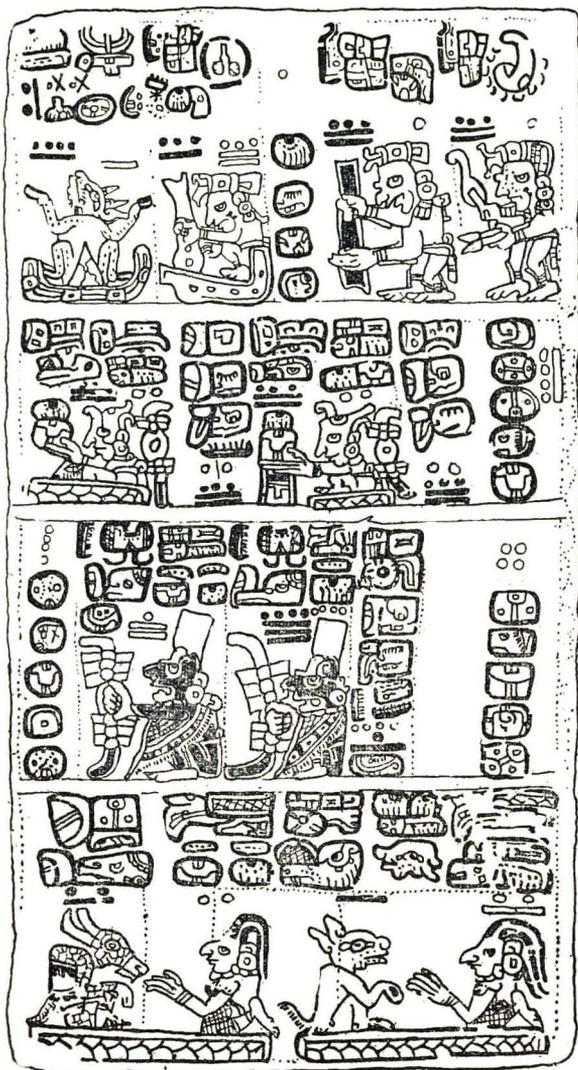
También, para enseñar en el aula rectora de sus Consejos el alma de su Ciencia, de su Arte y de su Historia, pidieron al árbol la corteza para hacer páginas que atesoraran los textos de libros luminosos y escribieron dichas páginas en esta forma:



Una página del Códice Maya que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid.

Palabras e ideas escritas con signos de seres y objetos; los puntos que hablan de hombres, de cosas, de días, de años, de siglos. Las rayas, los cincos o manos, que si negros hablaban de noches, tinieblas y triste ignorancia; si blancos, contando los tiempos de sol, y del claro saber. Si rojos, contando los días de guerras, de penas y angustias. Los signos de "nada" —los que hablan el tiempo de largo esperar...— el que alienta esperanzas de bienes y acciones con que goza el pueblo su vida feliz...; llenaron las páginas de estos bellos libros narradores de la historia del hombre inicial.

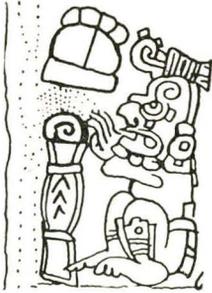
Y figuras parleras, emblemas de acciones creadoras, llenaron el marco de páginas como ésta, hablando de fieras que anidó la selva y venciera el hombre; para narrar las hazañas de bravos guerreros, la obra de hombres constructores, y la presencia de dulces princesas y reinas que desde el principio lucieron regios atavíos para dar realce a su belleza gentil.



Página LXX del Códice Maya que se conserva en la Biblioteca de Dresden, Alemania.

Semblanzas de caciques negros porque hicieron llanto, opresión y guerras, sembrando la muerte. Y la bella historia de los seres buenos que hicieron amistad fecunda con el armado humilde y el venado manso.

LOS MAYAS Y EL PASO DEL TIEMPO



COMO si sus sabios hubieran presentido que en el devenir del tiempo —en un día fatal— llegaría la tragedia de su raza y de su cultura luminosa, también escribieron con signos misteriosos el correr de millones de años en fabuloso transcurrir de millares de siglos, vistos pasar por los ojos de sus hombres de pensamiento cuya mente se iluminó con el fulgor y los esplendores de la sabiduría, en una hora cosmogónica tan temprana que, su data y su historia, es arcano que anonada a los hombres de ciencia del presente.

Y causa asombro hallar que en sus cifras para narrar el paso cotidiano del sol, su mente concibió desde el signo para hablar de un día, para referir la verificación de un hecho acaecido a una distancia de un siglo que ellos formaban con 400 años de 360 días, hasta para escribir la evocación de un suceso a una lejanía de 160,000 siglos.

Estos son los signos con que la sabiduría maya contó el paso de los días, de los meses, de los años y de los siglos, propios para hallar y extasiarse en las más asombrosas y gigantes cronologías en que se oculta el principio de la existencia admirable de los hombres germinados en este que ahora llamamos Nuevo Mundo:



El Kin = el día.



El Uinal = el mes = 20 días.



El Tun = 18 Uinales = el año = 360 días.



UAYEB

El Uayeb = período de 5 días con que completaban el año solar de 365 días.



El Katún = 20 Tunes = 20 años = 7,200 días.



El Baktún o siglo = 20 Katunes = 400 años = 144,000 días.



El Pictún = 20 Baktunes = 20 siglos = 8,000 años = 2.880,000 días.



El Calabatún = 20 Pictunes = 400 siglos = 160,000 años = 57.500,000 días.



El Kinchiltún = 20 Calabatunes = 8,000 siglos =
3.200,000 años, 1,152.000,000 días.



El Alautún = 20 Kinchiltunes = 160,000 siglos =
64.000,000 años, 23,040.000,000 días



AL VENIR LA CONQUISTA

Y traer los españoles a la América el Alfabeto, con la dulce musicalidad de sus dialectos y el admirable tesoro de sus recuerdos, los cultores de la Literatura Indiana escribieron su Historia de esta manera:

En lengua Quiché

Guaral ix chi ca tzibaj, ix chi ca tiquibá güi ojer tzij, uticaribal, u xenabal puch ronojel ix bán pa tinamit Quiché, r'amak quiché güinak.

Traducción

Aquí escribimos lo que ellos conservaron de la antigua tradición, en su principio y origen, de todo lo que hicieron en el pueblo quiché, en la lengua antigua de la gente quiché.

(Del Manuscrito de Chichicastenango.)

En lengua Cakchiquel

Guaé ixtinutzibaj jajal quit-
zij je nabey ka tata ka mama,
jeri xebozo güinak ojer mana-
jiok guaé juyó tagaj.

Traducción

Aquí voy a escribir unos
cuantos dichos de nuestros
primeros padres y anteceso-
res, los que engendraron a los
hombres de la antigüedad,
antes que las montañas y las
llanuras de aquí fueran habi-
tadas.

(Del Manuscrito Cakchiquel "Memorial de Tecpam
Atitlán", legado por don Francisco Arana Xajilá.)



Y ENTONCES, escribiendo de esta manera, su pensamiento eternizó leyendas tan bellas como esta, de la Princesa Ixquic:

Aré cut ta ix u tá jún Kapoj
u meal jún ajau; Cuchuma-
quic u bí u cajau, Ixquic cut u
bí ri kapoj. Ta ix u tá cut u
tzijoxic ri u guach ché, ta chi
tzijox chic rumal u cajau, ch'u
maijaj cut ta chi tzijoxic.

Makiná oj gu'ilá ri che ca bi-
xic? quitzij kuz u guach ca chá
ca nu taó ix chá cut.

Caté ix bec xá utuquel, ix
apón cut chuxé ché, tiquil chi
Pucbal Chaj tiquil güí; Jiyaá!
Nakipé u guach guaé ché?

Esto fue lo que oyó decir
una doncella hija de un señor.
Cuchumaquic era el nombre
de su padre. Ixquic era lla-
mada la doncella. Cuando
ella supo la noticia relativa a
los frutos del árbol, se la co-
municó a su padre, porque le
admiró la noticia.

—¿Por qué no vamos a ver
ese árbol de que se habla, que
ciertamente dicen ser sabrosos
sus frutos, según oí? —dijo
ella.

En seguida fue ella sola y
llegó bajo el árbol, que se ha-
llaba sembrado por donde es-

Makipá kuz chi guachín guaché? Ma qu'i cam taj, maqu'i zach taj lakitá ix ch'in chup junoc? ix chá curí kapoj.

Ta ix chá u cut ri bak có ulá xol ché: nakipá c'a raij chiré? ri xá bak ri colocoxinak chu kap tak ché, ix chá ri u jolom Junjún Ajup ta ix chagüic chiré ri kapoj.

Ma c'a raij?, ix u chaxic. Ca nu raij, ix chá cut ri kapoj. Utzbalá; ch'a likibá uloc ri a güí qui kap güí la ná, ix chá ri bak.—Güé, ix chá cu kapoj, ix u liquibá akan oc u güí qui kap chuguach bak.

Catecut chi pitz ca ban u chup bak ta ix petic takal cut pu kap kapoj: ta ix r'il cut u pa kap juzuk xu nicoj; ma cu jabí u chup bak pu kap.

Xá r'etal mi ix nu yá chagüé ri nu chup, nú caxaj. Aré ri nu jolom ma jabí ca chakón chi güí, xa bak, ma jabí chi u chac.

Xagüí quejé u jolom güé qui nim ajau; xá u tiojil utz güí u guach: aré cut ta chi ca-

taba el Pucbalchaj. —¡Ah!— exclamó— ¿qué fruto es ese que produce ese árbol? ¿Tiene algún sabor el fruto de ese árbol? ¿No podré coger uno? ¿Me pasará alguna cosa? —decía la doncella.

Entonces habló una de las calaveras que estaba entre las ramas del árbol: —¿Qué es lo que deseas? Solamente huesos están prendidos en las ramas del árbol —dijo una de las cabezas de uno de los Ajup, cuando habló a la doncella.

—¿Nos deseas? —le preguntaron.— Los deseo, contestó entonces la doncella. —Está bien: extiende el extremo de uno de tus brazos para ver la mano —dijeron las calaveras. —Bien —dijo la doncella y extendió los extremos de sus brazos delante de las calaveras.

Entonces las calaveras le dejaron caer saliva en las manos a la doncella, y en cuanto vio en las palmas de sus manos la saliva, ésta desapareció luego, como si no le hubiera caído saliva de las calaveras en las manos.

—Esta saliva que te hemos arrojado sólo es una señal de nuestros sufrimientos. Estas cabezas nuestras no tienen ya nada encima, solamente son huesos, de nada servirán ya.

Solamente han quedado las cabezas de cuando fuimos grandes señores; solamente

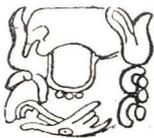
mic ch'u xibij chirij güinak
rumal u bakil.

Quejecut xá u cajol quejerí
u chup u caxaj u cojeic, güé u
cajol ajau, güe puch u cajol
naol, ajuchán, ix ma chi zach
güí chi bec, chi tzakatajic,
magüí chupel, ma pu maixel u
guach ajau, achij naol,aju-
chán xaxi chi canajic u mial, u
cajol ta ch'uxoc, quejé mi ix
nu ban chagüé.

cuando tenían carne éramos
de buena presencia. Por eso
cuando morimos asustamos a
la gente, a causa de que sólo
somos una osamenta.

De esa manera se trasmite
a los hijos el sufrimiento que
se posee, como la saliva, si
son hijos de señores, de sabios
y oradores; por eso no se
pierden cuando se van, man-
teniéndose identificados, por-
que son la saliva dejada por
los señores, hombres pensa-
dores y oradores; y sólo así
perduran los hijos de aquellos
antepasados, cuando llegan a
existir; esto mismo hemos he-
cho contigo.

(Del Popol Buj, por Diego Reynoso, versión de Villacorta y Rodas.)



ILUSTRES PENSADORES CONTEMPORANEOS HAN OPINADO QUE ...

“...las leyendas y tradiciones pueden ser fuente de una literatura eminentemente nuestra, que es necesario cultivar como producto de concepciones antiquísimas, que, junto con las creencias cosmográficas que conservan tanto el **Manuscrito de Chichicastenango** como el **Memorial de Tecpán-Atitlán**, forman el riquísimo venero, aún no suficientemente explorado en toda su belleza y genialidad por nuestros poetas y prosistas, que al inspirarse en ellas darían sin duda ocasión a magníficas obras literarias capaces de competir con las que de este género poseen los principales pueblos de la tierra.”

(Estudios sobre Lingüística guatemalteca por J. Antonio Villacorta C., exministro de Educación Pública de Guatemala.)

“Las leyendas populares expresan con frecuencia más profundamente que los hechos de la historia auténtica el alma de una nación.”

(Fernando Mourret.—*Historia General de la Iglesia*.—París.—Página 193, tomo III.)

- - -

“La vida de un país, a semejanza de la del hombre —dice Becker— parece como que se extiende con la memoria de las cosas que fueron, y a medida que es más viva y completa su imagen, resulta más perceptible esa existencia del espíritu. La historia, identificándonos con todos los tiempos, dilata el breve suspiro que en este mundo nos toca en suerte, y nos presenta la Patria como el ara santa en que debe arder el fuego de nuestro corazón.

“La historia de la humanidad es un capítulo de la de los seres vivientes, de tal modo que, en el desenvolvimiento universal, el pasado no puede juzgarse por las conquistas del presente, por las últimas transformaciones del progreso, sino a la luz de las ideas que la fórmula evolutiva ha venido esparciendo al través de los siglos.”

(Licenciado Antonio Batres Jáuregui.—*La América Central ante la Historia*.—Página 5.)

- - -

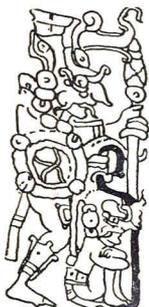
“Es sorprendente ese valor utilitario de los mitos y las leyendas.

“Con los temas primorosos que nos guardó Fuentes y Guzmán podemos crear parte de la literatura épica netamente guatemalense. Nos empeñamos en ser pueblo sin tradiciones, sin literatura épica. Y como no es posible dejar de satisfacer el hambre espiritual de nuestros niños, hemos de verlos enfrascados en literaturas exóticas.

“Tiempo es ya de comenzar sistemática y entusiastamente el cultivo de la fábula, el cuento, la leyenda, el mito guatemalense. De fomentar en nuestros jóvenes el sentimiento de respeto, de estimación y de cariño que debemos a nuestros ilustres antepasados por la línea autóctona.”

(Sinforoso Aguilar.—Prologando el tomo III de *Recordación Florida*, por Fuentes y Guzmán.)

Y AHORA . . . NOSOTROS . . .



Presentamos este haz de narraciones y leyendas de sabor indiano para traer al recuerdo de los hombres de nuestros días viejas historias que hablan del espíritu, del arte, de la sabiduría y grandeza de la raza maya-quiché, linaje admirable y esclarecido de nuestros antepasados en la base indígena. Lo nombramos "Súchiles de Gumarkaj" —que en la lengua nativa dice "Flores de Guatemala"— porque, para nosotros, evocar los fastos de los hombres que animaron la fundación y existencia de la arcaica Gumarkaj, es poner flores de pureza indiana en los altares de nuestro afecto y de nuestro orgullo de ser indios; y ser indios privilegiados con la gracia de ser "Indios de Guatemala".

Nuestra pasión de escribir temas indígenas, a más del placer que nos depara el laborar en la edificación de una literatura de neta esencia guatemalteca, alienta el plan de no mencionar conceptos, que nos parecen equivocados, del pensamiento de escritores extranjeros cuando se refieren al origen del Hombre Maya. Porque pensamos que sus errores resultan naturales al considerar que dichos autores son personas de ancestro, pensamiento, sentir y cultura distintos —tal vez opuestos— a los de los mayas. Y al leer con intuición —la ciencia profunda con que capta e interpreta el espíritu— en los vestigios de su arte y cultura inefables, no piensan como mayas, sino como europeos que no es igual.

No formamos estas páginas con pretensión de escribir los frutos de investigación alguna. Nuestro propósito ha sido, sencillamente, desarrollar temas indianos y escribirlos con pensamiento y alma indios, no deduciendo en teorías de concepción humana, sino sencillos —apenas lógicos— oyendo los palpitaes, profundamente internos, del ancestro, que hablan verdad y pureza, porque vibran con ritmos divinos que conducen a la contemplación perfecta de la obra creadora que en todos los rumbos de la tierra puso vida y seres animados.

Por escribir con mentalidad indiana, ignoramos las ideas ajenas a la verdad maya; tal la tesis sobre el Estrecho de Behring; el presumir asomos o influencia asiática o de otra naturaleza en la escritura y en las expresiones del Arte Maya; creer que

sus hombres no entendieron las dimensiones del tiempo; pretender que los mayas sólo tuvieron el sistema de contar por unidades; y afirmar que sus vestigios artísticos y leyendas grabados en el granito tengan cercana distancia secular.

Creemos conveniente dar al lector nuestras razones del porqué de nuestra incredulidad a tales ideas.

LA TESIS DEL ESTRECHO DE BEHRING

Con un sentido de superioridad que busca subestimar al hombre nacido en otro lugar distinto al suyo, los de la ciencia humana, han asentado como verdad única que la presencia del Hombre en América, sólo es concebible mediante el paso de hombres del Viejo Mundo a estas tierras, por el Estrecho de Behring.

Nosotros, hombres sencillos en el pensar, estamos seguros de que el Divino Creador, con el mismo poder y la misma sabiduría con que formó hombres de diversas razas y colores en el Viejo Mundo, también en América creó al Hombre hijo de estas tierras de embrujante belleza, con todos los atributos del ser privilegiado, dueño de los tesoros de la inteligencia. ¿Por qué? Porque a nuestra mente ingenua sólo ha bastado conocer esta sencilla grandeza:

Al ser descubierto el Nuevo Mundo —tan antiguo en su existencia y población como el de sus descubridores— en él fueron hallados gigantescos volcanes, lagos bellísimos, ríos caudalosos, montañas lujuriantes y llanuras donde brotaron y moran una fauna y una flora cuyos ejemplares fueron asombro de Europa al conocerse allá, llevados por los peninsulares que llegaron a América después de su descubrimiento y conquista.

Y pensamos: todos esos elementos del imponente escenario donde moraban los hombres que fueron llamados "Indios de América" ¿por ventura pasarían, también, por el Estrecho de Behring?

El hombre de Europa pretende ignorar que ese Poder Supremo que en América hizo volcanes, lagos, ríos, selvas y llanuras; que dio presencia a árboles y flores bellísimas, y vida a miles de especies de animales, también pudo hacer y dar vida a un ser más, que es el Hombre de América, surgido en el crisol prodigioso de sus montañas feraces.

¡Oh, la Ciencia del Hombre, que se detiene, vacila y confunde, cuando tiene que pensar —y tendrá que aceptar— que el Divino Creador pudo hacer e hizo un Hombre original de América! ¿Por qué ese alarde egoísta de buscar el origen del maya, de su arte y su cultura, como resultado de un acto migratorio de las razas asiáticas y africanas?

EL ARTE MAYA, TAN ENIGMATICO Y BELLO COMO EL EGIPCIO

El arcano que ante el pensamiento de los hombres contemporáneos ponen los monumentos del Arte Maya, habla la delicada sensibilidad de un pueblo que se rindió entero y sublime al culto de la Belleza. El Arte Maya, original y perfecto, nada tiene que envidiar a las culturas de los pueblos del Viejo Mundo, cuyas concepciones artísticas extasían al Universo. Y por ello, este Arte es la expresión cumbre de un pueblo de superior cultura —como el Egipto y como el Griego— cuya grandeza de alma y pensamiento continúan desafiando al entendimiento de los hombres que ante ella harán desfilar los siglos.

LOS MAYAS, HOMBRES DE EXISTENCIA E HISTORIA MAS ANTIGUOS DEL MUNDO

Vamos a considerar que entre el tiempo de existencia de los primeros hombres, el transcurrido durante la asombrosa concepción de las palabras para formar todo un lenguaje, y el que pasaron hablando en vida sedentaria hasta que sintieron la necesidad de escribir lo que pensaban, pasó buen número de siglos. ¿Cuántos siglos registran los primeros sucesos que narran los europeos por medio de la escritura? ¿65 siglos? ¿130 siglos? Los siglos europeos son de cien años.

Los mayas, para narrar acontecimientos lejanos, concibieron y grabaron en sus estelas y monolitos signos como el llamado "Kin-chiltún" con que midieron el paso de 3.200,000 años, o sean 8,000 siglos de 400 años cada siglo; y el llamado "Alautún" con que marcaron el paso de 64.000,000 de años, o sean 160,000 siglos de 400 años. ¿Tienen las historias y las culturas de otros pueblos relatos de hechos con referencias de tiempo que midan esas distancias en millones de años?

LOS MAYAS, MATEMATICOS DE LOS SISTEMAS “QUINTESIMAL” Y “VIGESIMAL”

Que los mayas contaron y cuentan de cinco en cinco, para cifras menores; y de veinte por veinte, para las mayores, es cosa que en el año 1660 lo comprobó Fray Diego de Landa, y así lo dejó escrito en su libro justamente famoso. Pero si aún se dudase de esto, fácilmente puede comprobarse el empleo de tales sistemas todavía en la actualidad, en cualquier mercado o con cualquier indio, pues que sus descendientes —igual que sus mayores lo hicieron en sus antiguos “Tianguis”— venden y compran las cosas por “manos”, es decir, en porciones de cinco, para lo menor, y en “Zontes” de 400 —20 por 20— para lo mayor.



Si el desarrollo de nuestros temas reviviendo tiempos idos, cuando hace millares de siglos concibieron el nombre y las cifras para medir y contar el tiempo; cuando nació en ellos la inspiración de eternizar en la piedra las expresiones de su pensamiento y su arte con altivo gesto de reto a las centurias y a los hombres del futuro; cuando las cumbres y las llanuras se estremecían al choque de las armas de sus guerreros; y cuando el amor y la ternura hicieron arder el idilio de intensos afectos en varones y princesas de belleza deslumbrante y gentil; si todos estos temas condujeran a una evocación que se acerca a la verdad de su época y a la verdad del pensamiento de nuestros antepasados indianos, tal acierto nos dará la satisfacción de haber podido hacer literatura con alma y sabor indios, literatura que la entendemos legítima de Guatemala.

Al darle forma a este ramo de “Súchiles de Gumarkaj” hemos querido relatar hechos que corresponden a las dos etapas distintas en que se divide la historia de los indios de Guatemala.

La era constructora y feliz del tiempo de su autonomía absoluta, cuando fueron formados sus pueblos y creada su grandeza; y la era trágica de su conquista, con las armas españolas que anularon su poderío guerrero, y con la conversión religiosa que de-

rrotó a sus dioses, desde cuyo suceso el indio se refugia en el silencio de una existencia de embriagueces, en recorrido progresivo hacia la ignorancia de los esplendores de su ayer, apenas iluminado por su fe en los santos y en los brujos, consolándose en un eterno diálogo con el río, los llanos y la montaña.



No tenemos ninguna duda sobre la aceptación que cada uno de sus capítulos obtenga en el público. En diversas oportunidades, y con ocasión de celebrarse interesantes Juegos Florales en distintos departamentos de la República, uno por uno, fueron presentados sus temas para competir con los participantes en dichos eventos del pensamiento. En su mayoría conquistaron el primer premio de Medalla de Oro en su caso. Así pues, han sido analizados por numerosos Jurados; y por el veredicto que de éstos merecieron, triunfaron; tal vez no por artificiosas formas de expresión, sino por la sencillez de su estilo, pero, especialmente, por la naturaleza de su asunto, único que nos ha interesado siempre, para escribir.

Ojalá, en conjunto, el público lector les dé su aprobación y el premio magnífico de una cariñosa acogida como obra que aliena expresiones del espíritu de la raza indiana, base de nuestra formación étnica actual, y que ojalá también, algún día, su alta cultura pueda ser base de la nuestra cuando, al ser develados los grandes secretos que ahora ocultan sus vestigios, haga nuestro esplendoroso amanecer.

Guatemala, año 1962.



En la composición de este marco figuran El Monstruo Verde, que se encuentra en las páginas IV y V; los signos de los días y cuatro dioses de las páginas VI y VIII del Códice Maya conservado en la Biblioteca de Dresden, Alemania.



*

AQUESTE calendario o pronóstico dicen en él que lo compusieron doce viejos en once noches en el monte. Todo él está lleno de supersticiones y por él se gobiernan hasta hoy en muchos pueblos; pero esto muy a escondidas. Luego que el día nace van a ver al Maestro que entiende de esto y ve el día en que nace y qué le pronostica, y si es malo dicen ellos que haga esto o aquello o que le saquen sangre de tal parte del cuerpo con que se corregirá aquella malignidad de aquel signo; y así es menester velar mucho sobre esto, aunque a la verdad todo ello no tiene fundamento, sino que como son tan tímidos, temen a Dios, porque saben que los puede castigar y temen al Diablo porque saben que hace mal, aunque no acaban de entender que éste no puede más que lo que Dios le permite.

(Libro 1º, capítulo 10: "República de los Indios Occidentales"—Por Fray Jerónimo Román.)

* El hombre que hallaba el uso de las cosas, era hombre camino al trono. Los sabios —los brujos— hallaron su trono en su propia sabiduría. (Página LXXXV del Códice llamado Tro-cortesiano, que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid.)

I

CLARIDAD

HACE MUCHISIMOS SIGLOS



*

LO QUE entonces era, tenía su nombre nacido en nosotros. El nacimiento de los nombres del tiempo fue un suceso tan lejano, que si otros hechos se dicen viejos porque apenas tienen memorias, éste lo fue más, por ser aquel en que se concibieron los signos y los nombres con que, desde entonces, empezóse a contar el paso, el significado y la influencia de los días.

En la tribu de los hombres nuestros, cuyos ojos se dilataban en perplejidad por los dones de la naturaleza y los misterios con que brota y vuelve a ocultarse la vida, surgieron doce varones con mente iluminada, quienes a cada paso encontraban la razón de ser de las cosas.

Eran grandes por haber crecido en el tiempo y el saber.

Por eso los pequeños, los que nunca crecen en el poder de la materia ni en el poder de la mente, los hicieron sus guías para no caer en la senda de tinieblas que a sus pasos inciertos ofrecía la ignorancia.

Así se formaron los guías de los hombres en cuya mente aún no había brillado la luz de su nuevo día.

* Signo numeral de tiempo llamado "Alautún", que habla el paso de 20 Kinchiltunes, igual a 160,000 siglos de 400 años cada siglo, y 360 días cada año; o sean 23,040.000.000 de días (equivalente al Alautún que aparece en la página 16, que cuenta el mismo tiempo.)

LOS DOCE BRUJOS



ESTOS doce iluminados eran los primeros sabios de la tribu; por eso les fue puesta la más enaltecedora palabra que brotara de los labios: Los Ajitz. Los llamados a ver el bien y el mal, ¡arcas preciosas de la sabiduría! ¡Vasos clarísimos y fulgentes para recibir la luz!

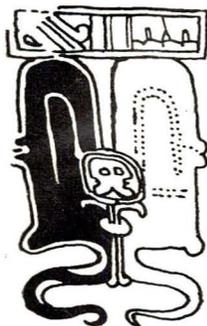
Estos doce varones habían abierto sus ojos viendo aparecer en el oriente con esplendores y magnificencias de un dios, y ocultarse majestuosamente al otro lado de la tierra, al radiante señor de los crepúsculos. Sintiéndose elegidos para ser recipientes de su luz esplendorosa, que debía iluminarlos y acercarlos a él, sus ojos se extasiaron en la dádiva cotidiana de sus fuegos y en la esperanza que dejaba su partida, mientras venían las tinieblas a tender su manto y a apagar su propia luz cerrando sus pupilas en la inconsciencia del sueño con que se espera el día.

Deslumbrados por ese eterno transitar del sol —duda de si fuera el mismo o si fueran tantos como días vieron sus ojos—, las nubes fueron disipadas y la claridad entró plena a su entendimiento ¡era el dios inmutable que encendía la vida y se enseñoreaba en ella; era el eterno triunfador contra las tinieblas y el misterio; era el padre de las cosas creadas dándoles su calor, y a los hombres dándoles su luz!

Dueños de ese tesoro, los ojos brujos, las mentes iluminadas, se rebelaron contra las tinieblas del sueño para penetrar en el misterio de la noche y saber lo que en ella acaecía. La inquietud curiosa dilató la vigilia sobre el oscuro y silencioso firmamento y entonces descubrió que también, con suavidad de lirio, periódicamente transitaba otro astro que amorosamente venía a espiar el apacible dormir de los hijos de la tierra. . .

* La luz de la palabra y del saber comenzó a borrar en los hombres las tinieblas de la ignorancia. La acción de esa luz se escribió volviéndolos blancos por partes. (Página XVI del Códice Maya, en Dresden.)

LAS DOS VIDAS



*

LA PUPILA escrutadora del brujo no vio solamente el inquieto titilar de las estrellas y el parco transitar de la luna; ¡había en el seno de la noche la imagen de otra tiniebla eterna! ¡El día y la vida estaban entre dos noches: la que precede, noche de ignorancia, de frialdad y de tiniebla con ansiedad de amanecer y de sol; y la noche de término, ocaso de la luz, para dar lugar a que se rediman otras tinieblas recibiendo otras luces de nuevos días que han de llegar!

El brujo presintió en las tibiezas de la noche el engendro de la vida —¡misteriosa como la noche en que es formada!— para luego mostrarse sonriente cuando viniera el sol. ¡Caricia de luz y calor, esplendor y magnificencia de lo creado. Potencia alentadora y nutriente de seres y plantas; para que con ellos, otra vez, amase y engendre otros seres la vida silenciosa e impenetrable del misterio!

El brujo, en el sol, había intuido la existencia pujante de la vida...

Pero también, en su éxtasis, los ojos atónitos del sabio supieron la narración de la luna.

¡Ella es la esencia de la vida! ¡Ella es la madre!

Germina en el misterio, crece lentamente, se llena de luz en la plenitud, ¡y otra vez decrece en busca de un dilatado ocaso, lento como la vejez...!

Mas si ella es la esencia creadora, soplo y gesta de la existencia, porque sabe del proceso grávido, el Sol es su Señor; es su dios ¡es la vida de la vida! El que alienta, el que muestra y baña con sus fulgores la belleza de lo engendrado.

¡La noche es el engendro; el día es el nacimiento!

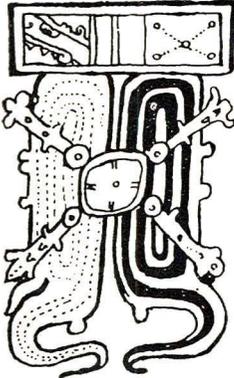
¡El día es el esplendor; y la noche otra vez regresa con la muerte!

Así fueron descubiertas por aquellos doce brujos de la tribu nuestra, las dos vidas que eternamente rigen la existencia de los seres y las cosas...

* La imagen del tiempo según los mayas: Tinieblas en su mitad correspondiente a la noche; y blancura de luz en la del día. Cada lado con un pie para caminar. En medio de los dos, el signo germinador de la vida. (Página LVII del Códice Maya, en Dresden.)

¡Infancia y decrepitud! . . . ¡Amanecer y ocaso!
¡Luz y tinieblas!
¡Claridad y misterio!

LOS NOMBRES DEL SOL Y LA LUNA



*

LA CLARIDAD de los Brujos se extasió en la claridad misma con que resplandece el gran manifestador de lo engendrado. Y pusieron al sol el nombre de la claridad máxima: El Kin. ¡El dios!

Y hecho su nombre, buscaron el nombre del día; mas el día no era cosa material ni terrena ¡era la presencia del sol, el dios mismo que viene a nosotros cada día! ¡Es la claridad hecha día y hecha vida! Y por ello pusieron el nombre del sol al día, porque es, realmente, un sol.

Desde entonces, en nuestro dialecto quiché, el día también se llamó "Kin" ("Sol"), pues era —ha sido y será siempre— su tea lo que alumbró nuestra vida.

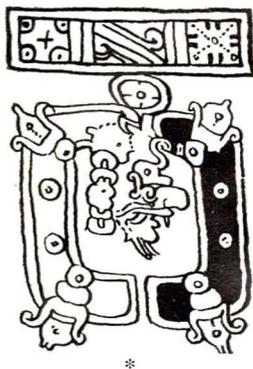
En la noche, la luna tuvo por nombre "Ic" — "chile" — ardor que despierta lo inerte, fuerza de la vida que penetra en la materia. Porque la luna en el misterio toma la materia muerta y con ella multiplica la vida en otros seres —crisálidas que mañana serán alas, savia nutriendo raíces que serán grama, árbol o flor—, Sus ojos habían hallado en el corazón de la tiniebla, que es ruta de la materia volverse pasto, abono fértil, que alimenta otras materias en rotación eterna; y del espíritu volverse alas y volverse luz desleída en colores, ¡auras de la tierra para cantarle al sol!

Tal lo que su claridad arrancó del reino de las tinieblas.

Y para que a su pueblo fueran enseñanza eterna, aquellos varones sabios legaron en los nombres de los astros máximos, la leyenda de los dioses creadores de la existencia mantenida en las rutas misteriosas de las dos vidas.

* El tiempo y el trino creador: En el día, la lluvia fecundante que baña la tierra y la hace feraz; en la noche, la descarga de la tempestad que rasga las tinieblas con el rayo, fuego supremo del cosmos; y, abarcando el día y la noche, el signo del sol proyectando cuatro columnas —los cuatro bacabs— que señalan los rumbos de los vientos alentadores de la vida. (Página LII, Códice Maya, en Dresden.)

EL TIEMPO Y EL HOMBRE



AQUELLOS ojos escrutadores —arma del sabio, ¡ojos de brujo!—, habían visto que con rigurosa disciplina cada día nacían vidas distintas en su materia, y distintas en su espíritu. La mirada fija, penetrante, cierta vez sorprendió en la mente la idea de que cada día era como un dedo de las manos creadoras del tiempo.

Entonces pensaron en él con la imagen de un hombre.

Imagen de hombre por sus pies y sus manos.

Con veinte días que eran como los veinte dedos que en el hombre son clave de la acción creadora, concibieron y formaron el “Uinal”. Y por ello, cuando después fueron haciendo nuestro dialecto quiché, a la palabra “Uinal” le dieron tres significados: “Hombre”, “mes” y “veinte”.

Para nombrar al ser de acción creadora: Hombre.

Para medir el paso del tiempo: Mes.

Y como número, para contar las cosas, las acciones de los hombres y el paso de los soles y las lunas en su caminar eterno: Veinte.

¡Cada día —cada dedo de este dios ideal—, con distinto objeto, con distinto destino!

La mente del hombre acercaba su imagen a la divinidad del tiempo para identificarse en ella como el ser creador que domina y triunfa sobre los seres de la tierra.

* Entre la noche y el día, que ya tienen astros y flores —plantas de la selva— donde se anidan los vientos, bajo el signo del sol, el rostro del hombre habla la presencia de éste, que, por la acción de los rayos solares, cuando había hecho la vida animal, engendró el vientre de la tierra. (Página LVI, Códice Maya, en Dresden.)

LA MISION DE LOS DEDOS



•

LOS SABIOS de la tribu, para pensar en el "Uinal" del tiempo con sus veinte días, antes penetraron en el misterio de la misión de los dedos del hombre.

Diez dedos que en las manos construyen y destruyen, dadores del bien y del mal. Y diez dedos que en los pies no son iguales en la forma, mas sí en su destino; porque es su misión impulsar los pasos del hombre y estar pegados a la tierra, nutriéndose en su savia y recibiendo de ella ese gran regalo con

que le entregan los llanos y las cumbres para que se enseñoree en ellos. Los recorra tendiendo caminos y siguiendo, en perpetuo caminar, las huellas del transitar del Sol.

¡En los pies diez dedos con un mismo destino! ¡Destino masivo, de vehículos, para que por ellos vayan a todas partes los dedos privilegiados de las manos; los que siembran y cosechan, los que edifican y los que demuelen, los que acarician y los que hieren...!

EL DESTINO DE LOS HOMBRES



**

¡CÓMO extasiáronse aquellos sabios en el símil misterioso, cuando encontraron que los dedos tienen un destino idéntico al de los hombres! Pocos hacen el bien; más los que hacen mal; muchos los que son vehículos y víctimas de los que hacen mal; y muchos más, sumando inofensivos y malos, los que necesi-

tan ser conducidos y redimidos por los que hacen el bien.

* Con una mujer anciana —por lo que vio en el tiempo vivido— representaron la experiencia. Cuando ésta era poseída, las manos creadoras iniciaron el cultivo de las plantas que les daban sustento. (Página LXXII, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

** Tiñeron con negro la imagen del hombre con destino del mal; y portando sus manos armas que hieren; para decir su ignorancia lo presentaron sin ojos. En cambio, la bondad y la sabiduría, la encarnaron en una mujer con diáfana mirada y las manos prestas a la acción creadora. (Página LXXXIX, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

¡Habían notado que los días del tiempo y los dedos del hombre —¡los hombres mismos en su esencia, y las imágenes de hombre en cada veinte días!—, si no son iguales, sí enlazan su naturaleza!

La tea de su sabiduría les mostraba los senderos paralelos: cada día trae su signo, llamado "Destino". Al nacer en él, este día transmite su destino y lo hace regir en la vida del hombre, convertido en "Instinto". ¡El destino es signo del sol que rige sobre toda vida y sobre toda cosa creada, desde los astros que iluminan la tierra, los hombres que reinan en ella, las fieras que animan en la selva, hasta las plantas que nutren toda vida!

II

HOROSCOPO

LA MONTAÑA, CRISOL INSPIRADOR



*

UN DIA, cuando tales cosas atesoraba su sabiduría, aquellos doce brujos emprendieron camino hacia el corazón de la montaña. Sus pasos iban a la cumbre gigantesca de la tierra y a la cumbre luminosa de su experiencia; donde está y se posa el alma de los dioses

inspiradores, para invocarlos y trazar bajo su égida la tabla de "destinos" —las "suertes"— que había de regir la vida de los hombres de nuestra tribu, según fuera el día en que arribaran a la tierra en su nacimiento material.

Después de once noches de velar e implorar, ¡once noches de comunión con la inspiración! —¡inspiración en las horas recias

* Cuando la luz ya era en ellos, escribir su destino fue su primera creación. Y cuatro brujos, cuatro sabios de nuestra gente, fueron los cuatro primeros escritores mayas que eternizaron lo que concibió su pensamiento. (Página LXXXI, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

y misteriosas del engendro!—, a manera que las iban alumbrando los doce días portadores de luz reveladora, de sus mentes fueron surgiendo los nombres y los signos de los días del “Uinal” mes.

Lo encontrado en el misterio de cada día: la virtud y la pasión de los primeros hombres luminosos en la tierra; la honestidad y la paz del que se abriga bajo el alero para criar y conducir la familia; la planta que nutre y da vida; la bondad del cielo hecha lluvia; los odios y la muerte; y los símbolos del perpetuo caminar, según la varia actitud que anima en la fiera, por sus instintos; todos fueron tomados en la representación exacta del alma del “Uinal” hombre y su destino para que tuviera su nombre propio cada Kin, cada día de los veinte con que formaron el “Uinal” mes. ¡Todos en la eterna ruta paralela del bien y del mal, porque hasta en los condenados al destino de caminantes, unos llevan los caminos del bien, y otros llevan los caminos del mal! . . .

LOS NOMBRES DE LOS DIAS



*

CON ELLOS, uno para cada Kin, los nombres de los destinos para pronosticar la vida y para contar el tiempo por “veintes”, los doce sabios hicieron los signos de los Kines y les dieron el destino de cada uno para los hombres que en ellos nacían, en esta forma:

- 1 “Kin”: . . . “Imox”, significa “envidia del nieto”, baja pasión de Humbatz y Hunchoven contra Hunhapú e Xbalanqué; dicen que desde entonces un dedo hurga sobre la piel cuando disimula la envidia que arde en el corazón.



- 2 “Kin”: “Ic”, signo de la Luna y del Chile, nagual venturoso de las mujeres; deseo ardiente en el vaso de la caricia suprema; fogoso, para el hombre.



- 3 “Kin”: . . “Akbal”, signo de la Casa, fuerza central del hombre de bien, formador de pueblos.



* Signo del sol: El Kin. Habla del paso de un día.

- 4 "Kin": "Kat", signo de la red de maíz, símbolo de abundancia, nagual del sembrador.



- 5 "Kin": "Can", signo del color amarillo, símbolo fatal del veneno amarillo del cantí, que muerde oculto; designio del calumniador del revoltoso.



- 6 "Kin": .. "Camey", signo "Del que toma con el diente", símbolo devorador, incisivo, hombre que mata con la palabra hiriente.



- 7 "Kin": ... "Quiej", signo del Venado, animal bueno, ágil, fuerte y veloz en su acción.



- 8 "Kin": ... "Canel", signo del "Cuyo" (conejo silvestre), símbolo de la multiplicación, de la fecundidad.



- 9 "Kin": "Toj", "Paja" con dos significados: nombre de un dios bienhechor, y signo del aguacero, regalía fecundante del cielo. Bondad.



- 10 "Kin": "Tzi", signo del Coyote (perro), aullido en la noche, augurio de llanto y angustia.



- 11 "Kin": "Batz", signo del hombre que se volvió mico, y se cubrió de barbas y pelaje; nagual de los telares y de los que hacen hilados.



- 12 "Kin": "Ci", signo del diente, ¡diente del tiempo!
símbolo del dolor, la enfermedad o la muerte.



- 13 "Kin": "Ah", signo del maíz tierno, del elote sin granos, y de la caña; ternura y timidez; ausencia del corazón fuerte.



- 14 "Kin": . . . "Balam", signo del Tigre; símbolo del andar felino y la acción cautelosa, la torva inspiración del acecho . . .



- 15 "Kin": . . . "Tziquín", signo del pájaro; de la alegría y del amor; imagen del nido del ave que trae gozos.



- 16 "Kin": . . . "Ajmac", signo del Buho —tecolote y lechuza—; ojos que en la tiniebla ven la presencia de los dioses malos y da avisos de muerte. Mensajero de la noche. Los que nacían en su día tenían designio de brujo.



- 17 "Kin": "Noj", signo del Temple; símbolo de la firmeza en la ruta, del acierto en la vida.



- 18 "Kin": . . . "Tihax", significa "Muerte rasgando", "Cuchillo de pedernal", símbolo del guerrero y del cazador; designio sanguinario.



- 19 "Kin": . . . "Caoc", signo de la lluvia; símbolo de la generosidad y de la abundancia.

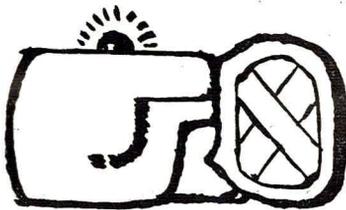


20 "Kin": "Hunhapú", signo del dios que bajó a Xibalbay y venció a los que reinaban en él; símbolo magnífico, augurador de triunfos y de altas dignidades para el que naciera en su día.



Terminados estos veinte Kines estaba hecho el Uinal—mes—y para hablar de otro volvía a contarse y a pronosticarse por el primer Kin y los demás, sucesivamente.

HOROSCOPO DE LA TRIBU



YA TENIA su nombre cada "Kin", para que su antorcha alumbrara y marcará con su signo la vida de los hombres; ¡para que guiaran su senda en el día de su existencia!

* Diez signos de obra creadora en el bien y el mal; y diez signos fatales, para los que no vienen a la tierra a construir ni a demoler, sino simplemente a caminar... ¡Hombres de la masa que deben ser guiados! ¡Destino de los que caminan siguiendo el deseo de los que hacen y deshacen... hombres con signos de dedos de pies... ¡los signos de las fieras que vagan entre las breñas y los laberintos de la selva, como los otros ambulan entre las tinieblas del corazón y de la mente, en la ignorancia!

Pero ahora, hechos los nombres y los signos de los días, los brujos de la tribu ya sabían orientar y controlar la vida de sus hombres, que bajo naguales conocidos vinieran a afirmar con su nacimiento el crecer del pueblo.

¡Ya sabían cuáles los días buenos y los días malos, y cuáles los medios para conjurar su influencia fatal!

Era, su ideal y la misión de su sabiduría, hacer el pueblo bueno, el pueblo rico, el pueblo de paz, el pueblo eterno... En su grandeza, ¡esplendoroso como el sol que lo inspirara!

* Letra compuesta, del sistema ideográfico con que escribieron sus libros los mayas. Este signo habla de luz y de vientos.

III

LA VIDA LARGA

EL RITMO OSCILADOR DEL SOL



*

AQUELLOS sabios que fueron a la montaña para beber en los arroyos de su inspiración purísima, no sólo arrancaron del instante germinador los designios de la vida. También, desde la cumbre contemplaron la futura marcha triunfal de su pueblo si sus hombres y los "Uinales" formados con "veintes" del sol, ponían su marcha bajo la dirección de un ritmo oscilador que habían descubierto en su movimiento.

Este dilatado ritmo abarcaba 18 "veintes" —18 Uinales— dentro de una variedad de etapas que al repetirse volvían a iniciarse con exactitud, después de cinco días de descanso. A estos cinco días, salidos del marco de los "Uinales", los llamaron "Uayeb" y también les dijeron "cerrados" porque no tenían nagual en sus tablas cuidadosamente observadas y notaron que los hombres nacidos en ellos venían con un destino incierto. Tal vez más fatales o más privilegiados, porque sólo venían cada 360 días y eran los que completaban la jornada larga del dios fulgente.

La majestad de este movimiento solar hizo nacer en la mente de los brujos la concepción del "Aj", el "Señor" que rige a 18 hombres; símbolo de la familia, de la tribu, del pueblo.

Así resolvieron acatar el movimiento del "Señor de la obra grande", el "Aj" de los 18 "Uinales" —el año— en los que daba todas las bendiciones que su poder alentador prodiga a la tierra. Los mayas llamaron "Tun" al año, los quichés lo llamaron "Aj".

Los días de la cumbre inspiraron los nombres de los "Uinales", dándoles signos y destinos que al pueblo condujeran al bien y a lo eterno, para que el tiempo les otorgara siglos de grandeza.

En ellos marcaron las rutas de una vida ordenada, edificadora y pacífica: los tiempos de la plegaria hecha frase en los labios y hecha amor en la materia; de la siembra, del recogimiento,

* Usando un año de 18 Uinales, que sumaban 360 días, los mayas-quichés crearon este signo llamado Uayeb que representa los cinco días complementarios para hacer el año solar de 365 días.

de cantar con las aves, de recibir la lluvia, y los días de las flores rojas, imágenes del sol nacidas en el árbol, hablando del fuego de la nueva vida, encendiendo la fe alentadora para la nueva etapa que comienza...

¡Los 18 Uinales de la ruta sagrada, enmarcaba la vida de los hombres y de la tribu bajo la dirección del sol! ¡Era la jornada santa, guiada por el dios de la vida!

¡La vida eterna, porque éste es ritmo sin ocasos!

LOS NOMBRES DE LOS UINALES



*

Y ASI nacieron en sus mentes, para regir los siglos de vida de su pueblo, los nombres de los 18 Uinales, marcados por los pasos del sol en su ritmo de gigantesca oscilación:

- 1 Uinal: ... "Nabe Tzih", Primera Palabra. (Primera plegaria a los dioses implorando bienes, y primera petición a la vida poniendo su semilla fecunda en el vientre germinador.)



- 2 Uinal: .. "U Cab Tzih", Segunda Palabra. (Segunda plegaria implorando bendición, y segunda petición de vidas con la caricia suprema.)



- 3 Uinal: ... "Rox Tzih", Tercera Palabra, porque estando hecha la siembra ha venido la lluvia y asoman los retoños en los árboles; la petición a la vida ha respondido con la gravidez. Ya asoma la presencia de otra vida.



* Signo del año, del Tún de 18 Uinales, igual a 360 días.

4 Uinal: "Che", Arbol. Tiempo de descombro en las breñas para hacer la leña y limpiar la tierra.



5 Uinal: .. "Tecocepual", Tiempo de Siembra.



6 Uinal: ... "Tzibe Pop", Petate Pintado. Tiempo de fiestas y descanso, mientras crecen las siembras.



7 Uinal: "Zak", Blanco. (Los Cakchiqueles nombraron a este Uinal "Rucab Tumuzuz", cuando sale el segundo zompopo volador.)



8 Uinal: "Huno Bix Gih", Primer Canto del Sol. (Se refiere al primer tiempo o día que brilla el sol, después de los temporales y días nublados del invierno.)



9 Uinal: .. "Nabe Mam", Primer Hombre Viejo. (Celebración a los abuelos que sobreviven en la tribu.)



- 10 Uinal: .. "U Cab Mam", Segundo Hombre Viejo. (Celebración a los "Tatas" o padres en la tribu.)



- 11 Uinal: "Nabe Ligin Ga", Primera Mano Suave. Deshierbo y calzamiento de los sembrados.



- 12 Uinal: "U Cab Ligin Ga", Segunda Mano Suave. Tiempo de doblar la milpa para que se seque el grano.



- 13 Uinal: "Nabe Cab Togie", Primera cosecha, venida del seno de la tierra.



- 14 Uinal: .. "Nabe Pach", Primera generación. (Han pasado 270 días y nueve lunas, de la gestación que responde a la primera palabra creadora.)



- 15 Uinal: .. "U Cab Pach", Segunda generación. Otra floración a la tribu, que es respuesta a su segunda plegaria. Completa las dos generaciones que deja el año en la raza fecunda y disciplinada.



- 16 Uinal: .. "Tziquín Gi", Tiempo de los pájaros. Simboliza la ternura de la voz de los niños, que no hablan, solamente lloran o cantan.



- 17 Uinal: .. "Tzizi Lagan", Coser el Estandarte. Mes de la glorificación a los dioses por las cosas y la vida concedidas.

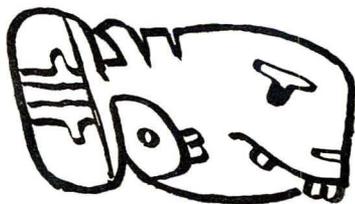


- 18 Uinal: "Cakam", Tiempo de flores rojas. Símbolo del beso solar retratado en las flores rojas que tienen su imagen, fuegos de esperanzas que encienden la vida del nuevo ciclo de Uinales y el nuevo recorrido en la vida del sol.



Con tales nombres y signos quedó a los hombres la ruta para su marcha hacia el futuro dentro del marco de un ritmo solar.

Los doce brujos de la tribu, bajo la advocación de los signos de sus días y sus meses, pusieron destinos de hombres y de pueblos, porque fueron las tablas que orientaban su existencia ante otros soles y otros destinos que habrían de venir.



*

* Letra de la escritura maya en páginas de sus libros inmortales y deslumbrantes. (Página LXVI, Códice Maya, en Dresden.)

IV

SOLES DE LA TIERRA

LA PALABRA INSPIRADA



*

AL CAER la tarde del duodécimo día, de la cumbre volvían los brujos sabedores del secreto de la vida de los hombres, los intérpretes del misterio de su destino.

Ya podían pronosticar o leer en el signo de su día, la suerte feliz, la suerte trágica, o el destino de las vidas sedentarias.

La inspiración de la montaña les había enseñado, también, dónde radica, en el hombre que nace, la sangre que contiene su instinto, su designio. Y supieron que era la palabra, la antorcha que prendía en sus mentes los fulgores primeros de la luz.

Y así, otra vez venían a su pueblo, en retorno triunfal, para regar entre sus hombres los bienes de su sabiduría; dando consejos o dando consuelos, para que los abatidos imploraran de los dioses su bondad y ellos quisieran suavizar las asperezas del sendero señalado para su existencia.

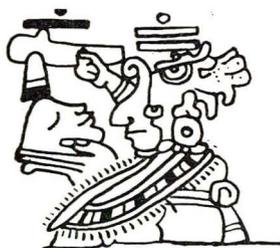
Desde entonces los sabios de la tierra, ¡los brujos de las tribus!, abogados del débil y del condenado a fatal destino, derraman la bondad de su luz, dando la esperanza que alienta y la enseñanza de su palabra que redime; para que edifiquen la grandeza de su vida, la grandeza de su pueblo y, si trajeren el destino de signo de dedo de los pies —de hombres de la masa conducida—, se conviertan en vehículos de sólo bienes; que transiten las llanuras y las cumbres no para llevar ni hacer el mal, sino para regar

* Sin adornos sobre la testa, deja ver con claridad la forma con líneas de puntos, indicando que piensa; en cambio, de su frente sale un adorno que comienza con el signo Ahau —de Señor— y doblando hacia abajo termina con la corola de una flor, sobre el signo Kin —del día, o de la luz— que sostiene su mano. Simboliza un bello pensamiento, como flor de su frente iluminada, para hacer más luminoso el signo del día que eligió su mano. Su collar de perlas de jade en cuyo extremo sostiene la bolsa del pom sagrado, dice su dignidad de sacerdote, de sabio. (Página XV, Códice Maya, en Dresden.)

por doquiera la obra de bien señalada a los dedos y los hombres creadores, artífices de la felicidad, dentro de la bondad y del amor.

En el caudal de sabiduría que les diera la montaña fecunda y creadora, también les dijo que en aquellos que nacieran bajo el signo de la fiera, la palabra no podría iluminarlos. Si había en su materia la semilla de la sangre mala, la suerte fatal sólo se quitaba sacándola del cuerpo cuando estaba sin regarse en él

LA CIRUGIA VITAL



AQUELLOS brujos, fundadores de la ciencia en nuestra tribu, sabían muy poco, porque era muy grande lo que sabían. ¡Sabían conjurar en el hombre su designio fatal!

Eran los forjadores de la tribu buena, extirpando la sangre del mal, tocada por el nagual fatídico.

*
Por ello, al nacer un niño —¡floración en los vientres de las madres!— era llevado a los brujos, y ellos consultaban las tablas cuyos signos hablaban de la suerte. Leyendo el suyo, presto pronosticaban su porvenir; si era malo, le abrían la parte del cuerpo donde radicaba la sangre que era foco de su destino fatal ¡y así lo volvían hombre de bien!

¡Oh, los sabios que primero aplicaron la cirugía extirpadora de la sangre maldita, y después pusieron en la mente y el corazón el bálsamo de su palabra orientadora, luz que apareja los buenos senderos, las rutas del bien!

¡Cuánto bien hacía a la tribu esta acción extirpadora del mal agüero y la influencia del signo malo; porque en aquellos que la sangre del mal no es extirpada, cuando les llega la luz de la sabiduría, sólo sirve para hacerlos más refinados en el mal, más villanos, más opresores de indefensos, más infames con los sencillos y los humildes! . . .

* El filo de la obsidiana antes de herir carne hermana en jornadas de muerte, sirvió para sacar la sangre fatídica del nagual del mal, y dejó limpia de malos pensamientos la mente del niño que trataron las manos maestras del brujo. (Página XCVI, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

¡Aquellos sabios sabían poco porque no les era menester saber curar los complicados males de los hombres y los pueblos corrompidos, degenerados material y espiritualmente! Ellos cortaban las raíces del mal en su principio, y encauzaban a sus hombres por las buenas sendas desde su niñez...

V

CENIT

DEL AMANECER A LA PLENITUD LUMINOSA



SIGUIENDO los senderos trazados por sus doce brujos, en estas tierras del Quiché comenzóse a contar el tiempo.

Y creció y se multiplicó la tribu.

Surgieron sus reyes, encarnados en hombres de naguales felices, vaticinados por los mantenedores de la estirpe de los brujos que desde entonces florecen en la tierra; fieles observadores del cumplimiento de las tablas de la influencia del tiempo, dejadas por los doce iluminados, fabricantes de meses y años en la vida y la sa-

biduría de los hombres, tal como el sol hace años y siglos en el correr de los tiempos.

De esta manera su pueblo, reino fuerte, emprendió el camino hacia los fastos de su cultura deslumbradora. Avanzaba alumbrado por la sabia enseñanza de que sólo los hombres buenos hacen las altas culturas y alcanzan los más elevados progresos.

El pueblo quiché se hizo grande porque sus hijos todos eran hombres de bien; ¡y cuando nacían bajo el signo fatal, sus brujos corregían su signo malo, para que no se quebrantara el designio de grandeza que a los dioses habían implorado!

* Sabiduría y poder de disciplina, primer dosel de los conductores de los pueblos mayas. Desde su trono, sus sabios emanaban la palabra que descorría el misterio de los signos del destino que les traía cada amanecer. (Página LXIII, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

El brujo vivía vigilante, conduciendo a su pueblo por las sendas de la felicidad. ¡Y por el milagro de su palabra y de su ciencia, el pueblo llegaba al cenit de su existencia luminosa!

¡Ardía en su vida la luz de los astros creadores que nacieron y moran en lo alto, y la luz de los soles que nacen en la tierra y conducen a su pueblo!

LA PODA CONSTANTE DEL BUEN CULTIVO



EL CULTIVO perfecto, para hacer la obra grande y eterna, nunca termina, si queremos seguir la oscilación del sol. Las noches de la montaña habían dicho a los doce escrutadores de misterios que las tinieblas, las hierbas malas y los signos feroces, siempre acechan y están prestos a destruir e imperar...

¡Por eso su vigilia constante, celando que su obra permaneciera intocada!

Cuando en el surco surgió el hombre que hacía la guerra, derramaba sangre hermana, asolaba los campos y sembraba el dolor; el arma puesta en las manos indignadas de los atacados sabía reducirlo a la derrota y la humillación. ¡El había querido encontrar en la esclavitud el castigo de su violencia! Mas, cuando causaba males abominables por su propio instinto, porque no fuera guerrero conducido sino guerrero promotor, el sacrificio de su materia en el ara de los dioses era su castigo!

La esclavitud sólo era para los que, por su destino de hombres de la masa, estaban en la guerra siguiendo la dirección de los de signo destructor. Obligados a servir a los que estaban en la paz del pueblo, se les cambiaba la ruta de su destino, ora como elemento a los que edifican, siembran y cosechan ¡porque el destino

* La fuerza y el arma, enérgica reductora de los indisciplinados a los preceptos de orden y de bien dictados por los sabios conductores de su pueblo. (Página LX, del Códice Maya, en Dresden.)

de la masa sólo puede ser cambiado en el rumbo de la ruta! ¡Apartarlos de la senda destructora y dirigirlos hacia la constructiva, mientras dura su existencia de masa, bajo signo inmutable!

¡Para quien conducía la guerra y la destrucción, no había cambio de ruta, sino la muerte! ¡Sus privilegios eran superiores, su responsabilidad mayor! ¡Su espíritu fuerte y su materia pertenecían al mal, su luz sólo era para hacer tinieblas, y no siendo éste su reino ¡a las tinieblas era vuelto!

¡Sólo los dioses saben cambiar el signo de los malos, si regresan a las tinieblas engendradoras para que amasen y engendren otras vidas con materia purificada en el gran crisol de la noche!

El mal era cortado en su base antes que ardieran los fuegos de luces extrañas que producen tinieblas en los espíritus, alimentadas por las zarzas del odio, la venganza y todas las inquietudes de los signos malos.

Por ello, en el momento de aplicar el castigo, los brujos de la luz del bien recordaban a su pueblo que para no ser olvidados de la clemencia de sus dioses, en lugar de la plegaria que revelara el fuego interno de un odio, de sus labios debía salir la plegaria humilde, pidiendo bienes y protección; no venganza ni poder destructor contra los enemigos, sino salud, hijos y prosperidad.

¡La palabra del sabio entendía que pidiendo paz venía paz!

EL PEOR ENEMIGO



EN ALGUNA ocasión, cuando la paz de su pueblo fue quebrantada por el incorregible en el vicio, la sanción de los buenos, la voluntad misma del pueblo, lo llevó ante la autoridad del brujo, del gran conductor.

Entonces el cirujano del pueblo ya no extirpó sangre para curar un mal que estuviera radicado en ella...

¡Ese mal, crecido juntamente con el hombre, ya no estaba en la sangre sino en el corazón!...

Su pena era doble, porque irreparables eran sus daños.

El guerrero era enemigo que daba oportunidad de vencerlo en la lucha; su ataque era al descubierto. Sus daños eran re-

*: El sacrificio en las aras sagradas, o la tumba: dos caminos de regreso a las tinieblas rectoras. (Página LIX, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

parables porque destruía campos y casas que se resembraban y reconstruían pronto. El ataque del incorregible en el vicio y el crimen, era oculto; sus efectos eran conocidos ya sobre hechos consumados, ¡destruía a su mismo pueblo, atacaba a sus propios hermanos! ¡Y sus males eran irreparables: la honra, la felicidad y las vidas que aniquilaban sus manos ya no podían reconstruirse jamás! ¡Llamaba e imponía las tinieblas, el dolor y la angustia, en el alma de sus víctimas; roía en la fortaleza moral del pueblo para que su perdición fuera definitiva!

Por esto al guerrero caía la pena de ser condenado por los hombres que odiándolos había atacado para hacerlos esclavos de su pueblo. Al destructor de su propio pueblo caía la doble pena de ser condenado por quienes, si los hubiera querido, quisieron ser los hermanos con quienes estaba llamado a gozar la felicidad.

¡Era sentenciado por ser enemigo de su propia luz, de la luz magnífica del día de su pueblo!

Entonces la mano maestra, empuñando la filosa obsidiana, ya no hizo cisuras para extirpar sangre mala, sino que, vertical y firme, abrió el pecho y arrancaba el corazón del infiel para presentarlo a sus dioses, devolviéndoselo con plegarias y pidiendo que a cambio de esos hombres malos, les dieran hombres que no quebrantaran la ley...

LIMPIO EL SENDERO, CLARO EL HORIZONTE



*

LAS MANOS creadoras edificaron los palacios y los templos. La mano del artífice nimbado de luz eternizó en el granito las expresiones del arte y la inmortalidad de la leyenda; la corteza del árbol y la piel de la fiera dieron su lienzo para guardar escrito el pensamiento de sus hombres, las narraciones de su pueblo; la madera entonó sus canciones en la marimba y la chirimía; la plenitud de su paz rimó su baile gozoso; la pelota de goma hizo amenas sus tardes con eventos imponentes con que disfrutaban placer el pueblo y su rey. La alegría sonreía en su vida.

* Crear elementos de comodidad para la vida: adueñarse de la arcilla para hacer ollas y vasijas en que la cocción haga grata la carne de la caza para sustento de su pueblo, inspiración de los que están bajo los doseles de la sabiduría. (Página LI, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

Desfilaron los años y los siglos; los reyes y los sabios se sucedieron alumbrados por su luz; y ellos también, alumbrando con su amor y su afán de grandeza, afirmaron la existencia feliz del pueblo trabajador y bueno, pacífico y sencillo.

¡Dieciocho reyes habían consumido su vida cuidándolo y engrandeciéndolo! . . .

Los dominios del reino Quiché se tendieron sobre dilatadas praderas. ¡El esplendor de su cultura había llegado a la plenitud del cenit!

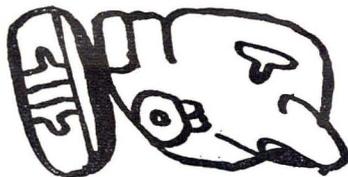
¡Era el prodigio de la disciplina y la sabiduría de sus brujos, la bondad de sus reyes y la obediencia de sus hombres! . . .

Estaba en la mitad de su día . . . ¡De ese día de los pueblos formado con siglos, como el día del hombre es formado con años!

Había llegado a la meta soñada por sus brujos que le dijeron seguir el ritmo oscilador del gran guía, la senda del ritmo sin ocasos.

¡Ay, si en ese instante, en la llama de su vida permitía arder otras llamas que no fueran las purísimas del bien que señalaronle los doce iluminados!

¡Ay, si descuidaba la plenitud de su luz, la senda de su grandeza; porque fácil es confundirse con la otra luz, la efímera luz de un día, puesta en la órbita de la rotación que precipita hacia los descensos del atardecer, en cuyos cauces comienza a enseñorearse la atracción de las tinieblas! . .



*

* Letra de escritura maya que figura en textos de la Pág. LXVI (Códice Maya en Dresden.)

VI

OFUSCACION

LA OTRA SENDA



DESLUMBRADOS por su propia grandeza los pueblos que después surgieron del pueblo forjador de vidas y crisol de luces, con equivocada soberbia no dieron cabida a la observancia de las leyes de los doce iluminados. . .

Estos pueblos, pequeños en su tamaño y experiencia, quisieron tener decisión más grande que la sabiduría de los que forjaron su nacimiento.

Nuestra luz —pensaron— es luz de amanecer. ¿Por qué si presentimos nuestra joven y pujante claridad hemos de observar la opresora y ya gastada claridad de quienes nos vedan sentir el gran deleite de lo que es prohibido?

Vencidos por la euforia de otra naciente luz, ofuscadora de las sendas que conducen a lo permanente, los brujos, cumbres y atalayas de la sabiduría, fueron menospreciados ¡y las tablas del destino fueron reservadas sólo para aprovecharse del signo de los sencillos! . . .

Los viejos preceptos de los doce iluminados fueron olvidados. Los de luz naciente señalaban con energía la ruta nueva, la que ellos presintieron descubrir con deslumbramiento.

Entonces apareció otra casta de brujos; la de los que hallaron bueno fomentar la existencia del signo malo; los que enseñaron no combatir el mal con el bien, sino con otro mal de cultivada pujanza. ¡Los que tomaron por norma sólo cultivar el mal!

Los que soñaban vencer enemigos con ventaja, estimularon las acciones y el cultivo de los brujos creadores del dolor ajeno por medio del misterioso poder de la "brujería" . . .

¡Ya no fueron los brujos los dueños de los destinos!

* Viendo hacer luz y grandezas a los sabios nutridos con los años que vivieron apoyados en el báculo recio de su experiencia, también la euforia de la juventud emprendió jornadas creadoras apoyada en el báculo de caña de sus inexpertas y audaces decisiones. (Página LII, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

Los signos de los dedos de las manos estaban adueñados de los sabios; unos —¡pocos!—, hacían el bien; los otros hacían el mal... ¡y estos eran más!...

Los conductores y gobernantes de pueblos también imitaron a los nuevos brujos. La sabiduría con que nutriéronlos los mentores ya no fue el cimiento de la edificación de grandezas por las sendas buenas; sino abono a los instintos para obtener triunfos por medios violentos.

Los hombres de guerra se multiplicaban, porque la ambición y el odio crecían fecundos en ellos.

¡Y los infelices nacidos con signo masivo, con destino de "vehículos" —eterno instrumento de los malos— nacían a millares, y a millares eran conducidos por la otra senda; la que para un futuro inmediato guardaba la sorpresa de sus realidades...

LAS LAMPARAS DEL ODIO



LA VICTORIA de una guerra era hoguera inapagable en el vencedor, embriagado de sangre y de triunfos. En el vencido fue brasa ardiente con ansiedades de venganza...

En los "Kines" de esta nueva vida ya no ardía la luz que orienta la edificación de la casa, ni el manejo de la macana para abrir los surcos y poner semillas germinadoras de vida... ¡Sólo ardía la brasa que inspira la hechura del pedernal y la macana, el manejo de la vara tostada para herir la carne enemiga y sembrar la muerte! ¡Sólo ardía en los ojos el odio que busca la senda guerrera y destruye a los pueblos!

Ya no eran los días del Uinal de las rojas flores, encendiendo la fe al terminar un año y alentar la esperanza de la larga vida ¡sino los días de las manos rojas, teñidas en sangre de hermanos para acortarla!

Ya no eran las épocas soñadas para convocar al pueblo a las plegarias, pidiendo gracia de lluvia y fecundidad de la tierra; ¡la

* En el hombre rencoroso, con cuerpo y alma de tinieblas, los instintos de las fieras y la forma del arma homicida llenaron su cabeza hasta hacerlo soñar la ambición de tener en sus manos el cetro de la muerte. (Página LI, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

palabra de vida para que creciera el pueblo con las dos generaciones que dábales el año! Ahora eran los consejos de los jefes guerreros para decretar el aniquilamiento de pueblos vecinos; ¡decretar gritos de guerra que asolarían campos y llevarían lágrimas a los débiles y los niños, condenados por ellos a la orfandad y la esclavitud!

La ambición de gobernar sobre tierras ajenas, de disfrutar riquezas ajenas, conmovía la existencia de pueblos y reyes.

¡Sólo el odio tenía voz para determinar en las extrañas sendas ahora buscadas! Los brujos ya no fueron escuchados cuando hablaban de las sendas del bien. A los reyes y sus hombres de arma era necesario les hablaran sólo de caminos al triunfo en la guerra.

¡¡Eran necesarios los hombres que matan, los hombres que asaltan, los hombres que hieren!! . . .

¡Y desde entonces ya no fue sacada del cuerpo de los niños la sangre maldita del signo fatal! . . .

LA PROFECIA INFALIBLE: ¡EL ALERTA DE LOS SABIOS!



AL AVIZORAR el desastre en que se precipitaba el futuro de su pueblo, la voz de los brujos buenos se alzó angustiada anunciando el castigo de los dioses para los que se habían extraviado en las sendas de la ambición y del rencor.

¡El desastre venía!

¡La raza sería arrollada y su grandeza sería destruida!

¡Habían cultivado el odio y el odio venía hacia ellos! . . .

Pero la voz de los brujos buenos se perdió en el vacío. En la indiferencia de los que sólo soñaban en la conquista de otros pueblos, disimulada con la venganza de fútiles agravios. . .

¡Los gritos del odio y la guerra eran más fuertes que los gritos de angustia de la sabiduría! . . .

* Igual al reptil que avanza deslizándose sobre la tierra y el agua, la fuerza asoladora que posee un enemigo camina silenciosa y traidoramente para aniquilar en forma despiadada a los confiados. (Página LXV, Códice Maya, en Dresden.)

Apenas, en la oscuridad de su propia tiniebla, fueron escuchados por los oídos de la ciega ambición, presta a aconsejar aniquilasen al pueblo vecino y hermano que se tuviera por enemigo.

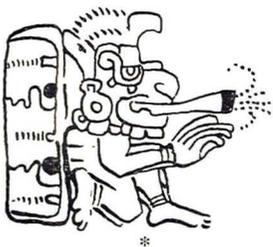
Y queriendo conjurar a su modo aquel peligro anunciado, buscando más poder por medio de la conquista y la guerra, distanciándose más, abrieron la puerta a la fatalidad que venía. . . .

La otra senda ya sazónaba sus frutos. . . .

VII

DESIGNIOS

EL SIGNO DE LOS RIVALES



EL AMANECER de aquellos días nublados por el rencor, alumbró la vida de reyes cuyo destino estaba marcado por signos buenos en unos y fatales en otros.

En el reino quiché se apagaba la existencia de un rey nacido bajo el signo "Tihax" —cuchillo de pedernal—, conquistador de tierras para engrandecer su pueblo.

Estaba próximo a dejar el trono, dueño de innúmeras conquistas, a otro varón cuyo designio era una promesa de salvación a su pueblo, contra las asechanzas enemigas. El rey llamábase Kicab Tanub y el príncipe Tecún Umán.

Guiaba la vida de este príncipe, rey de los combates y señor de las victorias el signo "Noj", nagual de la firmeza y la valentía. Su penacho lucía las plumas del dios de la libertad, llama viva y luciente de la firmeza ¡el sagrado Quetzal!

Le seguían en jerarquía los príncipes Oxib-Quej y Belejep-Tz'í con vidas alumbradas por el signo "Aj" —símbolo de maíz tierno y de la caña sin corazón fuerte—. Mas sintiéndose guerreros habían acogido en su nombre la protección de otros signos que los llevaran a su meta, ¡pero estos dos signos resultaban de designio incierto ante el futuro! ¡Ese futuro ennegrecido por la acción de los signos contrarios que asechaban contra su reino!

* Los que confiaban en la solidez de su respaldo, gozaban en el humo de la hoja del tabaco sus diálogos con el misterio del futuro. (Página XXIX, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

“Tres venados” era el significado del nombre de “Oxib-Quej; y “Nueve perros” el de Belejep-Tzì; y tales eran, también, los naguales que se sumaban en la dirección de su destino. La acción rápida del venado, en uno; y el augurio del “Tzì” —aullido del coyote— grito de angustia en la noche, era el signo del otro.

Y por la sabiduría de los sacerdotes de la tribu, ¡sus destinos habían de cumplirse inexorables! . . .

Sobre el rey y el pueblo quiché acechaba otro rey ansiando su total destrucción. Era el rey Zinacam, hermano en la sangre y la estirpe, hermano en la familia fundadora de estos pueblos, pero enemigo terrible porque en él había nacido y se había fortalecido el signo más fatal de todos los signos malos: ¡El signo “Ci” —¡diente del tiempo!—, símbolo de la muerte en la sombra! Vivían en él la ambición y la perfidia; en su corazón se enrollaba el odio como la cinta negra de un reptil . . .

En los siglos de su vida, el quiché y los otros reinos habían visto y tenido muchos reyes, mas ninguno como éste; aquéllos habían hecho su grandeza, éste soñaba con su destrucción . . .

Aliado de los poderosos gobernantes del Quiché era el valiente Kaibil Balam, rey de los Mames en la inexpugnable Zaculeu. Era su signo, como su nombre, el de “Balam”, el tigre rey de la selva, nagual del andar felino y la acción cautelosa . . .

Los reyes de Atziquinijay, Ayampuc y Rabinaleb, no andaban alejados de la senda de discordias en que se agitaban estos pueblos, mas sus signos habían de ser arrollados por el máximo signo malo, al desenvolver toda la acción de su potencia funesta...

BALUARTE DE LA PATRIA



LA EXISTENCIA del rey Kicab Tanub apagó la luz de su lámpara y buscó el seno de las tinieblas creadoras, para ofrendarle su materia y que el seno de la tierra lo volvieran alas o lo volvieran flor . . .

Al trono del Quiché subió el príncipe Tecún Umán cuando el reino estaba en aprestos febriles

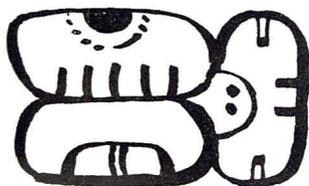
* Llevar en el penacho que coronaba su cabeza el ave nagual de su destino, era como llevar en su pensamiento y su acción la presencia de otra vida que afirmaba su fe. Cuatro fueron las primeras tribus que ostentaron en esta forma el totem de su origen. Esta es una deidad joven luciendo el quetzal, totem de la raza quiché. (Página XCIV, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

para contener con sus armas la entrada de la fatalidad anunciada por los brujos...

Frondas extrañas traían el presentimiento de la gran tragedia que ya acechaba en la sombra, mientras en los otros corazones ardían las llamas del odio y el deseo de aniquilarlo.

¡Ahora los detenía el baluarte de un signo firme!

TROPEL DE CONQUISTADORES



*

A LOS OIDOS del rey Zinacam llegaron, un día fatal, los ayes de dolor y de angustia en que agonizaba el poderío de un lejano rey —Cuauhtémoc, rey de los aztecas— aniquilado por un enemigo arrollador en la guerra. A derrotarlo habían ayudado tribus de la misma tierra —la de Tlaxcala, en

primer lugar —, alumbradas, como los reinos de esta tierra, por las lámparas del odio.

Ese enemigo extraño había destruido imperios poderosos, había humillado a los altivos, abatido a los valientes, ¡era invencible! Con esos ayes de los vencidos también llegó otra noticia que despertaba ideales en el acariciador de la perfidia...

¡Las tribus tlaxcaltecas que habíanse aliado al enemigo fuerte eran vencedoras sobre sus rivales! ¡Sus guerreros oprímían a los vencidos y se enseñoreaban sobre ellos al lado del conquistador!

EL SUSURRO TRAIADOR



**

EL ODIO ciego, infiel y alevoso, habló en su oído:

—Llámalo por tu aliado y vencerás a quienes hicieron el odio de tu corazón. Verás doblegarse a los que humillaron tus armas; ¡aniquilarás a los vecinos! En su alianza reinarás y te enseñorearás sobre los que no rindieron homenaje a tu poder...

Sus palabras internas sabían sabrosas al

* Letra de escritura maya. Se halla en textos de la página LXVII del Maya, en Dresden.

** Las pasiones de la envidia y el odio no permitían que luz alguna rompiera en el hombre sus propias tinieblas. Y el pensamiento egoísta y la palabra melosa eran como un cordel en sus manos para atrapar el objeto de su ambición. (Página XC, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

Señor ambicioso. El instinto siguió aconsejando en su oído con tono adulator:

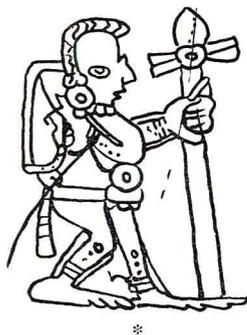
—No creas a los brujos, ¡tú eres el sabio! Tú, que te aliarás con el poderoso a quien son propicios los dioses; tú reinarás sobre ellos, porque en tus enemigos sí va a cumplirse la profecía! ¡Ellos rodarán vencidos a tus pies, cuando tu aliado invencible te haga señor de todos estos reinos, ¡y tus guerreros irán con sus guerreros a conquistar nuevas tierras, más poderío para ti! . . .

Y todo esto que habló la ambición en su oído, lo aceptó y guardó cariñoso en su corazón el rey impulsivo y ligero.

VIII

FIRMEZA

HEROE: ¡SOL LUMINOSO Y ETERNO!



LA FATALIDAD no espera nuestra llamada. Ella adivina y se anticipa a nuestros actos con sólo que la llamemos en el corazón . . . El enemigo terrible estaba a las puertas. Sus plantas ya hollaban el suelo de otros reinos . . .

Mas la puerta no estaba, en este reino, abierta.

¡Allí estaba erguido el rey nacido bajo el signo de un "Kin" glorioso, símbolo de la firmeza!

Tecún Umán era firme; su macana fuerte se alzaba enérgica deteniendo el paso del que venía agresivo de lejanas tierras . . . Y con él estaba la tribu bravía de las batallas nobles presta a chocar contra el arma, aunque fuera invencible.

Ni un instante nubló la limpidez de su cielo la idea de un consorcio con el invasor, para dominar sobre pueblos vecinos y satisfacer ambiciones. Su signo "Noj" era firmeza; signo del soldado de la Patria.

* La fe luminosa de su alma daba más poder al arma de cortante obsidiana que portaban las manos de los príncipes guerreros. (Página LII, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

Y en día inmediato, en suelos de su reino apareció el conquistador inaudito, dueño de armas extrañas y mortales.

Firme enfrentó el arma agresiva, ¡y firme cayó con su pueblo, tiñendo en sangre los valles y ríos de los lares sagrados!

Este rey iluminado por la luz de la verdad, desechó la ambición de reinar con poderes terrenos; ¡las propuestas de la paz efímera, adornada por la falsedad de la palabra! Su firmeza no permitía el triunfo de la palabra seductora con que el conquistador atrae y domina a los ambiciosos, ¡prefirió el filo del arma que matando enaltece; la que aniquila al hombre, pero no aniquila su firmeza!

El choque sangriento estremeció a las cumbres y el gran soldado de la Patria —¡su primer soldado glorioso!— cayó firme en su puesto, defendiéndola y oponiendo su pecho contra el arma arrolladora.

Pero allí mismo, en el propio lugar de su caída, comenzó su reinado esplendoroso e inmortal de héroe, ¡héroe que eclipsa el nombre de los otros reyes que no supieron ser firmes como él!

CUANDO EL SIGNO NO ES “NOJ”



LA ESTRUENDOSA caída del glorioso rey Tecún Umán en Pacajá y el aniquilamiento de su ejército en la lucha, conmovió a la corte de Uatatlán, a cuyo trono subieron los príncipes Oxib-Quej y Belejep-Tzí para enfrentar la situación de un desastre tremendo. Mas con ellos estaba aliado el Señor de los Mames, de signo Balam —de acción cautelosa y andar felino— y éste dio su consejo, propio para hacer caer al invasor:

Convenía que lo atrajesen con actitud amable y, cuando estuviere adentro, confiado en la palabra de paz, apresarlo y abatirlo.

La acción rápida del nagual de uno de estos nuevos reyes —Oxib-Quej, tres venados— fue puesto en práctica inmediatamente.

* Nada podría el arma guerrera en sus manos, si su pie y su acción descansaban sobre propósitos pequeños e inciertos —signos ciertos del infortunio—, sobrepuestos a la roca de la sólida firmeza que da la fe en su propia valentía. (Página XL, Códice Maya, en Dresden.)

Invitado a entrar en son de paz, el conquistador avanzó sin sospechar el desenvolvimiento de la táctica del rey Balam aconsejada a los príncipes gobernantes. Ellos pensaron que al entregarle su corte, rodeándolo con sus guerreros, ya tendrían en su poder al enemigo invencible que ahora sabría del grito de angustia en la noche...

Mas no contaban, quienes así jugaban con su signo y la fuerza oculta de la adversidad, que la senda que hizo olvidar los preceptos de los doce iluminados había fortalecido, bajo el signo "Can", a un hombre que con el veneno de la palabra amarilla —la palabra indiscreta y traidora— en las sombras de la deslealtad a su propio pueblo, denunció ante el conquistador los planes de sus reyes...

Y aconteció que el conquistador, de esa manera enterado de su plan, sorpresivamente, con sus guerreros, cayó sobre los reyes inexpertos, apresándolos y apoderado de su corte los hizo quemar vivos.

Por el fruto de otro signo malo, como habían florecido tantos, la defensa contra las tinieblas era imposible.

Los signos de los reyes que tomaron actitud sumisa en su desesperada situación y deseo de aniquilar al enemigo terrible, fueron apresados en los lazos de su propia acción.

Los signos de sus naguales tenían cumplimiento inexorable...

El signo de la vida del otro rey —"Aj", del maíz tierno y la caña— tenía que cumplirse y su poder fue quebrado con la facilidad que da lo que no tiene corazón fuerte. ¡Y como la caña, fueron echados a las llamas con que el conquistador castigó sus anhelos de liberación! La noche que soñaron que iba a ser de su triunfo, se volvió la noche de su muerte, consumiéndose en las llamas que ponían trágicos resplandores sobre su pueblo agobiado ¡y sus hombres de destino masivo siguiéronle en la ruta de dolor que hicieron sus manos!

Los naguales de sus nombres para regir sus vidas, habían hecho la acción rápida que volviéndose contra ellos precipitó su fatalidad y en la fogata sangrienta, entre llamas devoradoras, su grito de angustia extremece la noche...

¡No habían sido reyes con signo "Noj" para enfrentarse al invasor con rutas de firmeza! Y por jugar con un fuego que los consumió en sus llamas, con ellos arrastraron a la hoguera los esplendores de su corte y de su reino. Con la victoria sobre estos

reyes inexpertos, el conquistador culminó la primera etapa de su trágica jornada de conquistas sobre los otros reyes de las tribus que anhelaba sojuzgar.

Así fue apagado el esplendor del reino quiché; y así fueron acabadas sus grandezas y humillados sus varones.

Con su reino, cuando el nacimiento de su pueblo, había comenzado la vida y el radiante fulgar de los pueblos de esta tierra.

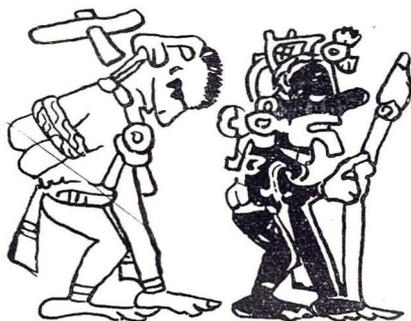
Con ellos, al ser derrotados y abatidos, comenzaba el ocaso...

¡La noche de la raza ya venía!...

IX

TEMPESTAD

SORDIDEZ DE LA PASION



*

EL DERRUMBE del poderío guerrero del Quiché; el sojuzgamiento de su pueblo y la muerte de sus príncipes y reyes acabados en la hoguera, no fueron pena, sino triunfo del rey rencoroso. Nada le importaban las ofensas a la Patria, la destrucción de sus pueblos y el abatimiento de sus hombres...

¡Pero si ello era lo que justamente anhelaba su corazón!

¡Eso lo que tantas noches quitó su sueño y agitó sus odios!...

Era su turno para actuar y cumplir sus fatales designios...

Al conquistador llegó, cuando aún no salía de la fatiga dada por aquella singular hazaña, una embajada portadora de rico presente, ¡llamándolo en son de paz y alianza para derrotar a otros reyes y otros pueblos!...

* Cuando el de las tinieblas triunfó por el poder del arma que portaba su mano, el de vida iluminada por el bien que formó la grandeza de su pueblo, fue atado a la esclavitud y el pedernal degollador se proyectó sobre su cabeza señalando su destino al sacrificio en el altar de los bárbaros. (Página LV, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

¿Qué rey era este, que en lugar de enfrentarse al invasor, lo invitaba a tomar posesión de su reino y le proponía ayuda para destruir a los otros? ¡Oh, el ejemplo funesto que habíanle traído aquellas noticias que un día llegaron a sus oídos!

El conquistador quedó atónito. ¿Acaso era una emboscada, que sólo así podía concebirse tal actitud? Las cenizas, todavía calientes, del incendio de Uatatlán, sugerían sospechas. ¡Pero estaba equivocado! No era el gesto de este pueblo sacrificado en intentos que si no son de firmeza han de perdonarse por su intención patriótica; no. Era el ejemplo de aquella otra tribu que había ayudado al conquistador contra sus hermanos, quien inspiraba el envío de esta embajada. . .

El conquistador, en verdad, hacía acciones de destrucción inicuca, era elemento de opresión y muerte injusta contra los que ejercían el legítimo derecho de defender lo suyo. Pero ninguna de estas acciones, ninguno de estos sentimientos eran parecidos a la abominable acción del rey que invita al enemigo a entrar en su reino y le ofrece ayuda para destruir a aquellos con quienes el deber patriota le obliga a aliarse para oponerse a la invasión.

¡Qué difícil era para el conquistador comprender aquella actitud! Mas el rey ambicioso habíale enviado un argumento convincente y provocador: ¡el rico presente de oro y piedras preciosas! ¡Y ese rico presente con que pensó comprar al aliado, lo hizo obtener no a quien iba para servirlo en sus designios ambiciosos, sino a quien sintió la urgencia de conquistarlo para despojarlo!

Con plan ya fijado, el conquistador pidió al rey Zinacam 2,000 guerreros cuya ausencia enflaquecería la resistencia de su reino, si emboscada le tendían, o serían abridores de ancho camino por donde los entrara a su propio reino la actitud abyecta de su rey.

¡Sin saber de sus signos, el conquistador pedía la entrega de la masa para conducirse en ella y atacar a los mismos que no sabían guiarla en su defensa!

La sordidez de su ambición anuló en el rey infiel todo sentimiento de precaución y toda sospecha contra la fatalidad. Su signo fatal habíale ofuscado tanto, que al saber la petición de su invitado, presto estuvo a despacharle sus guerreros. ¡Sus pensamientos gozábanse en la visión de cuando él estaría a la par de los invasores, combatiendo a los que defendían sus reinos, aniquilándolos para enseñorearse en ellos!

Y sin querer, ni intentar comprenderlo, abriendo las puertas de su reino al enemigo común de las tribus y los pueblos, estaba precipitando el cumplimiento de su signo fatal. . .

¡Ignoraba que las fuerzas del misterio son más fuertes que el poder y la sabiduría de los reyes!

DERRUMBAMIENTO Y DESOLACION



*

Y BAJO la acción del consejo del rey infiel a su patria, los conquistadores atacaban, días después, la inexpugnable fortaleza enclavada en un peñón solitario surgido del corazón de una laguna de ensueño. . .

Los defensores de este otro reino atacado por el conquistador, el que se llamó de Atziquinijay, batíanse con denuedo y bravura; mas los soldados de aquel rey de signo fatal y traidor, ¡hombres de signos masivos!, le seguían en su traición a la patria y mostraron las sendas donde se ocultaba la clave para reducir aquella fortaleza. . .

Otra tribu cayó a los pies del invasor. Mas en esta tragedia no todo era vergüenza: ¡no cayeron sus príncipes y princesas!, porque al brotar de sus ojos las lágrimas que arrancaba la traición inaudita, la pupila del lago, lágrima azul de la montaña que desde entonces llora la esclavitud de su tribu, los llamó a su seno y ocultó para siempre sus cuerpos invictos entre las dulces transparencias de sus aguas. . .

La tribu Zutuhil quedaba abatida para complacer los gozos del abyecto Zinacam, monarca de los cakchiqueles, el que para ver caer a los quichés, se hizo aliado del conquistador. . .

Tras esta tribu siguieron cayendo otras y otras, denunciadas acaso por el labio del ambicioso rey que soñábase compartiendo el imperio de todas estas conquistas.

Los reyes vencidos caían en los campos o extinguían su vida en las llamas. . .

* La valentía y el gesto de heroico suicidio de las hijas del lago, inmortalizó su belleza de mujer cuando prefirieron la muerte. Su diosa tuvo por mansión el agua, cubrían su pecho collares con perlas de jade, y era su totem el pez. Ya era su destino. (Página XXXVI, Códice Maya, en Dresden.)

Los dioses guerreros rodaban de sus pedestales. Los templos y los palacios ya no fueron nidales de fastos y esplendores, sino recintos de ayes y clamores de angustia.

¡La faz sonriente de sus hombres volvíase rostro abatido, infamado con el hierro candente que marca al esclavo!

¡La grandeza de estos reinos no medía, en su derrota, más que la grandeza de su tribulación!...

El sol de su vida, el sol de su felicidad, se había apagado. ¡Para ellos habían principiado las tinieblas!...

X

PENUMBRA

EL ARMA DE DOS FILOS



*

EL ALIADO conquistador era poderoso e invencible.

Estaba posesionado de las tierras de los demás reinos y también traicionándolo igual que él traicionó a los reyes hermanos, ya tenía bajo su mando a los guerreros del propio Zinacam, el rey ambicioso.

Su servidumbre, sus palacios, su capital, sus hombres, ¡todo lo suyo y todo lo de su reino fue tomado por las manos del conquistador llamado y ayudado por el rey infiel!

Y pronto supo que él mismo —el rey que se soñó triunfante sobre los demás y enaltecido por su aliado— ante los ojos de su pueblo era humillado y escarnecido ¡entraba al servicio de un amo implacable y tirano, nuevo Señor de sus tierras!

* Letra de la escritura ideográfica en los códices mayas. Cabeza de jaguar ante un signo de sorpresa; al leerla hablaba del Balam de la selva o del Balam de la tribu, su rey. El día Balam —el 14 de los Uinales— tenía su signo propio. (Figura entre los signos narradores de textos mayas contenidos en la página LXVI, del Códice existente en Dresden.)

¡Oh, el triunfo de las pasiones fatales! ¡Oh, la satisfacción mezquina de ver reducidos a los reinos vecinos por medio de armas innobles! ¡El rey que se soñó vencedor sobre otros, ya estaba apresado en los hilos de su propia trama!

No había querido saber de la sabiduría, que el conquistador extranjero nunca llega para ser aliado de los infieles a su patria, ¡ni para compartir con ellos el fruto de sus conquistas!

Pero ahí estaba ahora la experiencia para decirle en propia carne, que el conquistador llega como envío de los dioses para castigar a los desleales; para hacerlos sentir y compartir al doble, con los otros vencidos, el infortunio que acarrea su presencia en la tierra que los mayores les legaron como mandato sagrado.

De rey de un pueblo libre, habíase convertido, por su ambición, en el rey de un pueblo de esclavos. ¡Comenzaban sus tinieblas!

UMBRAL DE LA PENUMBRA



*

HASTA entonces, ¡buscándose angustiados entre las opacas luces de su penumbra!, vinieron a sonar en los oídos de los reyes y los pueblos atormentados —¡en los propios oídos tenebrosos del rey infiel!— los tañidos mortales de un atroz remordimiento tardío.

¡Hasta entonces, cuando ya estaban apurando sombras y apurando muerte, volvieron a recordar las palabras de sus brujos y sus sabios buenos; aquellas palabras de angustia y de alerta, que avisaron a su tiempo la presencia de la tragedia que venía!

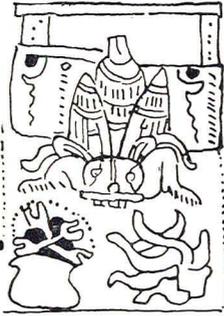
¡Hasta entonces lloraron el recuerdo de aquellas normas de paz y de bien, fuerza de la unión y la fraternidad indestructibles, que habían sido olvidadas cuando hablaba la ambición, ¡cuando los gritos del odio habían sido más fuertes que los gritos de aviso de la sabiduría!...

* Al guerrero siempre llega, aunque tarde, el momento de comprender que, cuando el peligro venía sobre él, no pudo verlo y defenderse porque la pasión de un capricho era como lienzo que le cegaba los ojos. (Página IX, Códice existente en Dresden.)

XI

TINIEBLAS

LO QUE DA EL CONQUISTADOR



*

EL DRAMA de su Patria, como el de los otros reinos, era completo.

Los valientes habían caído en la lucha, al filo de la espada y al disparo del mosquete, peleando con bravura y siguiendo el ejemplo de su rey glorioso, el de signo fuerte. Otros cayeron en altiva pelea junto a sus reyes, ora en la ribera de la laguna, ora en la sabana de la llanura, y otros, agobiados en la lucha, antes de caer en las garras de la esclavitud se habían remontado al corazón de la montaña inaccesible...

El dolor, el llanto y la muerte se enseñoreaban por doquiera, ¡todo era desolación!...

Con el rey infiel, en cambio, estaban en vergonzosa servidumbre, los que huyeron al combate digno; los que ignorando el gesto inmortal que depara el heroísmo, siguiendo sus enseñanzas y la fatalidad de su signo, con él abrieron los brazos para atraer y recibir al conquistador; ¡al conquistador que en lugar del abrazo fraterno les había devuelto el hierro candente que los marcó esclavos irredentos; el que los despojó de oro y cuanto poseyeron y a cambio hizo alzar llamas en que se consumieron sus tradiciones y sus leyendas de alta sabiduría, su libertad y su grandeza!

Era el panorama de la conquista; el cuadro desconsolador traído a los reinos conquistados; ¡la misma agonía que por su culpa extinguía a su propio reino!

* Después de una derrota siempre el vencedor se dejaba sentir como es: un ser succionador que sólo trae muerte donde había vida —ollas conteniendo el alimento—; y cenizas donde ardieron los fuegos de una existencia prometedora. (Página CV, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

SEGUIDOR DEL MAESTRO TENEBROSO



*

EN EL trono esclavizado del Quiché, después de la muerte en hoguera dada a los reyes Oxib-Quej y Belejep-Tz'í, había subido —¡había descendido!— su hijo Tecún Tepecul, quien en nada heredó las virtudes de su abuelo Tecún Umán, mas sí aprendió la actitud servil del abyecto Zinacam.

Un día del año 1525, un año después de la muerte de su padre, inconsulto y ofuscado llevó al enemigo opresor la denuncia de la existencia del rey Caibil Balam —el Señor de los mames que prudentemente hallábase en su reino, protegido por su claro entendimiento— y su labio narró ser de él el consejo de aquella entrada de aparente paz con que su padre rey atrajo al conquistador.

La guerra y el aniquilamiento selló la existencia de este otro rey que cayó defendiéndose con la bravura inspiradora de su signo, el Tigre, rey de la selva.

El rey delator tenía un nombre raro para los sucesos de esos días, pero ciertísimo en el cumplimiento de los designios en los nuevos tiempos que estaban a venirle.

Significaba, Tecún Tepecul, "Riqueza Amontonada". ¡Bien pronto, como su maestro Zinacam, pudo ver el resultado que sobre su pueblo traía la ayuda por ellos dada a los conquistadores!

Los desenfrenos de la ambición en sus opresores eran para su pueblo lenta agonía en que se agotaba su gran resistencia milenaria. ¡Y ante esos desenfrenos su poder de rey-esclavo era riqueza amontonada en su propia impotencia!

Su mismo pueblo, viéndolo vencido y abyecto, le hizo saber su desprecio desconociéndole el nombre de Tecún, que había sido digno; y el apellido Tepecul se lo convirtieron con rencorosa ironía en Zequechul, nombre que le quedó para siempre, y que en el dialecto quiché significa "hedor de orines" . . .

Era un rey con riqueza amontonada de amargas e inlavables experiencias. . .

* En su historia anotada, los reyes que fueron vencidos sólo llevaron, después, el manto de la tristeza, de la opresión y, en su semblante, la imagen de la muerte para su pueblo. (Página X, Códice Maya, en Dresden.)

LOS SIGNOS INEXORABLES



*

EL REY Zinacam que buscó la alianza con el enemigo para destrozár a los hermanos de raza y de territorio, le estaba reservado —en forma digna de él— recibir el castigo lento de ver por años el resultado de su ambición y su doblez.

También le estaba reservado el saber en amargo sabor el fruto de su ejemplo funesto, de alcances infinitos. . .

Después de la sorpresa de las armas de fuego que trajo el invasor, otra amarga sorpresa tuvieron los vencidos: ¡los conquistadores tenían una ambición desenfadada!

Cuando con remordimiento tardío, después de dos años de estar recibiendo la humillación de sus opresores y contemplando el dolor de su pueblo azotado por los encomenderos y los explotadores que exigían a cada servidor un tubo lleno de oro recogido de los campos y los ríos, o, al no llevarlo, eran cruelmente azotados, la amargura de estos reyes-sombras ya no halló fuerzas.

Zinacam había deseado, en sus días de fasto, el mal para estos pueblos; pero lo que llegó superaba en crueldad a sus deseos. Tal vez sea que bajo los auspicios del odio deseamos, para otros, males que hechos realidad ya no soportamos ver. ¡Había soñado vencer él y enseñorearse él! mas nunca pensó que su ambición y ligereza iba a traer sobre sus pueblos la maldición de un calvario, ambulando angustiados en los campos, en busca de pepitas de oro con que apenas se satisfacía la ambición de un día en el conquistador! ¡Todas las joyas, todas las riquezas habían sido entregadas, pero nada alcanzaba! ¡Se les exigía sacar de la tierra lo que no tenían!.. .

El látigo doblegaba su cuerpo y el golpe afrentoso caía hecho tinieblas sobre su espíritu y sus vidas atormentadas. . .

Por infames que fueran estos reyes infieles, ante aquellos cuadros no podían más. . .

* El dios de la Muerte, Ahpuch Cimil. Había enseñado a su pueblo, aunque no lo comprendieron los que se dejaron vencer, que los cetros de la derrota y la angustia son los que imponen el reinado de la desesperación. (Página LIII, Códice Maya, en Dresden.)

¡En su conciencia comenzó a entremecerlos el grito de que habían condenado su pueblo al martirio...!

Y la conciencia les dio un rayito de luz.

LOS ULTIMOS RELAMPAGOS



CORRIAN los días del año 1526 cuando el rey Zinacam huyó de su palacio-cárcel y fue a internarse en la montaña para reunirse y aliarse con su discípulo Tepecul, a quien igualmente consumía la angustia del cúmulo de dolores y remordimientos que agobiaban su mentida existencia de rey.

Una fronda de esperanza y redención soplabla sobre los pueblos afligidos; ¡volvía a brillar, como brasa entre las apagadas cenizas de su vida de ayer, la luz de su fe con últimos fulgores!, porque su negrura había sido tanta que las infamias le habían hecho abandonar

la idea de un consuelo, ¡un consuelo, que es el puerto en que se acogen las almas que naufragan!...

¡Se erguían los reyes que fueron abyectos! ¡Relámpago de luz, esperanza en las tinieblas!

A su grito rebelde contra los opresores que ellos mismos habían entrado y fomentado, con ansia libertaria sus pueblos se alzaron para acuerpar el gesto reivindicador. El campo elegido para la lucha reparadora fue en los cerros de Quezaltenango, escenario santificado por el gesto insuperable del Rey Héroe.

Mas estos infieles arrepentidos olvidaban que aquel lugar era santuario de un soldado fiel a la Patria, y era profanación hacer en él su alarde de tardía reparación.

No podían comprender, en su pena, que aquellos pasos eran inspirados por el espíritu de la raza ofendida, para hacerlos saber la amargura de sus enseñanzas y sus ejemplos funestos en los días cuando debieron enfrentarse unidos para defenderla.

¡Eran llevados allí por su signo, para marcarles el lugar de su martirio justamente en el lugar a donde los llamó el deber y no

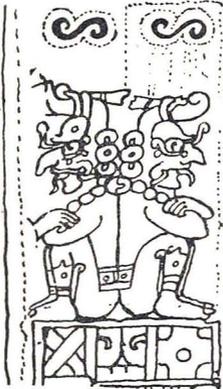
* Cuando el remordimiento acosa a los reyes que fueron traidores a su pueblo, sin pensar que ello ya no es posible, con pasos extraviados intentan volver en busca del trono perdido. (Página XIII, Códice Maya, en Dresden.)

llegaron... ¡donde quien sí llegó había comenzado su senda inmortal! ¡Allí habían estado los limpios, los luminosos!...

Ellos, en cambio, con su cuenta de faltas y con su actitud tardía, ¡allí iban a principiari su senda de tinieblas!

¡Porque los signos del destino son inexorables, no saben de arrepentimientos!

EL MISMO POLVO QUE MORDIERON OTROS...



AL LANZAR su grito guerrero contra el opresor, las armas de éste, apoyadas por los hombres de la masa a quienes ellos mismos habían enseñado a servir al enemigo, los apresaron con rápida derrota. Por no haber querido triunfar al frente de un pueblo unido cuando estaba en la plenitud de su fuerza, ahora les tocaba ser derrotados por luchar al frente de hombres de fuerzas físicas agotadas por los azotes del invasor y con almas medrosas después de tanto sufrimiento.

No era su signo el "Noj" glorioso, ni el "Aj" mártir, ni el "Balam" furioso... Su signo era el "Ci", de muerte en la sombra, y "riqueza amontonada" en riqueza de vergüenzas y remordimientos.

¡Todo era efecto de sus destinos; los conquistadores mismos ahora sólo eran instrumentos para que esos sinos se cumplieran...!

Los dos reyes rebelados fueron apresados no para quemarlos entre llamas violentas, sino para sepultarlos en una prisión y que se consumieran lentamente en las tinieblas de su fracaso, sólo alumbrados por la brasa quemante del recuerdo de sus deslealtades.

14 años murieron viviendo en esta prisión, en cuyo curso tenían que seguir contemplando la magnitud de su obra y saborear la amargura de la derrota infligida por hombres de su mismo pueblo, tal como aquellos que cayeron abatidos por el concurso que a los extraños dieron los guerreros que ellos aprontaran...

* La ambición y el egoísmo no deja ver a los hombres de pueblos hermanos, como lo anunciaron los brujos mayas, que aunque tengan poder, los reyes fracasan cuando gobernando, en lugar de auxiliarse, se ponen de espaldas. (Pág. LXVIII, Códice Maya, en Dresden.)

LA NOCHE DE LOS INFIELES



*

AL HOMBRE de signo "Ci" —muerte en la sombra—, llegaba su fatalidad más allá del castigo material. Los reyes infieles a su patria, 16 años después de la destrucción de sus pueblos, un día del año 1541 fueron sacados de su celda y embarcados en uno de los navíos con que el conquistador se embarcaba en nuevas aventuras...

Nunca más el éxito sonrió al conquistador audaz, ni nunca más se supo del paradero de aquellos reyes prisioneros.

Su muerte fue anónima, en las tinieblas de un misterio que jamás revelarán los tiempos; ¡ni siquiera su materia fue devuelta al seno de la tierra traicionada por ellos!

El conquistador, a cambio de cuanto le dieron, los arrojó al mar. ¡Al mar de fondo tenebroso, propio de los que aman las tinieblas, tal vez a impulsos de inspiración de los dioses indios, que así cumplían la extirpación de esa sangre que no fue extirpada cuando niños y su fatalidad había crecido tanto que no debían volver al seno de la tierra!...

¡La tierra que traicionaron los había desechado!

¡Habían caído a un abismo donde la materia no tiene rotación eterna ni espera surgir amasada y engendrada en otros seres que serán alas, serán árbol o serán flor! ¡Habían caído en una noche que nunca más espera auroras!...

Por infieles a su raza entraron a las tinieblas de la muerte y a las tinieblas del olvido... ¡las tinieblas eternas que no han dejado rastro de su triste fin!

En cambio, desde entonces, empezó a surgir en la evocación y en el amor de los suyos, como astro radiante que alumbra el recuerdo de las grandezas de toda la tribu, aquel Rey altivo del signo "Noj", ¡firme en el campo para defender la patria, y firme en la historia para engrandecer su raza!

* Rey derrotado, rey destinado a la muerte. (Página XI, Códice Maya, en Dresden.)

XII

HUELLAS

LA LECCION DE LOS "KINES"



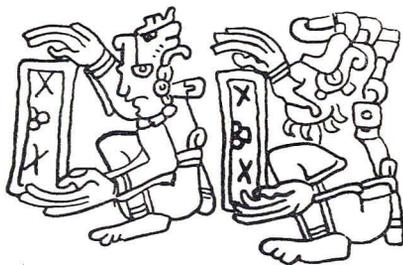
*

LOS SIGNOS de los días de bien, habían hecho crecer un pueblo que fue grande y feliz en muchos siglos. Pero los signos del mal, encarnados en hombres que fueron guiados por su instinto fatídico, triunfaron produciendo la derrota y el aniquilamiento de todos los reinos surgidos de aquella tribu inicial.

Los "Kines" buenos, los soles de días luminosos, habían dado su esplendor a la tribu, después de salir del corazón de la montaña, obra de las tinieblas creadoras en once noches vencidas por la meditación forjada en la mente de doce brujos, de doce sabios que penetraron al misterio de la vida.

Y después de irradiar esplendorosos en el cenit de su grandeza, como el sol —¡el "Kin" supremo que rige las cosas de la tierra!— cayeron en el ocaso; y en crepúsculo trágico de llamas devoradoras, volvieron a las tinieblas de su noche fatal, donde ha cuatro siglos que moran, como la lección gigantesca que aquellos brujos y aquellos siglos —¡un día en lo eterno!— legaron a los hombres...

CUATRO SIGLOS DESPUES



**

TAL LA leyenda de los nombres de los días, mismos con que, escondidamente, los descendientes de aquellas tribus llevan a sus hijos para que los vea y pronostique el brujo.

En ellos vive la fe en los signos buenos de los días, y

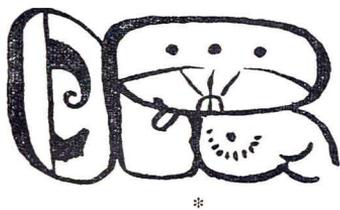
* Signo numeral de tiempo, llamado "Baktún" o siglo, igual a 400 años de 360 días; o al paso de 144,000 kines o días.

** Otra vez las tablas escritas con la sabiduría eterna, legada por los cuatro primeros escritores mayas. (Página LXXXI, Códice Maya, en Dresden.)

el temor en los malos; porque en sus hombres, después de aquel terrible desastre de la raza, la palabra del brujo comprobó su acierto, afirmó su autoridad. Y desde entonces la palabra del brujo alumbraba su esperanza y guía ocultamente sus pasos, aun en la tiniebla de la noche que viven, en espera de las luces de un nuevo amanecer que los redima.

¡Esperan otro día en que, como aquellos doce iluminados, otra vez vengan a ellos, salidos del corazón de nueva montaña de sabiduría y de vida, sus brujos portando sus tablas —¡las páginas, los libros!— con luminosos signos reivindicadores de instrucción ¡luz reivindicadora de la nueva cultura! en que lean con acierto la nueva senda que llevará a su pueblo a la felicidad!

LA CULTURA A FLORECER



COMO las leyendas, estos nombres del tiempo están olvidados. Los que hoy nacemos, hablamos un idioma extraño.

Apenas, muy pocos —labios balbuceantes—, dicen algunas palabras de los dialectos paternos en la amada Patria.

Y de sus años, sus meses y sus días, ignoramos los nombres, porque ahora llamamos los días con el raro nombre que un día trajeron los conquistadores. . .

Pero así y todo, al menos ahora, evoquemos con su nombre propio los días que le dieron cuna a esta leyenda; aquellos con que se empezaron a contar los días, cuando los doce brujos salieron de la montaña sabedores de los grandes secretos de la noche. . . ¡Brujos que ya presentían que su raza iba a caer en otra noche larga si no sabían prolongar su día esplendoroso! . . .

¡Los mismos que dejaron en la raza la esperanza de que las noches terminan y los días, igual que las tinieblas, también regresan! . . .

* Letra de escritura maya que figura en los textos arcaicos de la página LXVI del Códice existente en Dresden.

LOS ACTUALES HIJOS DE LA MILENARIA RAZA MAYA-QUICHE



De aquellos seres formados con maíz por los dioses del Popol Vuh, en los altiplanos de Guatemala moran descendientes que siguen nutriéndose, formándose vigorosos y fieles a sus costumbres ancestrales, con el maíz sagrado que se vuelve tortilla, se enriquece con el manjar del frijol —dueño del color de la noche— y se revitaliza con el picor del chile, fuente oculta que anima su materia y prolonga su vida, igual a la luna, imagen del vientre-crisol de las vidas que nacen, se multiplican y hacen la eternidad de su raza. Por ello, en su idioma, el chile y la luna tienen el mismo nombre: "Ik".

Y así viven, luciendo la gracia de su traje típico, abnegados al destino de la frustración máxima de sus mayores, pero firmes en su fe, iluminados por su esperanza en un día redentor anunciado por la sabiduría de sus brujos.

II

EL ARBOL DE LOS CORAZONES

Primer Premio y Medalla de Oro en los Juegos
Florales de la ciudad de Escuintla. Feria Departamental de Concepción.—Año de Gracia de 1949.



*

QUIERO contaros una vieja historia de guerras indianas, de ansiedades supremas, y de odios en que envolvióse un trágico amor...

Sucedió en esta tierra.

Hombres que la recordaban la escribieron para eternizarla; mas, en su tiempo, lo hicieron con caracteres misteriosos que huyen de la comprensión de la cultura actual, porque ambos sucesos —el drama acaecido y su perpetuación en el lenguaje de las letras—, sucedieron hace muchos siglos.

Los labios de los hombres no la cuentan, ni sus ojos saben leerla en la narración eterna, porque en sus mentes el recuerdo de la historia y el idioma de los mayores se ocultan con tinieblas de olvido, hijas del esfuerzo de los siglos con afán de borrar nuestro signo racial.

Sin embargo, aunque la ignoren, los hijos de la raza pura, los hombres que descienden de ella y los que a sus lares han venido

* La fuerza del arma había conquistado tanto, que un día también quiso apropiarse del amor; y las doncellas de la estirpe de la belleza inicial, pusieron resistencia porque el amor, desde el comienzo, sólo sabe entregarse a la ternura. (Pág. XXXVII, Códice Maya, en Dresden.)

con alardes de culturas superiores, todos, estando en ella, cumplen el viejo mandato que nació en esta olvidada leyenda indiana.

Y sólo la tierra, con idioma y fe eternos, no huye a su recuerdo sino que, como en aquellos tiempos, con amor inagotable da año con año, evocadoramente, la imagen del gesto triunfal de una tribu desaparecida en sacrificio heroico, propio de los mitos solamente vividos por los dioses...

I

SUEÑO DE LAS DIOSAS



LA VISION inmensa de su lecho no podía ser vista por los ojos de los que nacieron pegados a la tierra. Era privilegio sólo para los ojos de los seres que volaban; los que no tuvieron manos para acariciar la tierra, porque les nacieron alas para acariciar el cielo.

Sólo las aves, reinas del espacio, podían ver el gigantesco lecho de las mujeres-diosas aprisionadas en un sueño eterno. . .

Ondulación de caderas majestuosas. . . Pechos turgentes, emanadores de savia cristalina. . . Planicies de vientres fecundos, germinadores de la pradera y del bosque rumoroso. . . ¡Cuerpos de tez rosada que se nutrió en el barro; o tez morena quemada por la lumbre del sol costeño; o tierra negra con fertilidad pujante que alimenta selvas!

Cuerpos morenos, tibios y sabrosos, donde se acunan llanos, cumbres gigantes y abismos insondables. . .

Diosas que duermen eternamente, disputadas por el celo de dos azules enamorados: el azul del cielo que las acaricia con los céfiros de sus mañanas rosadas; y el otro azul que las tiene aprisionadas en sus playas, acariciándolas en su falda bordada con encajes de espuma y de nácar, rugiendo en su seno cuando siente celos de perderlas. . .

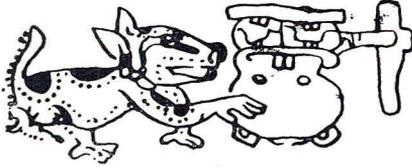
Diosas cautivas del azul marino, enamoradas del celeste azul.

Que en sus lagos mantienen abierta la pupila para extasiarse en él. Que en el cráter del picacho pliegan la comisura de sus labios para ofrendarle el fuego de sus besos. . .

.....

* Letra compuesta, de escritura ideográfica: contiene signos del viento, de la germinación y de árboles frondosos. (Pág. LXVI, Códice Maya, en Dresden.)

LA CUMBRE



SOBRE las caderas y el busto
ondulante de la diosa que recos-
tada duerme en la pujanza de su
carne joven, tierra negra y vo-
luptuosa, ¡cordillera majestuosa
tendida en el dosel del continen-

te virgen!, nido tibio de los cedros y las caobas, del roble y las
ceibas que nutren la jungla donde se mecen los vientos; allí halló
el vientre fecundador la fauna, crisol encarnador de la fertilidad
lujuriente. . . ¡Allí brotó la vida de una fauna propia que habla
del feraz milagro de la tierra negra!

Y allí formó su estirpe bravía la tribu descendiente del dios
Hunahpú, Señor de la Cerbatana. . .

Los nutría la selva hecha carne en sus aves.

Por eso nacieron sus hombres con ansiedad de alturas, hijos
de la cumbre.

Sus primeros dioses les habían enseñado a comer palomas
derribadas con las cerbatanas; pero las palomas y los pájaros eran
cántico alado y pronto entendieron que las almas que cantan, las
almas con alas hermanas de las nubes, más nutren nuestra vida con
sus melodías y nos alientan cuando estamos tristes; ¡no debían
matarse!

El roble fuerte no mata las aves, sino las protege y les da
su albergue. Y ellos, hijos de la cumbre, tenían que ser como el
roble; ¡como el roble y la ceiba que extienden sus brazos para
recibir al ave cuando regresa de su viaje al éter!

Entonces el ave, por ser buenos con ella, les enseñó a cantar,
y ellos aprendieron a hablarse con cantos hechos palabras. . .
¡Palabras! Idioma, dialecto, ¡cántico de los seres que no tienen
alas! . . .

Los hijos de la cumbre —hermanos del roble—, de brazo y
de pierna ágiles, vieron cómo el tigre devora venados¹ y aprend-
dieron a comer la carne dura que los hizo fuertes. Esta visión les

* El hacha de pedernal inició sus desempeños en la caza, dadora de abundante
carne, alimento que inspiró la creación de la olla. Dos signos Kat —representando la
red de maíz—, hablan esa abundancia. Rey de la caza fue el tigre, Balam de la selva.
(Pág. XXXVII, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

1 Nombre común de varios cérvidos americanos.

dijo que el tigre es el jefe de los devoradores; ellos entonces hicieron su jefe, al que llamaron "Balam", con esas palabras que les habían enseñado a decir las aves.

Y fue el "Balam" de esta tribu aquel hombre que venció al "Balam" de la sierra. Como el tigre indomable, nació rey cuando la fuerza del brazo y la agilidad de la pierna vencieron a la garra feroz.

La insignia del tigre eran las filosas uñas, y el poder de este otro rey se simbolizó en ellas.

Un collar de uñas —¡de uñas de tigres vencidos por él!— le dieron la insignia de su autoridad. . .

Así nació el primer "Balam" de la tribu brava.

Su dignidad no fue "Rey" —Señor con corona—.

Llamáronle "Ajau", Señor del Collar. ¡Señor de la tribu de los hombres-tigres, los de la garra fuerte contra quienes nada se oponía; porque su vida, su alimento y su fuerza era la muerte de los seres que abatían!

.....

LA ESTIRPE GUERRERA



*

CUANDO la tierra se fue poblando de muchas tribus, siglos después, sobre la ancha meseta de una alta cumbre sentó sus reales un nuevo pueblo.

Eran descendientes —o tenían alma parecida a aquéllos— de los hombres-tigres.

Eran hijos de la cumbre y vivían en ella, mas no eran solamente hombres que derribaban y vencían fieras: eran, ahora, la tribu guerrera que derrotaba a otras tribus con el arma del chay y la vara tostada. Estaban

en su mano la obsidiana cortante y los pedernales extraídos de la roca.

* El ser cuya acción causaba la muerte, lo estilizaron con una máscara de calavera. Esta figura tiene en la mano el signo del Kin —del sol— es decir, que causar la muerte era su luz, su pensamiento. (Pág. XV, Códice Maya, en Dresden.)

Eran, como aquéllos, hombres que vivían la vida sembrando la muerte.

Habían aprendido a cantar; mas no cantaban la canción de la aurora hecha trino; los suyos eran cantos de guerra cuando atacaban y cantos de triunfo cuando vencían. . . . Cantos de muerte y de llanto para los vencidos. . . . ¡Hicieron que el canto se volviera queja cuando estamos tristes, vencidos en el amor o en la vida! . . .

Pensando en la muerte que para ellos era vida, ejercitándose en la lucha como ocupación vital; cultivando el odio que para ellos era siembra y cosecha de combates y triunfo, sus rostros fijaron en sus líneas el gesto agresivo, la mirada hiriente, los labios contraídos, el pómulo endurecido, el mentón saltado . . .

Su paso se volvió fuerte, su actitud provocativa, los brazos nudosos y nervudos, ¡todo en ellos hablaba lo que hacía su vida, lo que acariciaba su mente: la Guerra.

Orientada así su existencia, todo lo que les rodeaba fue hecho como ellos. Así formaron el cultivo de lo hallado en su ambiente.

Sus hembras —hembras de guerreros—, tenían el gesto, la mirada y el alma propia de ellos. Entre sí, en esas formas, se moldeó su concepto de lo bello y lo atractivo, así descubrían la caricia dulce y la luz del ensueño.

¿Por qué aquellos ojos que sueñan la muerte no habían de hallar bella la mirada torva? ¿Por qué el que maneja la obsidiana y el pedernal hirientes no iban a sentir suaves, con suavidad de seda, los cabellos lacios? ¿Acaso no es bella la breña áspera y la liana nacidas en la selva?

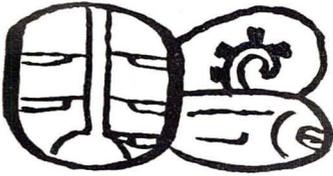
¡Ellos se atraían, se querían como se quiere todo lo afín, hermano en la misma naturaleza. El amor estaba en ellos como en todo; y su ambiente, su vida misma, había así formado su sentido estético! El convivio de sus personas, el trato de sus almas, habían formado en su gusto el sentido de lo bello.

E igual que en las hembras, en sus niños nacían, transmitidas, sus ideas, sus sentimientos y sus formas.

Era, su conjunto, la naturaleza de una tribu.

II

LA LLANURA



ALLA abajo —en la costa—, en los llanos tendidos sobre tierra morena —tierra fértil y pujante como el vientre germinador de otra diosa que duerme con la cara al cielo—, se había asentado otra tribu para fundar su pueblo.

Sus hombres hurgaron en la tierra suave y la hallaron buena. La hallaron que olía, al caerle la primera lluvia, ¡como huelen sabroso las mujeres mozas que vuelven del río!

Esa tierra fértil era engendradora de una vida cuajada de aromas. De su entraña brotaban, abundantes y sabrosas las frutas llenas de jugo y las flores plenas de colores.

Estaba bañada por ríos y arroyos. Sus campos verdes, extensos y planos, daban nido e imagen a las alas soñadoras de la esperanza.

¿Pero no era, esta costa, parte de aquella tierra, de aquella diosa sobre cuya cadera ondulada había surgido la cordillera y la sierra?

No. Era otra diosa.

Ella ofrecía, en las galas de su horizonte, la figura erguida y solitaria de sus volcanes, pechos ebúrneos donde el sol hiere los bosques reverdecientes con oro de plumajes.

Pechos que tiemblan y se estremecen; pechos de india morena que duerme con el pelo destrenzado sobre el seno, ¡con el pelo suelto y ondulante, que entre el jade de sus praderas se convirtió en ríos de luciente pedrería! . . .

Duerme lejos del celeste azul y de la nube blanca, ilusión que arrulla el sueño de la cordillera recostada en la gris y lejana mansión del frío; porque ella en cambio recibe los besos ardorosos del sol del trópico, se baña en los chales de la lluvia y duerme arrullada por las canciones del azul del mar.

* Letra compuesta con signos del rayo y sobre una forma de fruta alargada la figura de la hoja y la flor. Expresa germinación. (De un texto maya en la Pág. LXVI, Códice Maya, en Dresden.)

LA TRIBU MANSA



EL constante florecer de la tierra embriagó de bellezas la vida de los hombres de esta tribu que en las planicies encontró el asiento feliz para su pueblo. Y las manos de sus hombres sólo se dedicaron a trabajar la tierra, a sembrar semilla y a cosechar mazorcas opulentas; ¡frutas que pronto comenzaron a asomarse en los cuerpos de los que se nutrían con ellas!

Pensando con amor en la tierra, su mente forjó sólo pensamientos de amor en sus hombres. En ellos nació la mirada suave, la sonrisa cariñosa y el rostro tranquilo, lleno de paz.

Hermosos sus cuerpos, dulce su palabra, cariñosa su mano. Hombres mansos que sólo manejaban armas para remover el suelo y hacer el surco. Manos empuñadas sólo para derribar el árbol o para arrancar la hierba mala que estropeaba sus siembras.

La sabrosura de las frutas también asomóse en sus mujeres. El jocote tiñó sus labios, la sandía sus mejillas, la mazorca les dio pelo ondulado, brillante como la ola que contempla la costa; su cuerpo nació erguido y delicado como la caña, moreno y dulce como la carne del chico. . .

Labrando la tierra, esa tribu mansa formó la casta de los labradores; sus brazos se movían para sembrar la vida; ¡diluían sus manos las caricias del bien! En sus hijos brilló el fulgor de la aurora, y en sus doncellas se encarnó el poema del celaje dormido, el azul que soñaba y el encanto del jade.

¡Era el pueblo risueño, el poblado feliz, asentado en las llanuras cuajadas de verde vegetación donde anida y fecunda la esperanza!

Ignoraban los odios y la vida carnicera de la otra tribu; la tribu vecina que en la cumbre vivía de la guerra. . .

.

* Luciendo collar de esmeraldas del jade, con atavíos que le coronan la cabeza con símbolos de flores y frutas, la bellísima Yun Kax, diosa de la agricultura, tiene en sus manos un trasto de arcilla —símbolo del cultivo— del que salen las hojas estilizadas de la milpa, dadora del maíz vital. (Pág. XII, Códice Maya, en Dresden.)

LOS DOS PUEBLOS



ASI habían fundado su predio dos tribus con vidas distintas. Entre las breñas de la cumbre, los guerreros sangrientos; los cultivadores del chay y la vara tostada; los que se extasiaban en la visión roja de la carne herida, enamorados de sus hembras guerreras con rostro agresivo, y de sus hijos que pequeños ya arrojaban varas hirientes...

Y en las llanuras apacibles y sonrientes, los cultivadores de la tierra; los que se extasiaban en la majestad de los sembrados y en la belleza de sus doncellas preciosas...

III

LA VIDA DISTINTA



CIERTA vez —quiso el acaso—, los hombres de la cumbre en la lejanía vieron que de las llanuras se levantaban columnas de humo... Según ellos, era señal inequívoca de la presencia de otra tribu encendiendo fogatas guerreras...

Los labradores que rozaban sus tierras, preparándolas para nuevas siembras, confiados y gozosos veían consumirse en las llamas la zarza y la hortiga, limpiando nuevos llanos para hacer más surcos...

Los labradores que rozaban sus tierras, descubrimiento del humo lejano. Y el Ajau envió hombres que bajaran a la llanura y supieran el motivo de aquel fuego que hablaba la presencia de otro pueblo extraño.

* Aunque las madres guerreras eran la expresión de belleza que encarnaba y multiplicaba su tribu, sus hijos nacían, crecían y su mente se formaba y aureolaba con ideas de muerte. (Pág. XVII, Códice Maya, en Dresden.)

** El dios maya-quiché del campo, lucía collar del saber llevando la bolsa del copal que al arder pedía la lluvia. Su cabeza tenía halos de pensamientos adornados con hojas y flores; y en sus manos sostenía un trasto de arcilla, conteniendo frutos para el sabroso comer. (Pág. XII, Códice Maya, en Dresden.)

Ocultos por la hoja y la rama de los parajes, en el día; y por las sombras, en la noche, sus enviados se deslizaron como fantasmas por senderos escabrosos, improvisados en los escarpados accidentes que ofrece el descenso de la cumbre, a veces hacia la llanura, y a veces hacia el abismo. El salto ágil y la mano presta les brindó puente para pasar de un cuerpo a otro; del cuerpo de la cumbre al cuerpo de la tierra morena donde se tienden los llanos.

Sonriente y cariñosa, la llanura vio pasar en silencio el desfile cauteloso. Les brindó su noche tibia, aromada con sus sauces y arrullada con sus ríos.

Al despuntar el día y llegar a su objetivo, los ojos exploradores hallaron un cuadro inesperado. Paisaje y vida desconocidos. ¡No habían fuegos guerreros! Aquel era un pueblo de fogatas alegres, recinto donde el trabajo es cántico, donde las siembras florecen exuberantes y donde los hombres están inclinados sobre la tierra, limpiando la hiedra y removiendo las entrañas ubérrimas que esconden la vida.

¡Oh, qué extraño contraste! Los que viven del terror y la muerte, entre breñas que cultivan el odio y la zozobra, embriagaron sus ojos en la vida distinta. . .

Sus vecinos, los autores de aquellas columnas de humo que alertaron su desconfianza, no eran hombres de semblante severo, ni mirada agresiva; sino hombres felices, con existencia sincronizada por el trabajo, la fraternidad y la devoción a la tierra. ¡Esta tribu tenía plena paz en su vida!

Sus hombres amables gozaban la bondad y el cariño; ¡la gracia era gala en sus lindas doncellas!

Atraídos por el asombro dejaron el escondite y llegaron a ellos. Fueron inesperados visitantes que supieron en la suavidad de sus vecinos ese dulce y grato regalo del recibimiento amable, de la frase cariñosa y de la mano obsequiante. ¡Frutas de la costa en sus labios! ¡Chorros de jugo y dulzura en sabores nuevos, nunca soñados en la cumbre! . . . ¡Cuán distinta vida! . . .

Pero más dulce que todas las frutas, era el dulzor de la mirada de sus doncellas, la gracia de sus cuerpos preciosos y el embrujo que iluminaba sus pupilas. ¡Eran fuego que prendíase en el corazón y hacía arder las llamas quemantes del deseo!

Atraídos por columnas de humo salidas de un fuego fertilizador, sus ojos habían ido a encontrarse con otro fuego que prendíase en ellos y ya comenzaba a devorarlos. . .

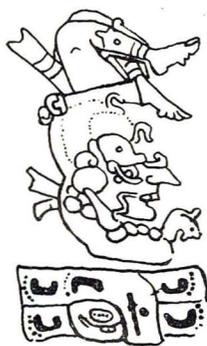
Todo era, allí, raro a sus ojos. En los niños la inocencia brillaba con destellos de amanecer. ¡También ellos sabían con el dulzor de las frutas!

¿De dónde había venido esta tribu de seres amables?

Y esto más vieron sus ojos: más que la belleza de sus semblantes y la gracia de sus cuerpos esbeltos, la virtud y el candor eran el alma en la visión soñada de sus doncellas morenas...

Los venidos a investigar las fogatas lejanas habían descubierto un tesoro: ¡el delicado vergel donde se cultivaban las flores cautivadoras de la mirada y del corazón!

CUANDO EL HOMBRE SE MIRA A SI MISMO...



*

Y ASI, dejando el corazón con ellas, hubieron de volver a su reino, al lar de su tribu, con la noticia del gran hallazgo: el rincón donde se cultivaba la vida, que es la fruta jugosa, y la belleza, que es la palabra amable y la mujer bonita.

Los que en la cumbre eran señores de la guerra, siempre caminaron altivos y desafiantes, austeros y retadores. A la llanura llegaron cautelosos en atisbos de presa; y de ella volvían desarmados. Ahora caminaban, por primera vez, pensativos y conmovidos. No iluminados por el sol que hace los días y enseña los caminos, sino alumbrados por los recuerdos que hacen vivir el ensueño.

¡Oh, el recuerdo de la mujer preciosa, grabada en el corazón...! ¡La ilusión nacida cuando hallamos la fuente del ideal encarnado en ojos soñadores y en la gracia del cuerpo que emula la gracia de los lirios!

Era aún más su deslumbramiento: ¡habían encontrado una tribu de alma y vida superiores! Y pensando en ella, consigo mismo se dolía su queja mientras ascendían sobre la dura y escarpada cumbre del regreso. ¿Por qué, ellos mismos, se sintieron fieros ante el rostro afable y el mirar cariñoso de los labradores? ¿Por

* Para narrar la confusión producida en el hombre por una sorpresa, los escritores mayas dibujaban a éste con los pies en alto. Este aparece sobre un camino donde la huella de pies en direcciones opuestas hablan el desconcierto del caminante. (Pág. XLI, Códice Maya, en Dresden.)

qué a ellos habíanle dado los dioses doncellas que ahora las sentían sin alma, sin sonrisa de bien, sin candor, ni virtud, ni bondad?

¡Oh, el dolor de los fuertes si descubren virtudes y tesoros ajenos que los hacen sentirse inferiores!

Así, humillados por el conocimiento de su propia fealdad, ante su Ajau llegaron a informar de su descubrimiento y a poner el dolor de una cuita:

—Los que están en los llanos y trabajan las tierras, poseen las más lindas doncellas. . .

LA RAZON DE LOS FUERTES



*

Y CONTARON de su modo de vida, de la paz de su ambiente, de la riqueza de sus tierras, de la inocencia de sus niños y de la arrobadora y embrujante belleza de sus mujeres. . .

Raras cosas, todas estas, que escuchaba atento el Señor de la Guerra. No las conocía, ni podía comprenderlas. Sus ojos vagaban entre laberintos de recuerdos buscando algo que tuviera

una belleza parecida a esta de que le hablaban sus enviados. . . ¡No lo había en su tribu!

Tal vez quiso olvidarlo, dejarlo pasar sin importancia, pero la pupila fue a posarse sobre la actitud triste y pensativa de sus hombres, transportados al ensueño de las caras morenas y bonitas de las reinas de la costa. Y el Ajau siguió pensando. . .

Pero a él no llegó más que aquello que había en él. Y oyendo y entendiendo la única voz que comprendía y sabía complacer —ánima de su gesto agresivo—, a sus hombres dijo:

—Triste está vuestra mirada y ausente tenéis el corazón. La tristeza que nubla vuestros días es sombra que va prendiéndose en los corazones y en corto instante nuestra tribu languidece. ¡Yo os advierto no ser de los guerreros abatirse en la angustia de un deseo!

* Los doseles de su trono —los dominios de este rey— habían crecido grandemente; pero su manto adornado con signos macabros decía que su poderío habíase agrandado causando la muerte de otros pueblos. (Pág. XXVIII, Códice Maya, en Dresden.)

Volved a la planicie ardiente en fogatas que embrujaron vuestra vida y dad al Señor de las Llanuras el mensaje salido de mi labio. ¡Decid que vuestro rey demanda se os devuelva la alegría del corazón que os quitaron con las llamas de sus fuegos; y pedid los secretos de ese fuego con llama oculta que marchita el alma de guerreros invencibles! . . .

Como si hablara consigo mismo, el rey siguió diciendo:

—Mi poder guerrero demanda poseer ese extraño y misterioso poder con que sus hombres y sus doncellas doblegan al alma altiva, rinden a sus pies a todo un pueblo y se enseñorean triunfales en la tristeza de los corazones heridos con fuegos de miradas que silenciosamente prendieron llamas devoradoras. . . ¡Mi poder urge la posesión de esa saeta invisible y certera! . . .

Después siguió instruyendo a sus enviados:

—¡Decid al Señor de las Llanuras cómo mi tribu pide la alianza de su tribu; la alianza de sus armas con las mías!

Y hablad la leyenda victoriosa de nuestro pueblo, la grandeza de su poderío y la fuerza invencible de sus armas triunfantes en las cumbres y en cuantas tierras alcanza la mirada. . .

Hablad la nobleza de vuestro rey que en son de paz —como nunca lo hiciera—, hoy demanda del Cacique vecino la amistad alentadora de sus hombres labradores y amables, el regalo jugoso de sus frutas y el tributo precioso de sus doncellas, que son alma de la tierra morena de la costa.

Que sus bellas princesas, con la gracia de su sonrisa y el fulgor de sus ojos iluminen la existencia de nuestros guerreros; y nuestras doncellas, alma de nuestra estirpe bravía, reciban los besos ardientes de sus varones, infatigables creadores de la fruta opulenta en el seno de la madre tierra.

Hablad de la nueva vida que vuestra ansiedad sugiere, en perpetua alianza de corazones y tribus; antorchas encendidas en el espíritu de dos estirpes, fundiéndose en la nueva raza con alma de lucha y trabajo, de valor y belleza. ¡Hablad del reino fuerte que vence con la fuerza del arma y también vence con la seducción de lo bello que anima en su ser y en su alma!

Tal mi mensaje a llevar; es la alianza que pido.

¡Y haced que bien sepa el Señor de las Llanuras la razón de la alianza pedida: mis guerreros lo quieren; y en mi reino ese anhelo es suprema razón! . . .

IV

LA ILUSION DEL CAMINO



PORTANDO en los labios el tenor del mensaje de su rey y en el corazón el presentimiento de su éxito, otra vez descendieron a las exuberantes planicies aquellos embajadores que a su paso dejaban ya marcadas las sendas para un frecuente futuro transitar . . .

Iluminaba sus mentes el inusitado entusiasmo de venir a demandar el tributo de amor y belleza que ya era esencia en su vida. Sobre su pecho traían lucentes collares que los proclamaban vencedores de reñidos encuentros con fieras terribles. Ornaban sus penachos las más preciosas plumas de las aves canoras que anidó el corazón de la montaña; y en sus manos llegaba el presente de su rey, cuya aceptación sería símbolo de la alianza de los guerreros de la cumbre con las seductoras princesas de la costa ubérrima.

¡Alianza, también, para fundir el alma de sus hombres hermosos en las doncellas guerreras que habían la bravura y eran menester la ternura diluida por las manos suaves y cariñosas de los creadores de la vida en el seno de la tierra! . . .

Camino sonriente, de ilusión y de ensueño; brevedad de la distancia, alas en los pies . . .

Al arder las luces del nuevo día que coronaba la jornada, otra vez los ojos preciosos de las morenas costeñas alumbraron sobre el corazón angustiado de los embajadores.

Entró la embajada al recinto del rey de los hombres mansos, abrió sus labios y expuso el anhelo de su rey y de su pueblo. ¡El anhelo que en ellos mismos palpitaba!

* La ansiedad del deseo crecía las barbas del mentón ambicioso de caricias virginales; mientras la cabeza se llenaba de ilusiones preciosas como joyas de lucente pedrería; que tal sería para ellos apoderarse de las seductoras doncellas de su ensueño. (Pág. LXVIII, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

LA RESPUESTA QUE NO ESPERAMOS



*

Y AL OIR el mensaje que cifraba cuanto el Rey de la Guerra pretendía quitarle, el Señor de las Llanuras respondió con firmeza a los embajadores:

—Ha escuchado mi oído cuanto vuestros labios traen de vuestro rey, ¡oh, valientes guerreros de la cumbre!, y sabed que no puede mi mano, ni mi corazón se inclina a complacer el deseo que acaricia vuestro pecho.

Mis doncellas nacieron de hombres que siembran la vida. Sus manos son blancas como las palomas que arrullan el nacer de la aurora y la luz de la tarde. ¿Cómo podría entregarlas al Señor de los hombres que siembran la guerra, que tienen las manos manchadas con sangre de seres que alentaron vida, hijos también de los dioses creadores, y es su existencia vivir del arma mortal?

¡Nunca podré darlas!

Ellas son el alma de una tribu mansa, de una tribu buena; la que jamás sembró un dolor ajeno, ni segó una vida; ¿no sabéis, acaso, que es nuestra tarea cultivar y acariciar la tierra? ¡Son tesoro precioso de mi tribu, alma de sus varones! De mis hombres mansos que jamás alientan el feroz combate que destroza hombres, chozas y poblaciones; los hombres buenos que nunca la tristeza empañó su vida y cuando alguno muere, es porque amó tanto que murió de amor...

A vosotros digo, ¡oh, valientes guerreros de la cumbre!, vuestro destino no es sembrar la vida sino llevar la muerte. ¡No podéis tenerlas! ¡Lejos de su tribu morirían de tristeza, porque fue a mi pueblo el mandato de los dioses cultivar la siembra, fecundar la tierra y vivir del bien!

.....

* El rey de mente creadora, posado en el suelo fecundo, e iluminado por pensamientos que hallaban la planta que alimenta y la planta que cura, dedicaba la acción de sus manos a cultivar el maíz. (Pág. XCVII, Códice Trocortesiano, en Madrid.)

ODIOS QUE ENCIENDEN LLAMAS



*

EL SOL de la tarde que alumbraba su regreso ponía reflejos sobre las obsidianas del arma y sobre el luciente plumaje de los penachos cuando alejábanse perdiéndose entre el verdor de los prados, hasta confundirse con la lejanía gris que conduce a la montaña; ahora más gris y más fría, porque sobre ellos caía la sabida penumbra de la noche y la otra penumbra de la tristeza, resultado de su embajada, hecho mensaje provocador para el altivo Señor de su tribu.

Cuando los guerreros de la obsidiana invencible pusieron ante su rey la enérgica respuesta del Señor de las Llanuras, el rostro de éste se nubló de ira. . .

¡El Balam de la tribu guerrera rugió con coraje que opacaba el rugir del tigre de la sierra!. . .

¡Aquellas llamas que habían encendido el amor en el corazón de sus guerreros venían ahora a encender en él las llamas del orgullo! ¡Inaudita osadía responder al Señor de la Guerra —el de garras sangrientas que asolaba pueblos—, en un tono que hablaba de leal entereza!

¡La soberbia y el odio ardieron en sus ojos! Aquellos labradores, con su mansa presencia, con la belleza de sus doncellas y con la inocencia de sus niños, habían dicho a sus guerreros que eran seres feos, ¡les habían clavado en el alma el dardo mortal de saberse inferiores!. . .

Ahora, la herida era mayor: el rey de esos hombres mansos le hacía saber a él, Señor de la Cumbre, que tenía las manos manchadas con sangre. . .

Furioso, se arrancó el penacho que ornaba su frente. Los relámpagos de una tempestad interna estremecieron las tinieblas de su corazón y, otra vez, ordenó a sus guerreros:

—Volved hacia el Señor de las Llanuras y hablad con el orgullo de la tribu: porque desechasteis su alianza en la paz, nuestro rey os reta a la guerra! Este mensaje os hace saber, ¡oh, Señor de las Llanuras!, la decisión de nuestro rey y de su tribu: entre-

* A más del orgullo y del odio en el corazón, cuando el Señor de la Guerra emprendía su marcha agresiva, en sus manos llevaba terribles aperos de muerte. (Pág. LXVII, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

garéis mañana —cuando el sol alumbre sobre nuestras cumbres— a vuestras doncellas, o las armas invencibles del Señor de la Guerra vendrán a arrasar vuestro pueblo y a sellar su vida con la esclavitud.

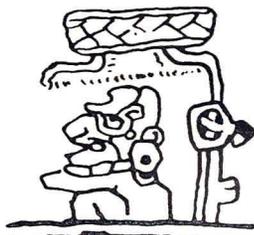
Nuestro rey lo ha dicho: si al acaso de las armas se aventura vuestra rebeldía, nuestras armas mortales doblegarán vuestro orgullo. ¡Y al venir la noche, la tristeza y el llanto estremecerán vuestro reino; el llano donde ahora sois rey escuchará las quejas de vuestros hombres vencidos, lamentándose con el triste llorar de los coyotes, en lúgubre aullido; y vuestras mujeres acrecerán los ríos con las lágrimas de su llanto! Sabed, ¡oh, Señor de las Llanuras!, que temblará la cumbre al rugir la guerra y se enrojecerán los llanos con la sangre joven de los labradores! . . .

Tal fue el mensaje del rey iracundo.

Triunfales, danzando en el gozo por la nueva guerra que les daría un botín soñado, los trágicos emisarios del Balam de la cumbre salieron a su destino portando la voluntad de su rey.

.....

MANSA SERENIDAD



*

—QUE la guerra sea, si es vuestro designio —respondióles con dignidad el Señor de las Llanuras—; mis hombres que miráis amables, tienen en el pecho corazones mansos; se formó su vida prodigando caricias y sembrando vida; mas si les disputan el dulce tesoro que les dieron los dioses en sus amorosas y bellas doncellas, ellos también en el campo sabrán empuñar las armas. . .

Y estad bien seguros, ¡oh, guerreros de la cumbre!, de lo que hoy os digo: ganaréis la guerra; mas el alma libre de los labradores y el amor sagrado de nuestras doncellas ¡jamás con el arma podréis obtenerlos! Sabed, oh, guerreros, que al pueblo que nace con el alma grande, no se le conquista con las obsidianas; ni las armas sangrantes le pondrán temores en sus corazones.

¡Caeremos todos, porque ninguno habrá de entregarse a sufrir la afrenta de la esclavitud! . . .

* Sereno en su ánimo, sereno en su paz, bajo el techo de su palacio el rey que ama la tierra se afirma en la fe de su vida. (Pág. LXXVI, Código Tro-cortesiano, en Madrid.)

Vuestro rey anuncia entintar los llanos con nuestra sangre joven, y sabed, oh, guerreros de la cumbre, que esa sangre es savia que fecundará la tierra. Ella nos da frutos; ella enciende el fuego que arde amoroso en nuestras doncellas, y ella nos espera porque somos suyos. . .

¡Y porque ella es nuestra no la dejaremos nunca!

Que la guerra sea. . .

V

ROJO AMANECER



*

TIBIO y sabroso levantóse el sol tras la cordillera. Diríase sonriente de su nuevo día con que otra vez enviaba sus rayos para alumbrar y calentar los corazones de los que habitan en la tierra. Pero apenas abrió sus pupilas para regocijarse en el brillante panorama de los valles cuajados de verduras, cuando su luz fue apagada por la nube de una sorpresa.

Sobre las ondulaciones de la vieja y gigantesca cumbre asomaban las varas hirientes de los guerreros, se agitaban los penachos, se escapaban de los pechos los gritos de combate y resonaban los ecos de los tunes cuyo ritmo conduciría las batallas.

Era la avalancha que se desgranaba sobre la llanura a sembrar la muerte y a arrasarse su pueblo. . .

Se cumplía la voluntad del Señor de la Cumbre, en arrolladora conquista que daría a sus guerreros el botín de las más bellas mujeres nacidas sobre la tierra.

El tranquilo poblado de los florecientes maizales se estremeció con presentimientos de muerte.

Amanecía su día sangriento.

* Eran tantas las armas de su equipo mortal, que la sola presencia de este rey en el campo decía la fatalidad asoladora que amenazaba a sus próximas víctimas. (Pág. LXVI, Códice Maya, en Dresden.)

El grito guerrero sacudió el apacible dormitar de sus valles; la alfombrada verdura de sus llanos estaba próxima a ser teñida con la ofrenda escarlata de sus defensores. . .

Al escuchar a los tunes bélicos de la avalancha que venía, los varones acudieron a ocupar su puesto. Los llamaba el honor de ser hombres y el deber de luchar por sus hembras —su más grande tesoro. . .

Sus armas de labranza ya no eran empuñadas para remover la entraña de la tierra y preparar el seno de la semilla grávida. Ahora eran armas prestas a defender la tierra de donde siempre brotó la planta de la fruta sabrosa, ¡iban a clavarse, sembrando la muerte, en la carne ardiente del atacante atrevido! . . .

También de sus labios salió el grito guerrero; mas no el grito del luchador en batalla injusta, sino el grito del coraje santo de quien defiende lo suyo y lo que es más grande en su vida: ¡la posesión de sus tierras y la existencia de su libertad!

CONSIGNA INVENCIBLE



*

Y SU REY que era sabio, no se turbó en su corazón. Dispuso las defensas, preparó sus combates y, cuando en los aldeaños del poblado sus hombres habían salido a los llanos para contener a los agresores, en el recinto de su corte reunió a la reina y a las matronas ancianas —reinas en la experiencia— coronadas de años y sabiduría que sabían elegir el bien y el mal. Porque fueron ellas las que siempre velaron cariñosas por la felicidad de su tribu, las que habían forjado el alma candorosa de sus doncellas, así como el rey había forjado la dulce mansedumbre de sus varones.

Y sabiéndose cerca del instante supremo, a ellas dijo: —La lucha nos llama a los hombres al campo; defenderemos la existencia de nuestra tribu y moriremos por ella. ¡Por defender a nuestras doncellas y lavar la afrenta de la propuesta indigna! A vosotras señala el deber, la obligación de proteger la honra

* El que se sabía justo, sólo llevó el arma sencilla en su mano, la serenidad en el espíritu, y buscó su apoyo y su fuerza en el asiento granítico de la confianza en sí mismo. (Pág. XXXIV, Códice Maya, en Dresden.)

de nuestra buena estirpe. Que sea, el vuestro, como el sacrificio nuestro: velar por la pureza de la tribu mansa, de la tribu bella; la de mujeres puras.

Tal es la lucha que nuestro pueblo enfrenta; y si en ella pierde, si su último hombre cae en la batalla sostenida, elegid y señalad vosotras el camino que conviene al futuro de nuestras doncellas; o la entrega afrentosa y la servidumbre bajo quienes señalaron el sacrificio de nuestros varones —¡de vuestros hijos!—; o el sacrificio de darse a los dioses, con gesto altivo que ni el dolor doblegue.

¡Cuidad, reinas y señoras de la tribu, vuestra obra: vosotras fuisteis las forjadoras del alma de nuestras princesas y doncellas, para que fueran flores en la tierra; sabed elegir, en el instante de la prueba, el camino que ahora las forje y santifique flores de los dioses!...

VI

CAUDA SANGRIENTA



UNO y otro día levantóse madrugador el sol para ver desde la cumbre el curso de la batalla. El eco de las montañas se estremecía con el incesante redoblar de los tunes, despertando el coraje de los luchadores y conduciendo la furia de sus embestidas...

Uno y otro día vio teñirse las esmeraldas de los llanos fértiles con los rubíes de la sangre generosa que regaban las saetas del agresor impulsivo... y seguía su marcha el sol, con la tristeza de ver cómo los fuegos del orgullo y del odio apagaban los fuegos fertilizantes que otros días había visto encender a los labradores, cuando cantaban alegrías y esperanzas de cosechas en la dulzura de su paz...

¡Había visto que en las ramas y follajes de los bosques ya no estaban, en aquellas mañanas trágicas, los pajarillos que loan

* Con el hacha de pedernal que antes le sirviera para limpiar malezas del monte, en una mano, y portando en la otra la bolsa del copal con que ardería la oración de su palabra sabia para hacer la lección eterna, este rey salió al campo a defender su tierra. (Pág. XXXIX, Códice Maya, en Dresden.)

la vida con sus gorjeos; ahora eran las armas silbantes que iban a clavarse en los boscajes, buscando vidas donde sembrar su punta mortal!

Los que fueron mansos labradores, ahora con ardor y rabia oponían su esfuerzo para castigar a sus atacantes injustos. Sus armas ingenuas sólo eran mortales por la bravura y la indignación de las manos que las manejaban; no avanzaban en el combate, mas tampoco retrocedían. Con el pie firme en la defensa de su tierra, al impacto del arma caían, uno a uno; muchas veces asidos de enemigos a quienes alcanzaron en luchas cuerpo a cuerpo y en ansias de la muerte y del coraje, estrangulaban y se llevaban en viaje conjunto hacia la muerte.

La lucha parecía superarse por la decisión de los que eran baluarte de su pueblo y de su libertad. Se había llenado de asombro la luz del primer día; pero los guerreros, armados y expertos, al fin doblegaron, al caer la noche del segundo día, el espíritu altivo y la resistencia de las armas sencillas de los labradores de la tierra. ¡Ya el sol se había ido! . . .

La tribu mansa moría con el día; el campo florido habíase vuelto alfombra sangrienta; los que otrora sembraron semillas para hacer la vida, al caer heridos, en la tierra ponían su último beso, porque ya llegaban a dormir en ella. . .

LA DANZA DE LA MUERTE



*

EN EL lado opuesto, las sombras de la noche fueron saludadas por el sonar de los cuernos y los tunes que anunciaban el triunfo de los guerreros de la cumbre.

Donde antes habíanse encendido las fogatas de las rozas, ahora se encendían las fogatas de las danzas triunfales con que la tribu vencedora celebraba la bravura de sus luchadores.

El poblado estaba circulado por la danza y los cantos de triunfo, círculo humano gritando en la embriaguez de su éxito la espera de la aurora para entrar al poblado y tomar su botín en haberes, en esclavos niños y en doncellas preciosas que eran toda su ambición.

* Guerrero que bate con las manos, sobre un tun, el ritmo de la danza del triunfo sangriento. (Pág. XXXIV, Códice Maya, en Dresden.)

Las manos que golpeaban sobre el tun, regaban en la llanura un ritmo trágico para los vencidos.

La danza triunfal de los vencedores decía bien claro a quienes estaban en el poblado que ya eran conquistada presa, sólo esperando un amanecer en que no vendría la luz de otros días sino la tiniebla de su esclavitud.

Y en el corazón de ese pueblo vencido, medrosas y atormentadas estaban ellas, las doncellas y las princesas, próximas al comienzo de un trágico destino provocado por la belleza de su rostro, por el fuego de sus ojos, por la atracción irresistible de su dulce mirar. . .

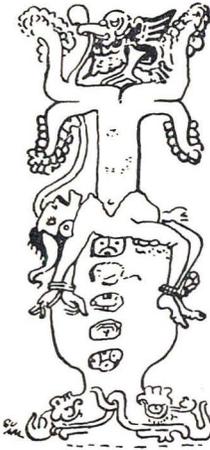
Por los que cayeron —mientras en la danza vibraba la canción victoriosa— en sus ojos ardía la ansiedad del llanto. . .

En la noche oscura, las tinieblas eran las únicas que acompañaban en su ritmo aquel frenético bailar de los vencedores. . . enloquecidos de alegría en la danza de la muerte. . .

El tun seguía con su cantar de ecos, de ecos que para las doncellas del pueblo fueron un triste canto de dolor y angustia. . .

VII

LA BATALLA HEROICA



*

ABATIDA en la lucha la tribu y su rey, la reina y las matronas ancianas tenían un mandato que cumplir. Lo dejó el valeroso Señor de las Llanuras que ya había hecho su jornada.

Ahora tocaba a ellas apurar el sacrificio, antes que viniera el sol a alumbrarlas en la esclavitud y en la vergüenza de no haber aceptado su misión de reinas. . .

Graves y serenas, silenciosamente condujeron a las princesas y las doncellas al corazón del pueblo, donde se alzaba en plena plaza, ahora bajo las sombras de la noche, la silueta gigante de un árbol frondoso.

¡Había llegado el instante supremo de su

* Bajo el frondoso árbol de la vida —el yaxché— en el ara de los sacrificios, las doncellas de la tribu ofrendan el tributo de su lealtad a la virtud. (Pág. III, Códice Maya, en Dresden.)

gran dilema: o la odiosa afrenta de vivir esclavas de los vencedores de su propia tribu, o el glorioso gesto de morir altivas, ofrendadas en aras de los dioses!

—¡Morir, y ser sólo de los dioses! —fue la respuesta de sus labios.

La reina y las nobles ancianas estuvieron prestas a cumplir su designio: brilló la obsidiana de cortante y mortal designio. Y firme la mano, sereno el espíritu, fue tomada la primera de las doncellas y puesta en el lecho de piedra —ara de los sacrificios—. Al ser abiertas de su pecho las carnes morenas saltó palpitante un corazón de virgen. . .

Ceremonia augusta, silenciosa y heroica.

Silenciosamente en aquel sacrificio, sin que el dolor hiciera exhalar el más leve gemido, todas las doncellas ofrecieron el pecho immaculado y el pedernal arrancaba corazones que las manos sacrificadoras prendían de cortos bejucos y con ellos iban formando racimos que latían vida como las estrofas de un himno.

Así llegó el turno a la última princesa. Su corazón fue a sumarse a los del último racimo y la noche selló con su silencio el gesto de una altivez tan grande como la virginal belleza que vivió en ellas.

Al quedar ya solas, la reina y sus matronas, perleantes sus ojos, con trémulas manos tomaron aquellos racimos de corazones vírgenes, y amorosamente los fueron prendiendo en las altas ramas del árbol, único testigo de esa gran tragedia que extinguió a una tribu.

Una y otra rama recibió orgullosa el gentil regalo con que el valor y la pureza de una tribu mansa se ofrendaba en el gran holocausto de su noche sublime.

Y el árbol frondoso se erguía en la noche como un sacerdote alzando sus brazos, quien con manos temblorosas ofreciera al cielo la gran ofrenda. . .

Esos corazones amanecerían como una sorpresa al venir el sol, para ser bañados en su luz dorada y decirle el gesto de su castidad. . .

Las princesas, la reina y las matronas ancianas de la tribu abatida, habían librado la batalla postrera de su rebeldía.

El mandato de su rey habíase cumplido.

Su vida material se había apagado, porque ahora ya serían, para siempre, luces del recuerdo en la historia luminosa de su tribu.

VIII

LA ENTRADA TRIUNFAL



ANSIOSO, casi con angustias, vino otra vez el sol para alumbrar los llanos y ex-tasiarse en el curso de la lucha brava.

Mas ya no encontró guerreros en jornadas bélicas.

Con lúgubre y espantoso aspecto, los llanos estaban cubiertos de hombres caídos en una muerte que parecía sonrisa. Y, rodeando el poblado, los guerreros, rendidos de danzas y cantos, durmiendo el cansancio, el agotamiento de su inmenso triunfo.

El sol llegaba para despertarlos. Y los despertó ansiosos por cobrar su presa . . .

Con gritos ensordecedores invadieron las chozas . . . ¡Estaban vacías! ¡Todo era silencio, con paz sepulcral!

¿Dónde estaba el botín? ¿Dónde se hallaban las princesas del ensueño? Furiosos, con ahogada ansiedad, los vencedores corrieron hacia el corazón del pueblo, donde majestuoso se levantaba, sonriente y frondoso, un árbol . . .

¡Allí estaba el botín! Bajo la gigantesca fronda se hallaba una pirámide de cuerpos inermes . . . ¡Y una visión roja: entre los ramajes que se alzaban con ansiedad de cielo, la clara mañana mostraba las galas de nutridos racimos en que pendían sonrientes y triunfadores los corazones de las doncellas que fueron su máxima ambición!

Cariñosamente el sol los teñía con su luz y los encendía en los rojos anhelos de su fuego, de su pasión y de su sacrificio . . .

* El arma mortal de la guerra hirió certera en el luchador inexperto, y el gesto altivo de una tribu creadora se cubría con las sombras de la muerte. (Pág. I, Códice Maya, en Dresden.)

¡VENCIDOS, DERROTADOS!



PERPLEJOS, vencidos, amedrentados, los guerreros que habían agotado en la embriaguez de su triunfo toda la alegría que rebotó en su alma, ya no movieron los brazos para disparar el arma homicida y derribar a los mansos labradores que defendieron sus lares, ¡ahora se alzaron sus brazos para cubrirse la mirada, ocultar el rostro, y salir huyendo en busca de los senderos que los llevaran a los empinados ascensos del regreso hacia la cumbre de su amargura!

A su Rey llegaron a poner la queja de la cruel derrota: sus manos guerreras habían abatido las armas ingenuas y el esfuerzo de los labradores; mas acontecía que con sus armas que siempre pusieron terror en los débiles y hacían esclavos a pueblos humillados y abatidos, en esta ocasión no pudieron vencer el espíritu libre y altivo de aquellas princesas que abrieron el pecho y se arrancaron el corazón para hacer la gala con que un árbol frondoso ofrecía su sacrificio al cielo. . .

El Señor de la Guerra, ¡el Balam de la Cumbre!, quedó perplejo al saber —de un triunfo— tan extraña historia.

Y quedó pensando. . . meditando mucho. . .

Nunca, como en esta vez, fue tan sombría la mirada que vagaba en sus pupilas. . . ¡Sus armas triunfales habían sido derrotadas por las princesas morenas que en los ojos tuvieron fuegos que hacían arder los corazones, y ahora sus corazones mismos vencían y humillaban el orgullo de su tribu ofreciéndose al cielo y dejándoles la fría vestidura de su cuerpo inerte! . . .

¡Oh, terrible lucha interna sostenida entre el propio orgullo y la victoria insuperable de aquello que se ha ido, que se ha escapado de nuestras manos cuando ya era nuestro! . . .

Como sus guerreros, quiso levantar su brazo para ocultar el rostro y no ver la visión interna que le llevara la queja de sus vencedores vencidos. . . Mas en ese instante se iluminó, con sonrisa tenebrosa, amarga, su rostro de bronce. . .

* También los brazos atados a la espalda del propio cuerpo, dicen la derrota de quienes el orgullo no les permite comprender la grandeza de las victorias de la virtud. (Pág. XXXVII, Códice Maya, en Dresden.)

Tal vez había comenzado a comprender la grandeza de ese gesto que humillaba el prestigio de su afán guerrero. . .

Y exclamó iluminado:

—¡Yo también quiero deleitar mis ojos en esa visión roja de los corazones inmolados! ¡Guerreros de la Cumbre: volvamos a las llanuras a cobrar el precio de nuestra victoria! . . .

Acaso el orgullo y el odio le habían dado una inspiración siniestra, superior al sacrificio de aquella tribu invicta. . .

IX

ENSEÑANZA OBJETIVA



*

Y DE LA misma cumbre por donde bajó la avalancha destructora de la guerra, en la nueva mañana descendía, llenando los senderos, un nuevo cortejo. Músicas distintas prendíanse en el viento para ir a regarse en las lejanías de los llanos desiertos.

Proclamando la presencia de su Ajau, sonaban los tunes y las chirimías; se animaba el camino, un cordón humano bajaba ondulante como serpiente enorme, ¡la tribu entera venía, con el asombro y un helado presentimiento en los labios!

Los hombros de recios varones traían el anda del Señor de la Guerra en desfile hacia el campo enemigo, a donde por primera vez iba a ver los despojos de una victoria que se tornó derrota. . .

Al mirar el árbol y entender el llano, aquel rey sombrío comprendió el gran gesto. ¡Efectivamente, era ese árbol un trono de corazones que arrancó el coraje de sentirse esclavos! ¡Y quedó extasiado! . . .

El sol los doraba tanto, que más creíase corazones de metal bruñido en los fuegos sacros.

* Llevar una espiral en la mano, era escribir que llevaba una duda enrollada en el corazón, hasta que tomando forma de humo que se eleva, se volvía pensamiento que aliviaba su pena. (Pág. LXXXII, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

Internamente, el rey guerrero, se sintió vencido por el sacrificio que humilló a sus armas y a su orgullo. No había sabido que aquellas princesas de mirada dulce, no se doblegaban con armas mortales. . .

¡No había sabido que ellas se entregaban amorosamente sólo cuando con dulzura las conquistaba el amor!

.....

REVANCHA



*

MAS QUIEN es altivo, ante los que manda no admite derrotas. Y el rey sombrío habló a sus guerreros la justificación de ese caso raro. . .

Sus ojos y sus palabras pasaron sobre los cuerpos inermes y fríos, ¡cuerpos sin alma! ¿Pero hay victoria donde ya no hay alma? La mirada vagó incierta y recorrió el espacio hasta que llegó a prenderse, otra vez, en la visión de los corazones vírgenes. . . ¡allí estaba el alma!

Brillaron sus ojos con luces de triunfo ¡había encontrado la forma de arrebatarle al cielo el regio regalo que le ofrecía el árbol! . . .

—¡Esos corazones —dijo con altivez a sus guerreros— son el legítimo botín de vuestra victoria!

¡Si el arma guerrera falló en su conquista cuando eran princesas, cuando eran vasos de un amor viviente, no os deis por vencidos! . . .

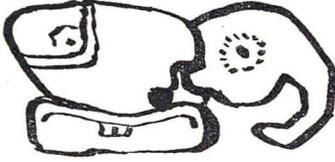
¡Esos corazones, son sus corazones! ¡Comedlos gozosos con cantos de triunfo: os sabrán tan dulces como las doncellas que eran canto de amor y belleza en el pueblo admirable que enalteció los prados de esta costa inmensa! . . .

Y entonces los guerreros, con cantos triunfales que abrían nueva senda, aquella mañana tomaron los frutos de la nueva vida, dados por la guerra vencida.

¡Comieron sus labios aquellos corazones que en el árbol estaban luciéndose altivos y besando al sol! . . .

* El quiso poseerla por la fuerza; mas cuando la obtuvo ya no era ella, sino sólo la imagen de su belleza, hecha dulzor en el recuerdo de su ternura. (El tejido dibujado al pie, representa en sus códices la estera de fibra vegetal llamada petate.) (Pág. LXVIII, Códice Maya, en Dresden.)

LEGADO INMORTAL



DESDE aquel entonces, a través de los hombres, en los descendientes de la raza guerrera vive el mandato de un rito otoñal: buscar en las inmensas llanuras de la costa los árboles frondosos que cuajan sus ramas con los

corazones que cariñosa y devotamente dora el sol.

Y en recuerdo de la revancha triunfadora, alborozando su alma, vierten en sus labios el regalo sabroso de sus frutos jugosos con imagen de corazones, porque es justamente de aquellas princesas, el sabor escondido de su grande amor . . .

.....

Tal es la leyenda de aquellas dos tribus de historia ignorada; las que hallaron su nido y su vida en el lecho cálido y fecundo de las diosas que duermen bajo las caricias del azul celeste, arrulladas por el canto del marino azul.

Pero más que de ellas, esta es la leyenda de los corazones que santificaron al árbol que recibió en sus ramas la ofrenda de un sacrificio en gesto inmortal . . .

Y por eso hoy día —presienten las gentes— nacen tan sabrosos los mangos guatemaltecos, porque ellos son la imagen de aquellos corazones de dulces princesas que altivas se dieron a la frondosa rama, jantes de entregarse a la vida esclava y entregar su cuerpo sin sentir amor! . .



* Letra maya-quiché, compuesta con signos indeterminados. (Se halla en la página LXVI del Códice Maya, en Dresden.)

III

**CUANDO NACIERON LA CHIRIMIA
Y EL TUN**



*

EL ARTE musical del pueblo maya-quiché es melodía con imagen de canción de pájaros. Y en la alborozada expresión de su armonía, entona el paso de los huracanes que saben cantarle al llano y a la montaña.

En las tinieblas de esclavitud en que quedó llorando su derrota la raza indígena —como hilo de angustia, como queja de mujer desconsolada— la chirimía va regando en los caminos del recuerdo y la desesperanza la melodía triste con que espera el amanecer de su redención.

Es la misma chirimía que ha muchos siglos, cuando se teñía su cielo con los añiles de la aurora, entonaba el gorjeo de los pajarillos para llevar a las princesas de sus cortes gentilicias la serenata de amor y dulzura.

Y cantaban alegres y triunfales las chirimías cuando, ante los altares de sus dioses, la plegaria pedía la dádiva bondadosa y

* Del instrumento que hacía sonar sus labios con melodía de ave, salían, y fueron dibujados en forma de volutas, los sonidos que creaba su inspiración de artista. (Pág. XXXIV, Códice Maya, en Dresden.)

fecunda de la lluvia y la dádiva divina de la vida, para que su pueblo creciera y fuera feliz.

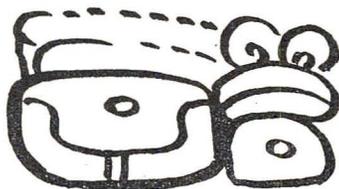
También, con ella —en aquel entonces, como hoy— aunaba sus cantos sonoros el tun. Armonía de sonoridades recónditas. Sonido de la voz del árbol, con ritmos de corazón y ecos de ansiedad y de pasión.



*

Fruto de la concepción artística de sus hombres, el pueblo maya-quiché halló en la chirimía y el tun la expresión exacta de sus más hondos sentimientos: en la chirimía, la dulce alegría de sus instantes felices y la ternura de sus quejas de amor; en el tun, el coraje de sus varones valientes con ritmos guerreros, y también el lento latir del corazón cuando por un amor palpita atormentado.

Expresión de amor y belleza, su concepción tenía que ser fruto solamente de poetas. Para eternizar la hazaña de su creación admirable, justamente en la mente y en el corazón de un hombre atormentado de amor, sea su leyenda la perpetuación de un idilio inmortal.



**

* Dibujo del 12º Kin de un Uinal, llamado "Ci". (Pág. 102, Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala.—Fray Francisco Ximénez.)

** Letra ideográfica de escritura maya: El signo "Kat", símbolo de la red de maíz —abundancia de bienes— con halos de luz que se proyectan hacia una flor sostenida por dos signos indeterminados. (Figura en un texto de la Pág. LXVI, Códice Maya, en Dresden.)

I



Es la fiesta indiana
de un cacique maya.

El sol juguetea sobre los palacios,
besa las melenas de ranchos de paja,
—¡se riega en añiles de las jacarandas,
en las guacamayas y en quiebracajetes!—
afilas obsidianas, y al hacerse ardiente,
anima siluetas en los monolitos.

*

Incendia verdores de fértiles llanos
que animan la fiesta mirando, extasiados,
cómo arriban lienzos de la nube nívea
a besar la cumbre de la cordillera.

¡Vino a prender sonos la luz mañanera
sobre los cogollos de los matorrales,
y a llenar de risas ese interminable
serpenteo blanco de viejas veredas!

La inquietud del día con colores arde
sonriendo en los trajes de los caminantes.

Lucen en sus torsos los cerbataneros
las pieles jaspeadas de cazas bravías;

* Bajo el lujoso techo de su palacio, este monarca se deleita contemplando el signo "Kat" —de la abundancia— que sostiene su mano. (Pág. XXXIII, Códice Maya, en Dresden.)

los que visten gestos de altiva pelea
relucen sus armas y recias rodela;
y en sus amuletos los brujos eternos
gastan imponencias de sabiduría...

Austeros **Kaleles** de tribus lejanas
brillan en collares de garras felinas
y en los cascabeles de bravas serpientes;
galas de la cuna de valiente raza
forjada en crisoles de selvas y cumbres
¡nidal de los indios de la tribu libre!

.....

En nuevos senderos
asomaron hombres que labran la tierra
tendiendo los surcos de milpas preñadas
con elote dulce de doradas crenchas.

Los cosechadores del frijol y el chile.
¡También los que hicieron la forma graciosa
del comal redondo, las grávidas ollas
y los batidores!
Y los que hilvanaban con perlas de jade
y rojos corales, soguillas que hacían
ese raro encanto que lucen las indias
cuando se atavían con sus tocoyales...

Del alma del pueblo,
también, las veredas, desgranaban gentes.
¡Fue suceso extraño platicando al día
de un instante nuevo que despierta alegre!

¡Gentes sin tesoros que el mirar envidie!
¡Rostros que platican con la risa ingenua
esa inquietud viva con que el pueblo asiste
a dar fe de aquello que no ha visto nunca!...



Quebrando el bullicio se tiende en las sendas
el silente paso de un hermoso joven . . .
Triste, cabizbajo, cual si fuera enfermo,
o trajera en su alma con fatal destino
un dolor supremo, un abatimiento,
o la dura carga de un pensar sombrío . . .

Este solitario guapo vagabundo
no reía acaso,
¡no hablaba el oculto dolor de su vida!
Detenía el paso si una flor veía,
¡y una mariposa que las mieles sabe
era suficiente para cautivarle! . . .

Como iluminado seguía tras ella . . .
Mirando su vuelo sonreía ausente
¡cual si persiguiera el vuelo inasible
de dulce quimera!

Le extasiaba el corte de la recia cumbre,
o quedaba absorto por la luz prendida
sobre los follajes de árboles gigantes
donde acaso oyera dulce idilio de aves . . .
¡y seguía el paso del copo de nieve
de la nube leve bordada de nácar! . . .

Quebrado el bullicio, guardaba sus alas
huyendo a las luces de aquella mañana,
¡y otra vez caía en su negro abismo:
su melancolía, ¡su eterno silencio!

.....

Un rumor de voces quedóse prendido
sobre los caminos . . .
¿Qué animó el motivo del convite alegre
a la regia fiesta que la corte enciende?

* Llevaba un báculo con el signo "Ik" —la luna— y sobre éste, llamas que eran símbolo de ansiedades del espíritu hechas pensamientos. (Pág. CVII, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

II



Se oculta en la niebla de los tiempos idos
la cronología del vital suceso;
empero es lo cierto, que fue en el instante
fundador del reino de los Cakchiqueles.

Cuando las hazañas de Vocub-Camé
y de los Ajup;
¡mucho antes que el sol
se extasiara al paso de la bella Ixquic! . . .

Moraba en las cumbres de la serranía
el rey invencible de una tribu altiva,
agresiva y fuerte, ¡de macana ruda
conquistando pueblos con bravo luchar!

Su penacho austero se peinó en los vientos
sobre los picachos de eterno atalaya.
¡No había distancias en que se ocultara
lo que como el lince su ansiedad buscaba!

Su firme mirada se adueñó del dardo.
El sol con sus bronces lo había forjado,
su musculatura se volvió granito
¡y era de la tribu su baluarte recio!

.....

Este gran cacique, Señor de la Guerra,
su vida de triunfos sabía truncada:
¡No oyeron los dioses su cuita implorando
al digno heredero del gesto indomable!

* Sentado sobre signos de líneas cruzadas que representan los rumbos de los Quiejep Bacabs (los 4 puntos que sostienen el cielo; nosotros los llamamos cardinales) era estar sobre cumbres donde juegan los vientos. (Pág. LXVI, Códice Maya, en Dresden.)



Mas dióle la gracia una reina dulce
como la fragancia de la selva virgen.
¡Su pelo ondulado se tiñó en la noche,
y hablaban sus ojos de sólo ternuras;
su boca fue roja como la pitahaya
que envidiaba acaso sus ardientes labios!

* Toda ella era encanto; sonriente en arrullos
como el dulce canto de los manantiales;
¡cómo iluminaban sus tersas mejillas
los alegres iris de las guacamayas!

Alzaban su busto los ricos güipiles
que al prado quitaron sus verdes matices;
y cual la palmera,
cubría las formas de esbeltas caderas
su rico refajo
teñido en azules del cristal del lago.

Esta princesita
sabía de noches en luna plateadas;
de ríos que cantan y días de sol.
Pero no sabía la ilusión que es llama
prendida en la triste soledad del alma
cuando vibra en ella la inquietud de amor.

De su altiva tribu nunca los guerreros
en su rey pusieron celosa inquietud. . .
¡La adoraba tanto! ¡La querían ellos. . .
la querían mucho sin saberla amar! . . .

* Desde el comienzo de su esplendor admirable, los maya-quichés supieron hallar los medios de recorrer la superficie de la tierra; y también recorrer la superficie de los ríos, de los lagos y los mares, que les permitió llevar la sabiduría de su palabra inspirada a lugares lejanos. (Pág. XXXVI, Códice Maya, en Dresden.)

III



La tímida corte tembló en la noticia:
¡La princesa buena con mirar de flor,
—¡su dulce tesoro!—
despertó muy triste cuando vino el sol! . . .

Mecía en sus ojos la tímida ojera
asomos de angustia por su palidez;
¿Qué murió en sus labios, que ya no tenían
ese fuego ardiente que encendiera ayer?

No encendió en su rostro la luz de su encanto
el agua cocida de la yerbabuena,
ni venció la pena la flor del maíz . . .
¡la flor del quilete, la nuez del caulote,
inútiles fueron al caso fatal!

.

Los brujos buscaron
la cumbre silente del viejo volcán,
a quemar copales y a ofrendar palomas,
orando a los dioses por su salvación.

¿Quién decir pudiera
el secreto inaudito que en su reina es vida?
En muda respuesta se muestra el picacho
apuntando rumbos de la oculta clave . . .

¡En el firmamento con asombro vieron
que los astros tienen raro parpadeo . . .
¡la nocturna estela de su narración!
—¡Y surgieron cielos en su entendimiento!—
¡Las estrellas hablan! ¡Dicen muchas cosas
con la luz brillante de su titilar!

.

* Portaba en la espalda el signo "Kat" —de la abundancia— que le marcaba su destino de mujer con vientre creador; pero la calavera, signo de muerte de su futuro fecundo, ya iba con ella en su espalda también, convirtiendo su sino en el triste signo de la esterilidad. (Pág. XVI, Códice Maya, en Dresden.)

Al volver el día,
de la vieja cumbre volvieron sonrientes
—¡sonrientes los brujos!— ¡La noche les dijo
que eran, desde entonces, doblemente sabios!

—Señor de la Guerra:
la sabiduría que la noche inspira,
de los dioses astros penetró el misterio
y arrancó el mensaje de vuestro destino. . .

—¿Qué fatal sentencia
empañó el destino de mi vida entera?
Mis campos, tesoros,
¡la sangre que corre dentro de mis venas!,
los daré gustoso
si otra vez la vida torna alegre a ella. . .

—¡Oh, Ajau de la Sierra! ¡Los dioses ordenan
la radiante aurora de nuestra princesa! . . .
La pálida luna que inspiró el idilio
y en las reinas guía su existir de lirio,
ilumina su alma con la dulce esencia
de hondas ansiedades hacia nueva vida.

—¿Es claro el mensaje que enmarcó esta idea?
—Su brillar lucía la más linda estrella,
rutilantes astros su fulgor le enviaban
con dulces cadencias y endechas de amor. . .
Mas, indiferente, sus fulguraciones
fueron para otro astro de extraña facción. . .

—¿Qué entendéis del caso?

—¡La suprema clave!

¡Mensaje que alegra!
Es nuestra princesa la luciente estrella,
y príncipes, reyes, fulgentes luceros
que el ensueño viven de su grande amor.

.

Al Señor guerrero tanta luz le rinde,
y al más viejo sabio nuevas luces pide:
—¿Cómo halláis el medio de cumplir con celo
el astral mensaje que os brindó la noche?

—Meditad en reyes de lejanas tierras,
y en guerreros nobles de la serranía;
os dará la Corte de una invicta tribu
al doncel que sueña vuestra noble enferma.

Sin combates crueles que abaten guerreros,
sin cruel exterminio que desola pueblos,
que incendia los ranchos,
y arrasa los campos;
¡sin el rojo alarde de los pedernales,
una nueva tribu nuestra Corte atrae
bajo el mando altivo de su invicto rey!

—¿Sangre poderosa de conquistadores
la princesa lleva? . . .
—¡Es conquistadora
de dominios nuevos —¡de más corazones!—
no en bélica lucha, ni en campal batalla,
sino en la soñada
conquista de amor!

Haced a los pueblos de la serranía
el cordial convite de la frase amable,
¡la frase que atrae de soberbios reinos,
poderosos ases de la valentía!

.

Reales mensajeros cruzaron las tierras,
a lejanos reinos llevaron su heraldo,
ardiendo en la Corte del cacique Maya
la canción alegre de su fiesta indiana.

IV



Plenitud de gozos —¡jóvenes sonrisas!—
en tarde dorada la plaza lucía.

Las gentes inquietas
con vallas cercaban la tribuna regia;
el viejo cacique, la bella princesa,
los brujos, los nobles y las cortesanas,
en ella encendían
su mirar curioso con ardientes teas.

¡Extático y pleno del evento es ansia
la señal activa! ¡Una voz de trueno
proclama el avance marcial de un guerrero
surgido entre escoltas de ágiles flecheros!

¡Gallardo cacique! ¡Bronce de la raza
en fornidos muslos y penacho altivo!

—Lirio de la selva —con su labio ofrenda—
¡tu beldad me rinde!

Con mis armas vengo portando la muerte
en la aguda punta de veloz saeta;
mis hombres dominan la rara destreza
de la puntería
y en el aire ponen la rúbrica de ella
cuando arranca el grano de nutrida forma
que opulenta y recia luce la mazorca.

.....

Firmes, los flecheros sus arcos aprestan;
y hacia el cielo apuntan las rígidas flechas...

Al espacio salta con su raudo vuelo
un cuerpo sin alas...
¡vuela una mazorca
que lleva prendidas todas las miradas!

* Hombre con el báculo de la autoridad en una mano, el hacha ritual en la otra; y en el cuello portando la bolsa de copal que ardía en los ritos de la ofrenda, era hombre de poder singular. (Pág. XXXI, Códice Maya, en Dresden.)

¡Disparando dardos, los indios flecheros,
sostienen el fruto girando en el aire
y nutridos granos del maíz arrancan
los agudos dientes que las flechas clavan!

Asombrado el pueblo
mira aquel prodigio de la puntería:
¡prendido en el aire sólo está un "xilote"
como fiel relato
de la audaz hazaña que escribió la flecha!

V



La emoción latente que el flechero deja
se eclipsa ante un hombre de estatura apuesta,
de músculos fuertes e hiriente mirada.
Sus galas ostentan un collar de dientes
y la piel jaspeada de brava serpiente
que sólo un centauro del valor domara.

—Soy un serpentario, ¡vengo de la selva,
a decir la fuerza del que ha doblegado
el poder y astucia del bravo reptil;
con mi experta mano yo aplasté la furia
de la Mazacuata, la Barba Amarilla,
de la Zumbadora y el ágil Cantí! . . .

.....

El canasto criollo que tejió con gracia
la madura fibra de la caña brava,
oculta sorpresas guardando misterios
de ese raro evento de los serpentarios.

La ansiedad se entera que al canasto cubre
un alegre lienzo de color "sute";
la flexible vara que una mano blande
provoca la furia que al concurso surge . . .

* Sentado sobre el árbol de la vida, porque sabe triunfar sobre la muerte, su mano maestra estrangula la serpiente mortal. (Pág. XL, Códice Maya, en Dresden.)

¡De un reptil asoma la triángula testa
y en su asiento acuña su estupor la gente!

Se adueña del campo que la arena ofrece,
y desenvolviendo la larga estructura
a sonar comienza —¡péndulo en el rabo!—
la sonora prenda de sus cascabeles. . .
El ofidio atisba. . . ¡es su arma de lucha!
¡Atisba la inmóvil presteza del mago!

Es tanto el silencio que anima al concurso
que tal vez se oyera volando un zancudo. . .
¡El reptil se lanza sobre el serpentario
apenas dejando la voz de un silbido!. . .

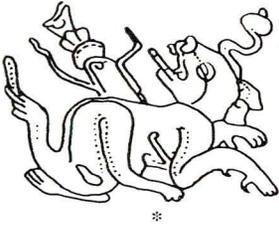
Sólo un giro leve —¡el hombre se esquivo!—
proyecta su brazo, ¡y se abre la mano
que aprisiona el cuello de la horrible fiera!
Busca los oídos ansiosos del pueblo
su ronco graznido. . .
¡En la V formada por la fauce abierta
se agita el estambre de una bifurcada,
escalofriante y mortal lanceta!

Pavorosa lucha con la bestia empieza.
La jaspeada cinta del reptil se enrolla
sobre el grueso torso de su cazador. . .
¡La fuerza secreta del reptil que atrapa,
y es sobre su presa triturante gasa
al ceñir sus roscas con brutal fiera!

¡Pero la tenaza de la férrea mano
con que dominara su furor el mago
la tiene vencida! ¡Es ya masa inerme!
Y al darse a la muerte
con lento abandono
va desenvolviendo sus negros anillos. . .
¡Del brazo triunfante queda suspendida
diciéndole al pueblo
la gesta valiente de su vencedor!. . .

La princesa enferma su mirar no aviva,
 porque aquella hazaña
 que la masa inerte de un reptil agita,
 aunque arranque asombros de la humana gente,
 no es ante sus ojos un pendón de triunfo . . .
 ¡Es pendón de muerte!

VI



¡Invaden la arena los cerbataneros!
 Sus brazos fornidos se mueven con ritmo.
 ¡Van las pantorrillas de bronceínas formas
 abriendo los pasos que transitan tierras.

La voz del cacique,
 donde se arrincona la acechanza cierta,
 los coloca presto.

¡Cómo se penetra la mirada aguda
 de un certero blanco que su ruta busca!

Los cañones tienden de sus cerbatanas . . .
 Adentra su boca la piedra que hierre,
 y su intento vela
 la sola presencia de la brava fiera.

Luciendo las manchas de su piel felina
 rima a paso lento la salvaje fiera;
 ¡mas cuando presente que la muerte acecha
 en la cerbatana de los cazadores,
 sus ágiles patas clávanse en la arena
 y su salto pone sobre el aire un arco!

Desgarrante y ruda,
 la garra del tigre proyecta el zarpazo
 ¡disparan sus piedras los cerbataneros
 y la fiera rueda, ¡fulminada rueda
 cual si un rayo en seco
 destrozó certero su felina entraña!

.

* Rodaba inerme el jaguar, herido por el dardo de la obsidiana mortal. (Pág. XLVII, Códice Maya, en Dresden.)

El ágil venado, visión de saeta,
veloz como el viento abre la carrera;
pero cuando pasa
donde está el acecho de los tiradores,
la lluvia inclemente de los perdigones
rinde al animal. . .

¡Tempestad de gritos en el pueblo vibra!
Los aclama el pueblo,
porque de esta suerte los cerbataneros,
se hicieron los dueños
de la impenetrable selva tropical.

.....

En su orden siguieron
los que hacen las piedras de las molenderas,
los trabajadores de trastos de arcilla,
y los hechiceros que hacen daño y bien.

VII



Sonriendo esperanzas aborda la arena
el mago que blande melosas zalemas. . .

—Divina princesa, a tus pies ofrendo
las áureas riquezas de la pedrería;
te daré una alfombra de ricos tesoros,
de ricos collares de perlas de jade,
ardientes corales, y piedras que nacen
en el dulce cauce que acaricia el río. . .

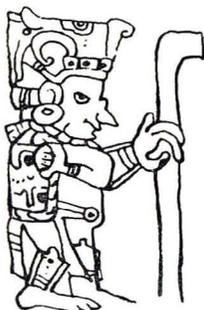
—De tu pedrería guarda los tesoros,
nunca son, del alma, inefable gozo
como fue el encanto que a la vida brinda
la paz que en el alma da sana alegría. . .

.....

* Con el hacha ritual en una mano, con joyas de adornos preciosos en la otra, collares de jade en el cuello y oros con luces de sol en la espalda, era el mago de la orfebrería, dueño de fantásticos tesoros... (Pág. XXXVII, Códice Maya, en Dresden.)

Recogió sus perlas el mago del oro . . .
Y se fue con ellas, vencido, buscando,
a quien ve en las perlas de su mal alivio,
o en el oro siente de su amor el gozo . . .

VIII



*

¿Qué deslumbra al pueblo?
Como anonadado por tristezas viene
un joven que avanza
sugiriendo mofas de la tosca gente . . .

—¡Lirio de la noche, jade en la esperanza;
luz del cielo inmenso de mi fantasía!
¡Con mi verso anhelo, de tus ojos negros,
—de tu ser de diosa—
curar ese embrujo
de reina que sufre de melancolía! . . .

—Díganme tus labios, joven extranjero:
¿Qué virtud ostentas?
¿Eres un guerrero? ¿Cazador de fieras?
¿Hablas con los astros? ¿Dominas legiones?
¿Qué vales? ¿Quién eres?
—¡Oh, bella princesa! No soy un guerrero,
ni cazo las fieras, ni tengo legiones . . .
¡Sólo tengo un alma que hicieron los dioses
y en mí colocaron cual brillante estrella
para que fulgure con sonora estrofa
en el gran silencio de la humana gente!

Mi reino do tengo riqueza y honores,
princesas morenas y guapos guerreros,
es del grato ensueño un lejano reino
donde está la dicha del amor eterno . . .

* Ya no el báculo ardiente en llamas de angustia, ni la mirada triste; porque ahora su palabra lo viste con las fantasías de su reino ignoto. (Pág. CVIII, Códice Trocortésiano, en Madrid.)

—¿Dónde está tu pueblo, la luz de tu choza?
—No recuerdo el pueblo que me dio su cuna;
yo tengo por choza la fronda del árbol.
Si viene la noche se tiende mi cuerpo
bajo la enramada de paraje agreste;
ella me da en sueños lo que al alma es grato,
lo que es impalpable cual etérea es ella;
porque en los misterios de la noche negra
trionfante mi espíritu
vive ensoñaciones que son un cantar. . .

Si viene la aurora, yo canto su salve,
bendigo sus luces ¡se enciende en mi antorcha
el tema que inspira mi eterna canción. . . !
—¿Me dices que cantas, joven extranjero?
—Sí, bella princesa, mi vida es cantar.

Yo canto a la cumbre que altiva se yergue,
y al recio picacho que hasta el cielo llega;
le canto a las nubes, al azul del cielo,
a la blanca luna y a la luz del sol;
le canto a los llanos, al correr del río,
a la flor del valle y al rugir del mar;
le canto a las fieras, a todo lo creado,
y a las dulces aves, cuando ellas me cantan
les canto también. . .

Una inquietud viva nació en la princesa.
¿Qué misterio encierra la estrofa que narra
la vida errabunda de eterna canción?
¡Es extraño el hombre que entiende a las aves
y si ellas le cantan, les canta también. . . !

En todos los sabios, la corte y el pueblo,
la mofa escuchaba esa ingenua frase
de aquel que habla versos y en la lid les sale
con vida de cantos de un raro existir. . .

¡Se enciende en los brujos la nueva sorpresa!
¡La princesa enferma con candor sonrío!

¿Qué milagro es ese? ¿No estaba el flechero,
y el que doma fieras,
y el que trae el jade con sus pedrerías?

—En ese extranjero que a la vida canta
yo encuentro lo grato, lo que al alma atrae. . .

—Oh, dulce princesa —reprochan los sabios—
quien tu amor posea,
ha de ser de estirpe que a la tribu asombre
con notoria hazaña que la haga inmortal.

Si él dice que canta cual las aves cantan,
pídele te cante sus dulces amores
con la suave nota que entona la alondra,
la chorcha, el ceniztle. . .
¡Ese dulce canto curará tu mal!

.

—Di, bella princesa, del canto que quieres. . .
—Me has dicho que sabes
cantar como cantan sus cantos las aves. . .



*

Mi amor te daría
si un día tu canto, tu endecha de amor,
fuera con las notas que trina el jilguero
y con melodías que da el ruiseñor. . .

—Raro es tu capricho, reina seductora. . .
Déjame que ambule por la espesa selva
y mi voz invoque su poder que inspira;
y cuando transcurra el venir silente
de unas cuatro lunas
yo vendré a tu corte
a cantar la trova que cautiva al día
con la voz del ave cuando sueña amores,
¡cuando la ternura de su amor deslíe
en el dulce canto que parece un beso!

* Sin la grave amenaza de la esterilidad, se corona ahora con la presencia de un ave que sostiene en el pico una flor; sostiene su mano y se deleita su mirada en el signo "Kat" de la abundancia, de la fecundidad. (Pág. XIII, Códice Maya, en Dresden.)

IX



Se marchó a la selva,
triste, el vagabundo
cantador de versos que nadie entendía...
Vagó por los montes
¡imploró a los dioses!...

En su desvarío
notó que las cosas prodigiosas que hizo
la Naturaleza,
al vivir, el ritmo de su vida cantan;
entonaban coros con sus vendavales
los altos volcanes;

la ceiba del llano, los verdes pinares,
al soplar el viento sobre sus follajes
hacían canciones.

La fiera rugiendo con los matorrales,
el simio saltando de una a otra rama;
las aguas del lago, el correr del río...
¡Todos se brindaban con dulce cantar!...

Oyendo canciones vagó muchos días.
¿Cuál sería el medio de captar la clave
de ese dulce canto con que canta el ave?

.....

La rama del árbol,
dueña de fragancias y de sombras llena,
besó la fatiga del atormentado;
veló su descanso y arrulló su sueño,
¡arrulló con besos de fresco follaje
el hondo suspiro del que se entregaba
rendido de amor!...

* Perder el ánimo y desconcertarse, fue para él como caer y caminar con las manos en busca del árbol, de la flor, y las hojas que inspiran belleza. (Pág. XV, Códice Maya, en Dresden.)

X



*

¡Noches de la selva, de silencio llenas!
Como una cadencia la fronda se mece...
En la tenebrosa soledad del monte
la forma del árbol semeja fantasmas...
Se mueven sus brazos al pasar el viento
tocando sus hojas, jugando en sus ramas...

Susurro de voces...

Se estremece el eco del tupido bosque
con la nota incierta del rugir lejano...

¡Hasta en las tinieblas sus angustias cantan
las feroces fieras que a los suyos claman,
o piden la gracia
de fecunda lluvia que en la selva es vida!

¡Voces de la selva, cantos del desierto!
Horas cuando bajan los dioses del árbol,
y hacen sus canciones el trueno y el viento;
porque juntas bajan las suaves deidades
del ave que canta, del tigre que ruga,
del buho que llora; ¡y también la diosa
del aura que ríe con claro fulgor!

¡Ella vio al durmiente soñador de estrofas...!
—¿Qué dolor intenso tu ansiedad consume?
—Me atribula el ansia de encontrar la nota
con que entona el ave su cantar de amores.
Búrlanse los hombres de mi triste canto
y cuando me escuchan mi cantar no entienden...

—Nunca habrá, en la vida, quien tu frase entienda
si no existe en ellos
la fulgente herencia de los dioses buenos,

* Acariciado por las ramas de un árbol frondoso, su confusión aminora y se extasían su pensamiento y sus ojos en el signo "Kat", abundante promesa a su mente fecunda. (Pág. XXIII, Códice Maya, en Dresden.)

¡la divina chispa de la inteligencia!
Y porque esos dioses, de los hombres quieren
la virtud creadora con que el alma canta,
a la enferma reina le inspiró el destino
el pedir la gracia de la melodía,
¡y que cante el hombre
como canta el viento, como canta el río!

—¿Y dará a mi canto tu poder de diosa
el cantar del ave?

—¡Por tu noble estirpe de inmortales dioses
tú podrás triunfante
ofrendar el canto de su melodía!

Y sabed que el seno de la selva agreste
donde tiene vida la quietud del árbol,
donde nació el grito de la fiera brava
y anidó su lecho con ternura el ave,
allí fue del hombre la primera cuna
¡allí fue en sus labios la expresión del habla
que volviólo el amo de las cosas creadas!

Pero el hombre, ingrato,
de su madre selva, de su hermano el árbol,
olvidóse pronto cuando formó el pueblo.
¡Hoy su mente ignora
que también la selva con los dioses habla
y su hermano el árbol tiene voz que canta! . . .

Busca en el madero de vivir añejo
el sonido oculto que en su ser palpita;
¡él dará su canto de vibrante nota
a su hermano, el hombre, que nació poeta!

XI



Regio plenilunio. ¡Noches esmaltadas!
Somnolientas ceibas y gallardos pinos
hablan en secreto de un plateado idilio
tras el cortinaje de aromadas lianas.

*

El poeta vela del nocturno instante
la visión silente,
mientras en la roca sin cesar golpea
con arrullo inquieto su cristal el río.

Riente va la luna, con redonda cara
parpadeando triste si una nube pasa;
(aunque más parece que a las blancas nubes
pídeles la diosa, de su faz enjuguen
ese lagrimeo con que a veces llora
y a las flores baña con sutil rocío).

¡Es la primer luna que llegó muy breve!
Mas ignora el astro, por estar tan lejos
en brillante charla con las mil estrellas,
que el doncel ya tiene, del madero añejo,
un cavado trozo con que imita alegre
el cadente ritmo que escuchó en su pecho.

Con la riente luna platicó el poeta:
—¡Ya mis manos tienen el sonar de un eco
respondiendo al ansia que en mi pecho late!

¡Corazón del árbol! ¡Canto de la selva
recordando al hombre! ¡Grito de su seno
porque también tiene corazón de madre!
¡Cuéntalo a la reina que en la corte espera!

Y se fue la luna; pues de llorar tanto
rocío a las flores
se vació su rostro ¡y en el horizonte
un guacal vacío se quedó volando!

* Ya su mano tañía el primer instrumento que le brindó el árbol. Tres signos "Kat" y las volutas del sorriso, decían abundancia de alegría. (Pág. XXXIV, Códice Maya, en Dresden.)

XII



*

Asomóse presto la segunda luna,
con inquietud rara viéndose en el lago
de azulinas aguas;
mas cuando acordóse del eterno idilio
que las lianas hablan en el plenilunio,
deslumbró sus ojos con la gran sorpresa:
¡ya posee el joven,
de la voz del ave, en sonoro tubo
un cantar lejano
que en la noche imita la canción del buho!

Cuando de ver tanto se agotó su vida,
se llevó el recuerdo
del amor y el ansia
con que el vagabundo cantador de versos
en su ingenuo tubo sin cesar sonaba
la canción del buho que su empeño hallara.

.....



**

¡La tercera luna lo encontró radiante!
En sus ojos supo la alegría inmensa:
hoy sus labios suenan
con la melodía de silvestre hoja
que vibró en sus labios con su trino de aves!

¡La sonriente diosa de la luz plateada
al oír su canto se volvió más bella!
y entendió el poeta que le preguntaba:
—¿Qué cantar es ese que tu labio emana?
—Es la voz del árbol, el cantar del ave,
¡el amor del hombre, con pasión sentido!
¿Es su acento grato a tu ser de diosa?

* Sus labios hallaron la primera nota de un canto, en nuevo instrumento que hicieron sus manos.

** Hasta que la dulce vibración de una hoja le brindó a sus labios la canción del ave. (Pág. XXXIV, Códice Maya, en Dresden.)

—Es tan bello y grato, que yo ser quisiera
la ilusión terrena
que tu canto añora,
¡y bajar del cielo para estar contigo. . . !

—No la envidies, diosa; porque si me escuchas
cantaré a tus noches de visión soñada.

—Es mi vida breve, cual fugaz suspiro,
¡cual fugaz suspiro que se lleva el viento!
Oiré tu canto de ternuras lleno
en las cortas noches que mi luz te alumbre.

—Volverás muy pronto. . .

—Nunca más regreso. En cercanos días
surgirá otra luna de brillante vida
que ilumine alegre tu cantar dichoso.

—Volverás; te espero.

—Ya será otra luna. Vano empeño tienes.
Que las lunas somos como las mujeres:
nos miráis radiantes, nos queréis un día,
pero cuando pasa del supremo instante
nuestra plenitud, se inicia el descenso
y en el desengaño de ya no ser nada
nos morimos mustias. . .
Nuestra vida alegre se hunde en el pasado. . .
¡porque vuestros ojos que gozaron tanto
ya nos olvidaron con la nueva luna!
¡y de nuestras noches, no os acordáis nunca!

.

En el occidente se inclinó menguante
la tercera luna que escuchó la clave
del precioso canto que surgió en el hombre,
¡y tomó el camino de las otras lunas! . . .

XIII



Inviernos de ausencia cubrieron de olvido
el lírico plazo de las cuatro lunas.
En la corte maya los silentes ranchos
parecían testas soñando caricias.

Asomaba un ojo tras de las colinas
el plateado rostro de la cuarta luna,
cuando deslizóse, cargado de sombras,
un hombre salido de la espesa selva.

Llegó a los aleros dormidos del pueblo;
esperó las horas, y las fue contando
en los pasos lentos con que va la noche;
éstas parecían otros asaltantes
que vienen del seno de lejanos bosques
y la ruta enfilan hacia el infinito . . .

Al teñirse el alba y morir la espera,
en su lecho escucha la princesa enferma
la canción de un ave que se desleía;
parecía el llanto
de un ave que canta con un pico de oro
nacida en la selva como madrigal . . .

¡Cuán grata sorpresa sus ojos encuentran!
La silueta triste del fiel extranjero
teñida en las luces de azul alborada
era serenata de dulce canción.
—¿Qué música es ésta, que mis sueños quiebra
con la fantasía de un sueño de dioses
y llena mi ensueño con su melodía?

—Es la voz del árbol, la canción del ave:
es el dulce acento que inspiró tu pena.
¡Hoy te canta amores y te ofrenda vida
con alegres sonos de la chirimía! . . .

.....

* Con la incertidumbre de una infiel espera, sale de la selva el sufrido aedo soñador de amores. (Pág. XV, Códice Maya, en Dresden.)

—Te trae mi ofrenda
otro dulce ritmo, suprema sorpresa
que a tu regio orgullo suspira cantar.
—¿Qué canción rumora?

—El eco profundo de canción ignota.
¡Es la voz del tronco del árbol gigante,
voz de los corajes del varón valiente...!
Es el canto grave que oí en el recuerdo
de tu linda imagen.
Es la nota grave que escuchó el recuerdo
palpitante en ritmos de mi corazón...

.....

Despertóse el pueblo
con los dulces cantos de la Chirimía.
Los ecos sonoros del viejo madero
de la selva daban lento palpar;
y oíase el canto del ave, del árbol,
del amor del hombre —hechos melodía—
que inspiró el destino de la real princesa
enferma de amor.

XIV



¡Oyendo las voces sonoras del tun
despertó la selva, los ranchos y el sol!
¡Otra vez volvieron los cerbataneros,
el que trajo el jade, el de la culebra
¡todos los demás!
Y alegres dijeron: ¿qué sonos despiertan
la vida silente de nuestra morada?
Y hablóles la reina con felicidad:

—Se ha visto en mi ser
un raro capricho de excentricidad;

* Armadas sus manos e inmunizado su cuerpo con el admirable antídoto del chiltepe cotidiano, el serpentario ofrece su pie para que lo muerda el córtalo que también baila sonando la gracia de su cascabel. (Pág. XL, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

mas fueron los dioses quienes me formaron
y en mí condensaron:
la Vida, la Raza, la dulce Poesía
que nace en el alma con ritmos de amor.

Hoy se inicia el reino de vuestra princesa,
la que ayer mirasteis con honda tristeza;
mas hoy os conjuro a abrir la partida
de una nueva vida.

Sabed que su reino será tan eterno
cual eterna sea nuestra Madre Selva,
nuestro hermano el árbol,
la tierra y el hombre, que hicieron los dioses.

Mi reino es la vida de mi noble raza,
la raza del indio que será inmortal.
El que evoque siempre lo que fue este día
en el canto eterno de la Chirimía . . .

Sed hermanos todos; unid vuestras tribus
bajo un solo ritmo, mi reino de amor.

.

Oyendo el mandato de su noble reina,
dijeron los hombres: —Estemos contentos
porque nos es grata esta melodía
que inspiró su ser.

Este fue el origen del ritmo del son.
Y este fue el origen de bailes nativos
que conserva el indio con su tradición.

Los cerbataneros,
hallaron su ritmo caracterizado:
el baile gracioso del ágil venado.
El de la culebra, inició su danza,
que hasta el día es danza de regio ritual.
Y también los brujos
hicieron su danza, danza de la corte,
con aspecto real . . .

XV

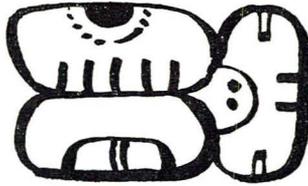


De aquella proeza de amor y poesía
sucedida en tiempo hoy inmemorial,
quedóle a los mayas la vieja leyenda
que enseña a los hombres severa lección:

Esos vagabundos llamados poetas,
esos soñadores
siempre incomprensidos, que hallan en las cosas
motivos que inspiran su eterna pasión;
al mundo legaron, con su pensamiento,
canción de poesía,

*

en las gratas notas de la melodía,
que hoy guarda esta raza,
a través de siglos, en su Chirimía
y en el tun sonoro de canto triunfal. . . !



* Coronada con triunfal tocado, luciendo collares de esmeraldas de jade, y la bolsa con copal sagrado, sus labios se abrieron para dar a los suyos su mandato inmortal. (Pág. XVIII, Códice Maya, en Dresden.)

IV

HUNAHPU, EL QUE DESCUBRIÓ EL CACAO Y EL ALGODÓN



*

Primer puesto y medalla de oro, premio "Pedro A. Zea", ciudad de Chiquimula de la Sierra.—Año 1952.

* El dibujo del árbol doblado expresa el amparo del árbol frondoso bajo cuya sombra descansa o medita el hombre. (Pág. XCIX, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)



*

LOS ANCIANOS que sentados sobre el petate hacían rueda y contaban a los jóvenes las cosas del pasado para que se nutrieran de sabiduría, una noche contaron la historia de un tiempo —tal vez hace un Kinchiltún de 8,000 siglos, porque fue cuando se les estaba poniendo nombre a las cosas— que en las noches estrelladas de su cielo cuajado de misterios, apareció un enorme lucero poniendo curiosidad, perplejidad y temor en las gentes del pueblo.

Ya le habían puesto nombre a las estrellas y les decían “Chumil”, porque eran preciosas; y a lo que era grande le decían “Nimá”.

Por ello a este hermoso lucero le llamaron “Nimáchumil”, y se encantaban viéndolo fulgurar como diamante de la noche, tal vez enamorado de la luna, que nacía finita y delicada cuando niña, se llenaba como las mujeres, y se iba llorando como las viejitas cuando ya no tenía sus carnes hermosas.

Una noche se fue el “Nimáchumil” y pasaron muchos Kines y Uinales. Hasta que un día, cuando menos lo pensaban, acaeció el suceso que es narrado en estas páginas. Nosotros no lo vimos, ni oímos la historia, pero un hombre de esa cadena de generaciones, que escuchaba tradiciones de la raza a través de los siglos,

* En la vara con el signo “Ik” —del chile, ardor vital— y sobre éste llamas, lo que simboliza anhelos y melancolía, este príncipe lleva además, sobre su corona de joyas y sobre las llamas de su báculo, el signo de la inspiración que ilumina a los dioses creadores. (Pág. CVII, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

sí la aprendió en una rueda de oyentes en el petate del narrador y la tenía brillante en su mente con los idénticos fulgores del “Nimáchumil”. Y cuando vino la tragedia de la conquista y la destrucción de los libros escritos con la forma ancestral, él la escribió con letras de Cadmo, en su idioma natal, el quiché, para que se pudiera leer en estos tiempos, cuando ha pasado un Kinchiltún de la aparición del “Nimáchumil” y un Baktún (400 años) de habernos legado su libro admirable.



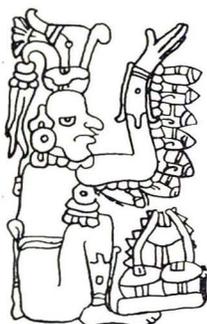
Hunahpú, sabio conductor de su pueblo, a quien llamaron “El Cerbatanero” porque se hizo cazador para alimentar a su gente, sólo encarnó para hacer luz y sabiduría en los hombres de su raza.

Y cuando hubo cumplido su misión, sus pasos buscaron la grandeza de una cumbre para dormir eternamente en ella. A este volcán, por el tesoro espiritual de la raza que guarda en su seno, el pueblo también lo llamó “Hunahpú”, porque estando en él, los de nuestra raza sienten la presencia de aquel iluminado, creador de muchos bienes para su pueblo.

Cuando, hace un Baktún, este volcán sacudió sus lomos y de su copa derramó torrentes de agua, abatiendo la capital que los conquistadores establecieron en su falda, éstos le quitaron su nombre indiano, y, para que se perdiera el rastro de la tumba de Hunahpú, le pusieron el nombre de “Volcán de Agua”.



EL LUMINOSO HUNAHPU



*

BRILLABA en el recuerdo de las gentes de la vieja Gumarkaj, la añoranza de la luz de un lucero, tan extraordinario, que aquellos varones lo llamaron Nimáchumil aparecido cuando ya se iba la noche en que también se multiplicaron, al amanecer los sembradores de maíz. En ese entonces, entre esas luces que nacen temprano, nació un patojo que luego miraron sus tatas que iba a ser cacique.

Los soles salían de un lado —y se iban al otro— como que se estuvieran juntando para ensartarse y hacer un collar, después que pasaban sobre el cuerpo de nuestra nana la tierra para calentarle su vientre, porque ésta estaba en lo mejor de parir los venados, las cotuzas, los tigres, los armados, los pizotes y los coches de monte. En esa paridera también estaban saliendo todos los palos grandes para que naciera el zapote y el zunzo; la yuca sabrosa y el aguacate; el bejuco del frijol negro, la mata del chipilín y los palitos del chile . . .

Y ya ahora los hombres picaban la tierra para sembrar la semilla del maíz con que se hace la tortilla para que comiera la gente . . .

Tal vez por esto el sol nos fregaba y se ponía tan caliente su luz, que teníamos que ir a beber agua en el río y se aguadaban nuestras canillas . . .

* Este príncipe porta en su cabeza el signo "Kat", del que brotan plantas alimenticias estilizadas; entre el mentón y la garganta que traga lo que sabe sabroso, pepitas frutales comibles; y en la actitud de su brazo, que significa cosecha, las mazorcas opulentas con esencia de vida. Junto a sus pies se halla un plato con dos signos "Kat" de forma normal, significando abundancia de comida, y otro "Kat" mayor, en forma de batidor, adornado con pepitas —para revelar su contenido— con que hicieron la bebida alimenticia de su atol. (Pág. LXVIII, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

También se daba gusto la luna, que sólo viene a ver a nuestra nana la tierra, para chupar el agua de los riachuelos que salen de sus chiches, que los hombres llaman volcanes, para llevársela; porque su gracia era bañarnos a todos con el aguacero.

Y así estaban y seguían el sol y la luna viniendo y pasando, mientras crecía el patojo. . .

Pero una vez que alumbró la luz de los soles y la luna sobre la tierra, lo hallaron ya hombrecito crecido.

Y lo hallaron que él también estaba haciendo luz con su cabeza, porque sólo vivía preguntando a las hojas y a los bejucos, a las raíces y a los palos, para qué servían.

Y las demás gentes del pueblo iban aprendiendo con lo que les decía el patojo, pues éste era como el Nimáchumil, alumbrador con el nombre de los sabores y los aromas de las cosas que le decían las hierbas y los palos y los animales del monte.

Porque todos le contestaban con el lenguaje de su sabor y de su esencia.

.....

PALABRAS DE AVES



*

UNA VEZ, caminando en el monte, halló al animal que sin tambor ni chirimía comenzó a bailar el son, y le preguntó:

—¿Cómo te llamás?

Y el animal, bailando, y colorado desde su moco hasta su güegüecho, con un pujido que pareció detonarle por dentro y luego con sonora, extraña y silvestre carcajada, le contestó:

—¡Chum... pi... pe!...

También a los que volaban y cantaban entre los ramajes altos y frondosos de las ceibas, los conacastes, los cedros, los pinos y los guarumos, les preguntó; y con su alegre canto le respondió uno:

¡Pixcoy!...

y luego también el otro:

—¡Pijuy!...

* Oyéndolos con atención, el hombre captó de los pájaros sonidos de su canto para hacer palabras. (En el dialecto maya-quiché abundan las palabras onomatopéyicas.) (Pág. C, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

Y entonces también le habló el pájaro que es el llamado del agua para que venga la lluvia y nutra a las flores y le dijo:

—¡Guás, guás, guás! . . .

NACIMIENTO DE UN RITMO



EL CHUTE del ishcanal le dijo a sus dedos el sabor del colmillo del árbol; y la hoja que pensó era sabrosa para refrescarse su panza y su pecho, le hizo cosquillas con ardores de chile sobre su mushúsh y sus chiches sin leche; porque las del hombre no son como las chiches hinchadas y duras de las mujeres que no han tenido calentura de hombre. Y entre más se rascaba, más le hacía cosquillas con ardores que parecían de brasa de tizón . . .

Y así supo el patojo preguntador entre los animales, las aves, los palos, las flores y las hojas, que ésta se llamaba Chichicaste, porque es cosa muy fregada sentir su ardor en las chiches . . .

Pero si ésta era mala, en cambio era dulce y sabrosa la hoja que se llamó del Bijau, porque le daba frescura en el lecho, le protegía de la lluvia y, cuando alumbraba el sol, su flor era colorada, igual que la boca de las muchachas cuando se ríen para que nos den ganas de dormir con ellas . . .

También otro día que vio que la milpa estaba galana, su mano agarró una jícara vieja que tenía ya secas sus pepitas; y entonces le preguntó:

—¿Para qué servís vos?

* Uno de los Códices habla de cuatro varones que hacían música durante los sacrificios en el altar de sus dioses: uno con chirimía, otro con el tún, otro con pito pequeño y el último con el chin-chin, que aquí se ve. (Es interesante observar que en su historia los maya-quichés refieran que cuatro fueron los Balames que hicieron al hombre de maíz; cuatro los dioses Bacabs que sostienen el cielo; cuatro los primeros escritores; cuatro las primeras tribus que tuvieron creencias totémicas; y cuatro los que dieron vida a su arte musical.) Aunque en dichas relaciones sean presentados en número de cuatro, natural es que su origen individual fue separado.

Y la jícara vieja, como si le diera risa estar en sus manos hermosas, se sacudió coqueta y le respondió con mañas:

—Chin-chin... chin-chin... chin-chin...

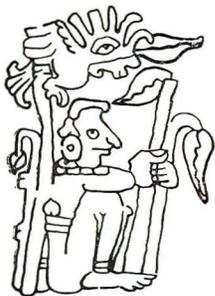
Y él oyéndola, en sus nalgas y en sus lomos sintió una cosquilla que le hacía mover las piernas, comenzó a bailar igual que el chumpipe; y sus pasos los daba al mismo tiempo que la jícara vieja iba diciendo:

—Chin-chin... chin-chin... chin-chin...

Y así se fue caminando hacia el corazón del monte, hasta que llegó al pueblo, para enseñarles el secreto de una palabra que no era palabra para pedir comida ni bebida, sino para hacer alegría, porque al bailar con ella se volvía el alma de un ritmo.

Y entonces todos los hombres del pueblo salieron a buscar sus jícaras viejas con pepitas secas, y aprendieron a bailar con el son del chin-chin...

EL ARBOL CON TETAS



*

YA SABIA bastante el patojo fregado. Pero no se le quitaba la maña de ser preguntón.

De repente, una vez, tenía afligido el corazón, porque la tierra se puso tan caliente que el dios cuidador de los sembrados de la milpa estaba sudando. El no quería que tomara agua del río. Habían visto sus ojos que en éste ponen su pata el venado y el tigre; y también allí ponen su trompa la culebra y el sapo.

Y se fue más adentro del monte, donde está la ardilla, el mi-co y el tacuacín; donde lanza sus gritos el guás y el pijuy, para que oyendo su canto el sol, se escondiera en las nubes y fuera a traer sus tinajas con agua y también nos bañara, como nos baña la luna cuando estamos durmiendo.

Y por estar preguntando a los palos, a dónde estaba el nido del guás, en el monte encontró, junto al tronco y protegida por las ramas de otro árbol de ramas muy grandes, una mata con hojas

* Acompañado de un pájaro que está en el alto follaje de un árbol —le dice la hoja que tiene de fondo— el joven sabio se encuentra entre árboles de hermosas hojas, al frente, y otros con frutos que brotan del tronco, atrás. (Pág. LXX, Códice Trocortésiano, en Madrid.)

lustrosas que parecía mujer, porque estaba con chiches rosadas colgando en el tronco de su cuerpo y en los brazos de sus ramas, ofreciéndoselas para que las comiera. El tomó una de sus tetas, y al preguntarle con su diente qué sabor tenía, contestó la cáscara dura que era fruto virgen; y entendiéndolo así, él rompió la virginidad de ese fruto y éste puso en su lengua un gajo de perlas cuajado de esencia con rico dulzor. . .

Hunahpú, el "Nimáchumil" de la tierra, al probar su dulzura, sintió que en su cuerpo se regaba la savia de una nueva vida.

Fue su pierna más ágil y su brazo más fuerte.

En su mente brillaron más luces: ¡era el beso sabroso ofrecido por la tierra para el labio sediento que afligía a los dioses!

Y entonces, el calor salió huyendo. . .

La pregunta del sabio halló así la respuesta del dulzor de las mieles que el palo con planta de mujer ocultaba en sus chiches rosadas. . .

¡Ahora su pueblo ya tenía el manjar delicioso para los labios creadores de sus dioses!

¡Era el Cacou! Nuestro cacao.

La semilla sabrosa cuyo jugo regaba nueva vida en los hombres cuando el sol y la tierra le agotaban las fuerzas, porque había en su miel, en su esencia y su aroma, el aroma y la esencia con que besan los labios de una boca doncella.

Y gran suceso fue para el pueblo el regreso triunfal de su jefe, el luminoso Hunahpú que sabía leer en las plantas el destino que habíales dado la tierra. ¡Había encontrado la pepita valiosa del dulce cacao, regalo maravilloso de nuestra amada tierra, gloria de sus hombres y de sus dioses para el futuro! ¡Orgullo para la arcaica Gumarkaj, y orgullo también para la bellísima Guatemala que después había de surgir en ella!

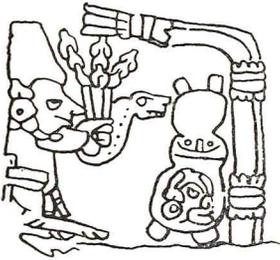
Los hombres que le adoraban por sus palabras sabias, de lleno se entregaron a sembrar los maizales que sustentaban a su pueblo, y a multiplicar con esmerado cultivo la planta que era regalo a sus dioses, y fuente de energías a su existencia.

Todos bailaron con el son de sus chinchines, porque Hunahpú era otro sol que en la tierra había descubierto el árbol maravilloso de la fruta opulenta, tan sabrosa y tan cara, que valía por todos

los frutos. Y los ojos del sol, alumbrador de los días, hallaron en Hunahpú que tenía en sus manos el grano valioso que sería el nominador del valor de todas las cosas que entonces ya existían.

El cacao estaba descubierto en su privilegio de ser bebida de dioses, granos carísimos cuya posesión comenzó a despertar la ambición de los hombres y se volvió moneda.

LOS CACAHUATALES



AL NUTRIRSE de arboleda estos prados, cuando habían pasado cientos de soles alumbrando la tierra, los hijos iluminados del Hunahpú admirable, no apartaron su mirada de la vida y multiplicación de la planta dadora de mieles y pepitas valiosas. Y entonces formaron los cacahuatales bajo la fronda de árboles gigantes que habían de sentir el sople de centurias sobre sus follajes, porque el cacao, sensitivo como la mujer, necesita la suavidad de la sombra para florecer y nutrirse de mieles en la tierra fresca.

Consentido y mimándose a sí mismo, él riega a sus plantas la nutrida alfombra de sus propias hojas, con que se abona y alimenta, lo mismo que el hombre, en continuo volverse hacia la tierra y volverse hacia su tallo.

Necesita la luz, mas le perjudica el sol.

La lluvia le hace daño; empero, como árbol, necesita del sol suavizado de los días del invierno.

El ojo de su descubridor se había entregado al atisbo de su vida, porque presto notó que el árbol que en sus frutos le daba un tesoro, necesitaba el afecto de una fronda que le diera sombra cuando reinaban los días de sol ardiente y había menester caricias de brisa y de frescuras cuando la lluvia caía.

Buscando, un día encontró el árbol que podía tener, por don natural, estos cuidados de la nana amorosa que urgían las plantas preñadas de senos rosados y opulentos.

* El árbol doblado significa que le está ofreciendo la sombra de su follaje. Bajo de éste, el joven sabio llevando un ramo de flores y una serpiente —símbolos del gozo y de la vida— camina hacia la olla donde está volcado el signo de la abundancia y que contiene el rico sustento del dios cuya cabeza se ve en ella. (Pág. C, Códice Trocortésiano, en Madrid.)

Y entonces puso a éstas bajo el celo de la fronda de otro árbol que nuestra nanoya la tierra había hecho nacer con destinos maternales para servir al cacao. Y la misión que desde entonces se le confió por el hombre, le dio su nombre: "El Cacahuainansi". La nana del cacao.

Fue así, esta otra planta la nana cariñosa del palo con chiches, porque se cubre de hojas cuando el sol es ardiente y se despoja de ellas cuando la lluvia descende para bañar a las plantas. Y por eso el cacao de estas tierras fue el primero en existencia, y el primero en calidad y dulzura.

Los hijos de Hunahpú auscultador supieron pronto que al cacao debe cuidársele contra los rigores del clima: urge la protección de una sombra cuando el sol es ardiente; mas urge, también, la visión del azul y el reír de la nube cuando llega la estación de la brisa acariciadora. Y con este saber, unieron la vida de un árbol con la existencia de otro, formando la pareja inseparable para hacer el cultivo admirable.

Y cuentan las leyendas que, desde aquel tiempo, en los predios cultivados de estos pueblos, la tierra y el paisaje mostraron la sola presencia del cacahuatal inundado por la alfombra de vieja hojarasca, bajo el amoroso ramaje del "Madre-Cacao", que en verano se cubre de reverdeciente hoja para brindar sombra, y en el invierno se deshoja y cubre sus ramas con rosada flor, para acariciar a la mata consentida del cacao, que los hijos de Hunahpú pusieron bajo su cuidado.

LA CREACION DEL BATZ



*

HUNAHPÚ, con sus dedos hurgadores en la naturaleza del árbol, del fruto y de la flor, fue sorprendido por el sol en otro día luminoso —como luminosos eran el astro y Hunahpú mismo— acariciando el copo de blancuras que florecía en las corolas de una planta sencilla, delicadamente adornada con la sencillez del blanco de la nube y la sencilla blancura de la espuma y de la nieve.

* Descubierto el algodón, las mujeres fueron las primeras obreras preparando el hilo para hacer la tela. (Pág. CII, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

El dedo preguntador del sabio inquirió en las alburas de esta flor y en la delicadeza de sus sedas. Y el copo acariciado, comprimido entre las yemas de los dedos hurgadores, enrollándose en sí mismo por el movimiento incesante, volvióse hilo que brotaba de las manos ante la asombrada mirada preguntona de aquel inspirado conductor de pueblos.

Ya estaba ante un encuentro admirable. El hilo, la imagen del pelo que cubre el cuerpo del mico, del Batz.

El mico, el animal hermano más parecido al hombre, tenía su cuerpo cubierto; ¡y el hombre ya tenía en sus dedos y su acción creadora, el hilo formado por las sedas del copo del Bob, del algodón florido. . . !

En la mente de Hunahpú, el hilo también se llamó Batz.

Y la presencia del hilo tejió ideas y pensamientos que, saltando del cerebro a las manos creadoras, en los dedos tejió visiones de lienzos. Entonces, también, en los cielos de su mente cruzaron lienzos como visiones de nube.

Ya había nacido el otro "Batz".

El hilo que también es imagen del pelo en la cabeza del hombre; y del pelo que le nace bajo el seno de los brazos y le cubre, enalteciendo los misterios creadores de la vida, el tziquín que tiene abajo del mushúsh. Hilo que es imagen del bejuco en la selva; imagen del reptil que se enrolla y se enlaza entre sí, conducido por la cabeza con diente incisivo que se clava en la carne cuando muerde. . .

La liana colgante de los altos ramajes de los árboles, haciendo tupidos techos que protegen contra el agua; el bejuco que se trama numeroso y hace alfombras que cubren la tierra. . . La felpa del musgo que teje y abriga calores sabrosos. . . la serpiente, hilo animado con cabeza y ojo que se busca a sí misma para trenzarse y confundir sus colores. . .

Visión de ensueño. . . inspiración y diálogo con el éxtasis en el embrujo de una fantasía multicolor. . .

Los dedos hicieron más hilo, comprimiendo y enrollando más flor de algodón, más imagen de nube. . . Y la flor prodigiosa siguió dando más hilo con sólo ponerle más seda y más blancuras de flor a los dedos creadores. . .

Y la concepción redentora que cubriría con lienzos el cuerpo y las gracias de las doncellas y de los hombres de la tribu, iluminó como nuevo día en el dombo fulgurante del cerebro del Hunahpú creador.

La planta florida ¿no habíale dado la imagen del bejuco y la liana, y la imagen del reptil cuya cabeza anima y penetra con filo de diente? Entonces otra planta hermana, de madera fuerte, ¿no podía inspirar la cabeza del hilo que, como la cabeza de la culebra lo fuera conduciendo, si se prolongaba infinitamente, para enlazarse entre sí?

Lo había hecho el bejuco mismo en el tejido maravilloso con que había formado caprichosos enredos cubriendo la tierra, cubriendo a otras plantas —él, débil bejuco que reptaba en el suelo por la falta de tronco— cubriendo con sus tejidos los troncos ajenos y las ramas de árboles gigantes.

Y si tal hacía el bejuco, tal haría, cubriendo el cuerpo del hombre, este hilo salido de la flor del algodón al pasar por los dedos del Hunahpú inspirado.

Entonces la visión de la rama cubierta de infinitas lianas colgantes y musgos con caprichosos tejidos, dio la imagen del sostén de los hilos, para con ellos mismos, tejiéndose entre sí con las ondulaciones de la serpiente, formar la tela que, como el bejuco y el musgo que cubren árboles gigantes, con sus tejidos cubriría los cuerpos de la mujer y del hombre, por la dádiva generosa que le daba la planta hermana floreciendo en blanquísimos copos.

LA INSPIRACION DEL COLOR

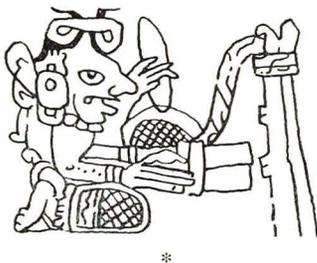


LA MENTE creadora, recordando a la culebra que graciosamente se enlaza y matiza sus colores, quiso que como el cantí y la serpiente el hilo salido de sus dedos milagrosos se tiñera en colores para que cuando hiciera tejidos iguales a los hechos por la rama con las lianas, él mostrara, no los colores de la culebra jaspeada, sino la policromía del paisaje con el azul del lago, el verde de la hoja y los tintes alegres y sonrientes de la flor.

* Para emplear la gracia del color en las telas a hacerse, puso en su pincel de maguay la virtud de los ojos que captan la forma de las cosas; y el poder de la mente creadora cuyos pensamientos mezclan los colores y hacen la expresión de la belleza. (Pág. CI, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

El Batz, el hilo salido del níveo copo, lo pensó extasiado, teñido con el recio color de las ceibas y los cedros, cubriría el cuerpo de sus hombres; y, en sus mujeres, envolvería su cuerpo moreno y las haría imagen de la selva, de la tierra cuajada de colores de su flora, fecunda, fértil y lujuriente en su seno.

- - -



CUANDO los hombres de su pueblo supieron el milagro de los dedos de Hunahpú, el Nimáchumil de la tierra, todas las manos fueron gozosas a la cosecha de la flor que parece nube y se vuelve hilo. Siguiendo el ejemplo de la liana que forma cortinas con sus hilos colgantes en la rama del árbol, y copiando la forma

de la cabeza de la culebra que conduce el hilo jaspeado de su cuerpo, hicieron carretes de palo que fueran formando el tejido horizontal entre los hilos que caen verticalmente. Entonces fueron en busca de la sombra del árbol: en las ramas de éste tuvieron la visión del telar.

Desde entonces las mujeres del pueblo siguiendo el consejo de Hunahpú, bajo el árbol frondoso pusieron su telar, para hacer tejidos iguales a los que caen de las ramas del árbol gigante, y con hilos que salen del carrete que semeja la cabeza de serpiente, van tejiendo sus refajos y güipiles, en cuyos lienzos copiaron los colores de la hoja y la flor; los azules del lago y los oros del sol,

* Cuando tuvieron el hilo, del tronco de un árbol pusieron colgante el aparato de su telar. Y manejaron hábilmente el carrete-aguja con hilo, hecho en forma de cabeza de culebra, porque fue quien lo inspiró. (Pág. CII, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

para vestir con ellos, graciosamente, el cuerpo aromado de aquellas flores bellísimas que fueron doncellas y fueron princesas en el jardín de ensueño que con su mente sabia y con sus manos creadoras cultivó hace miles de siglos el grande y eternamente luminoso Hunahpú.



*

* Con este cuadro fue escrito en las páginas de los Códices mayas el gesto triunfal de Hunahpú, quien aparece con el telar atado al árbol por dos signos "Ik" —de la luna—, símbolo de la inspiración y la fecundidad. Teniendo en la mano la aguja para hacer los tejidos transversales, en la cabeza luce la culebra enlazada, tal como le mostró en el campo la forma de tejer el hilo, mezclando el jaspeado color de su piel, lo que le inspiró la combinación de los colores que atesora la selva. (Pág. LXXIX, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

LA ETERNA BELLEZA DE SU ARTE, SELLO DE SU ESPIRITU



Hasta el presente, extasiarse los siglos en las mujeres jóvenes quichés que bajo la fronda de los árboles tejen los güipiles con que las hijas de la raza cubren su cuerpo lleno de gracia, para cumplir fiel y eternamente las enseñanzas del iluminado Hunahpú.

Y la madre india, que por el milagro de su vientre fecundo, ha eternizado su raza, amorosamente nutre a sus hijos con la savia de sus pechos y, cubriéndolos con su rebozo, forja su espíritu para que amen intensa y orgullosamente la policroma belleza de estas telas en que se manifiesta la divina virtud de su arte.

V

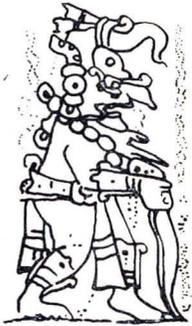
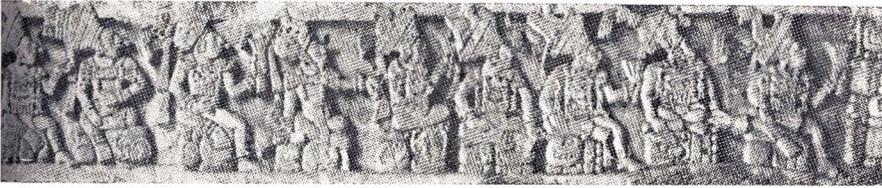
KAKOLQUEJ

(LA MANSION DE LOS VENADOS)

Y

XETULUL

(BAJO LOS ZAPOTALES)



*

“ENTONCES se desparcieron los padres y abuelos de los Quichés en diferentes partes; pero no tenían Idolo diferente ni desmembraron del Reino sino que sólo estaban y asistian en las fronteras para guardar el Reino. Entonces fueron desparcidos y puestos en sus parajes los de Chuilá, los de Chulimal, los de Xaquilá, los de Xoyabaj, los Quieh, los de Chitemah, diez y ocho pueblos fueron los que se fundaron en las fronteras con los de Cabracam, Chachicac, Chihumahpú con los de Zacualpa; los de Joyabah, los de Zacabha, los de Ahsiyaha, los de Tutunicapa, los de Quezaltenango y los demás que fueron a la costa.”

(Página 49, tomo I. Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala, Ximénez. El Popol Vuh.)



“De los que llamamos Ahaos se produjeron con larga derivación los Calpules conocidos de los pueblos de Quezaltenango,

* Bajo la lluvia y los rigores de la intemperie, el fundador de pueblos laboriosos, llevando en sus manos la macana que abre el surco para la semilla opulenta, camina en busca de la tierra fértil. (Pág. XXXVIII, Códice Maya, en Dresden.)

Totonicapa, Santa Cruz, Momostenango Zamayaque, Ostuncalco, Cuyotenango, Zapotitlán, Chiquimula y otros, hasta veinte lugares numerosos.

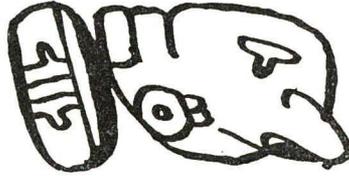
...su nobleza en esta parte de Goathemala es producida del Señor Copichoch-ahpop, como tronco y principio de Nimaquiché Cotzutum."

(Manuscrito Iztaguacán. Juan de Torres Macario.)



"Estos fueron a velar las guerras que se hacían en las fronteras y repartiéndose por los montes tenían sus capitales con que hacían la guerra a los enemigos y todos los que apresaban y cautivaban los traían ante los Reyes Cacquicab y Cavirimah y con aqueste ejercicio se hicieron valientes guerreros y muy diestros en el arco y en la flecha para que con más ánimo peleasen."

(Página 158, tomo III, Recordación Florida, Fuentes y Guzmán.)



*

* Letra con que, en su estilo, los escritores maya-quichés se referían a Gucumatz; acompañada de otras letras compuestas con varios signos narraban sus acciones (Figura en los textos de numerosas páginas de los Códices.)

I

LOS BOSQUES DE LA COSTA



*

OBEDECIENDO el mandato del rey Cotuhá Zttayub, los hijos de los veinticuatro Ahaos se regaron por todas las tierras del reino para hallar el lugar en que darían asiento a sus pueblos.

A unos los atraía el pino, el árbol que llora resina en perlas de ámbar para hacer el pom. Estos se fueron a la cumbre, donde está la roca y la dura obsidiana, con que se forman los filos de la macana y el desgarrante pedernal.

Los otros buscaron las praderas de la costa caliente, la tierra sabrosa donde nace el cedro de la cerbatana; donde está el bejuco para hacer el arco y donde crece recta la vara para hacer el arma rasgante.

La tea del destino alumbraba su camino.

Venían buscando, bajo la fronda del bosque, la estancia nutriente, la tierra pujante.

Así caminando, a sus ojos vino el bosque cerrado con ceibas copadas de hojas. ¡Allí estaba la ceiba gigante con los brazos abiertos, de sus ramas, donde halla asiento, en lo alto, el bulbo varón que florece en la orquídea; y la rama que sostiene cortinas de lianas y musgos para hacer el nido sabroso de las aves cantoras!

* El estar sentado indica descanso al salir vencedor, por su valor y firmeza, sobre situaciones en que lo acechaba la muerte. (Pág. LXVI, Códice Maya, en Dresden.)

¡Qué bonitas estaban, en las ramas del árbol, las flores teñidas en rojo, que da el pie de gallo; y el beso de grana, que da la pitahaya!

Y bajo la sombra de ceibas y cedros, por doquier se regaban ríos y riachuelos, rumorosos con estrofas de perlas y añiles al besar las pestañas de la orilla que forma su cauce: el verde en las hojas, el rojo en la flor de bijau, el suave amarillo en la flor del ayote, y el dulce morado en el tierno quixtán.

Entonces notaron, también, que allí estaba el Guarumo¹, el árbol que es habitación de las hormigas, ejemplo para la vida del pueblo a formar.

Habían llegado a su destino.

Como las hormigas del Guarumo, allí vivirían sus hombres y sus mujeres; y, como ellas lo hacen, todos sus brazos harían la vivienda.

En el bosque que brinda la fruta sabrosa para mitigar el hambre, y junto al río que brinda sus aguas para mitigar la sed, los hombres tomaron los brazos del árbol, las ramas, que se ofrecieron fraternos, y armaron el sostén de una sombra y un nido; nido de hombres que hablan y andan, tal como entre ramas hicieron el suyo las aves que cantan y vuelan.

La caña corrió presurosa para darles abrigo contra el viento y el frío. Y la hoja, igual que en la rama, les brindó otra fronda para protegerlos contra el sol, el rocío y la lluvia. ¡La hoja del árbol hizo desde entonces el techo del rancho!

Al igual que el enjambre de la hormiga que habita en el Guarumo, hicieron sus ranchos y formaron su pueblo en la plana y extensa montaña.

El canto de las aves, la presencia de los animales que habían nacido y poblaban estos lugares; el rumor y la belleza de los ríos, la estampa del paisaje, comenzaron a formar palabras que fueron nombres para los ríos y los pueblos que allí se formaron. Porque pueblo y río fueron inseparables. A cambio del agua con que mitigaba su sed, recibió el río del pueblo el cariño que lo volvió su hermano, dándole su nombre.

Y así fue como aquella costa que estaba inundada de ríos, resultó inundada de pueblos. Cada río con el nombre de su pueblo, y cada pueblo con el nombre de su río.

¹ Arbol artocárpeo americano.

Cuando un río en su largo correr tuvo que saciar con sus caudales la sed de varios pueblos, en el tramo que a éstos correspondía recibió distinto nombre, porque otros eran los nombres de los pueblos que a su paso alimentaba.

El mandato del rey Cotuhá Zttayub hacía el milagro de poblar bosques de la costa.

.....

Sobre la llanura inmensa en que se tendieron caminos que copiaron la cinta del río con torrente de agua, haciendo ríos con corrientes de hombres, la mirada de éstos descubrió un puchero picudo de la tierra, cono que se levantaba al cielo. . .

¡De la tierra salía la trompa del pizote ¹ buscando honduras en la mansión azul para soltar el canto de grandeza de su suelo o aullar su grito llamando a otros seres que vinieran a saber la sabrosura de sus bosques! . . .

Y los hombres vinieron a su falda para ver si tenía la entraña rocosa de otras cumbres. Pero no hallaron sino que era, su seno, de la misma tierra de humus y savia que palpita en toda la costa.

La sonrisa de gozo se encendió en la faz del cacique; sus hijos besaron la tierra para hacer el pacto de la heredad eterna, y en ella pusieron su asiento, clavaron las ramas del árbol, vinieron las hojas a darle su sombra, y, al nacer su pueblo, se formó un calpul. ²

El cono imponente y soberbio quedó para siempre a su vera, como un atalaya que arrullaba su vida y velaba su sueño. La palabra para nombrar este pueblo, brotó cantadora, narrando la historia de su nacimiento: "Al pie de la trompa del pizote".

Al pronunciarla el labio de sus hombres, en la melodía del dialecto materno, la palabra sonó: "Tzamayac".

El tiempo, después, hizo un desfile de uinales —meses y hombres—, que pasaron dejando la huella de su vida en la grandeza de los pueblos y en el tesoro de su historia, porque todos habían venido para poner su aporte en la obra creadora.

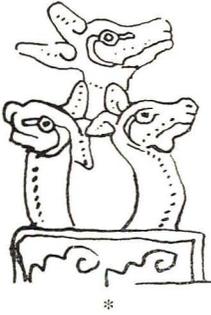
Y todos los días, cuando el sol nacía, sobre la costa emergía sonriente, porque despertaba seguro de encontrar nuevos hombres que habían nacido, y de conocer nuevos pueblos que se habían formado.

1 "Coati", pequeño mamífero carnívoro de la familia de los ursídeos.

2 Grupo de hombres o familias, gobernados por un consejo o un jefe.

II

LA MANSION DE LOS LLANOS



PARA otros que tomaron distinto sendero para venir a la costa, la lujuria de la tierra se mostraba en rugido de fieras, en canto de pájaros, en color de paisaje.

Desde la cumbre de dos volcanes hermanos —el Macamob¹ y el Yaxcanul—, como en dos resbaladeros, dejábanse venir retozones los vientos a prenderse en las copas de los árboles preñados de frutas; encinos y caobas centenarias, cicales nutridos de pelotas con agua y dulce carnaza, palmeras con crías de pencas de mieloso coyol.

Y se mecían en ellas los soplos alisios, para luego saltar sobre el llano cundido de cañas, caulotes y sauces, hasta desmayarse sobre la alfombra de los zacatales besando las flores del quiebracajete y el lecho arenoso donde nacen los sandiales y el oloroso melón. . .

Bramaba la tierra en su flora infinita y en su fauna admirable.

Rumor en los bosques. Sinfonía con flautas de alondra, cantar de inquietos chiltotes y silbar de gorriones y chorchas.

Fiesta de colores en la mariposa inquieta, en el fuego de las guacamayas parleras, en el esmalte de las hojas, en el pétalo de la flor, en el cristal del riachuelo, en la tierra misma, negra, con negror de vida. . .

Cuando todo vibraba en el corazón de la sinfonía imponente, el rumor de un chasquido estremece el silencio que tiembla: las ramas caídas —la seca hojarasca en el suelo—, lanzan un gemido al pisarlas un casco pequeño.

Se apartan las breñas del paraje. Asoman dos ramas de cuernos con forma de horquetas. Un hocico pequeño y dos ojos redondos, muy negros, con negrura de fuego como una obsidiana, asoma y revisa el silencio del bosque cuajado de cantos y gritos lejanos de fieras. . .

* Venados, los reyes que en los prados hallaron sus ojos. (Pág. XLI, Códice Trocortésiano, en Madrid.)

1 Cerros que los hombres, siglos después, llamaron "El Zunil" y el "Santa María".

Y todo es silencio en la fiesta del monte. Cautelosa, del paraje se escurre una silueta teñida con ocre amarillo de barro. ¡Hay ausencia de seres que no son de su especie, de los que son con diente incisivo para la carne mansa de la bestia noble de la selva!

No está la presencia del tigre, ni se ve en el árbol la cinta jaspeada, únicas fieras que entonces temía. . .

Mostraba esbelta figura, largo pescuezo torneado, piernas veloces, cascos pequeños —agudos como pedernales— y un penacho de cuernos floreados sobre la frente.

Es el quiej: el venado. El patrón de estos valles, Señor de los llanos.

Su mirada parece saeta; se electrizan en sus nervios y atisban rumores. . . Está alerta. Ha venteado que viene su hembra.

Y la espera.

El bosque se anima con su elegante presencia; en las ramas se mece la fronda cariñosa, se alborozan las hojas, se alegran los prados.

Donde luce sus flores rosadas la caña, las matas se mueven. Es alguien que viene. Escuchó la llamada de su dueño, y al momento aparece la reina del prado, la graciosa ixokquiej, la venada.

Es igual en la arisca cosquilla, igual en la piel satinada; mas no tiene en la frente el penacho de cuernos floreados. ¡Es la reina! sólo tiene diadema de dos tiernos pitones y pequeñas orejas. Y sus ojos rasgados, su trompa pequeña y su cara delgada, dicen que es hembra, una hembra con ancas cimbreantes y cara bonita!

La altivez del monarca se adueña del llano y del paisaje. Lo acaricia su hembra, su reina, y se cruzan y rozan los cuellos. ¡Se han tocado los lomos de la hembra y el macho, se ha hecho palpitante la caricia que despierta deseos, la emoción hacia un beso escondido! Ella está protegida. El se siente más fuerte. Mientras ella, sumisa, come pelos de grama, levantando el pescuezo, él se yergue. Dispara miradas sobre todo el contorno, sacude su florero de cuernos y, señor en su reino, cariñoso, la invita al paseo, buscando la hierba sabrosa. . .

Se sonrojan las flores, se encienden las hojas. El paisaje presente el idilio. La luz de la tarde se incendia en copos y troncos de nube dorada; la ceiba sacude el follaje al besarla la brisa. ¡Otro idilio del prado! . . .

Y después. . . dos saetas se tienden y hienden la distancia. En el llano se ha abierto la carrera de la pareja triunfal en su vida, señora en su reino, triunfal en su amor. . .

¡Son los reyes del prado que retozan su gozo!

Y entretanto, displicentemente, el paisaje se exorna con frondas de bosques, con praderas donde están, mansamente, infinitos venados que pastan, o que corren en tropa, o que van en parejas, contándose historias de tiempos pasados o de otros venados abuelos, de los que vivieron cuando la arboleda era monte chiquito y cuando eran patojos esos altos volcanes que les enviaban el sopro aromado de las frondas del pino. . .

III

EL CACIQUE ERRABUNDO



*

ESCALANDO peñascos, descendiendo a hondonadas con tejidos de breñas, un cacique con brillante penacho de plumas fulgentes y atavío de blancas cortezas, tal el vestuario de su noble estirpe en la corte de los Quiché Güinac —gente del Quiché, lugar de los árboles—, avanzaba conduciendo a sus hijos, a sus mazehuales, en la recia caminata que buscaba el recinto para hacer un poblado en la costa, como fuera ordenado por el rey Co-tujá.

Caminando y buscando, ascendiendo y bajando, un día sus pasos entraron al seno de una montaña enorme cuyos altos follajes no permitían que el sol les llegara. Las ramas, los gruesos y tupidos bejucos, las zarzas, la breña. . . todo era estorbo a su paso. Enormes serpientes en troncos de árboles inmensos, rugir de balames, aullar de coyotes, cotuzas y armados falseando con hoyos la entraña del suelo. . .

Tal vez pareciera que la planta del cacique errabundo había llegado al seno donde la montaña alimenta vidas infinitas, criadero, crisol de especies incontables. Corazón de la tierra brotando el

* Subido y dominante sobre el árbol de grueso tronco y ramas con hojas y frutos —sombra y alimento— significa que ya estaba en posesión de tierras nutridas de árboles gigantes, bosques milenarios con ceibas, caobas, cedros, pinos y guarumos, donde podía edificar su pueblo. (Pág. XXXI, Códice Maya, en Dresden.)

movimiento de su alma en la carne nacida de su propia entraña. . . Tal vez allí estaba aquel mismo barro que formó la carne de su tribu.

Mas no era, ese recinto cuajado de voces y arrullos, el premio soñado para el lar de sus hombres. Sus ojos ahora buscaban el sol. Querían ponerse en el sueño, pero vigilados siempre por la madre luna.

Del labio escapóse, entonces, la frase que oprimía en el pecho del cacique sabio la visión de la entrada a estos montes cerrados:

—Cu uonouoj quechelaj (selva muy espesa. . .) —se dijo.

Allí no estaba la luz de la antorcha que alumbraba en el cielo, ni la tierra firme para los sembrados, ni el animal manso para hacer vecinos. . . No podía, el hombre, vivir donde está el felino de garra sangrienta, donde está el coyote que aúlla en la noche cantos de la muerte, donde está el reptil que muerde en el pie que camina confiado. . .

El cacique y el pueblo errabundos siguieron caminando; perforando la selva de tierras feraces, mas también cundida de innúmeros acechos. Los pasos siguieron abriendo la ruta, alumbrados por la luz de otro sol que alargaba su día, que no opacan los ramajes tupidos ni obstruyen las breñas, porque ardía en la idea de su sabio cacique, sabedor que la montaña termina. . .

Y así fue. Terminóse el trayecto bajo la montaña lóbrega y, al salir a la luz, sus ojos se extasiaron ante la llanura inmensa.

—Allá está la costa —señaló la mano del cacique austero.

Y todos los ojos cayeron sobre ella.

Hablaba, su forma, la silueta de una hembra acostada sobre la planicie. La lejana cumbre dibujaba perfiles de la sien soñadora. Dos conos gigantes surgidos del llano ponían las duras turgencias de la chiche virgen. Y después llanuras. Llanuras con ansias extrañas, pidiendo semillas para hacerse grávida y parir cosechas de granos y frutas sabrosas que hablaran del humus de su vientre fértil.

Al pasar por el seno de la selva oscura, los hombres habían creído que allí morarían y su queja salía hecha canción triste recordando las mañanas claras de su nacimiento.

—Chilá parele balquih xopeuts. . . (De allá donde nace el sol venimos. . .).

... Era un desahogo para su honda pena. Tal vez había sido un ruego para que su cacique no pensara en dejarlos y quedarse allí, tan lejos del sol, tan lejos del astro que les había enseñado el brillar de las cosas. . .

Por ello, su canto se vino prendido en sus labios, como una plegaria, para regresar al sol. . .

Pero ahora que el brazo de su gran cacique se tendió hacia el horizonte, cuando ya en la luz —y en las tierras nuevas— otra vez miraban el cielo y los montes que alumbran los astros, sus ojos quedaron extasiados y su boca se abrió con palabras que en todos formaban diferente canción. . . Cada uno exclamó su delicia:

—¡Naij an! (¡Qué cosa tan grande!)

—¡Majabi chi jebel! (¡Nada tan bello!)

—¡Jebel an! (¡Cosa hermosa!)

El sabio cacique quedó doblemente extasiado. Había descubierto una tierra cuajada de esplendores y también se enteraba que sus hombres emitían palabras de grande sentido, de honda belleza. Era el jefe de una tribu de poetas.

Un torrente de luz, catarata de ideas, brotaron en sus sienas. La visión de un poblado en las llanuras, bajo el sol cariñoso que derrama luces y calores, nació en las mansiones de su mente. Pero. . . ¿habría en esta costa aquellas fieras sangrientas que mostró la selva cuando estuvieron en sus días sin sol?

La mirada inquiriente recorrió los prados y, en ellos, halló la respuesta: los mansos venados pastaban en la gran llanura, corrían en grupos entre los boscajes, o iban por pares contándose historias. . .

Cuando vio hacia lo alto y buscó en la rama, no encontró serpientes, ni había graznidos. Sólo estaba en la rama, cantando sus versos de arrullo, su canción de cuna, la chorchita amorosa que cuida su nido donde están sus hijos: su nido que pende en la rama y que mece el viento para que ellos duerman. . .

Más allá el chiltote diluía ternuras. Les daba lecciones de canto y de trinos a los que en el nido, con párvulo pico balbuceaban notas. . .

Y entendió su mente lo que es esta costa, la rama, el boscaje, el llano. . . ¡todo es una canción! Y él dijo la suya, hablando a sus gentes:

—¡Xagui guaral ka juyabal, ka takajal ch' uxic!

(Sólo aquí tendréis vuestras montañas y vuestros valles, ¡ocupadlos!)

El mandato comenzó a cumplirse.

El príncipe cacique descansó.

Había encontrado el lar amigo donde se fundaba su pueblo, donde acrecería su estirpe. Y la tierra misma, cubierta de gramas, se brindó amorosa para ser su lecho. El arco de una cueva llena de tibiezas le ofreció su abrigo. . .

La lumbre de un día fecundo comenzó a apagarse, y así vino el sueño, el cansancio de la gran jornada hecha por la tribu errabunda.

Y su cacique se durmió sonriente, con sencillez de niño.

IV

KAKOLQUEJ...



*

SONORA en cantares despertó la mañana. Cantaban las aves que durmieron en el árbol y cantaban los hombres que durmieron en la grama; los pechos se henchían de alegría con la exclamación del maravilloso amanecer que contemplaban. En el oriente brotaban chorros de luz, de sol que ya venía y alumbraba recuerdos inefables en la tribu.

La canción que los animara en la hora de la angustia, ahora era salmo que vibraba en su alegría. Y otra vez el coro unificó los labios y todos, para decirle al astro que allí estaban los que eran suyos los que nacieron en el mismo lecho de donde él emerge, alzaron sus voces y dieron al prado la grande noticia de su procedencia:

—¡Chilá parele balquih xopeuts! (De allá, donde nace el sol venimos.)

Con la claridad del día, el eco se llevó esos versos y los fue a regar sobre la arboleda de los bosques grandiosos, para que supieran éstos que era el canto del hombre al nacer en la costa esas lindas mañanas que no habían visto nunca.

Al oír su canción, el cacique salió de su lecho ostentando ante el sol su penacho de plumas preciosas. El también se embriagó

* Los que nacían en estos pueblos, crecían en comunión y se atraían mutuamente con las aves, con el armado y con todos los animales nacidos en esta costa admirable. (Pág. XXXVII, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

con el cuadro de tanta belleza. Se diluían sus ojos al mirar con asombro el nacimiento de la luz del día en la costa.

Panorama imponente en la esmeralda de sus campos, en el murmullo cristalino de sus ríos... El también sabía que esta tierra era hechura del sol, del creador de lo bello, de lo que hace al día, ¡la vida!

Y fue tanto su asombro, tanto su gozo, que sus labios juntaron en un solo saludo la canción de las aves, de los prados, del río, de la cumbre y del hombre:

—¡Akaroc! ¡Atoop u Kij! (¡Salve hermosura del día!)

En la selva lejana, cual si fuera la voz de las fieras que moraban en ella, también gritó el eco:

—¡Akaroc...! ¡Atoop... u... Kij...!

La respuesta del sol fue bañarlos a todos con chorros de luz.

Y sonriendo emprendió su carrera ascendente...

.....

La tarea del día ya estaba esperando en el campo. La tierra costeña iba a recibir la primera caricia de la mano del hombre al plantar las viviendas de su nuevo poblado.

Mas faltaba la exclamación impensada, hija de la aventura inaudita. Al soltarse sus ojos de ese gran embeleso con que los extasió el sol, los hombres volvieron la vista y quedaron clavados en otra emoción.

De la cueva donde había dormido el cacique con sueño de niño, salió otra cabeza ornada con recio penacho. Sus ojos redondos tenían la mirada arisca, estaban perplejos, mas también tenían la postura mansa... Apenas mostraba, el noble animal, una pata delgada, terminada en agudo casco, en un paso inconcluido al quedarse asustado...

Al ver su penacho de cuernos floreados, el cacique sintió su cabeza presa de estupor:

—¿Pa chi ux ri chi chicopil ri? (¿Qué son estos animales?)

El manso venado, Señor de los prados, entendió la pregunta del hombre vestido con blancas cortezas del árbol. Salió de la cueva, lo vio con miradas que en su luz hablaban y llegó hasta el lugar donde estaba el cacique. Alzando la trompa, como si quisiera hablar con el juelgo sonó su respuesta:

—Oj utz. (Somos buenos.)

El rey de los venados, señor de los prados, y el sabio cacique, señor de los hombres, habíanse entendido. La mano del hombre se posó con cariño sobre el lomo de la bestia noble. Y él no fue hurraño. Era como un pacto de amistad perfecta.

Dos seres con cabeza ornamentada con nobles insignias formaban el grupo que asombró a la tribu. Eran dos caciques. Los unió la tierra, el suave calor de la cueva. Y habían vivido la comunión fraterna de estar bajo un mismo techo, de entregarse al sueño con confianza inocente, como duerme el ave, porque no había en sus mentes las ideas malas.

La cueva del rey de los llanos, del manso venado, había sido aposento del cacique de los hombres hermanos, llegados con ansias de lecho, de vida y de paz. Tan tremenda hazaña vibró en la palabra y al abrir los labios el cacique dijo:

—¡Kakolquej! (¡Cueva del venado!)

Y así quedó, en la lengua materna, pura y sencilla, el nombre del pueblo que en una mañana sonriente fundaron los primeros hombres que envió el rey Cotujá, para que fuera grande su reino y creciera en grandeza la inmortal historia de los Quiché Güinac.

V

TZATUJÁ, EL CREADOR DE LA GRAN XETULUL



*

KAKOLQUEJ, la tierra del ágil y esbelto venado, se había fundado —se había hecho pueblo—, porque tenía señalado un destino escrito: volverse un crisol de guerreros que cuidaran la frontera del reino en la costa.

Así lo había determinado el poderoso rey Cotujá Zttayub, el Varón luminoso que en su nombre anunciaba poder y virtudes extraordinarias: Cotujá, “el de la Casa del Aguila”; y Zttayub, “el que adivina los sortilegios”.

Era sabedor del destino de sus tierras. Su mirada, que penetraba el misterio del tiempo, había visto el futuro de su pueblo y de sus hombres. En su éxtasis había visto las

* Cuando tuvo pueblos ricos y grandes, en lugar de la macana para sembrar la semilla en la tierra, en sus manos puso el hacha del guerrero y la filosa obsidiana que lo hicieron rey. (Pág. XXXII, Códice Maya, en Dresden.)

tierras de su reino convertidas en nidales de varones y doncellas primorosas, con esplendores y riquezas incontables. También, sobre estos pueblos que en ellas surgirían, había visto el trágico augurio de los días de prueba, por el acecho de otros hombres ambiciosos que aniquilarían su grandeza si los suyos no habían cultivado el tesoro de la fuerza para defenderse. . . .

Obediente a ese don clarividente, el monarca del Quiché había enviado al noble y sabio cacique que fundó este pueblo justamente en los prados donde moraba el venado, sabedor de que vendría un día en que las armas de sus guerreros aquí nacidos, serían el baluarte del gran reino.

Como el viento que al soplar de un monte lejano lleva a otros lugares el polen multiplicador de plantas para cubrir la tierra, así Kakolquej —en la voz de su jefe y señor— enviaba a sus hombres para que midieran el ancho y el largo de la gran pradera. Y, al volver sus enviados, trayéndole noticias de tierras fabulosas, de rincones de suelo con bellezas todavía no soñadas, el insomnio se adueñó de sus noches y en la mente comenzó a vibrar el tropel de los sueños creadores.

Su pueblo sería muy grande. Pondría linderos para protegerlo. Haría un poblado que bajo la sombra de árboles gigantes, tal la visión del seno de la selva fecunda, formara una plaza para adiestrar guerreros. . . .

Kakolquej sería la dueña de una fortaleza invencible. . . .

Su brazo regaría semillas para hacer sembrados y obtener copiosas cosechas de granos, y también regaría hombres para hacer poblados y obtener cosechas de bravíos y ágiles guerreros. . . .

Luciendo su altivo penacho, seguido de sus mazeguales, el altivo cacique, una clara mañana emprendió el camino hacia la tarea de fijar el predio de sus dominios.

Donde moría la falda del primer volcán, un río de caudal imponente le mostró el principio. Y tal como vio el río le otorgó su nombre: le llamó "Nimá" (Grande), por ser río grande y estar en la tierra que desde ese momento ya era principio de su gran cacicazgo.

Protegido por el caudal rumoroso de este río que tiende su cinta sobre las llanuras que van hasta el mar, fundó, entonces, un pueblo guerrero de hombres con brazos armados con varas tostadas, y puso a éste el nombre de su objeto: Retal-uleuh (señal de

la tierra). Allí comenzaba su frontera, frente a las tierras de los reinos de los Cakchiqueles y los Zutuhiles. Y siguiendo al río, con él se abrigaba hasta donde termina la tierra y comienza la visión azul de las aguas infinitamente grandes.

Todo el largo del sur se lo custodiaban las aguas del mar; en el norte no había temores; allí estaba tendida la gran cordillera, la serranía impenetrable del dominio quiché, tierra hermana. Pero allá en occidente, donde estaban los mames, allí urgía fronteras que marcaran el alto a cualquier invasor. Y otro pueblo surgió, que también se llamó Retal-uleuh, señal de la tierra en el otro confín.

Ya estaban puestos los linderos de la gran extensión con que fundaba sus vastos dominios. Protegía este otro extremo la presencia de un río de caudal impetuoso, golpeando sus aguas con ruda fiereza y llenando de voces y raros rumores la selva, porque arrasa árboles, piedras y cuanto se opone a su paso.

Desde entonces los hombres le llamaron "Zamalá", por el furor y la violencia con que viene su corriente, que se precipita desde las alturas serranas de la Xelajú poderosa.

Al nacer otro día, el penacho luciente regó sus destellos en lejanos bosques que habrían de ser la cuna del alma guerrera.

Frente a los zotziles, que habían fundado el gran Zoconuzco, era menester una fortaleza, nidal de combatientes, que se enfrentara contra la cumbre de Palahunoh, o que a ésta tuviera como salvaguardia.

En sus prominencias, la falda del volcán ofreció una amplia meseta. Hacia ella subió el fundador de poblados y, en su seno, bajo la sombra de bosques cundidos del fruto que en el corazón tiene el oloroso zapuyul, fue señalado el lugar para los ejercicios guerreros, nido de los que practicaban el uso del pedernal y la obsidiana, la honda que lanza la piedra y la vara de punta tostada.

Ese día también, allí mismo, fue trazado el cimiento de los muros de una fortaleza, de un Coxtum¹ inexpugnable, donde estaría el dominio del arma, el respaldo de la autoridad del trono, enfrentándose su gallardía a la recia presencia de la cordillera de Palahunoh.

La mano edificadora de millares de hombres, intérpretes del deseo de su sabio cacique, hizo surgir con prontitud asombrosa la estructura imponente del Coxtum guerrero.

1 Coxtum, castillo militar.

Mas Kakolquej no sabía que al surgir esta mansión de instintos bravíos, la sencillez de sus prados cuajados de mansos venados que corrían en la gran llanura y se alegraban con la presencia de los hombres y las mujeres que convivían con ellos, ahora iba a quedar sin cacique porque los desvelos de éste eran fomentar guerreros. . .

Y un día que amaneció alegre porque los hombres habían concluido la obra, los labios del gran cacique le dieron nombre al lugar y a la fortaleza concluida: Xetulul (bajo los Zapotales).

Y como desde ella comenzó a emanar la autoridad de su cacique, de ella salió también el nombre que pronto cubrió a toda la provincia comenzada a formarse cuando nació la pacífica Kakolquej.

Y ciertamente, bajo la sombra de árboles de fruta y árboles de flores, habían formado su vivienda todos los hombres que moraban en estas llanuras cuajadas de colores y fragancias.

¡Xetulul! Reina de la costa. Comenzaba su existencia como la mañana de un día venturoso. Debía estar alerta y nutrir a sus guerreros, porque el ojo del rey clarividente ya sabía que si no cultivaban el tesoro de la fuerza, el acecho de los hombres ambiciosos traería sobre él las tinieblas de la noche. . .

El señor de esta obra —fundador de estos pueblos—, se llamó el Ajau Tzatuja.

Cuando vino a estas tierras solamente era un cacique.

Mas ahora, al nacer Xetulul, era un príncipe, un Ajau que mandaba sobre los caciques gobernantes de los pueblos formados.

Y Xetulul, su naciente señorío, precisaba una Corte.

Tzatuja hubo de pensar en la urgencia de almácigos de hombres, de núcleos humanos regidos por apuestos calpules. Estos serían sus Chinamitales, vergeles donde nacieran guerreros gallardos y doncellas preciosas, cariñosas y llenas de gracias, como la dulce venada de ojitos rasgados, caderas cimbreantes y cara bonita, que él había hallado el lado del rey de los prados.

Y Tzatuja hizo la obra prodigiosa.

Su brazo señaló rumbos. Y de Kakolquej salieron hacia los parajes y las llanuras vecinas, parejas multiplicadoras, no para contarse historias del pasado como los venados que andaban en el prado, sino para formar nidos nutridos de gente, familias —¡pueblos!— con varones y hembras cuya vida ya contaba las promesas del futuro.

El sabio cacique fundador de pueblos había concluido su obra creadora.

Hecho príncipe, ahora ascendía a su trono en la gran fortaleza, para, desde allí, cuidar de la infancia del señorío formado.

Ya sólo era, en adelante, misión de los días hacer que su siembra creciera. . .

VI

NOMBRES COSTEÑOS: EUFONIAS INDIANAS



*

PERPLEJIDADES de oro y de luz puso el sol cuando, pasados los tiempos en cuatro manos de años ¹, un día que salió madrugador encontró la costa poblada de infinitas gentes, nutrida de sonrientes pueblos.

Por distintos senderos, a la mansión del ya anciano príncipe —para iluminar con luz de sus ojos y color de sus gracias el seno fastuoso de la noble Kakolquej— venían doncellas que ardían en la vida joven que apenas contaban quince, dieciocho o veinte llegadas del tiempo en que cae la lluvia.

Tzatzujá se miraba orgulloso, satisfecho de su obra, en la recia figura de la generación de varones que habían nacido nutriéndose en la costa fértil.

Aquella mañana habían llegado al poblado todos los padres y madres cuya misión había sido dedicar su vida a la multiplicación para que el pueblo creciera. Y habían traído a sus hijos, dos manos de generaciones, porque el fruto que daban nacía cada veinticuatro lunas. . . El pueblo se había llenado de euforias. La cosecha que los enriquecía traía sonrisas y voces de jóvenes y candor, inocencia de niños. . .

Pero los progenitores no venían a mostrar sus risas, ni a exclamar su asombro ante las numerosas casas del pueblo. Ellos venían a la casa del príncipe trayendo la ofrenda del fruto que

* Bajo los doseles de un trono majestuoso, altos y magníficos como las copas de sus montañas frondosas, sus manos acariciaban los signos del aire, el descanso y la vida. (Pág. LXXVI, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

¹ Veinte años.

les dio la tierra cuando en ella pusieron sus manos. Habían llegado, también, a pedir la gracia de su sabiduría para que su pueblo—su casa donde está la hierba la flor y la mata que les daba sustento—tuvieran un nombre. . .

Y cariñosamente, a los progenitores de tantos poblados que rodeando su trono ante él estaban sumidos, sentados en el suelo humilde, mostrando su ofrenda, el príncipe anciano, prodigaba sus frases y con ellas les daba las luces de su sabiduría.

—¿Dónde hiciste tu vivienda? ¿Qué tienen los montes donde has vivido tus días? —preguntó al primero.

—En el llano cubierto de Quil, el bejuco tierno que al caer la lluvia se tupe de hojas y al arder el sol se cubre de flor y llena la tierra de todos los colores.

—Igual que esas flores, allí en este llano que animó tu casa, también nacerán las doncellas con cara que tenga en la ojera el azul y en el labio el color encendido que florece en el Quil. Y cuando ellas estén en tu llano con las flores luciendo su dulce presencia, llamad a tu pueblo con el nombre de la abundancia del Quil.

—Tu palabra me ha dado una gracia, señor. En mi rancho ya nacieron mujeres con ojos que tienen ojeras y lucen sus labios el mismo color de las flores del Quil. ¡Ya mi tierra se llama Quilá!

—Y tus montes ¿qué lucen? —dijo a otro, el cacique.

—En mis tierras yo nutro mi vida con la hoja y la flor de otro Quil (bejuco) de una sabia sabrosa por pura: no la muerde la iguana ni ningún animal, porque lleva en sus tallos el Quix (espina) . . .

—¿Da sus flores cuando cae la lluvia?

—Al nacer ella sube en los troncos, se tiende en la rama, y cubre el follaje de las plantas que carecen de flor. Cuando cae la lluvia revientan sus flores con color de la nube que tiñe en morado la luz de la tierna mañana. . . Es sabrosa en mi boca su flor y en mi cuerpo da fuerzas la virtud de su hoja. . .

—Nombrarás a tu pueblo: Quixquil (lugar del bejuco de espinas.)

Y al bejuco cubierto de espinas con que se defiende de la lengua y del diente del animal impuro, el que da la flor que consuela a las plantas tristes que nacen sin ella, llamarás el Quixtán.

—Choch jo já (mi casa va hacia el riachuelo) —dijo el siguiente en la inspirada ceremonia de crear nombres a sus poblados.

—Así sea su nombre —respondióle el anciano—. Tú serás el vecino. Chochjojá, tu poblado, beberá en los cristales del inquieto riachuelo y éste hará que tus tierras siempre sean propicias a la siembra que haga tu mano.

—¿Nakipa quin ux chagüé? (¿Qué seré para ti?) —dijo el labio, la mirada suplicante y ansiosa, de otro siguiente.

—¿Qué poseen tus prados?

—¡Zac u á! (¡Lo blanco del agua!)

—Bendita es tu tierra. En su seno corre el manantial abundante que nutre a la planta, a la vida de todos los seres nacidos del monte. Ahora te da su pureza en transparentes blancuras y, a su paso, te canta rumores. . . ¡Oh, Zacuá, río hermoso! Con tus aguas darás mil tesoros al hombre que se acoge a tu cauce. . .

La palabra unciosa y fecunda del príncipe Tzatuja siguió bautizando con el efluvio de su sabiduría la existencia de plantas, de flores, de tierras y ríos. Y los calpules, extasiados ante la fuente de su boca admirable, humildes recibían el tesoro inefable de aquellas palabras que en sus corazones caían como luz inmortal.

Y después, al salir, todos dueños de un nombre para el lar que nutría su vida, de sus labios sacaban las joyas de un dialecto crecido en melódica esencia:

Quixquil, Quilá, Chochjojá, Chitá, Chilión, Siyá, Pachonté, Zacuá, Chitalón, Salaché. . .

Estrofa que narra bellezas de flores, de ríos, de hojas. . .
Raxtut, Yabacoj, Uaquil, Xulá, Patut, Panaguá, Chichistec, Noj, Pucá, Yetoqué, Ishlel. . .

Canto a los parajes donde cantan aves; narración de bosques que rumoran ecos de rugir lejano; elogios al árbol de tronco y de fronda que desafían vientos; visión de los lechos que acaricia la ola marina. . .

Cutzamá, Chotopal, Ixcantaná, Paxul, Xocolá, Chitún, Chínimá, Pachipá, Saquibal. . .

¡Más cantares en nombres de pueblos cuya alma nació en rincones de ensueño. . .!

¡Más poesía alumbrando la vida del rico paisaje de la dulce opulencia de la gran Xetulul. . .!

VII

HOY, SOLO UN NOMBRE EN EL RECUERDO



ASI FUE como nació la aguerrida y populosa Xetulul, la que siglos después, al llegar los españoles en el día 4 aj (Queiejep Aj) de la vieja cronología indígena —o febrero del año 1524, de la nueva cronología de los conquistadores—, éstos, sus guerreros auxiliares que eran de origen y con dialecto tlascalteca, la llamaron "Zapotitlán" traduciendo su nombre quiché con el mismo o parecido significado en su dialecto: "Zapotitlán": abundancia de zapotales. Tierra que también la fe católica de los españoles y la autoridad de sus sacerdotes, puso después bajo el patronato del dulce varón San Francisco.

Xetulul, el nombre autóctono, el que atesoraba los recuerdos y las tradiciones ancestrales se opacaba para siempre, como un sol que cayera en el ocaso.

Empezaba, en estas tierras, el nuevo día de un nombre que trajeron labios extraños y prendido en el filo del arma conquistadora, entró con ella en la carne y en el alma de los vencidos. Algo tenía, siquiera para disimular la derrota en los siglos a venir: también es nombre indiano, de un dialecto de hombres nacidos en América, que al quedar resguardando las posesiones conquistadas y proteger el avance de la conquista, también regaron en nuestro suelo su sangre y, al convivir con nuestras indias, porque vinieron en la doble conquista de tierras y mujeres morenas, también regaron su espíritu que desde entonces quedó injertado haciendo la unión eterna del alma de dos pueblos indios americanos.

Estos auxiliares tlascaltecas, guerreros conquistadores con los españoles, quedaron así cuidando y gobernando a los nativos civiles en cada uno de los lugares conquistados.

* Venado vencido y atado. Atado al cariño del hombre que lo hizo suyo, se nutrió con su carne, y desde entonces también lo hizo el nagual de su destino. (Pág. XL, Códice Trocortésiano, en Madrid.)

Y por eso se cuenta que hoy día, cuando nuestros indios —los que visten como tales y los que visten como ladinos—, cuando escuchan una canción o una melodía de esencia india-mexicana se apasionan y la bailan con encanto.

Es el grito atávico de la sangre que en el beso ardoroso con las hijas de Xetulul dejaron aquellos que conquistaron tierras con el arma guerrera, pero que a cambio quedaron embrujados en el regazo amoroso de las doncellas indianas de la tierra admirable de Zapotitlán, abundancia de zapotes de carne roja y sabrosa, abundancia de dulzuras con fuegos eternos que los consumió para siempre, porque diz que aquellos que llegaron en tal son, olvidaron la senda del regreso y a sus lares no volvieron más. . .

VIII

KAKOLQUEJ, NOMBRE INMORTAL



Y COMO era su norma, del nombre de la vieja Kakolquej, los tlascaltecas también hicieron traducción llamándola, con igual significado en su dialecto: "Mazatenango": (valle de los venados). Tierra del animal noble, ágil, veloz y sencillo.

Los sacerdotes que más tarde llegaron conquistando tierras y corazones con la palabra consoladora, trayendo por armas la estola y el agua bendita del bautismo lustral, para regirla y consolarla le dieron otro nombre y patrón: San Bartolomé, el santo que porta el machete como arma redentora que corta las breñas y cultiva la planta fecunda. Pero el nombre de uno no podía opacar el nombre puesto por el otro conquistador. Entonces quedaron fijados para siempre los dos nombres puestos por

* Atados, comprendidos, el hombre y el venado de los valles floridos, hechos uno, dieron nombre al pueblo de Kakolquej, y así comenzaron a caminar en su senda hacia el futuro. (F. XL. Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

los conquistadores: San Bartolomé Mazatenango. El primero, por el labio cariñoso del sacerdote, y el segundo, por el conquistador indiano, con raíz y alma de América.

Mas, acontece que el indio mazateco es fiel a su raza y leal a su lar. En el día de hoy, cuando hablan en su dialecto quiché, ninguno de los nombres conquistadores vibra en sus labios; el que mencionan y añoran con cariño eterno es el de Kakolquej y es su baile el de los venados. En el alma de su dialecto no vive el Mazate sino reina e impera el Quiej, aunque los dos son el mismo venado. Cuatro siglos no han sido suficientes para tejer el velo de olvido que les destierre el nombre ancestral; y, cuando el nombre quiché de Kakolquej ha desafiado a cuatro siglos, porque está hondamente prendido en los labios y en el corazón de sus hijos, los mismos siglos, se yerguen para aclamarlo como inmortal.

IX

SUCHITEPEQUEZ, EUFORIA DE LA TIERRA



PERO si la dulzura frutal y graciosa de Xetulul, y la belleza y altivez de Kakolquej cautivaron el asombro de los tlascaltecas que a ellas llegaban con brazo de guerreros y con alma de poetas, al labio de éstos faltaba el grito de la exclamación suprema cuando vieran el panorama admirable de nuestros prados, cuando tuvieran la visión completa de la tierra ubérrima . . .

El fundador de la mansión indiana había exclamado, lleno de arrobamiento; en la inspiración del lenguaje nativo:

—¡Akaroc! ¡Atoop u Kij. . . ! (¡Salve, hermosura del día!)

* Al partir a la mansión de los astros y los vientos, aquel fundador de pueblos legó a la inmensidad del tiempo lo eterno —la grandeza— de la obra creada por su hacha conquistadora en las tierras opulentas de frutos y de flores. (Pág. XL, Códice Maya, en Dresden.)

El hermano indio, el guerrero tlaxcalteca exclamó también en su dialecto la frase que es canto de exaltación a la belleza de estas tierras:

—¡Xúchiltepecz! (¡Tierras floridas! ¡Prados cuajados de flores!)

Y por ser canto de poetas americanos, por ser grito de corazones indios, Suchitepéquez quedó eterno, porque así es su seno, así son sus prados: ¡euforia de la tierra, vergel de Guatemala, orgullo de América!

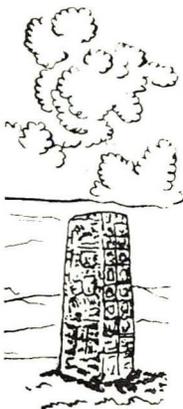
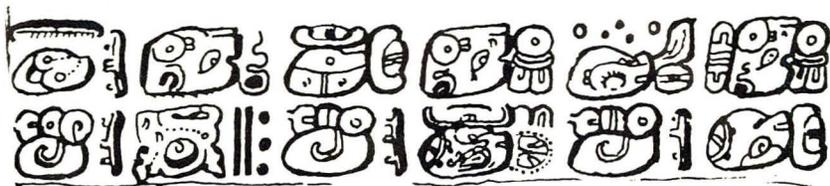
Y así es, y así termina la leyenda del nacimiento de la Xetulul poderosa, cuya historia fue opacada por el engrandecimiento y belleza del Suchitepéquez opulento.



De la estirpe guerrera zutuhil, que anidó sus dominios en las tierras soñadoras de Tzololá y formó su corte en la inexpugnable fortaleza de Atziquinijay —rodeada por las aguas de un lago en cuyos cristales se bañan las siluetas de volcanes gigantes y en las noches las riberas se arrullan con los cantos del Chocomil bravío, alma de sus varones— son hijos estos apuestos jóvenes cuya presencia, por el colorido de sus trajes, la dulzura de su dialecto y el tesoro de su vigorosa complexión física, hablan la existencia de un pueblo rebotante de encantos y recuerdos señoriales en que fulgura el rostro moreno de sus doncellas coronadas con el tocoyal, que para siempre las hizo reinas del amor, intensamente enamoradas de las caricias de su lago azul.

VI

LA LEYENDA DE LOS MONOLITOS



YACEN dormidas en el lecho del olvido y cubiertas de tupidos follajes, las ruinas de la que se llamara florida QUIRIGUA durante los esplendores del Viejo Imperio Maya. La erudición del arqueólogo escribió, acerca de su estado actual, las impresiones que dicen:

“Estamos en presencia de monumentos arqueológicos sobre los cuales ha pasado el hábito de los siglos, envolviéndolos en el misterio de una antigüedad ignota, sin que sepamos precisar la historia legendaria del pueblo que desafió a la inteligencia humana al dejar esculpida en enormes monolitos y en caracteres

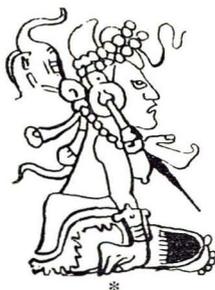
que intrigan por la belleza de su ejecución y lo sombrío de su impenetrable silencio, la leyenda de su pasado”.

“...no parece sino que el manto del olvido hubiera cubierto entre sus pliegues la asombrosa civilización de la ciudad ribereña del Motagua...”

(“Arqueología Guatemalteca”, por J. Antonio Villacorta C. y Carlos A. Villacorta.)

I

UTZIL



EN un pueblo que arrullan con sonoros lenguajes
los agrestes boscajes;
donde ruge la fiera
y en rosadas mañanas canta alegre el turpial;
en la Corte, entre rosas de eternal primavera,
una virgen había
que en sus carnes morenas el encanto tenía
de una raza nacida bajo un sol tropical.

Tal beldad era Utzil,
la princesa gentil
que una noche naciera bajo el signo "Tziquín";
cual la caña de milpa era esbelto su talle
y encendía su rostro una extraña inquietud:
era reina en la Corte, era lirio en el valle,
y en su gracia emulaba la esbeltez del bambú.

Cuando el sol la miraba ¡cómo estaba de bella!
Si en la noche reía, parecía una estrella.
¡Irradiaba en sus gracias rara magia escondida!
¡Era canto de hosanna, era un salmo de vida!
Me sugiere su historia
—si en dialectos arcaicos no es infiel mi memoria—,
que al surgir su beldad,
de ternuras tesoro, la llamaron "Bondad".

* El uso del collar fue distintivo de alta dignidad en el pueblo maya-quiché. El señor del pueblo para ser considerado rey debía poseer collar formado con las uñas de los tigres abatidos por su mano. Y el sentido de belleza inspiró en las doncellas el uso del jade, que los artífices hicieron perlas para sus collares, con que ellas ornaban su cuello y coronaban sus cabezas soñadoras. (Pág. XXI, Códice Maya, en Dresden.)

Cautivaba a las flores el candor de su risa,
el dulzor de su acento y su rítmico andar,
¡en sus ojos llevaba el encanto que hechiza,
que domina y que triunfa, de tanto cautivar!

Sangre noble tenía:
Cocabib dio su cuna en la real dinastía
de los Balam-Quitze,
en la casta creadora de la Corte Quiché.

¡Y era justo el orgullo
del indiano monarca por su bello capullo,
porque Utzil era buena, como sabio era él!
En sus gracias veía del ensueño el derroche:
en su pelo el misterio, madrigal de la noche;
en su labio lo ardiente, ¡sol en llamas de achiote!
en sus chapas las brasas del maduro jocote
¡y en su aliento la esencia de la flor del vergel!

¡Oh, qué dulce y qué buena
era Utzil, la princesa de mirada serena
que escribió con encantos su poema inmortal!
En su ofrenda los brujos a los dioses oraban
y en el ara sagrada los braseros quemaban
corazón de palomas y aromoso copal.

II COCABIB



Dicen viejos anales,
narradores de hazañas de las armas
[triunfales
que fundaron el reino de la arcaica Ixmachí,
abnegadas historias del apuesto monarca
de una estirpe que abarca
eras de alta cultura
en que fuera atalaya con su recia figura
el gran rey Cocabib.

* Su destreza en el manejo del arma y la seguridad de su acción para el ataque, lo hicieron guerrero maestro. Y el lujo de sus atavíos era en relación con sus victorias y su sabiduría en la estrategia. (Pág. XLIX, Códice Maya, en Dresden.)

Cocabib fue guerrero
con bravíos trofeos del poder del jaguar;
en la paz, a su pueblo dio solícito esmero
y en las luchas fue guía por la senda a triunfar.
De su pueblo fue un rey
entregado al cariño de la Patria y su grey.

Su dominio era fuerte.
Sus guerreros tenían el poder de la muerte
en sus armas mortales de inaudito volar.
Era rico en su hacienda
—cual ninguno lo fuera en la indiana leyenda—,
porque el jade, la plata y el lingote de oro,
él guardaba escondidos, ¡quién hallara el tesoro,
el tesoro más rico que se pueda soñar!

Cocabib era sabio.
Sólo frases de vida pronunciaba su labio
conduciendo a su gente por las sendas del bien;
enseñó al pueblo humilde sana vida sencilla;
con fervor de trabajo se adueñó de la arcilla
transformándola en ollas, batidores, comales,
donde luego cocía los jugosos cereales
en que hallaba su pueblo cotidiano sostén.

Era fuerte y profunda la impresión de su vista.
Cocabib era artista
que en las cosas hallaba un designio especial;
¡conocía la arena en su ser deleznable,
halló acceso a la cumbre de muralla infranqueable
y en el duro granito vio su gesto inmortal!

Fue por eso que un día,
en los fastos gloriosos que su pueblo vivía,
convocó a los caciques de su rico solar,
a sus bravos guerreros y a los nobles ancianos
que en mil ritos ocultos deformaron sus manos
cuando hablaba a los dioses la virtud de su orar.

Mas el pueblo ignoraba cuál sería la idea
 con que el viejo monarca convocó la asamblea,
 cuando el reino vivía de su tiempo el mejor:
 ¡ya sus armas triunfales dominaban la tierra:
 desde el alto peñasco que levanta la sierra
 a la inmensa llanura donde nace la caña,
 ¡de la tierra pujante de la verde montaña
 hasta el lecho que acuna el marino rumor!

III

CONSEJO



Al surgir majestuoso
 en su trono, el monarca de aquel pueblo
 [dichoso
 que adoraba en su jefe la suprema bondad,
 abrió el labio la senda del amor a sus
 [greyes,
 ¡ya no habló de consejos para drásticas
 [leyes!,
 pues tornose su acento
 en un suave discurso de filial sentimiento
 con la comunidad.

Y así hablóles: —“Hermanos,
 hoy que estáis reunidos mis caciques y ancianos,
 mis valientes guerreros,
 y los hijos del pueblo, que seréis herederos
 de esta tierra bendita de sin par promisión,
 entended del consejo
 de este rey que buscando vuestro bien se hizo viejo,
 pues velar por mi pueblo fue mi grande misión.

Mi actitud no os asombre;
 es muy corta en la vida la existencia del hombre
 si sus hechos no enmarca con enérgico rol;
 y es aún más transitoria

* Tener copa rebotante de luminoso contenido en la mano, era el símbolo cierto de la experiencia rebotante en la mente. (Pág. XLVIII, Códice Maya, en Dresden.)

si no deja a sus hijos perpetuada la historia
de sus hechos gloriosos y sus triunfos pasados,
cuando fueron los hombres y los pueblos formados
por la gracia divina del divino crisol.

Porque viene en la senda que lo eterno dilata
un tropel de mil siglos en triunfal cabalgata,
en que el viejo linaje de este pueblo fastuoso
no tendrá más testigos de un pasado glorioso
que el arcaico lenguaje y su propia grandeza
retratada en sus templos, donde fue la belleza
regia antorcha encendida,
¡porque fue la belleza todo el fin de su vida!

Os coloca la vida en la prueba suprema
de elegir los caminos de un severo dilema:
o legáis a los hombres vuestra historia grabada
en tal forma que sea
a través de los siglos, del saber una tea;
o elegís el camino del olvido y la nada,
ocultando el vestigio de la mente creadora
y el esfuerzo que triunfa de la trágica hora. . .

IV

INSPIRACION



Cuando el rey exhortaba,
en sus mentes la aurora del saber penetraba
¡deslumbrante horizonte de la interna visión!
A su voz claramente,
entendieron los hombres obra buena y urgente
iniciar la leyenda
de los seres que fueron del buen dios una
[ofrenda
al surgir de sus manos la eternal creación.

* Igual que la sed de la tierra pide la lluvia, la ansiedad del hombre imploraba la palabra fecunda del saber. El sentido figurado de esta escena se basa en que el hombre está sentado sobre el signo de la tierra y la mujer anciana —la experiencia— está sobre el signo de la lluvia. (Pág. XLII, Códice Maya, en Dresden.)

Aunque el hombre viviera
esa vida que pasa como leve quimera,
de la tribu, grabada,
quedaría a los siglos áurea historia sagrada
proclamando de un pueblo su relato inmortal!
—¡Oh, señor! tu palabra
sea sol de lo eterno que a nosotros se abra.
A seguir tus consejos, los que veis están fijos;
¡Derramad el consejo que redima a tus hijos
y a tu pueblo ilumine por la senda eternal...!

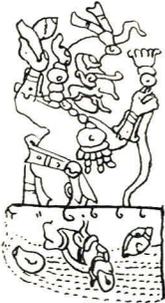
Y aquel viejo monarca
—al sentir en sus sienes la atracción de la parca—,
inspiróse en el ansia de legar su lección,
y llamando a la vida con supremo recurso
musitó las palabras del postrero discurso
en las que él reasumiera lo mejor de su don.

—¡Oh, guerreros! ¡Oh, artistas!
elevad vuestras mentes vuestro amor, vuestras vistas
hacia un noble deseo y una noble esperanza:
escribid de este pueblo la perfecta semblanza,
¡la semblanza asombrosa
en relieves que exalten su cultura grandiosa!

Escribid de los astros la virtud bienhechora
fecundando a la tierra cuando el hombre labora;
¡Bendiciones del astro que en su luz forma el día,
y el amor de la luna, que engendró la poesía!

Escribid de los dioses
su bondad que ha llenado nuestra tierra de goces
inspirando a este pueblo su trayecto triunfal;
y apuntar las tragedias que pusieron tristezas
y agobiaron de pena nuestras pobres cabezas
cuando así merecimos el designio fatal...

ETERNO MAESTRO



Al lectivo discurso hizo el rey una pausa,
y advirtió: —“Hijos míos: meditad que la causa
de la vida en las cosas
—las que al hombre extravían por veredas

[tortuosas—

¡es el tiempo! El gran dios de infinito confín
El derrama la savia y sustenta lo inerte.
¡Es la vida y la muerte!
¡Nadie vio su principio! ¡Quién supiera su fin!

Su destino se ignora. ¡Siempre fue incomprendible!
Su transcurso en la vida no es al ojo visible,
mas su efecto en la huella del humano vivir
siega vidas cansadas, forja nuevas criaturas,
cambia aspectos completos;
¡si orgullosos se muestran los humanos sujetos,
da consuelo al que pasa cosechando amarguras,
y al que ríe le advierte que no dura el reír. . . !

Por el bien de la tribu, de las cosas pasadas,
una historia del tiempo escribid por jornadas.
Que lo grande surgido, ¡lo que grande es deshecho. . . !
¡ningún hombre lo hizo! ¡Sólo el tiempo lo ha hecho!
Escribid, pues, el paso con que marca su andar
el eterno maestro de inmutable mirar.

.....

Al legar de los tiempos vuestra historia al arcano
numerad con esmero cuanto encierra la mano.
En la estela hará historia de la indiana ración:
de la “mano” de chile, de cacao, de frijol,
¡porque todo os es dado por la mano del sol!

Si en lo eterno es el hombre vuestro indicio somero,
¡del período fugaz será el símil certero!

* El sabio había encontrado en el paso del tiempo la creación de los seres con vida terrestres y marinos. (Pág. LXVII, Códice Maya, en Dresden.)

Que sus dedos creadores den su número al mes;
Será imagen del hombre, que en la cuenta de días
os evoca tristezas o recuerde alegrías.

Que los meses narrados en un compacto signo,
dirá el pasar de un año, de sólido designo,
para guardar el orden que inspírase del rol
en dilatados ritmos y círculos del sol.

Y unirá de estos años su divisa y su ley,
el Baktún voz de un siglo, que es del tiempo su rey.

Si ordenáis su transcurso con un ritmo que sea
nuestro sol y la luna, encendiendo su tea,
los que cuentan el tiempo, él será narrador
de las eras del frío, del calor y el invierno
cuando canta la lluvia su cantar sempiterno
y en el prado resurge de la planta el verdor.

Narraréis de las noches memorables sucesos:
cuando nacen princesas que os prodigan sus besos,
o si en noches de llanto vuestra luna no quiere
del pixcoy oír cantos para un rey que se muere,
o se oculta a las iras del gran dios que enfurece,
¡que os reprende con truenos y al volcán estremece!

Así haréis, hijos míos, paralelas leyendas,
porque el sol y la luna son del tiempo dos sendas.

Mas no haréis vuestra historia en materia cualquiera.
Desechad la madera
que devora el insecto con premura fatal;
ni la haréis en la arena, ni en el barro ligero,
ni en aquello que tiene existir pasajero
y doblégase al tiempo como frágil cristal.

¡Elegid las montañas!
¡Y extrayendo en las rocas de sus pétreas entrañas
esa eterna y pesada mole del monolito,
esculpid las estelas en el duro granito!

Que en él quede esculpida
la leyenda de un pueblo que es grande por su vida,
por su ciencia y su gloria;
¡y hombres del mañana, después de miles de años,
han de mirar perplejos estos libros extraños
que al tiempo desafían, contando nuestra historia!

Esto haréis, hijos míos,
sin poner en su hechura infructuosos desvíos
que a la obra le resten su aparente simpleza.
Perpetuad solamente del solar su grandeza,
de su pueblo y sus reyes su valor y bondad
¡y en relieves eternos, sus leyendas legad!

Con columnas grabadas ornaréis los confines
de gallardos jardines;
y si hicieréis palacios de perfiles austeros,
adornad sus murales
con relieves y estatuas, que eternicen triunfales
a nuestros guerreros.

VI

SABIDURIA



*

Extasiando la mente en la fuerza inaudita
que en el punto de apoyo la palanca gravita;
en la acción del barreno
y la pala, que abaten al rocoso terreno,
ignoramos qué fuerza usó el indio en su era,
sin la rueda que salva la distancia y la sima,
cuando arranca, de cuajo, de la roca la entraña
y transporta sus moles de una a otra montaña
con la rara potencia que a la rueda supera
y el apoyo tremendo de palanca elimina.

* En el vaso de la sabiduría, la espiral del misterio irradia fuerza que es luz y es calor; y al conjuro de la mano del sabio levanta y sostiene en lo alto la masa. (Pág. CVII, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

¡Y, oh, que rara experiencia!
Cocabib, el rey maya, aquel rey primitivo
conocía el motivo
de ese grande misterio, ¡un misterio tan hondo
de poder, cuyo fondo
anonada a los sabios que hoy sustentan la ciencia.

(Los sabios de hoy no saben de esa época recia
en que fuerzas ocultas como un puño se unían.
¡En el umbral, apenas, medrosos se extasían
con la Telequinesia!)

El sabía el misterio de la fuerza secreta
que en cada ser existe y en cada ser palpita,
cual molécula viva que sustenta el planeta
y al unirse en el hombre es potencia infinita.

De esa fuerza invisible, ¡misterio de sí mismo!
él sabía servirse; sacarla del abismo,
del hombre, de la masa, y hacer esa potencia
dominadora del mar, del viento, el terremoto...
Aquella fuerza extraña
que hundió en aciaga noche a un pueblo en mar ignoto...
¡Y Cocabib con ella movía la montaña!

Tal secreto de Estado,
¡De su raza el secreto! Cocabib ocultaba
con misterio sagrado...

Fue por eso el misterio inefable, inaudito,
de viejos sacerdotes; y en Cocabib el sabio
no se movía nunca para decirlo el labio
a nadie que no fuera firme como el granito,
—¡hombre de labio sellado,
iniciado en el hondo misterio de lo creado!

Tal potencia, en verdad,
sólo podría darse a aquel en cuyo fondo
alta sabiduría diera su claridad!

VII

LEGADO DIVINO



*

AQUEL día que estaba reunido el consejo de los nobles varones de la tribu inmortal sintió extraña ansiedad: ¡decir sólo a los [sabios el secreto divino que guardaban sus labios! Y a escondido aposento convidólos el viejo sabedor de la ciencia de la fuerza abismal.

En un rito solemne transformóse el [momento: ofrendándose al ara, a pensar los condujo

por las sendas profundas de la inmortalidad. . .
Se satura la estancia con el copal del brujo,
¡en su seno se siente que ha bajado el portento
de un espíritu fuerte de la divinidad!

—Sacerdotes ungidos para saber el bien
de la fuerza que alienta de la tierra el sostén,
vuestra sabiduría sobre lo eterno crece
si entendéis de la vida que lo creado perece
y retorna del caos el fatídico imperio
si no rige sus sendas el supremo misterio.

jurad por nuestra raza, por nuestro dios, ¡sol vivo!
no decir el motivo
de la suprema fuerza que a la tierra conmueve
y convierte a la mole en cosa frágil, leve,
cual si átomos de vida la hicieran animada
intérprete del curso que fija la mirada. . .

—¡Oh, señor, por la gracia que de ti disfrutamos,
conservar tu secreto por los siglos, juramos!

* En los vasos sagrados, la llama y la fuerza inaudita del fuego del cosmos; y el misterio del poder invisible que triunfa del caos, dieron a la mano del sabio el manejo sencillo de la mole granítica que fundieron los siglos. (Pág. CVII, Códice Trocortesiano, en Madrid.)

—Guardad la clave de esa potencia irreductible
que os hará dueños siempre del poder invisible,
¡la potencia que mueve las terrenas entrañas
y os dará facultades de transportar montañas!

Y haced discretamente,
al trazar las leyendas que leguéis inmortales,
—¡enigma de la raza que viva eternamente!—
una serie de signos que sólo se interprete
por otros reyes sabios, si un día les compete
regir vuestros destinos por sendas eternas.

Si su gracia acatareis, será el fuerte atalaya
de la nación del maya;
mas, efímera, breve,
volveréis su existencia si algún hombre se atreva
a abusar de su fuerza, que es sobrenatural;
¡desatará la furia del espanto y la muerte!
¡y nuestra raza fuerte
cesará en la carrera de su vida triunfal!

.....

Cuando el sabio secreto de su rey recibieron,
para estar con el pueblo, al recinto volvieron.
Y volviéndose al pueblo, dijo el rey: —“Hijos míos:
a vosotros, felices porque sois más sencillos,
¡que la gracia os proteja! No tengáis desenfrenos,
ni ambiciones, ni menos
en vosotros la riña las pasiones suscite,
y os produzca quebrantos ¡y la dicha se os quite!

Que tú, hermano, agraviado con la sangre no entintes
esa mano creadora que te dieron los dioses
para sembrar la tierra, y no para que acoses
al indefenso, al bueno,
al que pone semillas en el fértil terreno,
¡porque te haces infame! ¡y porque así delinques. . . !”

VIII

DECESO



Así hablaba el monarca a sus súbditos cuando
fue la frase apagando
y con honda tristeza
inclinó la cabeza.

En los hombres presentes se intuyó la fatiga
que al descanso le obliga.
Pero Utzil, con los ojos del amor de la hija,
de la extraña postura al momento se fija
y a su lado la lleva la filial intuición;
sus caricias prodiga a la blanca cabeza

¡sin pensar la princesa
lo que ocurre al monarca de la joven nación!

Presto un fiel curandero
pone todo su esmero
en hallar el motivo del dolor de su rey;
mas al dar sus cuidados al mortal soberano
¡entumecen sus dedos la frialdad de su mano
y en sus ojos sólo halla la apagada pupila. . . !
¡En el rostro del brujo la ansiedad se perfila
y el consejo se adueña del dolor de la grey. . . !

Ella, Utzil, lanza un grito
—lastimero, tan fuerte—
que se enrolla en el alma como un frío de muerte
proclamando la angustia de un dolor infinito!

—¡Cocabib, padre mío! ¡No te duermas! ¡Despierta!
Sólo el brujo responde: —No despierta. . . ¡Ya es tarde!
Se apagó su existencia. Ya su lumbre no arde. . .
Ya el fanal de esta luz no alumbrará otros días. . .
La mansión de su espíritu ya se encuentra desierta,

* El collar de las perlas de jade está sólo en su cuello, porque ya corona su testa el nagual de su destino: el signo "Moam" —el buho—, el ave cuyos ojos llegan a encontrar la clave de los misterios. Sus ojos cerrados y la mano en actitud de recibir, dicen su atención para atesorar las palabras que escuchaba. (Pág. XIX, Códice Maya, en Dresden.)

¡su pupila está muerta,
y sus manos creadoras para siempre están frías...!
.....

Tal morían los reyes de aquel pueblo grandioso,
sin que el dolor hiriera ni su cuerpo ni su alma.
Se apagaban sus ojos con la diáfana calma
de quien penetra al sueño de los eternos goces...
Tal como Cocabib, aquel sabio coloso,
que murió como un dios, por su casta de dioses...

¡De esos dioses que dejan el poder terrenal
para irse a lo eterno de la mansión astral,
después de dar al mundo la luz de un nuevo día
en el fulgor intenso de su sabiduría...!

“Ix qui na cut qui camic qui zochic ta ix e pixabic chirech qui
cajol. Maná etá yap; ma pu que jiloguic, que polon taj, ta
ix canaj qui tzij chiré que cajol”.

(“Ellos presintieron su muerte y su fin y entonces lo comunicaron a sus hijos, porque no estaban enfermos, tampoco sentían sufrimiento alguno, ni angustia, cuando les dejaron sus consejos a sus hijos”.)—El Popol Vuh.

IX SUCESION



*

Consumada la exequia de aquel rey tan amado,
los caciques y brujos, con afán apurado,
celebraron consejo, para hacer la elección.
¡La emoción de ese día
palpitaba en las mentes con un ansia que ardía:
¿Quién sería aquel rey
que trajera a su pueblo ese amor, esa ley,
con que el gran Cocabib gobernó su nación?

* Sabiéndose soberana, adornó su frente con la joya preciosa de la cruz de los vientos; con el cetro del mando, su corona de reina y las plumas lucientes del glorioso quetzal. (Pág. XIV, Códice Maya, en Dresden.)

Le sorprende al Consejo, en Utzil la sorpresa.
La radiante princesa
en el trono se sienta
con gallardo penacho que en sus sienas ostenta
y es la insignia sagrada de la tribu inmortal.
Su mirada refleja la altivez soberana
y se apoya su mano en la hiriente macana
que blandió Cocabib con su gesto triunfal.

De estupor se electriza
esa corte asombrada que ha quedado indecisa.
¿Desde cuándo, a la tribu y a sus bravos guerreros,
ha regido una reina, que no irá por sus fueros?

El Consejo murmura: —¿Qué osadía ha sido esa?
Y la reina responde: —Desde hoy acontece
que soy reina; ¡y la tribu a mí sola obedece!
¡Yo seré vuestra reina, porque soy la princesa!

.....

Aturdido el Consejo, fomentó su clamor...
Un guerrero atrevido
cauteloso se acerca con intento escondido,
de quitar con audacia y con golpe certero
a la altiva princesa que se siente un guerrero
proclamando su reino con firmeza y valor.

Blande Utzil su macana con veloz movimiento
cuando audaz el guerrero realizaba su intento,
¡duro golpe le asesta, y a sus pies cae inerte
el audaz que en la muerte
encontró su condena...!
¡El rumor del silencio se adueñó de la escena...!

Con mirar imponente
La princesa conmina a la estática gente:
—¿Quiénes otros pretenden con igual osadía
quebrantar mi reinado que se inicia este día?
¿Quién opónese al mando que de mi pecho emana
y respalda la fuerza de mi recia macana?

Cocabib es el sabio que mis pasos inspira.
 Cocabib es mi escudo de poder soberano.
 ¿Quién se opone a mi sino? ¿Quién osado conspira?
 ¿Quién se opone a mi fuerza? ¿Quién levanta la mano?

Y así dijo la reina a sus dóciles greyes:
 —Yo conjuro a cumplirse de mi padre las leyes
 y el mandato legado con palabras sagradas
 que sus labios regaron en su último día:
 levantad de las rocas las estelas grabadas
 con la historia y tesoro de su sabiduría!

X

REINA



De la Utzil bondadosa
 surgió altiva la reina de visión,
 la de mano inclemente
 si el trabajo no hacía el placer de su gente;
 la de gesto triunfal
 y de astuta mirada
 si el peligro acechaba su cabeza nimbada
 con las plumas lucientes del sagrado
 [Quetzal.

*

Y fue grande el prestigio
 que sus nobles guerreros de invencible rodela
 conquistaron valientes en la lucha que riela
 la estrategia y el mando de una mente prodigio.

De esta reina las armas fueron siempre a vencer.
 ¡La victoria rendía con su instinto asombroso
 derribando al iluso que atacaba alevoso
 en la ingenua conquista de su invicto poder!

* Ricamente ataviada y en un trono soberbio, su mirada está puesta en la obra admirable que surge de su mano conductora. Aparece sentada sobre un cimientto formado con signos venturosos del tiempo. (Pág. XLIX, Códice Maya, en Dresden.)

Y por tantas proezas
a su pueblo vinieron innúmeras riquezas.

De las dichas, su gente oyó el canto sonoro;
florecente aquel pueblo, a los ritmos del coro
que atronó sus espacios
do flotaba el aroma de fragantes jazmines,
vio surgir las estelas, vio surgir los jardines
exornando los frontis de sus regios palacios.
Y, al captar la mirada sus sembrados vitales,
sorprendíase al viento
que mecía en vaivenes de su ritmo, contento,
el gallardo penacho de floridos maizales!

.....

Se entregó diligente
aquel pueblo obediente
a la hechura de tantos monumentos colosos
donde está la leyenda de sus hechos gloriosos.

Esculpió las hazañas de sus nobles varones,
perpetuó su grandeza; y trazó inmarcesible
una historia del tiempo, el maestro invisible
que hoy enseña a los hombres de otras generaciones
cómo vivió este pueblo de tan alta cultura.
Es así que el granito,
huyendo de lo efímero y el esfuerzo finito,
cargado de secretos y leyendas perdura.



XI IDILIO

En la cinta prendida del lejano horizonte,
los que alerta vigilan en las cumbres del monte,
descubrieron un hombre de vestir extranjero
que tranquilo venía por el largo sendero.

.....

*

* Sus armas para vencer en su aventura no eran la obsidiana ni el chay que hiere, sino las flores que cautivan y abren las puertas de la simpatía con que se identifican y atraen los espíritus afines. (Pág. XXXIX, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

—Majestad, por la senda
que se pierde hacia el punto de distancia tremenda,
a tu reino se acerca
un apuesto extranjero cuyo extraño destino
se presiente ya cerca
si viniera a tu reino, que es final del camino.

—¿Es acaso un guerrero?

—No le vio nuestra lince ningún bélico apero,
mas le vimos que viene con tan grave arrogancia
que tememos os traiga la traidora acechanza
de otro reino rival.

No dejéis se introduzca, poderosa señora,
quien traiga en mala hora
la nefasta tristeza de la traición fatal. . .

—Si decís que tranquilo viene en pos del camino,
desechad vuestra pena, es un buen peregrino.
Es un hombre que viene
con mensajes de paz;
caminante que tiene
ansiedad del albergue, de bondad y descanso;
es un hombre manso
y ofrecerle debemos de este reino el solaz.

Acudid a su encuentro con esa frase amiga
que al agobiado errante los hastíos mitiga.
Que en vosotros entienda la fraterna nobleza
que en mi corte y mi pueblo son suprema riqueza.

.

Cuando el guapo extranjero
penetró al aposento de su trono austero,
le brindó su saludo de gentil soberana:

—Bienvenido el guerrero de una tierra lejana
que el anhelo fraterno de otras tribus nos trae;
de otras tribus hermanas más allá de la cumbre,
donde el sol de la tarde da el calor de su lumbre
y a besar sus princesas con delicia decae.

—¡Oh, gentil soberana! ¡Mi pupila se asombra
de admirar tu reinado que doquier hoy se nombra!

Es tan grande el prestigio de tu sabiduría
que en la tierra se extiende hasta ignotas regiones,
cual las luces fulgentes al nacer nuevo día
que se anida en el ara de nuestros corazones.

Y yo, espíritu inquieto,
que sentí la nostalgia de un anhelo secreto,
quise ser peregrino y ambular en tus tierras,
tramonté luengos valles, altas cumbres y sierras,
hasta hallar el sendero
del asilo que brinda bondadoso tu alero.

—Lisonjero te muestras y el dulzor de tu acento
me da un presentimiento:
o el destino, contigo,
hoy me envía al guerrero de mis huestes amigo,
o se oculta en tu frase
la intención de un monarca que la guerra nos hace
y a mi pueblo le tiende la acechanza fatal.

—Mal juzgáis mis blasones
poderosa señora que leéis corazones.
¿Por qué viene la duda
a anidarse en tu mente?
¿No leéis en mi frente
la ansiedad del que anhela encontrar esa ayuda
que disipa en el alma la tristeza mortal?

—Si tal sufre vuestra alma,
vuestras penas encuentren en mis tierras su calma.
Yo os ofrezco el albergue de mi noble palacio,
el honor de mis huestes, y en mi reino el espacio
os dará las visiones de sus ricos paisajes,
el arrullo del ave en sus tibios boscajes
y el riachuelo su linfa de sonoro cristal.

—¡Oh sapiente princesa!
A tus plantas cautivo me rindió tu belleza.
En mis tierras lejanas, ciertamente poseo
cuanto llena en el hombre de su orgullo el deseo:
valles, cumbres, llanuras;

volcanes que se embriagan de celestes alturas,
y ríos caudalosos
que corren cadenciosos
y en fértiles praderas sembradas de maizales
derraman su tesoro de límpidos cristales.

Y tengo guerrilleros
que vieron a la muerte por estrechos senderos
escapar del alcance de sus recias macanas
y del filo tajante de sus mil obsidianas.

Mas si fui peregrino
fue al impulso dictado por el dios de mi sino.
Yo soñé la grandeza
de vivir en tu reino, y sentir la tibieza
de la palabra amable que da hospitalidad.
Y soñé la alegría
de hallarme ante tus ojos —mansión de la poesía—
bebiendo en tus palabras efluvios de bondad.

.....

Así hablaba el guerrero,
con la gracia y acento de un audaz zalamero.
Mas los brujos, celosos su actitud vigilaban
y en sus frases hallaban
con fundado temor,
sobre Utzil un intento con asedio amoroso
que a la tribu, alevoso,
le restara su reina y sus dones de amor.

Cada día que pasa
en Utzil va prendiendo una llama que abrasa;
y la frase melosa
con que aquel embustero
que fingióse guerrero
fue minando en el alma de la Utzil poderosa,
en la corte se tuvo como un grito de guerra
que lanzábale el hombre que llegó de otra tierra.

XII

VENCIDA



Una tibia mañana
el mortal enemigo
puso un beso ardoroso en su boca de grana;
y a la reina y su corte, a la tribu y sus sabios,
conquistó con el fuego que pusieron sus labios
y a las faldas de un llano arrastrólos consigo.

Se cumplía la trama de un intento logrado
contra el sino de un pueblo de designio sagrado.

*
¡Su gentil soberana
fue vencida no obstante su invencible macana!

Dijo entonces altivo el infiel seductor:
—Aquí haremos la corte, nuestra corte de amor.
En mis verdes praderas
surgirán los palacios, los jardines, las eras
de la dicha del pueblo que fundó Cocabib.
Trasladad monumentos, y las pétreas estelas,
para hacer de la corte las graciosas plazuelas
donde canten las aves, vuestra reina, la aurora,
con el canto que rima la plegaria sonora . . .
¡Bella Utzil, este reino, será digno de ti!

A la vera del río
que se tiende en el valle con triunfal poderío,
nuestro amor cantará las eternas bellezas
de una corte que ostenta seductoras princesas;
que tendrá cantinelas
en sus bravos guerreros de invencibles rodelas,
y de todas las tierras
que domina el picacho del volcán y las sierras,
otra reina no habrá
que sugiere a tu bella e inmortal Quiriguá . . . !

.

* Los collares de perlas de jade idénticos, adornando a hombre y mujer como principal atavío, era el símbolo de haberse afirmado una estrecha amistad que halló cuna en la mutua simpatía y los recíprocos intereses. (Pág. XX, Códice Maya, en Dresden.)

Aunque triste, la gente,
cooperó a que surgiera esa corte esplendente.

Mas los brujos sentidos,
de vivir bajo el yugo de aquel rey sometidos,
una noche invocaron
a su rey Cocabib, y quejosos le hablaron
que vengara la afrenta
con que ese hombre a la tribu mantenía irredenta. . .

XIII

REBELION



*

Bajó el alma del sabio
a los brujos que estaban a su nombre acogidos;
y sentían ingenuos que eran ya protegidos
cuando en duro reproche les increpa su labio:

—Me obligáis a asistiros cuando aflige la pena
del sagrado designio que a mi pueblo condena.
¿Por qué fuisteis cobardes ante el cruel desacato
del osado que pudo desafiar mi mandato?
¿No dejasteis burlado, en terreno lejano,
el asiento del pueblo que fundara mi mano?

Por sentirs culpables imploráis mi clemencia
cuando véis de mi pueblo el vivir oprimido;
¿Por qué vino el olvido
a nublar esa gracia de la eterna obediencia
que debían las greyes
a mis frases y leyes?

—Oh, señor; por tu pueblo, mitigad el castigo
que hoy padecen tus hijos bajo el cruel enemigo;
a tus nobles ancianos
inspirad la palabra de la liberación,

* Con el arma de la mortal obsidiana y con todo su apero de lucha... (Pág. LXVI, Códice Maya, en Dresden.)

y poned en sus manos
el poder que al audaz de su seno destierre;
¡que al sentir la inclemencia del castigo se aterre,
y en él caiga de tu ira la fatal maldición. . . !

—Al tirano que tiene de nefasta manera
oprimido a mi pueblo, ¡sólo el arma guerrera
lo podrá desterrar!
¡Levantad los guerreros! ¡Despertad en su seno
el coraje del pueblo con una voz de trueno!
¡Su despierto coraje lo sabrá libertar!

—¡Tu palabra se cumpla, poderoso señor!
¡y tus iras destruyan al tirano opresor!
—¡Tal haced! La entereza
de ese golpe iracundo salvará a la princesa
prisionera en las garras del fatal seductor;
y velad con sigilo
mi secreto no entregue la bondad de su asilo,
porque artera es la garra que le tiende el amor.

—¡Oh, señor; el prodigio de tu sabiduría,
de tus nobles ancianos gué siempre los pasos
y a la tribu la salve de funestos acasos,
tal lo hiciera la gracia de tu frase este día!

.

Al sentir que el monarca de la estancia se ausenta,
el coraje guerrero en sus pechos alienta,
y el consejo decreta la total rebelión. . .

—¡Todo el pueblo levante su estandarte guerrero!
—¡Muera pronto el tirano, el audaz extranjero,
y se salve la reina de la joven nación. . . !

¡Sonó el bélico grito con alarde triunfal,
y se alzaron las armas en venganza fatal. . . !

XIV

TRAICION



*

Al sentir que se cierne de su muerte el instante,
a la reina se acoge temeroso el amante.

—Majestad bienhechora, vuestra tribu conspira
al conjuro de sabios que encendiéronla en ira. .

—¿Qué pretende la tribu? ¿En mí encuentra
[algún yerro?

—Vuestra tribu pretende de mí ser el destierro,
y amenaza de muerte
si prosigo a tu lado compartiendo la suerte. . .

—Es audaz osadía
pretender el quebranto de mi grande alegría. . .
Si a la tribu yo he dado
la riqueza y el triunfo que en mi reino ha gozado,
¿por qué quiere quitarme
ese instante de encanto que no puede ella darme
y tan sólo lo encuentro en tus besos de amor?
¿Por qué, a cambio, a su reina sólo ofrece el dolor?

—Disponed, reina mía, del futuro destino;
yo me acojo a la gracia de tu amor y a ese sino
que inspiró de mis pasos la elección de tu senda.
Tu bondad y tu encanto me brindaron la tienda
donde hallé de la dicha la más dulce canción.
Yo encontré en tus ojazos
del amor la pureza;
y tú hallaste en mis brazos
¡oh, divina princesa!
el idilio soñado en celeste visión.

—¡No te irás de mi lado. . . !
—Vuestros sabios, oh reina, contra mí levantado
a tu pueblo ya tienen. . .

* El hombre se acongoja si sabe vacía la copa de la confianza en sí mismo para retener sus tesoros; pero la dulzura de una reina se transforma en coraje de fiera, capaz de enfrentarse a toda adversidad si sabe el peligro de perder a su ser amado. Porque nada ha existido tan egoísta, desde entonces, que el corazón de una mujer enamorada. (Pág. L, Códice Maya, en Dresden.)

¡Escuchad sus clamores...! ¡Con sus armas ya vienen
y en tu regio palacio impondrán su mandato...!

—¡Quien tal cosa pretenda, morirá el insensato!

—Majestad, son mortales
esas armas que blanden en sus manos fatales...

—Nada temas, guerrero; ¡yo seré tu sostén!

—Majestad, tu conjuro...

—No respondas; tú ven...

—¿Do me llevas? —A la vida.

Las estelas conservan una clave esculpida,
y esta clave que encierra
el secreto más grande que ha existido en la tierra,
nos ofrece el poder
de saberlos vencer...

¡Yo te haré de la tribu, poderoso señor;
y será nuestro idilio, lazo eterno de amor!



Convirtiéndose en infiel
la graciosa princesa
que entregó su belleza
y el secreto supremo de la tribu asombrosa,
cautivada tan sólo por la frase melosa
que pusiera en el canto de su amor el doncel.

Y enfrentose el guerrero con la bélica maza,
fulminando sus labios la terrible amenaza:

—Vuestros pasos ¡atrás!

No podréis hacer daño a mi reina, ¡jamás!

Si os movéis, dura prueba os aguarda, ¡insensatos!

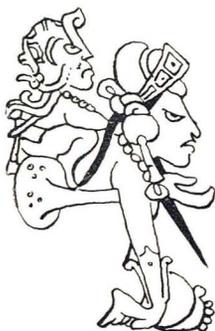
¡En mi mano se guardan los divinos mandatos
que detienen los vientos, la tormenta y la muerte!

Retornad a la calma, deponed las mortales
armas de odio, de sangre, de vuestros pedernales,
¡o en vosotros recae mi venganza más fuerte!

* Con gestos de angustia y la triste mirada de su último idilio, el collar de las perlas de jade mantenía irrompible su amor, que así se los llevaría unidos más allá de la muerte. (Pág. XXI, Códice Maya, Dresden.)

Afligidos,
vencidos,
nuevamente los brujos a invocar acudieron
a Cocabib el sabio, y humildes le dijeron:
—Oh, señor poderoso; vuestro santo secreto,
que mantiene al imperio de la muerte sujeto,
revelóse en el labio de vuestra hija infiel;
y hoy se encuentra humillada
vuestra tribu, la corte ¡y su reina entregada
en los brazos de aquel
que no escucha del pueblo los dolientes gemidos,
y a sus sabios mantiene al terror sometidos!

XV CASTIGO



Cocabib, ya no el mismo
protector de su pueblo, desató un cataclismo.
Y lavó así el ultraje
de llevar sus estelas y su corte al paraje
que impusiera el designio del fatal seductor;
porque estaba humillado el poder de sus dioses;
ya en su pueblo no habían los legítimos goces,
ni en la reina brillaban sus encantos de amor.

¡Y una noche inundólo con torrentes el agua
que en su cauce atesora el tranquilo Motagua...!

¡Del abismo salieron tronantes huracanes
rugiendo en las tinieblas con ecos espantosos!
¡Y se adueñó la muerte, con gestos pavorosos,
del pueblo que sufría las iras de sus manes!

De Cocabib les vino del caos el imperio,
¡del caos que era su arma guardada en el secreto!
¡La clave revelada por un labio indiscreto,
que el sabio, con su tribu, llevóse la al misterio!

* La belleza de su cuerpo ya no deslumbraba, porque ahora su espalda cargaba el fruto de un amor indebido; y en la cabeza, en lugar de su corona de reina, sólo llevaba el mecapal de su culpa. (Pág. XX, Códice Maya, en Dresden.)

En vano de las madres, las manos se abatían
pidiendo por sus hijos, ¡sus hijos que morían
al paso del rugiente alud que se los traga
con tenebrosas fauces en la tormenta aciaga!

De los grandes caciques, los guerreros y ancianos,
en la informe corriente
de las aguas que arrancan cuanto encuentran potente,
aquel caos en cienos su altivez sepultaba;
¡y al llegar la mañana su actitud le narraba
cómo en ansias de vida se agitaron sus manos!

De los regios palacios con gallardas esquinas
se volvieron sus fastos promontorios de ruinas. . .
¡asoló su gran corte la más negra aflicción!,
¡y quedó así en la tierra para siempre extinguida
esa tribu fastuosa que esculpiera su vida
en el duro granito,
como el tiempo invencible, como el tiempo infinito,
que conserva en su seno la inmortal narración!

Mas de aquel Cocabib fue tan grande la ciencia,
que al enviarle el castigo de su ignota potencia
destruyó con su tribu sus virtudes tremendas. . .
¡Mas no pudo llevarse sus gloriosas leyendas,
que perduran eternas con la rara escritura
de un misterio divino que a la ciencia extasía!
¡¡Del misterio que es meta de la humana cultura
y el tesoro anhelado por la sabiduría!!

Así tuvo su ocaso
ese idilio que hallara en el llano el regazo
de poética estrofa que cantó el madrigal;
¡porque dicen las gentes
que los dioses no han sido en la tierra indulgentes
si los pueblos quebrantan su destino racial!

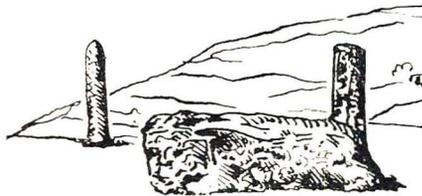
XVI

VESTIGIO

De la Utzil de mi historia
entre nieblas se encuentra su lejana memoria
en las ruinas que hoy guarda lo que fue Quiriguá.
Meditando en silencio mora inerme una piedra,
ocultada en la hiedra,
con la imagen de aquella que llamóse "Bondad".

En sus días fulgentes, como hallaron que fuera
varonil en el mando y en sus golpes certera,
se carnó su belleza
en eterno granito, con la altiva cabeza
y los recios perfiles de un mirar varonil.
Y por ser de la astucia un ejemplo viviente,
su perpetua leyenda concibióla su gente
entroncando la forma de su rostro gentil
en las fauces abiertas de un enorme reptil . . .

Y hoy rumora la gente, que en aquellas mañanas
cuando el sol se abre paso a través de las lianas
y las breñas que ocultan su abandono eternal,
ha encontrado a la reina, que en su pétrea figura,
aún llora el idilio que vivió con ternura,
cuando escucha los cantos de las aves y el río . . .
¡y sus lágrimas caen como el suave rocío
con que lloran las rosas de belleza imperial . . . !



VII

LA INFORTUNADA AVENTURA GUERRERA DE ZAMAYAQUE Y SU PRINCIPE COC-ULEUH

La evocadora leyenda de las jornadas épicas de los guerreros y las armas indianas de Suchitepéquez.



Y SENTADO el rey Balam Acam en su real trono, les dijo:

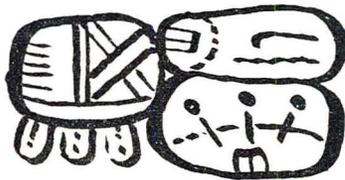
“Ya habréis sabido mi desgracia, fieles vasallos y capitanes míos, y no ignoráis, que aparte del sentimiento natural de la ingrata correspondencia de una hija alevosa y una sobrina infame, el pundonor mío, y mi decoro ofendido por un pariente no sólo traidor a su propia sangre, sino infame en el lunar que ha puesto en sus parientes, me

ha traído a la precisa ocasión, que me llama a una sangrienta venganza, y para eso he convocado vuestras personas. Bien notorias son en los reinos de los cantones las grandes hazañas mías ejercitadas contra sus armas, siendo general de mi padre Balam Quiché, y aunque ese mozo fementido, rey de Sotojil, no me desiguala en la sangre, mas su traición lo hace inferior a mi crédito, que no decaeció jamás, por tratos cautelosos en la opinión del mundo. Y con mi presente agravio, si no os oponéis a los atrevimientos de este mozo, quedaréis los quichés por infames; todas sus gentes, si bien son muchas allegadizas, son veteranas

* Sin lucir ningún atavío en la cabeza, sino mostrando doble cabellera hirsuta en señal de estar embargado por la ira, este hombre de mando luce lujoso manto y se halla fuera de su palacio donde, sobre el asiento del trono, está el signo de la cruz de los vientos, que significa una tormenta que agita su paz. (Pág. XXVII, Códice Maya, en Dresden.)

y valerosas, y antes que le hallemos prevenido, será bien que le busquemos descuidado; por lo cual me hallo resuelto a levantar un ejército numeroso, para hacerle sangrienta guerra, sin alzar mano della ni hacer reserva de mi persona en tan propio empeño. Las quiebras de una reputación perdida, no pueden soldarse, si no es con los desquites nobles de un corazón avergonzado, y para la propia satisfacción de este común agravio de los quicheles hecho en la persona de su príncipe, he menester las armas y las personas de los caciques, ahaos y capitanes que me oyen, para que convocando a su gente, y acaudillándola, con todos sus bagajes y pertrechos, estén a punto de guerra en esta Corte de Utatlán, dentro de veinte días, siendo de calidad la diligencia en todos, que por la dilación de uno, no llegue el ejército a contingencia de deshacerse; esto os intimo, y siendo necesario os ruego, empeñándoos mi real palabra, de adelantar con honras, y favores a los que en esta empresa se señalaren, y así partid luego y pregonad la guerra en todo mi reyno, para que así con brevedad puedan lograrse los designios que tengo premeditados.”

(Páginas 39 y 40, tomo II Recordación Florida, de Fuentes y Guzmán.)

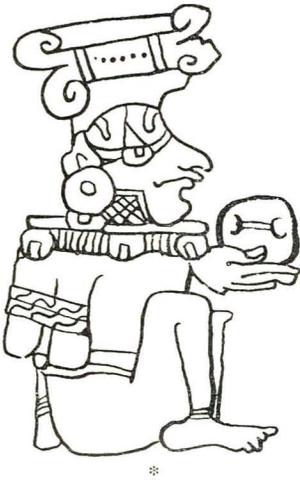


*

* Letra de escritura maya. Se halla en textos de la página LXVII del Maya, en Dresden.

I

CUANDO LA PAZ SONREIA



SIGLOS incontables de esplendor y riqueza había vivido el cacicazgo de Zamayaque. Su riqueza y el espíritu altivo de sus guerreros había sido tal, que el tiempo habíale dado otro tesoro más, sobre los imponderables que ya poseía: habíase constituido, como consecuencia de las guerras entre los reyes de los poderosos reinos Quiché y Cakchiquel que después sucedieron a los reyes fundadores, en un cacicazgo independiente; tal vez propendiendo, por las riquezas de que era poseedor, a la creación de otro reinado, tal las sendas de progreso que salían a su paso.

Su corte estaba regida, en la época del episodio a narrar, por el gallardo, valiente y ambicioso príncipe Coc-Uleuh, señor y fanático del agro —porque lo dice su nombre: “Sentado en la Tierra”— que consagraba sus desvelos al engrandecimiento de sus cultivos y a la prosperidad de sus dominios. Tal era su pasión ambiciosa. Tal el motivo, también, de la preparación de sus guerreros.

Zamayaque era sonrisa en la costa, ¡fiesta a los ojos en la belleza de sus mujeres y en el embrujo de su paisaje! Los dedos

* Su cabeza —su pensamiento— lo formaba el signo “Batz” —del hilo— con que había de vestirse su pueblo joven con doncellas preciosas; tenía atados los codos y no podía manejar el arma guerrera, pero en cambio tenía en la mano el signo “Ic” —de la luna— de la fecundidad de la tierra donde estaba sentado. (Pág. LXXII, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

fabricadores del hilo que en el copo del algodón descubrió Hunahpú, también habían teñido estos hilos, para que fueran al telar, en los colores de la hoja; y los lienzos que con ellos tejieron, ahora envolvían los cuerpos de sus doncellas, llenos de gracia, ciñendo la cintura con ondulación voluptuosa como baya de corozo, para erguir más el torso, de donde, al igual que en las matas del cacao cuajado de dulzores, pendían los senos que sólo esperaban el beso ardiente y multiplicador de sus donceles para diluirse en savia de amor y de vida.

Sus varones guerreros y príncipes sabían de la faena en el surco, del ejercicio con la vara tostada, y de la gracia en el baile.

Por eso en las noches de luna, o en las tardes de brisa sabrosa, en los patios de la corte se encendían los fuegos de la alegría y el baile bajo enramadas que lucían los gajos de la flor de pacaya, la flor hecha llama de la jacaranda y las palmas de los coyolares...

El príncipe Coc-Uleuh, con su pueblo, vivían en el mejor de sus fastos...

II

UN ZAMAQUEL ... (*)



**

POR el largo camino que viene del lejano reino de los zutujiles donde está la laguna, atrás del volcán, un hombre llegó.

Traía la boca acezante, las piernas cansadas y el rostro con penas.

—Detén tu carrera —gritaron los guardias guerreros que celosos cuidaban la frontera—. ¿Quién eres y a dónde diriges tus pasos?

—Soy un zamaquel de la corte de mi poderoso rey de Atitlán —respondió el caminante—. Mis labios encierran un grato mensaje para vuestro príncipe, el gran Coc-Uleuh. Conducidme presto.

* Un enviado o embajador.

** Su lujoso atavío, ajeno a toda arma guerrera, revela ser de noble estirpe en la corte de su rey. Sus labios abiertos, prestos a emanar la palabra de que es portador, dicen la misión de su caminar hacia otro lugar amigo, como inteligente embajador. (Pág. LX, Códice Maya, en Dresden.)

—Seguidnos— fue la decisión de dos guardias de la frontera inexpugnable, portando sus rodelas y, en la diestra una larga y lisa vara tostada, de agudo y envenenado final.

Los tres hombres entraron silenciosos, pero arrogantes, por la ancha explanada que conducía al aposento del príncipe poderoso. Las gentes que veían pasar la comitiva quedaban fijas, buscando en su mente la respuesta que dijera a su curiosidad el motivo de la llegada de este viajero extraño, de porte noble, seguramente de una corte vecina, que nervioso llegaba y era introducido por los guardias guerreros de la frontera. El grupo que estaba en la entrada del recinto del príncipe se abrió con presteza, en silencio franquearon el paso y los tres penetraron al noble aposento.

—Poderoso Coc-Uleuh —dijo el recién llegado, doblando la rodilla ante el severo cacique, quien estaba en su trono rodeado de los señores de sus calpules—, me envía mi rey Zutujilepop a pedirte tu alianza en el trance que amenaza su reino.

—¿Qué rey ambicioso amenaza la paz del reino invencible de mi gran amigo Zutujilepop? ¡Hablad, noble zamaquel de mi amigo, y decidme los trances que pretenden inquietar la paz de su reino y poner zozobra en el alma de los que le tenemos con el corazón un lazo de afecto y segura amistad...!

—¡Oh, Coc-Uleuh poderoso, sabed que la acechanza de la guerra no es, en esta ocasión, el fruto de la ambición que con desenfrenos impulsen al vecino rey del Quiché, poderoso Balam Acam, a desatar la tempestad de las armas contra mi rey y señor. Fuegos de pasión y amor propio son las llamas que ahora pretenden encender la guerra y posiblemente aniquilar los pueblos. Y aunque tal no ha sido declarada, el presentimiento ha hablado en los oídos y en el entendimiento de mi señor Zutujilepop que la previsión en las armas debe ser presta para conjurar el desastre de una guerra que se declara de improviso y pudiera hacer el despertar, de los dormidos, en las duras realidades de la derrota... .

—¿Balam Acam suena el presto que al batallar invita? ¿Por qué el presentimiento acosa en el corazón del gran Zutujilepop de acechanzas que no se saben en el campo ni se saben en la sombra?

—Grande es la causa que a ese presentimiento alerta. Sabed, oh gran Coc-Uleuh, que el amor es chispa que inflama guerras y luchas fratricidas... . Y el amor es llama que ahora intenta encender la guerra entre dos reyes que ayer no más se apreciaban hermanos en la sangre y el linaje.

—Pones misterio, oh zamaquel zutujil, en tus palabras; y acaso hay tinieblas en mi mente para no entenderos, o acaso de tus labios no ha salido la palabra que se exprese con el concepto claro.

—Os repito que es el amor lo que a esta guerra incita. Sabed, oh Coc-Uleu valiente, que la belleza embrujante de la princesa Ixconsucil sedujo al corazón de mi señor Zutujilepop a realizar un rapto que en nuestra corte ha puesto la presencia de una reina de sin par encanto; mas el coraje del amor de padre hará que el gran Balam Acam desate la guerra de su venganza contra mi rey y el fuego de esa guerra incendie los sentimientos de su ambición que le inciten a aniquilar más pueblos y a acrecer su imperio. Mi rey me envía, oh Coc-Uleuh valiente, a pedir la alianza de tu brazo y de tu pueblo para enfrentar la guerra y vencer al que siempre ha sido sojuzgador de pueblos; para aniquilarlo en su grandeza y, con sus despojos, acrecer los pueblos nuestros, que han menester más tierras para el ensanche de sus sembrados, para la grandeza de su corte y para el orgullo de sus armas. . .

III

Y ZAMAYAQUE ECHO SU SUERTE . . .



*

LA AURORA que sucedió a la tarde en que verificóse la audiencia del príncipe Coc-Uleuh con el zamaquel zutujil, sorprendió a un Zamayaque que ya no era el pacífico Zamayaque sembrador de cacahuatales y matas florecientes en copos de algodón. . .

Mensajeros salieron para los numerosos chinamitales ¹ que vivían bajo la obediencia del príncipe Coc-Uleuh.

Y días después, por los caminos venían escuadras de guerreros, portando sus armas de combate, conducidas por la arrogancia de sus caciques valerosos.

* No lleva ornamentos en su cabeza porque ésta se forma con líneas de luz, revelando que está llena de pensamientos febriles; con su vara guerrera acosa a la fiera que ya monta y tiene dominada. Sobre su arma está un signo compuesto que señala rumbos de inmediata acción. (Pág. XXX, Códice Maya, en Dresden.)

1 Cantones o pequeños poblados.

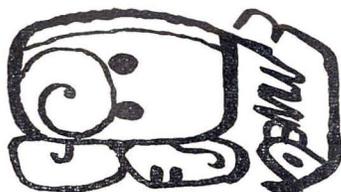
Veintidós chinamitales enviaban las columnas de sus hombres, que dejando el instrumento de la siembra, ahora empuñaban el arma de la guerra, iluminados por la ilusión de la victoria que trajera más riquezas y más glorias a su príncipe. Enardecidas las escuadras se movían al ritmo bravío de los tunes, y gallardas marchaban bajo la voz de mando de sus caciques . . .

Quilá, Chigualté, Ixcán, Chixantó, Parraxé, Causín, Xequiná, Nimá, Ixchuyá, Cuzamá, Pixcum, Pumá, Guatzin, Sacabaj, Pajocá, Chichoy, Chipá, Chucul, Canopillá, Ulay, Saleyá, Yaquijá e Ixtacapa . . . ¹

Zamayaque había aceptado la aventura de una guerra que podía serle propicia en la victoria. Iba a lanzarse contra el reino Quiché, al que antiguamente estuvo unido y bajo cuyos auspicios había sido fundado como pueblo . . .

Siendo independiente, ahora estaba en pie de guerra, en una lucha que estaba próxima a estallar por causa del rapto de dos princesas, cuya venganza ciertamente ya estaba levantando incontables batallones de guerreros quichés prestos a lavar la afrenta que había sido inferida a su rey Balam Acam.

Simultáneamente, bajo el impulso agresivo de sus reyes, los dos ejércitos que se aprestaban al choque sangriento fueron organizados bajo la dirección de cuatro guerreros irreductibles: los quichés, al mando de su rey Balam Acam y su segundo Mahucotah; y los zutujiles, conducidos por su rey Zutujilepop y su favorito Yloacab, justamente los dos autores del rapto de las princesas del Quiché.



*

1 Nombres de los poblados o chinamitales que formaban el cacicazgo de Zamayaque.

* Letra de escritura maya. Se halla en textos de la página LXVII Códice Maya, en Dresden.

IV

HAZAÑAS PRELIMINARES



*

ABIERTAS las hostilidades los frutos de la guerra no tardaron en asomarse. Mahucotah, gran guerrero del Quiché, hijo del rey Balam Acam, entró arrollador en tierras zutujiles, atacando las albarradas de Palopó, defendidas por 4,000 guerreros al mando de su cacique Topinlabé, que a los primeros encuentros cayó con quinientos de sus hombres, abatidos por las macanas quichés. No perdió Mahucotah un solo combatiente en esta primera hazaña de sus armas, quizá porque entraban, él y sus guerreros, con el frenético coraje que en su corazón había encendido el discurso de su rey Balam Acam cuando les expuso la razón de su actitud. La victoria se le insinuaba propicia.

Topinlabé fue reemplazado por un cacique quiché al frente de mil guerreros suyos. Y después de Palopó, Mahucotah buscó las tierras de Chicochin (ahora Santo Tomás), población numerosa y rica, cuya rendición sugería opulento botín. La senda estaba tendida sobre agria cordillera. Y, avisados los de Chicochin, sus emboscadas de guerreros dieron duro castigo al intento de su atacante derribándole 150 de sus hombres. Era el precio con que los zutujiles cobraron la derrota de sus vecinos de Palopó.

Mahucotah no cedió. Pero llegado a los muros de la población, otro baluarte se oponía a su paso: los fosos estaban protegidos por un Xiquipil de guerreros (ocho mil hombres). Entonces se encendieron los combates, hasta llegar las sombras de la noche, dejando este día el saldo de muchos caídos de una y otra parte; y la prevención de doblar la vigilancia, recelosos ambos de un asalto.

También el rey Balam Acam avanzó sobre los predios de Palopó, en pos de su jefe guerrero. Era su propósito acercarse a la corte de Zutujilepop, para atacarla y descargar el golpe de sus

* Ciego por el odio y coronado con pensamientos de pedernales mortales, además de las armas que portan sus manos, este guerrero avanza hacia el ataque. (Pág. LX, Códice Maya, en Dresden.)

tropas contra los aliados de éste. Por eso, al clarear el día al asedio de Chicochin despachó diez mil hombres a cargo de Atzi-huinac, otro cacique de fama en su ejército.

Este nuevo luchador en la contienda, estrategia temible, se deslizó tras las espaldas de unas colinas y, en tanto combatían los defensores con los de Mahucotah, él atacó por el lado opuesto. Los de Chicochin abandonaron su defensa, asaltada y rota en muchas partes, cayendo dos mil guerreros a golpes de saetas, varas tostadas y macanas.

V

SAQUEO Y DESTRUCCION: GALAS DE LA GUERRA



ESTA PLAZA, sus casas y su corte, quedaron a merced y saqueo de los vencedores, dando fabuloso botín de oro, plumas y mantas, para Balam Acam y su corte. Pero la joya preciosa de estos trofeos fue la hija del cacique de Chicochin, que Balam Acam obtenía como primer desquite del robo de sus princesas. Esta victoria le daba, además, a otras doncellas y caciques que fueron tomados prisioneros.

Cinco mil guerreros del Quiché quedaron en posesión de la plaza. El lugar de su cacique fue ocupado por el guerrero Tohil-yazha.

Al venir el otro día —otro día en su desventura— tres mil hombres de los vencidos en Chicochin salieron cargando los víveres y el fardaje de los vencedores, ahora en ruta a nueva etapa de su campaña. El propósito en marcha era invadir las tierras de Pochuta, rumbo a Atitlán.

La noticia del primer descalabro fue onda electrizante que regó su hálito de terror sobre poblados que eran nidales de bellí-

* Cuando las tinieblas de la pasión llenaban el pecho, los ojos y la mente de los reyes que combatían alimentados por el afán de la venganza, el botín preferido de sus triunfos eran las doncellas de los pueblos vencidos. (Pág. XIV, Códice Maya, en Dresden.)

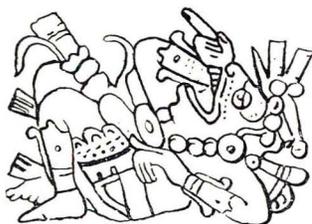
simas doncellas y tierras de riqueza incontable en cacahuatales floridos: Pachipá, Nimaquej, Suminá, Ixtacapa, Chucul, Chejues y Pecuate.

El rumor de estos triunfos de su enemigo, sobre pueblos casi indefensos, llegó pronto también, para encender en el más frenético coraje, al rey Zutujilepop. Con 60,000 guerreros cuyo mando compartió con su favorito Yloacab, salió para detener el asolador avance de los que así le combatían. Y vio con ojos asombrados que Balam Acam a su paso dejaba taladas las sementeras y sojuzgados los pueblos, ya fuesen zutujiles o de sus aliados. Las aldeas ardían, consumiéndose en las llamas del fuego vengador que por doquier dejaban las huestes de Balam Acam. . .

Zutujilepop bramó de coraje al saber de esos estragos.

VI

HACIA EL PRIMER ENCUENTRO



*

ENCENDIDO en ira y despecho, para detener esa destrucción impune de sus dominios, anticipó al encuentro del atacante a veinte mil hombres a cargo de Yloacab; no para presentarle batalla, sino para entretenerle con escaramuzas mientras él avanzaba a tomar posesiones y a desarrollar su estrategia preconcebida.

Cuando iba el sol en su carrera ascendente, poco menos de la mitad del día, Yloacab hizo encuentro con Balam Acam en una llanura. Y empezaron las escaramuzas con mangas alternadas, sucedidas unas a otras. Al recibir el impacto de las lanzas y dardos de Yloacab en las filas asoladoras cayeron trescientos guerreros y algunos de sus mejores jefes. Era el comienzo de una reñida batalla campal entre hombres de ánimo resuelto.

Viendo Balam Acam las pérdidas que le trajo aquel ataque, formó sus escuadrones con treinta mil guerreros obligando a Yloacab,

* Con gritos maldicientes de odio y coraje, al impacto de los dardos que en la punta llevaban la obsidiana mortal, caían los jefes guerreros, heridos por el azar cuando lucientes de ricos collares de perlas de jade y gestos de altivez, dirigían la ferocidad de los combates. (Pág. XLIX, Códice Maya, en Dresden.)

aunque con número desigual, a presentarle batalla. Ese combate, hecho con tremendo estrépito y efusión de sangre, cubrió con la púrpura guerrera el verdor y la pompa de los campos.

En el fragor de la lucha, Balam Acam animaba a sus guerreros; y no menos distinguíase Yloacab, luchando entre los suyos y alentando a su ejército casi perdido. Era el ansia, en ambos, encontrarse personalmente en la batalla; pero el desorden en que había degenerado la lucha tan reñida se los impedía. Entonces lo menos pensado ocurrió: Yloacab al tiempo de pasar del grupo de sus honderos al de las lanzas, recibió en el costado izquierdo una saeta perdida, cayendo en plena lucha abatido por el azar, que fue más poderoso que todos los peligros que en su vida guerrera había desafiado.

Allí caía, herido en el cuerpo por las armas de Balam Acam el vengador, el apuesto guerrero que antes fuera herido en el corazón por la deslumbradora belleza de la dulce Exelispúa, que de ahora en adelante acrecería, con sus lágrimas, el caudal de la laguna, sobre cuyas ondas se escapara en una noche de luna para gozar su supremo idilio de amor.

VII

FRONDAS TENEBROSAS SOBRE LA COSTA



*

DESPUES que esto sucediera, Mahucotah y Atzihuinac siguieron asolando lugares faltos de defensores, sin oposición; especialmente los de los enemigos declarados de su reino. Así se habían solazado en lances afortunados para poder extender el dominio de sus tropas hasta las tierras de Patulul.

La tragedia estremecía y asolaba los florecientes chinamitales y cacahuatales de Chinté, Mapán, Coyolate, Mapasil, Zalpat, Canel y Sinacá. En unos había pasado la ola arrolladora de saqueos e incendios; en otros estaba el estremecimiento de la fatalidad que se acercaba. Y es que, por otra parte, los motivos de

* La tristeza y la angustia cerraron los ojos y apagaron la alegría y los encantos de las doncellas que al llegarles el horror de la guerra se sentían frente al horror de la muerte. (Pág. XIV, Códice Maya, en Dresden.)

provocación no habían faltado para atraer hacia ellos esa fatalidad: los pipiles, reinantes en las tierras de Escuintla, aliados de Zutujilepop y al mando de su cacique Culum Chiacaz, habían tomado las armas contra el rey quiché y sorprendiendo algunos lugares de sus dominios, también iban encendiendo la guerra por todas partes, dándole rienda suelta a su inquietud, en favor de los zutujiles.

Se veían iguales los campos y los guerreros que se perdían de una y otra parte, sin reparar en los daños, porque la ambición era destruir el poderío enemigo y hacer prisioneras a sus cortes; particularmente por parte de Balam Acam, que en las doncellas y princesas despojadas veía el desquite del robo de su hija Ixcunsosil y su sobrina Exelispúa; hecho que hizo llorar toda su vida a los caciques la deshonra de sus hijas y parientas, cautivas en el palacio del rey vengativo.

VIII

TODO OCCIDENTE EN LA CONFLAGRACION PALENQUE DE REYES



*

TIEMPO más tarde —habían corrido meses y años en ella— esta guerra se había extendido a las tierras de Chemequená y Xelajú.

Y allí, una mañana, hubo duro encuentro entre los reyes, dirigiendo personalmente sus escuadras. También estaba en la batalla —con otros caciques de esos pueblos, que asistían a sus reyes— el Calel Zitum, esforzando a su escuadrón, donde si bien el peligro y derramamiento de sangre eran muchos, los zutujiles hallaron tremendo choque con los quichés. Balam Acam, conducido en su anda, dirigía valientemente el ataque de sus guerreros.

Zutujilepop embistió el costado del ejército enemigo al frente de diez mil hombres y desordenando sus filas, del primer bote de su lanza se llevó a un hermano del cacique de Chemequená y de otro echó a rodar al cacique de Xelajú. Su brazo caía como maza.

* Para hacer más trágico el frenesí del combate asolador de hombres y de pueblos, este guerrero llevaba en una mano el hacha mortífera, y en la otra la tea incendiaria que destruía ranchos y sementeras. (Pág. XXXII, Códice Maya, en Dresden.)

Viendo el desastre de sus filas, Balam Acam descendió de su anda para acudir en su auxilio en el momento en que una ola de lanceros se vino arrolladora sobre los conductores de su anda y los de su séquito, derribándolos y derribándolo a él también, que al caer en tierra bajo las armas zutujiles, quedó muerto de una lanzada recibida en el pecho.

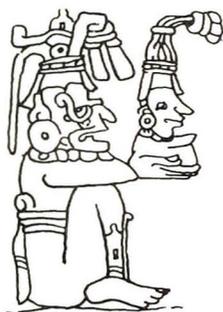
El rey vengador cayó así, en el campo de batalla recibiendo en el pecho una lanzada que le arrebatara la vida, después de haber recibido en el alma el golpe de una traición que le arrebatara a su hija, la enamorada Ixcunsosil, acción que había hecho arder un idilio y también hizo arder esta guerra que, como tributo por las otras vidas que apagó, cobraba en el propio campo de batalla la suya.

Pero la guerra estaba ya encendida; y el rapto de la princesa, que no había sido ofensa sólo para su padre, sino también ofensa para su pueblo palpitante en sentimientos de lealtad a su dignidad y orgullo, hacía a sus ejércitos seguir luchando hasta que fuera vengada la afrenta a su rey y señor.

Ahora la guerra seguiría, también, para vengar su muerte.

IX

MAHUCOTAH, NUEVO REY DEL QUICHE



*

LOS LEALES supervivientes a su desastre, levantaron el cuerpo de su rey Balam Acam para volver con él a su corte llorando su caída. Rey del Quiché fue proclamado, entonces, Mahucotah, hijo suyo y esforzado conductor de sus ejércitos. Y éste siguió la guerra para vengar la muerte de su rey y progenitor, y lavar con ella el agravio del robo de las princesas.

Y mientras Mahucotah se coronaba, Zutujilepop victorioso hacía correrías destructoras en pueblos de la costa y enderezaba el grueso de su ejército sobre la fortaleza de Xelajú.

* Al hijo que había de sucederle en el mando, la mano paterna lo había cultivado con tanto esmero que, desde su infancia, los príncipes eran idénticos en modales, y en altivez y bravura, a su progenitor. (Pág. LXVII, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

Ya investido como rey del Quiché y jefe de sus ejércitos, Mahucotah aceptó la cita. Y vino a la cabeza de sus guerreros hacia estas campiñas, donde podrían verse frente a frente con el seductor de su hermana y vencedor de su padre. . .

Zutujilepop se vio, entonces, entre los guerreros de Xelajú que lo resistían y los de Mahucotah que venían en su busca. . .

Los azares de la guerra lo enfrentaron ante un dilema: levantaba el campo, o apuraba las rudezas de la lucha, estrechado entre dos combates. Pero Zutujilepop era valeroso y midió pronto que su valor era tan grande como el peligro que le venía. Se sabía seductor de una princesa y también quiso ser seductor de la victoria sobre quienes tan caro pretendían cobrarle el precio de aquel supremo amor de su vida. Con vislumbres de relámpago el orgullo le gritó en el alma guerrera que siempre lo había conducido, que levantar la tienda sería su desprestigio. . . ¡y se decidió a probar fortuna!

Con presteza organizó veinte mil guerreros de sus aliados en la costa, bajo la bandera zutujil. Y los lanzó al combate.

X

EL TURNO DE ZAMAYAQUE, EL ALIADO FAVORITO



COMO ya se dijo, gobernaba el poderoso señorío de Zamayaque —cuando estas cosas acontecían— el cacique Coc-Uleuh, señor libre en aquella corte de bellísimas princesas y doncellas —gracia de la caña, brillar de las estrellas, sonrisas de la orquídea—, y de ricas tierras que eran el orgullo de la costa. Sus varones tenían la inquietud de la lucha. Por esta razón pronto habían estado a aliarse con los ejércitos de Zutujilepop, que también en su reino, extasiado en los espejos de una laguna azul, tenía una corte de sirenas.

* Atrapado en un atascadero que lo obliga a supremos esfuerzos, eleva su mirada para interrogar a los astros sobre el misterio de su futuro. Y el signo de la nube que opaca la brillantez del sol, le responde con lluvia de granizos portadores de la fatalidad para sus tierras florecientes. (Pág. XXXVI, Códice Maya, en Dresden.)

Este señorío había estado afortunado con salir airoso en las desgracias venidas sobre Chichochin cuando esta plaza vecina fue atacada, vencida y su pueblo saqueado. También había tenido cerca el peligro cuando las tropas de Balam Acam hicieron recorridos asoladores sobre pueblos que llegaban hasta Patulul.

Ahora el fragor de la guerra llegaba hasta Xelajú. Le tocaba estar en el centro de dos campos ardientes: Atitlán y Xelajú.

Y Zutujilepop lo tenía a sus órdenes, como su aliado.

Fue por ello que los guerreros de Zamayaque y su gran cacique Coc-Uleuh andaban en batallas a la par de Zutujilepop, luchando en los predios de Xelajú donde ahora los apretaba la resistencia de éstos y la inesperada llegada del rey Mahucotah. Zutujilepop puso los veinte mil guerreros costeños bajo el mando del cacique zamayaquense Coc-Uleuh y ordenó a éste acometer al ejército de Mahucotah y derrotarlo en los campos de Sixa.

Y cumpliendo esta orden se encendió la batalla entre Coc-Uleuh y Mahucotah, viejo estratega curtido en el fragor de las campañas, conocedor del camino que lleva al triunfo en las peripecias de la guerra. Haciendo frente al avance de Coc-Uleuh y sus veinte mil zamayaques, Mahucotah resistió valientemente largo tiempo de combate. Balanceaba la fortuna en los encuentros. La tierra temblaba al furor de la batalla. Pero cuando Mahucotah vio que también aquella fortaleza humana era impenetrable a sus armas, y se le venían al suelo sus afanes de llegar al sitio donde estaba Zutujilepop batiéndose con los de Xelajú, discurrió planes para aniquilar primero este obstáculo insuperable que le había salido al paso.



*

* Con las armas en alto hacia donde llama el combate. (Pág. LX, Códice Maya en Dresden.)

XI

DONDE LAS ARMAS RESULTAN INFERIORES A LA EXPERIENCIA



Y ENTONCES sus hombres, conocedores de los senderos de esta región, se dividieron; y una parte de ellos, tomando una cañada encubierta, fueron a atacarlos por la espalda, con lo que Coc-Uleuh y los zamayaques quedaron atacados por dos frentes, cayendo en el aniquilamiento de sus filas y en el quebranto de su valentía. Coc-Uleuh, sobreponiéndose a la sorpresa, al

dirigir sus tropas y enfrentarse furiosamente contra los guerreros de Mahucotah, recibió el vuelo de una saeta que llena de frío se le metió en el pecho buscando el fuego que ardía en él.

Con el frío de la vara rasgante le había llegado el frío de la muerte atravesándole el corazón. Alzando los brazos, Coc-Uleuh cayó sobre la alfombra de esos campos que ya estaba, como mortaja prevenida, bañada con la sangre de muchos de sus guerreros.

Sin jefe —y duramente atacados—, los hombres de su escuadrón hubieron de retroceder e incorporarse al ejército de Zutujilepop, dejando en el campo, junto con el cuerpo de su cacique, el prestigio de sus armas y el sacrificio de muchos de sus príncipes que también andaban con él en la bélica aventura.

Mahucotah cargó, entonces, sobre Zutujilepop.

Y éste, al recibir los restos de las tropas de Coc-Uleuh y las noticias del desastre acaecido, se encendió en furor y saña indecibles. Con éstos y los suyos, se lanzó al encuentro del enemigo, donde los zamayaques pusieron todo el tesoro de su bravura con la decisión de halagar con su sangre esos campos que tuvieron ocasión de saber lo que era el furor de su cólera, y el deseo de su venganza.

* Lujosamente ataviado con penacho de hermosos plumajes, su cabeza está coronada con adorno que representa un haz de pedernales y sus ojos están cubiertos con iguales símbolos; los temibles dardos que porta su mano y la riqueza de su vestido, hablan de su poder guerrero, tan grande que lo ha cegado. (Pág. L, Códice Maya, en Dresden.)

La fortuna —la victoria sonriente y coqueta— volvió a mostrarse indecisa escogiendo entre los dos reyes rivales. La morandad y el empuje de los combatientes eran increíbles. De ambos lados los guerreros caían con el rictus del coraje pintado en los semblantes; pero ninguno cedía.

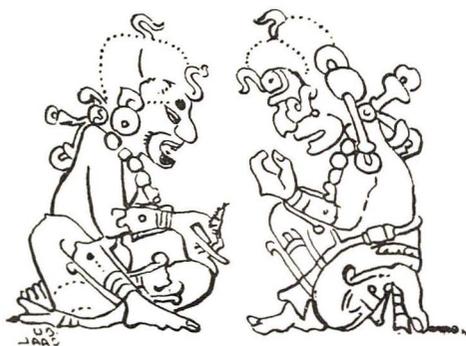
Al fin, en uno de esos choques terribles, los quichés lograron romper la vanguardia sostenida por uno de los caciques zutujiles, derribándolo.

Y comenzó la desmoralización de éstos. El desastre era evidente. Zutujilepop, entonces, inició la retirada hacia sus predios, apenas escoltado de ocho mil de sus guerreros. . .

Después de llegar desafiantes, ahora tenían que volver, caminar lento, resistiendo los embates de los hombres de Mahucotah, que los seguían con ansias de aniquilarlos completamente.

XII

EL SABOR DE LA DERROTA



*

LA JUVENTUD guerrera y su cacique, vida y nervio de Zamayaque, habían rendido la fuerza de su poderío en una aventura audaz, lejos de sus lares, a donde muchos ya no volvieron, y donde a otros, a los que sobrevivieron a esta primera fatalidad, les esperaba la dolorosa sorpresa de saber

lo que deja en los pueblos la guerra; especialmente en aquellos donde sus varones preocupándose de intereses ajenos descuidan y abandonan los propios.

Porque Mahucotah no había triunfado sólo en los campos de Sixa, desbaratando a los aliados y al ejército de Zutujilepop. ¡Qué va. . . !

* Sin penacho en su frente ni arma en sus manos, las líneas de su pensamiento y la angustia de sus semblantes revelan que sus labios conversan de derrotas sufridas. Es tal su confusión que sus ojos interrogan a sus manos, pero en ellas ya no portan los signos que pudieran revivir su valentía. (Pág. VIII, Códice Maya, en Dresden.)

Mientras él triunfaba en aquellos campos, también en los pueblos de la costa del sur su capitán Ixim Cablam, cacique guerrero que conducía poderoso ejército, hacía tareas desoladoras sojuzgando poblados adeptos a Zutujilepop, destruyendo sus sembrados y dejando entregados al incendio los muchos pueblos por donde pasaba.

A las grandes poblaciones, después del saqueo —llevándose sus princesas y doncellas—, las dejaba sujetas a la obediencia de su rey Mahucotah, tal como aconteciera con la población de la corte de Zamayaque, a quien tomó desamparada de su cacique Coc-Uleuh y de sus guerreros, por andar en la campaña para aniquilar a Mahucotah de quien para el futuro quedaban como súbditos sus descendientes.

Tan espantosos sucesos, tan dolorosa derrota, golpearon duramente en el corazón de Zutujilepop, llenándole de honda tristeza hasta que un día, cuando todavía no se apagaba el fuego de la guerra sangrienta que encendiera el rapto de las princesas a que lo impulsó el corazón ardiente en llamas de amor, en su puerta tocó y a su lecho llegó a consolarlo la muerte.

XIII

LEYENDA INOLVIDABLE



*

Y ASI terminó la existencia de un rey enamorado que encendió una guerra que duró diez años, que arrasó pueblos y abatió a millares de valientes y apuestos guerreros, por causa de su apasionada aventura para obtener la dicha inefable de los amores de Ixcunsosil, la seductora, gentil y enamorada hija del poderoso Balam Acam. Romance propio de aquellos hombres que amaban con corazón y pasión de selva, pujante y ardorosa como las montañas de la tierra nuestra; marco digno para que naciera

* Sentados sobre el petate del descanso, de la paz, una mujer en estado grávido —símbolo de la fecundidad de la tierra—, está ante su nuevo rey, mostrándole como lección para el futuro, un brazo con la mano amputada, ¡la juventud valiente y creadora que le arrebató la guerra! (Pág. XCIV, Códice Tro-cortesiano, en Madrid.)

eternamente bella la leyenda inolvidable de las grandes epopeyas de nuestros guerreros indianos, tan valientes como apasionados, tan altivos como hermosos, tan feroces como irreductibles.

Y así sufrió Zamayaque uno de sus más grandes desastres, justamente cuando gozaba los esplendores de su gentilidad, bajo el gobierno de su gran cacique Coc-Uleuh, cultivador de sus riquezas agrícolas porque habían sido su nombre y su destino el de un príncipe **sentado en la tierra**; en una tierra lujuriosa de humus y feracidad; gran cultivador del fasto de su corte, donde alumbró el fuego cautivador de los ojos de sus princesas de cuerpo espigado, dulces y sonrientes como las luces de la mañana que día a día les trae el sol.



*

* El triunfo del arma y la guerra es vida fatal para los de su pueblo, que tiene que soportar los resultados de sus acciones. (Pág. LX, Códice Maya, en Dresden.)



De cuerpo esbelto y gracioso —como las risueñas palmeras de la costa— son estas descendientes de aquellas doncellas que fueron encanto en las cortes de reyes y príncipes que buscaron las tierras negras, suaves y fértiles, dadoras del aromoso Melón, del Zapote dulce y la Chincuya con sabor de beso de muchacha virgen. Se coronan con la trenza de su propio pelo, que se enrolla como negro Cantí, y luego, al soltarse y cubrirnos con sus caricias nos enferma con embrujo inmortal. Se refajan su cuerpo con el corte luciente de maravillosos dibujos que copiaron los tintes de la hoja y la flor. En él llevan guardado el oculto tesoro de sus piernas preciosas, sus rítmicas caderas, y su aroma de tierra de montaña y de fruta jugosa con esencias de vida y de amor. Y en el brazo, doblado y portado con gracia gentil, el rebozo de vivos colores, con que van luciendo el donaire exquisito que natura les diera al hacerlas reinas de la costa y, sobre todo: ¡Mujer!

VIII

EL GUERRERO Y LA PRINCESA ACZUPIL



JUNTANDOSE los señores se formó un baile para celebrar la presa de aquel brujo y transformándose en águilas, leones y tigres, bailaban arañando al pobre indio y estando ya para sacrificarle les dijo a todos y al rey: aguardad un poco y oid lo que os quiero decir:

“Sabed que ha de venir tiempo en que desesperéis por las calamidades que os han de sobrevenir y este mamacaixon, también ha de morir; y sabed que unos hombres vestidos, no desnudos como vosotros, de pies a cabeza y armados, éstos han de ser unos hombres muy terribles y crueles hijos de la teja; quizás será esto mañana o pasado mañana; y destruirán todos estos edificios y quedarán hechos habitación de lechuzas y de gatos de monte y cesará toda esta grandeza de esta corte...”

...y habiendo dicho esto lo sacrificaron.

Reinado de Vaxaquicam y Kicab, X rey del Quiché.
 “Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala”, por Fr. Francisco Ximénez.

I



ACZUPIL, fue dulce y altiva princesa.
Su rara belleza
fue magia en la noble corte de Uatlán.
Y extasió mi sueño —¡sueño de guerrero!—
en la corte jefe de gesto altanero,
¡jefe de las guardias de Tecún Umán!

Os diré mi historia cuán graciosa era
en su primavera

la noble Aczupil;
porque era tan buena, que al ver su sonrisa
llegaba la brisa
con tímido halago
¡la ofrenda del lago
que besó amoroso su cuerpo gentil!

Cuando el sol salía, su negro cabello
tenía el destello
que luce el diamante —alma del carbón.
Y sobre la frente, su regio peinado
—que olía a reseda—
llevaba engarzado
el oro naciente, que fulge en la seda
tejiendo la faja teñida en colores
de todas las flores,
que la coronaba reina de ilusión.

Serenos, sus ojos la bondad lucían
y sólo veían
las galas del cielo, del lago y del sol;

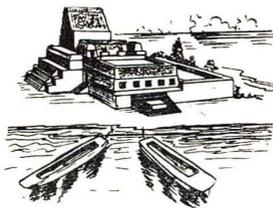
Y eran cual colas de altivos Quetzales,
las cejas triunfales
que ornaban sus ojos color de frijol.

Su boca era roja, con rojo de grana
cuando se desgrana
tiñendo la cinta del bravo coral;
Y del amor indio
—decían los brujos más viejos y sabios—
tenía en los labios
el raro veneno que en la flecha mata,
¡Ay del que besara su boca escarlata . . . !
De amor se moría ¡de amor inmortal!

Hija de cacique,
arrogante y bella, con sus gracias era
como la palmera.

Y hablaban los brujos, que Aczupil sería,
en cercano día,
idilio de un astro.
—¡luz de alabastro!—
La diosa del lago,
imagen de ensueño, plegaria de mago,
¡o reina radiante del viejo Utatlán . . . !

II



UN DIA, de guardia yo estaba
tras el recio peto y la macana real;
jornadas de tedio el rey bostezaba . . .
—¡en nada pensaba!—
El lago movía su azul de cristal . . .

Vibraba el palacio con pasos marciales;
eran los flecheros
que andaban ligeros
afinando el filo de sus pedernales.

También se exhibía la grave arrogancia
que con petulancia
llevaban los brujos y los generales.

Tal acontecía cuando, dulce, sonriente
—con candor de orquídea y luz de topacio—
cual visión de ensueño llegó suavemente
la Aczupil divina, reina del palacio.

Burlando el rumor que la gente rielaba,
su voz me llamaba,
con hablar tan suave,
que sentí el acento
de un cantar lejano que trajera el viento,
o la melodía del cantar de un ave.

—Ven, bravo guerrero. La tarde declina
y sobre la tersa onda cristalina
ansío bogar.

Apresta la balsa, empuña los remos;
así bogaremos
viendo los volcanes
—cumbres que en las tardes peinan huracanes
cuando al cielo besan dueños del paisaje—
mágico viraje
que tiñe en el lago marinos ensueños,
azules beleños,
y visión que canta la ansiedad de amar. . .

Al lago nos fuimos. . . —Aczupil lo quiso—.
¡Triunfo del hechizo
de una princesita de amor y poder;
reina de la corte que todos amaban,
pero que olvidaban
que tenía un alma, ¡alma de mujer. . . !

Cruzamos el lago. En la lejanía
una chirimía
nos daba las notas de tierna canción;
mi remo iba lento, su inquietud soñando. . .
¡lba acariciando
esa llama ardiente de mi corazón!

.....
Mas por la manera
como allí la viera,
Aczupil sabía
que yo la quería...
.....

—Háblame, guerrero, cuenta tus amores;
dime de las flores
que a tu boca dieron su escondida miel;
cuenta tus hazañas si fuiste a las sierras,
¡las altivas tierras
que guardan las flechas del rey Cakchiquel!

Cuéntame, guerrero, cuenta tus victorias;
tus gratas historias
me dirán que siempre fuiste vencedor;
y de tus andanzas, cuéntame, guerrero,
si en combate fiero
también has ganado tus luchas de amor...
.....

Yo le hablé de guerras, de muchas conquistas
de tierras no vistas
que al fin dominara con bélico ardor;
mas nada decía
—porque no sabía—
de fieras batallas, ni triunfos de amor...
.....

Oyendo proezas se durmió la tarde;
se encendió la lumbre de un lucero que arde
sobre el horizonte
vigilando el monte
—ojo haciendo guiños sobre la onda tersa
que, al mirar la balsa que de amor conversa,
tras la leve nube con rubor se evade—,
¡brasa de la mecha mientras se encendía
y radiante ardía
en redonda luna la canción del jade!

Y a escuchar hazañas descendió la noche
luciendo el derroche
de lago, de luna, de cielo y de estrellas
¡todas embrujadas en hondo estupor...!
Yo seguí remando, y Aczupil, como ellas,
me abrazó, ¡y temblando me cubrió de amor!

.....

Después... —¿Después?— ¡Ya no más remaba!
Ni era más guerrero...
¡ni sabía nada del bélico ardor!...
La noche pasaba... pasaba... pasaba...
De Aczupil triunfante ya era prisionero,
vencido en la lucha, ¡la lucha ganada
con besos ardientes, con besos de amor...!

.....

Sólo se escuchaba,
en la lejanía,
el alegre canto
de la chirimía...

III



EL DIA surgió nublado.
¿Acaso había llorado
el idilio de Aczupil?
Bien lo supo la callada
mañana que fue azotada
por furioso Xocomil.

Fue aquella dulce canción
de la azul ensoñación,
cambiándose en amargura
cuando lejos nos sentimos
y de Utatlán ya no vimos
sus casas ni su llanura.

Venciame el viento cuando
con sus furias empujando
nuestra piragua ligera,
abatió el poder del remo
y nos llevó hasta el extremo
de una escondida ribera.

.....

Yo sentíame impotente,
¡mas era Aczupil sonriente
cuando llegamos a tierra!
Su fe de mujer sabía
que allí su amor no tendría
más testigos que la sierra...

Y fue mía. Yo fui suyo.
¡Y pasaron muchos días
de soñados embelesos,
que cantó el agua en su arrullo,
el ave en sus melodías
y Aczupil en sus besos!

.....

Hasta que quiso la luna
tranquilizó la laguna...

.....

Del solitario vergel
que nuestro amor cobijara,
entre galas tropicales
y arrullos de besos reales,
salió silente el bajel
trazando la ruta para
eternizar la belleza
del guerrero y la princesa.

Pensativos, majestuosos,
los dos volcanes veían
nuestro regreso tardío;
pues del lago, los colosos

la eterna guardia tenían,
y atalayas parecían
de su inmortal poderío...

.....

¡Mas cuando a Uvatlán llegamos
triste el palacio encontramos!...

.....

Ya no estaban los flecheros,
ni los bravos generales;
ni los cánticos guerreros,
ni los bailes de atabales;
ni los brujos que sabían
el destino de Uvatlán,
ni los nobles que servían
a mi rey Tecún Umán...

Recios los cuernos clamaban
el coraje de la sierra...
Y eran bélicos sus sonos
convocando a los varones,
porque guerreros llegaban
venidos de extraña tierra...

¡Con Aczupil a mi lado,
yo quedé desconcertado!

¿Dónde se hallaba el deber?
¿En la lejana llamada
que me pedía angustiada,
o al lado de la princesa
que me brindó su pureza
y su encanto de mujer?

Me reñía lastimero
con el ímpetu guerrero...
¡Oh, qué cruenta situación!
¿Cuál de las dos vencería:
la guerra, la cuna mía,
o Aczupil y el corazón?

¡En la agreste lejanía
—para más angustia mía—,
viejos tunes redoblaban
y con acentos severos
decían que los guerreros
con bravura se enfrentaban!

La voz de un leal mensajero
estremecióme angustiado:
—¡Señor, acudid ligero,
nuestro rey os ha llamado!

La lucha está encarnizada
con un extraño invasor;
y la guerra,
¡tu misión sobre la tierra,
te reclama, mi señor!
¿Qué decís a su llamada?

—Bien, iré,
mas explica, mensajero
del monarca del Quiché:
¿Qué acontece en Uatlán?
¿Por qué al campo, cual flechero,
fue el propio Tecún Umán?

Presa de angustia sombría
que su rostro delató
aquel hombre reveló
lo que a mi rey sucedía:

—Oh, señor, los zajorines,
cuando el copal quemaron,
a nuestro rey anunciaron
hombros de ignotos confines;
¡castigo eterno, final
de nuestra raza guerrera,
si humillada ella fuera
con la derrota fatal. . . !

Y hoy, con mejillas rosadas
cual rosado caracol,

¡con armas jamás soñadas
al campo se ha presentado
y a nuestro rey ha retado
el propio Hijo del Sol!

Nuestro siempre invicto rey,
altivo fue con su grey;
mas sabed que el invasor,
de un gran poder es señor . . .

Puñados de combatientes
con agilidad de fiera,
asoman por la llanura,
abatén a los valientes
y dominan con bravura
a nuestra raza guerrera.

Traen contra el patrio seno
la muerte, el fuego, el dolor;
y al atacar con el trueno
destruyen nuestras cabañas
¡y hasta el eco en las montañas
lanza gritos de terror!

Lanzan mortales centellas,
con que abaten —tan certeros—
que el más valiente se aterra;
y al atacar, son sus huellas,
con despojos de guerreros
dejan cubierta la tierra.

Señor,
ha llegado el invasor
que anunciara, en triste día,
del brujo la profecía . . .
¡Vos sois valiente guerrero,
al rey acudid ligero . . . !

—Y dime ¿en qué punto se halla
enfrentado mi señor
con el potente invasor
en decisiva batalla?

—En la plana Pacajá,
 de la gran Xelahú-Kié;
 y en la altiva Tzalcajá
 los guerreros del Quiché
 y sus altivos varones,
 ¡al sonar el caracol
 al hombre blanco opondrán
 un ataque de lanzones
 y flechas que opacarán
 la brillante luz del sol!

IV



LA FIEBRE me ardía. Mi sangre guerrera
 bullía en la fiera
 ansia de pelear.
 Y aprestando el brazo armas de combate
 —de poder que abate
 cuando al adversario van a castigar—,
 tomé la macana,
 la hiriente obsidiana
 y varas mortales con raudos volar.

Aczipil, la bella y altiva princesa,
 ciñó en mi cabeza
 el recio penacho de plumas marciales
 que me daba orgullos de conquistador,
 —penacho glorioso de las majestades,
 ¡de mi Patria emblema!
 ¡Místico poema
 —inspirando el culto de las libertades—!,
 y al guerrero fue
 la insignia quiché
 que afirmó en los pechos el bélico ardor
 ¡porque eran plumajes de nuestros Quetzales!

Y partí fogoso —hijo de la guerra—
 a salvar la tierra
 que por muchos siglos nos dio su querer;

¡la tierra bendita de las serranías,
la de azules lagos
y de brujos magos...!
¡La única tierra de las chirimías
que cantan tristezas de amor de mujer!

.....
Hablaban el camino
rumor de un destino...
.....

Subimos las cumbres, pasamos los ríos;
y por extravíos
cruzamos montañas que no alumbra el sol;
montañas vetustas de nuestros mayores,
¡montañas eternas, llenas de rumores,
que fueron al indio de amor el crisol!

Un raro misterio la selva tenía:
la selva amorosa ¡ya no era tranquila!
No estaba en sus ríos la mansa pupila,
ni había en sus aves el dulce cantar;
en su seno augusto la ansiedad decía
que todo latía...
¡En cada bosque
un santo coraje
rimaba las dianas de airado sonar...!

¡Su ira, su angustia era tanta
que lloraba llantos de una madre santa!
Y al pasar por ella, amorosamente,
con breñas y lianas,
perfumadas hojas y tupidas ramas,
nos besó la frente.

Nos besó la selva, crisol de ternura
—¡madre de la vida!—
con beso que intuía tierna despedida;
porque en la llanura
estaba la lucha, el espanto, ¡la muerte!
disputando el triunfo la acción del más fuerte:
los indios, ¡sus hijos! —leales defensores—
¡y en audaz ataque los conquistadores!

Firmes se batían las bravas legiones
de nuestros varones,
¡los fuertes baluartes del viejo Utatlán!
Los indios que fueron patriotas sinceros,
¡invictos guerreros
ofrendando el pecho, con Tecún Umán!

Los cuernos, los tunes sonaban . . . ¡Quisieran
más armas que hirieran
el paso atrevido del conquistador!
Y el brazo indignado del indio guerrero
¡en vano golpeaba las mallas de acero
donde se estrellaba del golpe el furor!
.....

Me apresté a la lucha.
—¡Dura prueba tuvo mi actitud valiente!—
El blanco insolente
traía en sus manos las armas del mal;
jinete en corceles de aspecto altanero,
vestido de acero
era impune al filo de mi pedernal.

V



LA COLERA santa de aquellos momentos,
que fueron tormentos
para el aguerrido señor de Utatlán,
hirió en lo más hondo del fiero coraje,
¡y un odio salvaje
inspiró de un duelo estratégico plan!

La real gallardía del indio cacique
se alzó como dique
marcándole el ¡alto! al Hijo del Sol;
con su férrea mano blandió la macana
y hundió la obsidiana
en la briosa bestia del jese español.

Una mole herida rodó por el suelo,
de aquel cruento duelo
entre combatientes de noble blasón.
Tecún el altivo, dio el golpe certero,
y cayó el ibero
con la bestia herida
—¡la bestia abatida
cual si la abatiera la garra de un león!

Ingenuo el cacique su triunfo veía
al ver que caía
caballo y jinete como un solo ser;
su recia macana presintió la gloria
de feliz victoria
¡mas por vez primera falló en su poder!

Con aire felino de ágil pantera,
se alzó como fiera
blandiendo sus armas el conquistador,
¡y pronto se acogen de espanto los llanos,
al ver cómo blanden sus armas las manos
de aquellos dos hombres de entero valor!

En la brava lucha, el indio nervudo
tiraba con rudo
y ciego coraje
poniendo centellas de su arma al chocar;
porque en su macana y su odio salvaje
la muerte blandía
¡el triunfo quería
para sus legiones y el patrio solar. . . !

Tonatiuh sentía la pena que agota:
¡en aquel instante vio que la derrota
daría a sus armas terrible baldón!
¿Qué sería, entonces, del jefe guerrero
con mallas de acero
que véncelo altivo quien con él luchaba
y sólo llevaba
el escudo ingenuo de su corazón?

¡Sus armas medían, en la gran llanura
dos jefes guerreros de nobles blasones,
recios corazones
e invicta bravura!

¡Gigantesco encuentro! como dos titanes,
luchaban sin freno:
de un lado el cacique de cuerpo moreno,
rey de las praderas;
¡rey de viejas selvas con enredaderas,
de vírgenes tierras
y de altivas sierras
do lucen su cumbre los Cuchumatanes!

¿Y del otro lado? ¡El Hijo del Sol,
luciendo pendones
y escudos de Iberia —castillos y leones!
entre rojo y gualda, del reino español.

.....



Un pájaro noble los aires hendía
cuando sucedía
la escena tremenda del duelo campal;
de verde esmeralda los aires bañaba,
y altivo cantaba
con cantos sonoros el libre Quetzal.

Era el agüizote del indio glorioso;
 el pájaro hermoso
 que tiene en sus alas de luz un caudal;
 era el dios del indio, de este indio ignorado,
 que fue conquistado
 ¡pero nadie sabe su historia ancestral!

VI



PASARON los siglos. —¡Mil generaciones!—
 De aquellas legiones
 sólo hay el recuerdo hecho tradición;
 no se oye del indio la franca alegría,
 ni hay ecos marciales en su chirimía,
 ni deja que se oiga su dulce canción. . .

Ya no hay epopeyas de aquellos guerreros,
 tal como surgían, valientes y fieros,
 dueños sempiternos de las serranías
 do alegre y glorioso cantaba el Quetzal.
 ¡Aquellos guerreros de tribus bravías
 con gesto inmortal. . .!

.

La indómita raza —la nunca vencida—
 al ser por extraños en lucha abatida,
 se fue a la montaña
 y es, desde entonces, una raza huraña.

Buscó los volcanes
 —gigantescos cúes, tumbas de sus manes—
 y en la altiva cumbre
 prendieron sus brujos del rito la lumbre
 —plegaria a sus dioses de pétrea virtud—.
 ¡Fulgor de esperanzas cual lava candente!
 ¡Plegaria ferviente!
 Plegaria en la noche ¡clamor de la niebla!
 ¡Gemir de una raza que está en la tiniebla
 de siglos aciagos en la esclavitud!

.

De aquella epopeya
que diera a los indios la trágica senda,
tejieron los siglos mística leyenda:

Diz que el ave indiana de plumajes de oro,
alado tesoro
que fuera del indio suprema deidad,
viendo el cataclismo de su poderío
—¡triumfo de otros dioses, destino sombrío!—
presintió en la selva baluartes postreros
para sus guerreros;
y herido en el pecho, teñido el plumaje
se tendió en un vuelo buscando el bosque
—¡esplendor que muere en trágicos destellos!—
¡Y se fue con ellos
libre a la montaña!
Dosel de la raza, secular entraña
que germina vida, ¡vida y libertad!

No pudo el coraje desleírlo en llanto,
pero desde entonces acalló su canto
y lleva en el pecho la llama prendida
de sangrante herida. . .
¡Protesta latente!
¡Símbolo silente!
¡¡Símbolo silente de la rebeldía,
gesto de deidad!!

Ya el Quetzal no canta. ¡Que cantar no quiere
la cautividad. . .!
¡El Quetzal es alma! ¡Es alma bravía!
El Quetzal se muere,
¡¡Muere de coraje y de melancolía
si pierde el tesoro de su libertad!!

.

Desde aquellos siglos, la deidad indiana
ya no más desgrana,
hendiendo los aires, su dulce canción;
él ve que sus indios siguen oprimidos,
que no hay quién escuche sus tristes gemidos,
ni quién amoroso les dé redención!

VII



PARA los mestizos
—carne y tez indiana, alma y sangre extraña—
¡nada les importa lo de la montaña!
¡Ni la raza triste
dueña de la historia de esplendor guerrero!
¡Ni el fatal designio que acalló al Quetzal!

En su amor mezquino la piedad no existe;
sólo vive el odio del encomendero,
la ambición del oro y la traición racial.

No hay para los indios el amor que alienta
luz de escuela intensa que el saber sustenta,
para reintegrarle libre su nación.

¡Es la raza odiada!

Nunca sabe el indio de los plenos goces. . .

Por cambiar de signo vive abandonada
de sus dioses indios, ¡y los blancos dioses
de sus tristes cuitas nunca entienden nada!

¡Sufre en su designio pétrea maldición!

.

De surgir altiva
en la nueva aurora que el ideal alcanza,
¡ya perdió esa raza su última esperanza!
Los sostenedores
del dolor que dejan los conquistadores,
los que siendo siguen amos altaneros
tal como lo fueran los encomenderos,
los de cara riente
y de alma inclemente,
del indio tomaron su emblema triunfal.

Porque no tenían más caudales de oro
los que tienen siglos de vivir cautivos,
tomáronle altivos
su último tesoro.

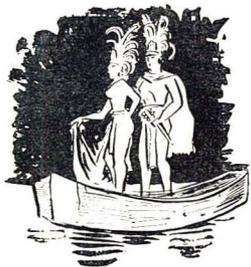
Esos opresores
que al indio mancillan,
mas con temblorosa actitud se humillan

ante los que gritan ser conquistadores,
los que al indio oprimen con su tiranía
¡oh cruenta ironía!
—¡Oh destino rudo!—
al viento ostentaron viviendo en su escudo
el alma del indio, ¡su libre Quetzal!

Ellos desentienden que el Quetzal no canta
porque para el indio libertad no existe,
¡porque del esclavo la tristeza viste!
—Del mestizo blanco es emblema ahora—
¡Ya el Quetzal no es suyo! Es el indio paria
de la raza triste, ¡triste y solitaria...!
la que nunca canta ¡solamente llora...!
.....

Hoy van por los montes los indios vencidos,
siempre cabizbajos, siempre pensativos,
llevando en el alma su intenso dolor;
¡eternos esclavos sus nobles señores!
¡Y son sus guerreros tristes cargadores
llorando plegarias en vano al Señor!

VIII



EL FONDO infinito
de mi alma ancestral,
rebélase en grito
que vibra en mis sienes con eco inaudito
¡la voz de la sangre, mi herencia racial!

Yo siento en mi sangre tener los blasones
de reencarnaciones
del bravo guerrero que amaba a Aczupil;
y siento nostalgias de danzas indianas.

¡Las alegres dianas
de cantos triunfales loando a Tojil!

Y al cerrar la noche, yo forjo en mis sueños
idilios sedeños
que viven los días de Tecún Umán.

¡Me sueño en el lago con esa princesa
de rara belleza
que brilló en la noble corte de Uvatlán...!
.....

Refieren hoy día, en raras consejas,
las gentes más viejas
que, cuando en las noches hay claros de luna,
navega una balsa con regias siluetas
que reman inquietas
y cruzan las ondas de aquella laguna.

Y dicen los brujos muchas cosas raras
de los cakchiqueles, los quichés y aimarás,
cuando desdoblaban su existencia dual;
y si en la laguna,
las noches de luna,
se habla del guerrero la errante silueta,
mi espíritu vive su raro atavismo
e intuye el dualismo
del alma ancestral:

¡Del hombre, la sombra visiones inquieta,
y en líneas de verso la voz del poeta
entona del indio romanza inmortal...!
.....

Oh, indio sencillo de ingenua creencia,
que hiciste la ciencia
que eterniza el alma, ¡la reencarnación!
Si nací poeta, yo me siento tuyo,
y te doy mi arrullo
con cantos sencillos de ingenua canción.

LA OBRA DE LA CONQUISTA EN LOS PUEBLOS QUE SUBYUGA



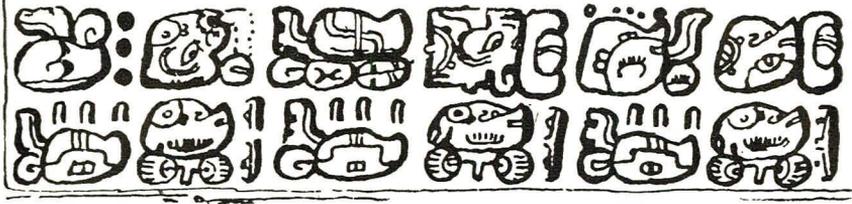
De los altivos guerreros y apuestos varones dueños de estas tierras, sólo se ven estos caminantes angustiados, llevando en el alma el dolor de su derrota, y en su caxate la lección de esclavitud que sufren los pueblos que no supieron defenderse unidos y triunfar contra la conquista.

Y de las graciosas princesas que llenaron de encanto las noches de plenilunio con sus idilios arrullados por el cristal del lago y del río, ahora viven en miseria estas mujeres coronadas por la tinaja con agua del riachuelo, o del manantial que sólo sabe sus tristezas y, en la noche de los recuerdos, su llanto con sabor de ausencia.

IX

LA VENGANZA DEL ESPIRITU DE DOS REYES QUE FUE LA VENGANZA DE SU RAZA

Primer premio y medalla de oro en el concurso literario de la feria departamental "El Carnaval" de la ciudad de Mazatenango.—Año de Gracia de 1950.



“OCUPADISIMO andaba este Santo Fundador en la conversión de los indios y fundación de su Provincia de Guatemala, cuando hizo Dios un castigo en los mismos que conquistaron la tierra, de los más ejemplares y espantosos que los siglos han oído, y es fuerza se sepa la causa de él, por justificar la de Dios que quiso castigar pecados tan escandalosos y atroces, como estos hombres habían cometido, tantos robos, muertes, crueldades y tiranías, con que despoblaron muchas tierras y mataron muchos inocentes y al mismo rey, caciques y señores de la tierra, quemaron en vivas llamas, destruyeron toda la Provincia de Cuscatlán (esta es San Salvador), y gran parte de la costa del Mar del Sur, y quemaron y mataron más de cinco cientos de indios todos (a los más) sin recibir el bautismo y sin conocimiento de Dios; esto es en diez y seis años que duraron. Estas cosas y otras muchas que de intento callo, sucedieron siendo él (Alvarado), Capitán y caudillo que gobernaba la tierra con título de Adelantado y plegue a Dios haya tenido misericordia de su alma y se haya contentado con el ejemplar castigo que hizo de él en esta vida porque murió atropellado de un caballo, y preguntándole qué le dolía, respondió siempre “que el alma”. Este Adelantado con su gente tan llenos de oro y riquezas como cargados de pecados y abominaciones, después de haber hecho sangrienta guerra a los indios, se vol-

vieron a gozar de su paz a Guatemala, donde fundaron la Ciudad de Santiago, la cual apenas se había acabado cuando en venganza de sus fundadores la destruyó Dios con un diluvio tan horroroso y espantable como si a porfía se conjuraran el cielo y la tierra contra esta gente y su ciudad...”.

Referencias de Torquemada al escrito de Fray Toribio de Motolinía.—Historia de la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala, por Fray Francisco Ximénez.



LOS DOS CAUTIVOS



LA PUERTA de la celda giró pesadamente y la luz penetró hasta el interior donde estaban, abandonados en el rincón de su desconsuelo, dos prisioneros que durante dieciséis años la habían habitado.

5,840 días de cárcel habían sido tantas veces que esa puerta habíase abierto, pero sólo para dejar entrar un rayo de luz, fugaz como la esperanza que moría, cuando nuevamente volvía a cerrarse día a día, porque en los dos seres que allí vivían muriéndose, el destino había borrado para siempre el nombre de esa vida verdadera que se llama "Libertad".

Corría el año 1541. Dieciséis años después del año fatídico para los soberanos y los habitantes de estas tierras que, en 1525, habían caído bajo la acción del arma desconocida de los conquistadores.

Un piquete de hombres armados estaba ante la puerta de la celda. La mano del carcelero hizo rechinar la llave al girarla con fuerza; se abrió el cerrojo, y la puerta dejó libre el paso.

—¡Salid pronto! —dijo la voz del castellano que tenía el mando.

Un chorro de luz bañó los ojos atónitos de los dos miserables prisioneros que ya no creían en la llegada de una luz libertadora.

Tullidos por la humedad de los años de soledad y tinieblas, incrédulos se pusieron en pie, atraídos por la palabra extraña. Salir, ¿a dónde? ¿A la libertad anhelada, porque ya hubieran pagado el precio de su falta?

La voz del oficial castellano volvió a sonar para borrar su duda.

—¡Salid pronto! ¿No lo oís Tecún Tepecul y Zinacam? ¿O no queréis salir?

—Sí, Tonatiuh —respondieron medrosos y perplejos—, ya salimos para obedecer tu palabra. ¿Vamos libres, señor?

—Vais con mis hombres, miserables. Mas sabed, por mi nombre, que ahora iréis hacia la libertad que merecéis. Libertad preferible a la cárcel que habéis sufrido. . .

Los prisioneros, al salir, quedaron entre dos vallas de custodia que los llevaría a su nuevo destino. La caricia del aire y del sol irguió su cuerpo moreno, hecho con bronce de tierra de América. Los miles de días en la celda no habían aniquilado su resistencia orgánica, porque en ella los había alimentado el maíz y el chile, mismos que nutren la carne vigorosa de su raza.

Eran Tecún Tepecul, heredero del trono del Quiché, sucesor de los príncipes Oxib-Quiej y Belejeb-Tz'í, muertos en la hoguera por don Pedro; y Zinacam, rey Cakchiquel de Goathemala, exaliado del conquistador a quien él llamó, pero después aquél, al estar en posesión de su reino, lo hizo su esclavo. Por no soportar la condición de reyes sirvientes, estos soberanos se habían levantado en armas contra los opresores de sus pueblos, y al ser derrotados en su batalla tardía, habían tenido que apurar la sentencia de su infortunio que era la cárcel de donde ahora salían.

Eran los dos reyes supervivientes del desastre cuando el exterminio de la libertad y de las monarquías indianas.

El rechino de las armaduras al andar de los soldados, contrastaba con el silencio de los prisioneros, que no hablaban del asombro de ver la ciudad española surgida durante los años que ellos vivieron en la sombra de la prisión. La perplejidad de los vecinos de la naciente Ciudad de Goathemala que los veían pasar, tampoco podía hablar su asombro por la fortaleza del cuerpo indiano y la absoluta negrura de su cabellera con que heredarían a sus descendientes cuando se mezclaran las sangres. ¡Dieciséis años de angustias en la prisión habrían encanecido a otros hombres! ¡Ahora quedaba la clave para la identidad del hijo de la tribu, con sangre pura de esta tierra, que no sabe encanecer sus cabellos porque ella será eternamente joven!

EN POS DE MAS GLORIA Y MAS ORO



ERAN los primeros días del mes de junio.

Las plantas de los reyes cautivos sintieron la incertidumbre del suelo cuando, en Acajutla, comenzó a mecerse la nave donde habían sido embarcados. La tierra del puerto principió a desprenderse silenciosamente con una mudez de espanto porque ya era, el suyo, el adiós que no se dice.

Alas de tragedia se batían invisibles sobre la barca aventurera que no iba iluminada por las luces del sol en el esplendoroso junio en que abría su partida, sino ponía su proa en seguimiento de una luz terrena, buscando los fulgores del oro en las Islas Molucas, la tierra fabulosa de la Especiería. . .

La silueta terrena se perdió en la lejanía y todo fue visión de azul. Brillar de cielo y rugir de mar. Correr de nubes y ondular de olas. Cabalgaba sobre arcanos recios donde sólo estaban el azul de la altura inmensa y el marino tinte del insondable abismo, con que habla el cielo y le responde el mar.

—¿A dónde vamos? —preguntó incierto Tepecul a Zinacam.

—¡Quién sabe! —fue la respuesta de éste, que en el dialecto descubrió el soldado que los vigilaba.

—¡¡Vais a la Especiería, ignaros!! Tierra de riquezas incalculables que vendrán a nuestras manos. Vuestra presencia hará entender a los reyes los trofeos que ya tienen nuestras armas y lo inútil que ha de serles resistir a nuestro brazo.

Como un lento titilar, para verse en la distancia de los astros, la luz de los días se encendía y apagaba con soles y tinieblas, mientras la nave caminaba con las velas hinchadas por el viento, como si a éste le gustara hacer en ellas la imagen de un pecho de paloma. Y lo mismo que los días, los augustos prisioneros despertaban y dormían postrados al pie de los mástiles a donde los sujetaba el grillete y la carlanca.

La nave caminaba en carrera ciclópea de la audacia, pero su piloto no se percató que el destino la llevaba ya sobre las rutas invisibles que dominaban toda ruta. Las sendas azules de las olas ocultaron el sendero buscado y la empujaban a otro distinto destino.

CUANDO GRITA UNA CONCIENCIA ENCALLECIDA



EL JEFE conquistador saltó en su lecho y se frotó los ojos.

¡No! ¡No era verdad!

¡¡Había sido solamente un sueño!!

Menos mal...

Pero ese sueño fatal que revivió la escena del levantamiento de Tecún Tepecul y Zinacam al frente de sus huestes en gesto reivindicador, lo hizo verse derrotado, apresado en la misma forma que él los había mantenido dieciséis años; y su respiración se hizo imposible cuando, en medio del terror y la angustia, en su pesadilla sintió que procedentes de cuerpos invisibles las manos de los reyes vengadores le oprimían el cuello y ya lo asfixiaban con la terrible asfixia con que su pesadilla y la conciencia quisieron advertirle un posible futuro...

Vuelto a la consciencia, aunque estuvo seguro que solamente había soñado, en la mente del conquistador y tirano implacable comenzaron a vivir pensamientos sombríos...

La luz del nuevo día halló a los cautivos postrados sobre las cadenas opresoras. Dormían profundamente, con caricias de brisas y arrullos de olas marinas. Por eso no vieron llegar un grupo de soldados que iban a cumplir una orden...

Las cadenas fueron desprendidas de los mástiles y luego enrolladas en las piernas de los mismos prisioneros, apresándolas para dejarlas inmóviles, y en el torso, aprisionando los brazos, para hacerlos indefensos en la ejecución de la sentencia que el sueño del jefe conquistador había hecho caer sobre sus vidas. La cadena iba a ir con ellos hasta en la muerte, como símbolo de esclavitud eterna.

Su cuerpo encadenado estaba indefenso, pero su mente y sus labios estaban libres para dejar en el instante de su tragedia la sentencia de su espíritu, hecha anatema terrible de su raza.

Habían sido cobardes en la lucha que doblegó a sus pueblos; pero su espíritu, fuerte como su carne que no quebrantó la cárcel en dieciséis años de amargura ahora estaba erguido; sus ojos ardían en odio postrero, y en el labio la palabra humilde de otros días estaba ausente.

Así estaban cuando manos férreas y verdugas los tomaron en peso y los mecieron en vilo para lanzarlos por la borda al seno del sepulcro inmenso que ofrecía, estremeciéndose de majestad, el océano. Entonces, mientras los mecía el impulso que los enviaba hacia la muerte, sus labios dejaron escapar la sentencia fatal:

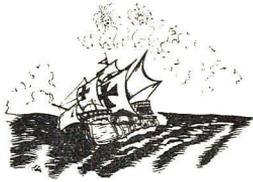
—¡Tonatiuh, maldito! ¡Nuestra alma y nuestros dioses harán la desgracia de tu vida y de los tuyos! ¡Hunahpú, Tojil, Hacavitz, tomad nuestro espíritu y salvándolo del mar, haced que pueda cumplir la sentencia de nuestra venganza contra los que oprimen a tu pueblo! Haced que así se cumpla eternamente, Hunahpú, Tojil, Hacavitz. . .

Dos círculos se hicieron en el agua y en ellos desaparecieron los cuerpos encadenados de los dos reyes que por su ambición habían ayudado al conquistador de su propio pueblo, recibiendo, en pago, la prisión que allí terminaba con su muerte en el misterio.

Un como vaho se levantó del mar; nube sutil con formas humanas transparentes, que emergían justamente del lugar donde burbujas de espuma y de nácar quedaron diciendo la agonía en el fondo del mar, exhalada con el alma y las últimas imprecaciones de los mártires inmolados. ¡Era un vaho que, como alas, siguió y se posó en la nave que ya desde entonces traía un destino sombrío. . . !

Eran los espíritus de Tecún Tepecul y Zinacam, que ahora ya estaban libres y gozando la libertad que es preferible a la cárcel, tal como les dijera el oficial castellano en aquella fría mañana cuando fueron sacados de su celda. . . ¡Era el espíritu de la raza que ya iba libertado, en la aventura asesina a la Especiería, para truncar la carrera de triunfos que blasonaba el conquistador audaz, y asestarle desde el seno mismo de la tierra indiana, el golpe anoadador que aniquilara su grandeza!

VENGANZA DE ESPIRITUS, VENGANZA DE DIOS



DON PEDRO no halló gusto en los días que siguieron. Sus noches no eran noches de sueño ni descanso. ¡Eran noches de insomnio y pesadillas! Tecún Tepecul iba con él, estaba con él. . .

El espíritu del nieto del primer Tecún, muerto por su mano y por su espada en Pacajá iba ahora a vengar en él las dos muertes que determinaron las dos derrotas y las dos doblegaciones de su pueblo. ¡El conquistador invencible sentía la presencia invisible de un algo que lo deprimía y acobardaba!

Trece bajeles conducían su armada y escoltaban su nave protegiéndole contra el terror que nublaba sus días y ahuyentaba su sueño. Mas ese miedo no podía ser defendido por naves ni por hombres, porque brotaba de él mismo, ¡era grito interno, hecho presentimiento trágico al recuerdo de la muerte de sus víctimas!

Luego apareció en la distancia azul, la lejana visión de un puerto. Estaban frente al puerto de la Purificación, sobre las costas del reino de Michoacán. Y el conquistador ancló sus naves, para obtener vituallas y para obtener descanso de la constante visión del mar, que en sus oleajes no parecía sino que encarnara el eco de la maldición indiana de Tecún Tepecul y Zinacam.

Marchó tierra adentro. Huía del mar para olvidar la muerte de sus víctimas reales. Por eso, aunque fueran escarpados y nutridos de breñas y peligros, los caminos serían mejores para él. Estos podían ser dominados cabalgando su brioso caballo y blandiendo su espada filosa; con ellos podía retar a la muerte. . .

Y se internó en los caminos para oír rumores de selvas y cantos de aves. . . que ya no cantaron a su paso. ¡Sólo el soplo de un viento inaudito sacudía las melenas de las ceibas y los ramajes de la arboleda secular y gigante. . . !

Don Pedro no comprendió que era el grito de guerra de los dos enemigos con poder invisible, que le seguían los pasos para cumplir su trágica sentencia. . .

Una mañana, jadeante, llegó hasta él un afligido mensajero que traía llamados de angustia y requería su ayuda contra armas de otros defensores de su tierra que ahora peleaban con más bravía

decisión. Cristóbal de Oñate estaba en grande aprieto, rodeado en unos peñoles por numeroso ejército indiano y la seguridad de la Nueva España no parecía sino que estaba pendiente del resultado de aquella lucha reivindicadora... Don Pedro atendió al llamado y corrió en busca de nuevos lauros y en busca de luchas que distrajeran su mente y borrarán los tétricos recuerdos que le habían hecho odioso el mar...

La nube que venía prendida en los altos mástiles de la nave ocupada por Alvarado habíase desprendido y volando sobre los follajes de la montaña, ahora habíase convertido en siluetas con formas humanas. Sobre lo alto de un peñasco de la cumbre la figura de dos caciques con altivos penachos de lucientes plumajes, seguían con la mirada el caminar del conquistador Alvarado.

CUANDO EL ESPIRITU TOMA FORMA VIVIENTE PARA VENGARSE



Y ASI fue como, en las tierras sinuosas que eran escenario a la nueva aventura, al abordar la eminencia de un cerro cuatro manos invisibles hicieron rodar una piedra enorme que arrolló al caballo de un soldado que se hallaba en la parte superior, y viniendo dando vueltas el caballo despeñado y la piedra arrolladora, en su encuentro se llevaron a don Pedro, cuesta abajo, cayendo así estrujado y anónimo el audaz triunfador en batallas tremendas que rindieron reinados y esparcieron su fama...

El vaho misterioso que había salido del mar, también había llegado a la montaña en cita con el hombre de hierros imperforables y tizona cortante. Y se había efectuado el duelo, no ya como aquel en que cayera Tecún Umán, abuelo del ahora vengador en espíritu Tecún Tepecul, sino con armas de la misma tierra que hecha piedra cayó arrolladora limpiando la afrenta de ser hollada por plantas extrañas que sólo vinieron para traer la esclavitud, el llanto y la muerte.

La carrera triunfal del conquistador estaba allí concluida.

Los dos reyes arrojados al mar se habían vengado precipitándole la mole pétrea sobre un abismo en la montaña, tal como él ordenó los lanzaran a un abismo en el océano . . .

El viento se agitaba en los ramajes de los bosques . . . ¡Era el canto de la selva, saludando el primer triunfo reivindicador del espíritu de los suyos!

TECUN TEPECUL, VENGADOR DEL QUICHE



EL CONO gigante en cuya falda se halla asentada la Ciudad Señorial, seguía viviendo el nombre del dios fundador de la vieja raza que pobló estos prados. Tumba de un dios. Sepulcro majestuoso crecido en los siglos, desde que a su seno llegó a reposar, a dormir para siempre el gran Hunahpú, sabio conductor de la tribu, inspirado fundador de su pueblo . . .

Con una carta enviada por el virrey de la Nueva España, Antonio de Mendoza, narrando la trágica muerte del conquistador invicto, a la joven ciudad de las galas castellanas también llegó por rutas invisibles, sólo transitadas por nubes y aves, un vaho errante que batía sus alas y regaba su aliento como la rara esencia de un presentimiento sombrío. Vagó sobre la ciudad como somnolencia que opacaba más sus primeros días setembrinos, y una noche subió, en las horas supremas de la tiniebla y el silencio en que se hablan los espíritus y los dioses, a la cumbre imponente donde duerme por siglos Hunahpú, el gran dios de la tribu que también legó su nombre al volcán majestuoso.

Y Tecún Tepecul, hecho espíritu que debía cumplir el designio de la maldición salida de sus labios en el instante de su muerte, despertó de su sueño secular al dios Cerbatanero que abrió sus ojos para llorar por días y noches la desgracia imponderable de los pueblos que formaron su mente y su mano creadoras. Y su llanto fue lluvia incesante que llenó las hoyas del valle y el guacal que coronaba la cumbre . . .

¡Y a causa de su llanto, se estremecía el valle y temblaba la ciudad a cada sollozo del dios inconsolable . . . !

¿Dónde estaba el hombre audaz que sojuzgó a los suyos? Ya no estaba. Había muerto arrollado por la piedra de los espíritus vengadores. Pero sí estaba allí en la propia falda del volcán donde él dormía, la costilla del conquistador cruel, opresora e inclemente como él, explotando bajo el nombre de Encomienda a los pueblos de Ishlel y Tzamu en las floridas tierras de Xetulul, cuyos príncipes habían desaparecido en las sombras de una esclavitud inhumana que nunca había presentido su existencia. ¡Mujer hipócrita, que se hacía llamar "La Sin Ventura" por la muerte del marido, mas no reparaba que ella oprimía sin clemencia a millares de desventurados en los pueblos de su Encomienda donde en silencio lloraban mujeres que perdieron al compañero de su vida, niños que perdieron a sus padres, madres que perdieron a los hijos, ¡pueblos enteros que perdieron su libertad, y su ventura! También estaban allí, en la ciudad de la falda del volcán, los otros que vinieron con ella y Alvarado. . . ¡La capital, el corazón de la conquista, estaba al alcance de su mano para castigar a los opresores. . . !

La sentencia de Hunahpú el Cerbatanero fue dicha en el silencio de la noche.

El volcán se inclinó con ira soberbia sobre el nidal castellano y los guacales de la cumbre vaciaron su líquido. Un torrente arrollador se desprendió sobre la ciudad indefensa. . . Quienes habían participado en la acción de ahogar a los reyes de sus tribus, ¡junto con los suyos!, ahogados e indefensos debían terminar.

Los habitantes de la ciudad vieron horrorizados la inundación que apagaba con aguas tumultuosas la vida de "La Sin Ventura", de sus damas de compañía y de muchos guerreros invencibles y conquistadores que habíanse enseñoreado del poder de sus armas, mas allí rodaban y se extinguían entre las sombras de una noche tenebrosa, parecida al misterio de los abismos del mar donde ellos lanzaron a los reyes indianos. . .

Los tristes y enmudecidos varones de las tribus no se horrorizaron. En el silencio de su esclavitud y su amargura veían, esa noche, el castigo de sus dioses vengadores.

Y sus ojos tuvieron la visión del espíritu: una vaca desmochada de un cuerno, y la negra silueta de un hombre, caminaban sobre las aguas agitadas y lodosas, castigando y volviendo hacia el torrente a los opresores que trataban de salvarse.

Por eso, en el dolor de su esclavitud irredenta, los indios tuvieron un alivio: presintieron que una fuerza invisible velaba por ellos. ¡Ignoraban la maldición de su rey, Tecún Tepecul, que se cumplía!

En los torrentes de agua lodosa que apagaron la vida de "La Sin Ventura", se fecundaba la semilla de una aurora próxima a llegar en los pueblos de Ishlel y Tzamu: su encomendera y explotadora ya no más los mantendría en esclavitud arrebatándoles lo suyo bajo el nombre de tributo. Y esa aurora no tardó en llegar...

Años más tarde, por estos valles pasaron frailes y sacerdotes regando nombres de santos, y cuando en ellos hicieron la otra conquista, más humana, porque era con la cruz y el nombre del Cristo, al pueblo de Ishlel lo bautizaron "San Gabriel" y al de Tzamu "San Bernardino". Sólo las vastas tierras de toda la región que dominaba sobre los diversos cacicazgos o principados que sostenían la corona del Quiché, no fueron bautizadas con nombre religioso ni castellano, ni recuperó el de Xetalul que le dieran sus fundadores. A ésta le quedó el nombre elegíaco que es admiración y es poema, arrancado por su belleza a los labios de los guerreros de Tlaxcala que vinieron a su conquista con don Pedro: ¡Xochil Tepecs! ¡Tierras de Flores! Seno florido: Suchitépéquez.

San Gabriel y San Bernardino eran pueblos acogidos a la iglesia y su consuelo se abrigaba bajo los aleros de la sacristía, llevando ofrendas para el señor cura, que al menos las pedía con palabra suave y con las dudosísimas promesas de salvación allá en los misterios de la muerte.

Tecún Tepecul, había salvado y vengado a los pueblos de estirpe quiché del que fue rey en su vida y seguía siendo rey en su espíritu. El primer paso de la liberación estaba dado. Pocos años después llegó a la Capitanía General el primer gobernante de letras, de talento, y de corazón —Lic. Alonso López Cerrato— y al ordenar la organización municipal, en San Gabriel y San Bernardino, como en todos los pueblos que estaban prestos a su recuperación, volvió a la vara del mando, no hecha cetro de príncipe, pero sí Vara de Alcalde, a ser empuñada por sus caciques, que desde entonces son los guardianes de los destinos de la tribu.

REY CAKCHIQUEL EN LA VIDA, REY DE LA NOCHE EN ESPIRITU



ZINACAM fue el rey de Coctemala, cuna de la Guatemala actual, y cuando su reino estaba en los esplendores de su apogeo, su símbolo era el murciélago. Era hombre y era rey en el día; en la noche se transfiguraba en la forma alada de su símbolo y así volaba hacia los ámbitos de su reino vasto y florido.

Por eso los hombres de pluma que legaron leyendas de la tribu en el idioma ideográfico de su estilo, perpetuaron su nombre con el dibujo de un murciélago y sus batallas de guerreros las decían haces de pedernales con el número de éstas, como sus años de gobierno quedaron escritos en la representación de un haz de varas con que contaban el tiempo.

Pero los escritos fueron enterrados o destruidos al venir la persecución que contra la cultura de América trajo la cultura extraña de los invasores. Es el destino que espera a todos los pueblos que pierden su libertad. Y las leyendas de su rey, apenas quedaron, entonces, ardiendo en la débil llama del recuerdo mantenedor de las tradiciones, o prendidas en los labios ancianos cuyos últimos años convertíanse en magisterio enseñador de las historias del pasado a los descendientes de la tribu.

Un tropel de años desenfrenó su carrera al ver que la tribu abatida con la muerte de sus reyes se abandonó a su destino. Y es que el conquistador astuto había encontrado la bebida neutralizante de las energías, embotadora del espíritu: en los labios de los vencidos fue vaciado un torrente de líquido embriagador y ardiente con que principió la borrachera que desde hace cuatro siglos domina al indio y lo hizo renunciar a su gesto de reivindicación.

La sangre de las razas comenzó a mezclarse y los pueblos iniciaron la repoblación con seres híbridos formados del ayuntamiento de una raza pura con otra que ya traía mezclas moriscas y de otras sangres que anteriormente habían paseado sus pendones de conquista en las tierras de la que aquí llegaba como conquistadora. El tiempo abrió su carrera, horrorizado de lo que aquí veía. Por buscar el agotamiento de sus enemigos esclavizados, les vertió alcohol en la boca y después puso en los labios de sus hembras el beso multiplicador que pronto dio frutos, tal como

debe darlos esa combinación de elementos en que están mezclados el odio racial, la fuerza lasciva, la violencia humillante y el alcohol embrutecedor.

Cuando el alma de la esclavitud comenzó a engendrar seres que menosprecian a su tierra, a su pueblo y a los suyos, para sólo adorar, defender y querer ser de los extraños, el recuerdo de Zinacantan se borró en la mente de los millares de hombres que ya nutrían pueblos regidos por tiranuelos y explotadores de los propios hermanos, ¡quizá sólo primos, porque la mitad de su sangre era extraña y la esencia de su alma era ajena...!

LA PROVINCIA DE ZAPOTITLAN, EN TURNO



LA ENTRADA de los españoles a las tierras de Zapotitlán en febrero del año 25, halló la base de un poblado-cabeza para dominar sobre las tierras de Xetulul, nombres que los dos dicen igual frase y reinaban sobre un mismo suelo. ¡Zapotitlán! frase de alivio en la jornada agotadora: abundancia de frutas deliciosas para sustentarse, alegría de los de Tlascala cuando arribaban a la tierra buscada; abundantes zapotes, hartazgo para el aventurero cuando llega hambriento. Y como fue redentor para los llegados, el nombre sobrepujo al de Xetulul, que también decía la abundancia de frutas, con semilla perfumada para aromar la belleza de las doncellas, sustentando la vida pacífica de los moradores, cantado en el idioma musical de los quichés, para alabar la fecundidad que sus dioses fundadores le legaron.

Los zapotes fueron devorados y el nombre quiché también. Entonces surgió la provincia de Zapotitlán cuya cabeza se asentó en Zambotz, que otros llamaron Samboj y otros simplificaron a Sambo. La sandalia de los predicadores trajo a sus lares la palabra evangelizante y de su suelo surgió el primer templo monumental que habría de cobijar bajo sus aleros de consuelo y esperanza a los millares de hombres que lo habitaban. La cabeza de la provincia de Zapotitlán floreció con rapidez asombrosa, acariciada por la frescura de sus bosques en un clima delicioso y lleno

de fragancias que se derrama desde la altura imponente del Zunil. Ciudad nueva con invasores y nativos, asentada en las faldas de un volcán indiano, olvidó, por la grandeza de sus fastos, que el espíritu de los dioses vengativos estaba vigilante. . .

Tal vez lo presintió, porque quiso excusarse con la fundación de otro poblado inmediato para hacerlo sede de españoles solamente, como fuente de donde emanaban las enseñanzas de la mansedumbre y el amor cristiano de los predicadores. . . Le llamaron, a este nuevo poblado, San Francisco, para estar bajo la égida de aquel seráfico regador de bondades entre los seres y almas que creó el Supremo Hacedor. Y así vivieron en vecindad amable y llena de esperanzas los dos pueblos hermanos donde se multiplicaban y crecían las opulencias de los crisoles en que ya se fundían las sangres y las almas para hacer la nueva raza: en Zambotz el núcleo indiano de populosa raigambre ancestral, y en San Francisco el núcleo español que dirigía y explotaba por medio de unos, y predicaba y consolaba por medio de los frailes y los sacerdotes. En los dos pueblos se elevaron altos campanarios que coronaban a sus dos vetustos templos parroquiales.

El retozo de las razas en cópulas desenfrenadas despertó el sueño del Zunil que, como lo fuera Hunahpú —aquel volcán que apagó a “La Sin Ventura” y por ello lo llamaron Volcán de Agua— ahora estaba poseído por el espíritu de Tecún Tepecul, el eterno protector y atalaya de los hijos del Quiché.

Al sentir la profanación de sus lares y de su sangre, el Zunil sacudió sus lomos, abrió su boca con protesta ígnea, y los templos que habían eclipsado el culto de sus dioses rodaron en un desplome que estremeció la tierra y turbó la entereza y el alma de los moradores.

Pero el temple de aquellos hombres de antaño sabía sobreponerse y la perplejidad los llevó a pensar que los nuevos dioses cuanto querían eran mejores templos o que viniesen más predicadores de la nueva fe para acabar con la adoración que para los suyos tenían los hijos de la vieja Xetulul. . .

Estremecimientos frenéticos del Zunil respondieron que no, a esos pensamientos; y la pupila horrorizada de españoles e indios vio cómo la ira del cono gigante bramaba con truenos, destellos y llamas, en el lenguaje único de los dioses indianos. Las casas de ambos pueblos yacían abatidas en el suelo. . . La angustia buscó el refugio de otras tierras y la cabeza de la provincia salió en busca de nuevo hogar para su asiento.

El sur señaló el sendero y la caravana fugitiva de las furias telúricas que desataba el Zunil arribó a los llanos inmensos de las tierras de flores en las colindancias con los cacicazgos del reinado extinto de los zutujiles. Y allí levantó su tienda.

SAN ANTONIO SUCHITEPEQUEZ, PUEBLO LADINO



BAJO la égida protectora del santo de ese día, en la tierra se clavaron la pica y la azada que edificarían la nueva sede de la Cabeza de la Provincia. Y así, extinta la Alcaldía Mayor de Zambotz, en este otro lugar emergió la de San Antonio Suchitepéquez, joven y risueña dejando abandonada en el esfuerzo de su reconstrucción a la primera residencia de su gobierno, que al renunciar a ella renunció también a su denominación de Alcaldía Mayor de Zapotitlán, para tomar ésta de las tierras floridas que le prometían paz y abundancia en la fertilidad de sus tierras y en la cercanía con la Capitanía General, corazón del reino.

Rica y poderosa entró, desde los albores de su nacimiento, esta población señora de la comarca. No era poblado indiano, sus cimientos fueron castellanos y apenas, cerca, fue fundado un caserío indígena para que, al contrario de lo sucedido en Zambotz, ellos llegaran en busca del consuelo espiritual y en obediencia de las órdenes de los amos. . . San Juan Nahualate era la vecindad indiana.

Y entonces en su suelo no surgieron las paredes de una parroquia solamente: cuatro templos eran cuatro ánforas al alivio espiritual de los atormentados, distribuidos en la enorme extensión de la población, sede de la autoridad dueña de los tributos de todos los pueblos de la región que terminaba hasta donde la tierra gusta besar el mar.

En ese próspero desenvolverse vio el paso de años y del primer siglo en su existencia. Los ladinos eran tantos, y los indios estaban ya tan humillados y tan empobrecidos, que el ser indio o tener ascendencia de esta sangre comenzó a ser —a considerarse— una vergüenza, justamente por aquellos que tenían más de ella.

Y una noche, los brujos, hijos de la tribu, contemplando así el futuro de los suyos, heridos en el alma por la renegación que de sus padres y de sus abuelos hacían los que teniendo sangre india eran serviles con los extraños, en la soledad de la noche emprendieron el camino y se fueron a la cumbre del volcán en busca del espíritu de sus dioses para poner ante ellos su cuita dolorida.

Si se avergonzaban de su sangre indiana, ¿por qué no se la sacaban? ¿Harían sus dioses inmortales el milagro de exigirles esa sangre que los avergonzaba y que debían devolverla?

Los sabios de la tribu conocían el camino . . .

ZINACAM, REY DE LA NOCHE EN ESPIRITU...



LA QUEJA fue escuchada por los dioses en el volcán solitario. Pero Tecún Tepecul no tenía nada que hacer con la cuita de los brujos en esta ocasión. Las tierras en que surgió la nueva provincia de San Antonio, había sido, en los tiempos pasados, de las tierras pertenecientes al reino Cakchiquel, y cakchiquel era su idioma. Tocaba su turno, era jornada correspondiente a Zinacam. Y él los escuchó, porque estaba pendiente el cumplimiento de su sentencia maldiciente con que algún día tendría que vengar las ofensas a su raza . . .

En la noche siguiente una nube negra cubrió el cielo de la inquieta cabecera provincial.

El despertar del nuevo día mostró a infinitos seres que durante la noche habían muerto misteriosamente. No mostraban señales de violencia ni de padecimientos internos que les hubieran provocado la muerte. Sólo un hilo de sangre les salía de las nasales como si una aguja o una lanceta sutil los hubiera herido en tan raro lugar . . .

El siguiente día la cosecha de muertos fue mayor . . . El pánico se adueñó de la población; los fallecidos se contaban por cientos y las características eran iguales en todos: un hilo de sangre en la nariz y una palidez marmórea en el semblante y en el cuerpo . . .

El cuarto día se sentía una despoblación pavorosa. Los ojos que velaron en acecho de la peste asesina descubrieron que la nube negra que cubría el cielo era una plaga de vampiros que bajaban a las casas y entrando a los lechos de los durmientes extraían por la nariz la sangre india que poseían . . .

Hombres longevos que sabían la historia del pasado, recordaron la imagen de Zinacam o él quiso revelarse a ellos en su traje figura cuando se transformaba en murciélago, que era su nahual . . .

También recordaron la existencia de los dioses que duermen en los volcanes y destruyen los pueblos cuando así lo designa su ira. ¡¡Y estos murciélagos-vampiros venían en mancha salida del volcán para traer la muerte, para extraer la sangre india de los hombres que indudablemente habían renegado de su raza . . .!!

El terror se apoderó de las gentes. Noche a noche, los ladinos del pueblo morían a centenares y la población se diezmaría porque al morir el día, con las tinieblas de la noche, sobre ella caían las tinieblas aladas de los vampiros que traían la muerte . . . Y entonces los supervivientes de esta tragedia salieron huyendo por distintos rumbos, y diversos pueblos, en busca de refugio. San Antonio Suchitepéquez, tremendo crisol del mestizaje entre las opulencias de su capital provinciana, quedó desierto y pronto una vegetación nutrida cubrió sus casas solitarias y abandonadas hasta que la arboleda lo cubrió completamente, porque la sede de su gobierno había encontrado asiento en nuevo lugar y sus hombres no podían pensar en volver a donde estaba el espíritu de un dios invisible que, por renegar de su sangre, estaba presto a extraerles la que le hubiera puesto el engendro hecho por el ayuntamiento de razas que habría dado mejor estirpe si su beso gestador se realiza mediante la bondad, la comprensión y el cariño, y no por el atropello, la violencia y el odio de la esclavitud eterna . . .

Así tuvo su segundo ocaso la cabecera provinciana, cuyo paso era como un designio fatal para los pueblos donde surgía. Y así terminó la primera existencia de San Antonio Suchitepéquez, cuya recuperación acaeció muchísimos años después, cuando todo era ruinas, y cuando sus hombres ya no pudieron reconstruir ni su pasado ni sus esplendores.

La ira de los dioses la había castigado. Y todavía fue más afortunada, al resurgir por el esfuerzo de sus hijos, que Zambotz, la primera residencia donde los esfuerzos posteriores terminaron con su extinción completa a mediados del siglo pasado, cuando

habiendo renacido y cobrado auge en el siglo XVIII, nuevos sacudimientos del Zunil la derribaron con un abatimiento al que no pudo sobreponerse más. De su existencia, sólo San Francisco queda en pie y se afirma, al parecer en enérgicos empeños de supervivencia mientras entra al pleno renacer de su legendario esplendor.

San Antonio ya está otra vez en su ruta próspera.

Y del ayer, sólo quedan en Sambo y San Antonio, ruinas perdidas entre breñas que piadosamente las cubrieron para protegerlas con un cariño que no han podido darle los hombres del terruño, sin duda por vergüenza a la dosis de sangre indiana que nos llena de complejos bajos y sólo nos despiertan cuando vienen historiadores y hombres de ciencia, que nacidos en otros niveles y en otras culturas, están ya preocupados de rescatar, estudiar y conservar las ruinas que nos hablen del pasado de América en un continente que será la sede del porvenir salvador para la humanidad.

- - -

Y estas son las leyendas de cuatro de los pueblos que forman la diadema pujante de este rico departamento de Suchitepéquez, cuyo porvenir será —como habrá de serlo el de Guatemala y el de América—, próspero y feliz cuando sus hombres superen el problema racial o cuando, asomándose a los arcanos del pasado, sus hombres superiores sepan hablar y comprender el designio de sus dioses inmortales, creadores de una cultura indescifrada y vengadores de la conquista que ha hollado sus lares y destruido sus altares. ¡Cuando ya no nos avergoncemos de ser indios, ni tengan que venir a sacarnos la abundante sangre india que tenemos en las venas, los vampiros de Zinacam y Tecún Tepecul, los reyes vengadores!

LA INDIA GUATEMALTECA, MUJER ESTOICA



Leal compañera, la india quiché comparte con su guachajil las faenas cotidianas de su ambiente rural. El siembra y cultiva su milpa; ella muele el maíz, pone al comal las tortillas, y las vende en el pueblo. Y así va por las calles coronada con su canasto lleno de tortillas calientes, para que también los ladinos se puedan nutrir con el santo maíz.

Pero ella no sólo hace tortillas. También cría gallinas, chompipes, y "coches" en su rancho; cultiva hierbas y frutas sabrosas, que antes que despierte el alba, las corta bañadas de rocío y las trae al mercado. Y así anima caminos y calles, luciendo su canasto, acariciando en su regazo su fruto de madre, y en la mano lleva un haz de gallinas que le dio su afán incansable.

X

**EL PRIMER SERMON Y EL
PRIMER BAUTIZO**



UN FRAILE piadoso, fray Bartolomé de las Casas, trajo a los oprimidos indios, después de la conquista, el consuelo espiritual de la religión; y otro fraile talentoso, venido en los días de la colonia —Fray Francisco Ximénez—, nos legó los frutos de su esclarecido talento en libros y crónicas que en el día de hoy nos permiten conocer las maravillas del pasado. Tal esta página en que se inspira nuestra narración.

“A esta Provincia y gente se ofreció a ir el Padre Fray Bartolomé de las Casas y hacer que sus habitantes voluntariamente se hiciesen vasallos del rey de España y le tributasen y que recibiesen la fe católica sólo con la palabra de Dios.

“No pidió el Padre Fray Bartolomé para la ejecución de aquesta obra cosa alguna de la tierra, porque como intentaba hacerla del modo que el Evangelio manda, que es la misma espada de la Palabra de Dios, cuchilla de dos filos, procuró hacerla como verdadero imitador de los Apóstoles, quienes sin más armas que ésta sujetaron todo el mundo al yugo del Evangelio, sólo pidió él los demás compañeros lo que otros detestaron, que fue el que los dejasen solos.”

“Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala”, por fray Francisco Ximénez. Edición de 1920.

I

TATA SOL



TEMPRANERO,
al oír la canción del alegre jilguero,
despertó en su **tapexco** Tata Sol aquel día . . .

Con los muslos dormidos, hormigueantes y tiesos,
estiróse de brazos con desnudos bostezos,
y asomóse en su rancho, tras los viejos volcanes
nuestro viejo tatita el señor de Utatlanés;
El señor que hace día con su lumbre encendida
y al enviarnos sus rayos nos inyecta la vida.

Al oír del jilguero su diadema de trinos,
se llegó a donde estaban aromosos los pinos
y golpeó con su piedra el hiriente eslabón;
sacó ardientes centellas,
juntó leña, y con ellas,
hizo brasas y llamas en alegre fogón.

Vieja rama de un pino llevó al fuego su mano,
y volviéndola tea que ilumina el arcano
encendió con su ocote los rosados celajes
—que formaban cien velos de tupidos encajes—,
¡y surgió de la aurora la gloriosa visión!

Parpadeando,
porque aún recordaba los idilios de cuando
con las indias bonitas se dormía soñando,
emergió de las cumbres, muy hinchados los ojos,
a lavarse la cara
con friolenta algazara
en las ondas azules de lo inmenso del cielo
y a secarse en los lienzos de las nubes en vuelo.

Mas no pudo el instante mitigar sus antojos,
 porque al ver a la tierra
 —en el llano del pueblo que protege la sierra—,
 descubrió ingenuamente
 ¡cómo estaba ese día de contenta la gente!
 ¡Oh, la pícara gente! Tata Sol no sabía
 que era el día llegado
 —¡en un año esperado!—
 de la fiesta del pueblo con la gran cofradía.

Azorado,
 Tata Sol de estupor se volvió colorado
 como una **pitahaya** . . .

Bien dormido,
 no sintió en su **tapexco** las cosquillas del ruido
 cuando hicieron los hombres espaciosa enramada
 con las palmas cortadas al frutal del coyol,
 donde bella la orquídea, entre musgos sentada,
 adornaba la estancia de frangancias bañada;
 ¡y el aroma sabroso
 del silvestre corozo,
 y la flor de pacaya
 con sus gajos de perlas y sus hojas fiesteras
 adornaba los ranchos de manzanas enteras
 y su aroma embriagaba las narices del sol. . . !

II

EL ARA



¡COMO HABIA de frutas en los santos altares!
 ¡Cómo había de flores
 donde estaba el **tapexco** de los grandes señores. . . !

Circundaban la estancia rutilantes collares
 con que ofrenda la selva su fragancia sencilla
 y ondulantes prendidos de pared en pared;
 ¡esa gracia dorada de nuestra manzanilla
 que en las fiestas del pueblo con encanto se ve!

¡Del banano las cepas, su belleza lucían
en imágenes de hembras que caricias pedían
con los brazos abiertos de sus hojas verdunas!
Parecían vestales
del altar donde estaban las ofrendas triunfales
de la tierra pujante do las frutas son unas
regalías sabrosas
que los dioses nos brindan sobre todas las cosas. . .

Con su olor los melones
en el ara ofrecían de fragancia oraciones;
¡coqueteaban las piñas
el candor de sus moños, tal las párvulas niñas
coronadas de chongos con lustrino listón!
Y asombrado el zapote,
con el mango, el **pataxte** y el morado camote
en las limas miraban
el pezón de unos senos de mujer, que ostentaban
con desnudo descaro,
y en un éxtasis raro
ante el ara prendían su más tierna oración.

La naranja lucía
de su forma la esfera, de su flor la ambrosía.
Y diluía el mango con ternuras de amor;
si una niña lloraba,
cual un tierno y sabroso corazón se brindaba
y vertía en su boca su divino dulzor.

La mazorca sagrada
en su traje de tusas, ricamente abrigada,
exhibía el tesoro
de su pelo de oro;
¡era estrofa triunfante de la estirpe racial
que al brindar la remisa
inquietud de su suave, de su santa sonrisa,
ofrendaba sus perlas de alimento vital. . . !

¡Qué fragancias tenía
de mil frutas, el ara de la gran cofradía!

Y buscando el amparo del buen Dios a su sombra,
 se tendía en el suelo con plegarias la alfombra
 del maíz, los ejotes,
 las pepitas de ayotes,
 el frijol y el arroz,
 porque fueron sustento
 en que el pueblo encontraba su esencial alimento
 y por ello pedían los favores de Dios. . . !

.

Los ardientes braseros,
 que ante el ara ponían oblación de guerreros,
 avivaban sus llamas con la esencia del pom;
 y emanaban aromas que subían triunfales
 en el signo viviente de sus dos espirales
 a los dioses llevando la ferviente oración. . . !

III

EL MOLIDO



BULLANGUERAS,
 —susurrar de dialectos y canciones tempranas—
 dando brío a la fiesta las doncellas indianas
 que tuvieron la gracia de nacer molenderas,
 quebrantaban el grano que coció el **nixtamal**.

Con el cuerpo inclinado,
 dominando la piedra que el varón ha tallado,
 arrodíllase la india y entre ritmos se mece
 el esfuerzo inaudito que a la vida florece
 en maíz quebrantado por la piedra y el brazo
 ¡alba masa molida por el pétreo regazo
 que en la blanca tortilla santifica el comal!

Con la gracia exquisita con que hacerlo sabían,
 bulliciosas las indias en sus piedras molían. . .
 Con sus manos ligeras
 cual de blancas palomas arreglaban hileras

de porciones de masa
sobre el brazo de piedra que el molido repasa;
pues ya saben sus manos adueñarse una a una
y al tortear las volvían como caras de luna,
que en el seno caliente del comal se tendían
¡y a los besos del fuego con vigor se nutrían...!

¡Las tortillas calientes!
¡Qué almorzada, tatita, van a darse las gentes!
Al cocerse de un lado, con primor las voltean,
y con grávido gesto al comal coquetean...
¡Y así salen sabrosas
las tortillas calientes de esas indias graciosas
que cantando sus sones muelen junto al comal!
¡Esas indias bonitas de vistosos güipiles,
que con ritmo y esfuerzo de sus brazos viriles
dan al indio en tortillas su alimento vital...!
.....

Los cerbataneros
que en la noche buscaron los oscuros senderos
con la trampa de armado,
y la gaza que atrapa con la breña al venado,
o a ponerse en acecho del feraz tacuacín,
al venir la mañana
dispararon certeros su mortal cerbatana
y a la selva quitaron
cuantas piezas desearon
de sabroso botín.
.....

Crepitantes fogones
donde ardían las piernas de rollizos tizones,
calentaban la panza de las ollas que hervían
con **tamales** de **iguaxte** —¡los tamales indios
que son fiesta en la gula de los seres humanos!—,
y en sabrosas fragancias apetito encendían.

Y redondas torteras,
donde estaba el **pulique** con las piezas enteras
de **mazate** adobado
y **pechugas** de armado,

exhalando su aroma convidaban a verlas
 y pensar su delicia, ¡su delicia al comerlas
 en **jalón** succulento del alegre festín!
 ¡Cómo se iban los ojos
 de los indios juzgones, al mirar los manojos
 de tomates y chiles con que hacían **chojín**...!

Más allá encucillados,
 unos jarros estaban junto al fuego sentados
 meditando si el fuego les cocía el **atol**.

Y los viejos **tinacos**,
 con su planta cazurra de taimados bellacos,
 en su vientre insaciable sin cesar recibían
 agua fresca y especias que las indias molían,
 para dar en la fiesta

—pues no habría en la historia cofradía como ésta—
 ¡de cacao y **pataxte**, delicioso **pinol**!

IV

EL CONVITE



SE INSINUA la hora
 al vibrar de los **tunes** la llamada sonora.
 ¡Cómo asoma en los rostros la espectante
 [alegría!

¡La señal del convite
 con que tienen las penas saludable desquite!
 ¡Tal nos dice y acierta

—con su música alegre que entusiasmos despierta—
 el gorjear melodioso de la fiel chirimía...!

Con policromos trajes se engalana y anima
 el poblado serrano que soñará este día
 para hacerle a sus dioses la ritual cefre. Pa.

El fervor lo encamina
al lugar de la fiesta y la sacra función,
a pedir de los dioses
el perdón de las faltas y el derecho a los goces
de su eterna mansión.

Imponentes

se empinaban las cumbres para ver a las gentes
que lucieran el jade de azulino brillar,
y hasta el sol se caía desleído en calores
al oír el convite de los grandes señores
recordando en su pueblo la oblación al altar.

¡Se desgranán los pitos
bulliciosos cantando como mil pajaritos
con que entona la selva su plegaria de amor,
a los ritmos del canto del sonoro tambor
—el indiano instrumento de los parches de cuero
¡voz de trueno en la selva cuando llama al guerrero
en la épica hora del bravío pelear!—
El también allí estaba
cual profundo rugido de la fiera indomada,
ofreciendo ese día
la canción de la fauna para la cofradía,
al lucir el guerrero su altanero bailar.

Invocando a los dioses en Xibalbá inmolados,
de los morros sagrados
dan su rítmica orquesta los silvestres chinchines
conduciendo los pasos de los cien bailarines
cuando le hacen al brujo de la danza el ritual;
y también está presta
a lucirse con gracia, cuando empiece la fiesta,
la marimba sonora
donde vibran los siglos que la selva rumora
en el ritmo armonioso de los ecos de un
corazón de madera que palpita en el tún,
con un ritmo que es el eco de una raza inmortal.

V

DESFILE



DE TROFEOS añejos
siempre tuvo la tribu memorables cortejos
encendiendo el encanto de la gran cofradía.
¡De los fastos y triunfos la reseña completa!
¡La visión que se inquieta
con el nuevo desfile de columna piadosa,
evocando jornadas de la fe victoriosa
y anidada en el ara, que es la luz de este día!

Esperando, impacientes,
aquel pueblo diluía la ansiedad de sus gentes
en miradas febriles del orgullo racial;
y el **bijau** y el **corozo** —flor y aroma en sus manos—,
eran vivo tributo de los coros humanos
al rendirle al desfile su saludo triunfal.

.....

¡Se ha iniciado el cortejo sobre el ancho camino
alfombrado de aromas con las hojas del pino...!

.....

“Del Venado y el Tigre” se percibe la danza,
animando la escena de un cacique que avanza
custodiando el emblema de las armas triunfales,
entre bravos guerreros
de miradas altivas, porque llevan austeros
los penachos con plumas de sagrados Quetzales.

¡Regio viene el desfile con las bellas princesas,
enseñando el encanto de sus reales bellezas
en el pliegue aromado de lujosos **güipiles**
con que esconden la gracia de sus cuerpos gentiles;
se iluminan los ojos al pasar cortesanas
con la testa adornada de reliquias indianas
enseñando el linaje de su cuna ancestral;
y después los guerreros
en la marcha se lucen con mortales aperos

de rodelas, macanas,
arcos, flechas y lanzas, y también obsidianas
que en combates hicieron su jornada mortal!

En él van palanquines
con el gesto altanero de llevar mandarines
que en la tribu poseen omnisciente poder;
y también agoreros,
los que en triunfos y en penas siempre fueron primeros
que a la tribu ofrendaron de su ciencia el saber.

Y al pasar el cortejo,
todo el pueblo que mira se ha quedado perplejo
al notar bajo un palio la impecable blancura
de las prendas que viste el señor Tata Cura,
que después de la guerra,
Tonatiuh ha mandado que nos traiga a la sierra
la creencia que cambia el poder del hechizo
en el grande consuelo de su nuevo bautizo.

VI

EL PRIMER SERMON



CUANDO el pueblo ferviente vio su afán
[coronado
y hasta el ara piadosa su cortejo ha llegado,
da principio solemne la sagrada función;
pues aquella mañana
iniciaba su imperio la vibrante campana
por la tribu ignorada,
¡de la iglesia en el bronce la sonora llamada
al abrirse el instante de elevar la oración!

Al tañer la campana, con asombro notaron
que las manos del cura con fervor adoraron
una imagen extraña
a sus aras traída por los hombres de España,
predicando el amor
entre aquellos guerreros que animaba el rencor...

¡Se extasía en asombro la piedad del poblado...!
¡Y al quedar extasiado
se diluye entre nubes de un perfume lo intenso,
cuando dan los braseros la oblación del incienso...!

Mansamente,
Tata Cura se vuelve para vernos de frente;
y elevando los ojos hacia el astro de luz,
en el aire nos traza la señal de una cruz.

Con fervor se persigna,
mas el pueblo no entiende que esta santa consigna
que trazara la mano
de aquel **pater** cristiano
es la humilde oración
con que implora de lo alto celestial protección.

Los que están en la sierra
nunca olvidan el odio que ha sembrado la guerra,
y por eso en su mente hay macabros desvíos;
pero el padre adivina, y les dice: —“Hijos míos:
yo os hablo en el nombre
de un Creador verdadero, que fue Dios y fue Hombre;
—y elevando una imagen que estos hombres no han visto,
les repite: —“yo os hablo en el nombre de Cristo,
el Señor verdadero;
el Señor de los mares, de los cielos y luz;
el Señor de la tierra,
que ha vencido a los grandes que vencieron la guerra;
el que escucha del débil el gemir lastimero
cuando invoca su nombre y se ampara en la Cruz.”

Ha pasado la lucha de la ruda conquista,
y el Señor hoy me envía en su nombre a que embista
la jornada que al alma da consuelo y amor;
y por eso hijos míos, en su nombre yo os pido
que sigáis el camino que en el mundo han seguido
los que un día lloraron
y consuelo encontraron
en la gracia infinita del Supremo Hacedor.”

Los que fuisteis vencidos,
los que estáis agobiados por los seres caídos,
el Señor os invita
a poner en sus manos el dolor de la cuita;
porque Él tiene promesas de bienaventuranza
a los hombres que ponen en su fe la esperanza
cuando el alma naufraga en terrible temor;
y su amor nos dispensa
si el hermano ha olvidado del hermano la ofensa,
porque somos criaturas de un eterno Creador.”

“Mis palabras os traen el sagrado mensaje
que es llevado del mundo al lejano paraje
donde hay almas que anhelan por su amor salvación;
y si os hablo,
no es mi voz la que os habla, es de Juan, Pedro y Pablo,
que en espíritu vienen a cumplir su misión.”

Con ternura,
su sermón predicaba el señor Tata Cura;
y la gente que oía
transformado en fulgores de otro sol lo veía,
porque fueron sus frases las palabras de un santo
que a los hombres vencidos nos borraba el quebranto.

—“Os bendigo, hijos míos;
por las cosas terrenas no tengáis desvaríos.
Imitad al Señor
que en la Cruz de un madero nos legara su amor;
y si estáis afligidos,
en su gracia inefable os veréis protegidos,
y será protegida esta tierra también,
por los siglos de siglos, por los siglos, amén.”

.....

De la cruz en el aire volvió a hacernos la seña,
y tomando la mano de una joven trigüeña
que lucía en la fiesta el más bello güipil,
la juntó con la mano de un apuesto guerrero,
que dejó desposarse de su bético apero
para hacer con la joven la pareja gentil.

VII

EL BAUTIZO



ENCENDIDO en las frases del sermón predicado, todo el pueblo admiraba aquel cuadro formado con la imagen, el padre, y en el ara una cruz; ya el guerrero sumiso, dobló la rodilla en señal de una raza que al saberlo se humilla adorando la imagen del divino Jesús.

Y la joven doncella,
que al doblar sus rodillas se volviera más bella,
porque había en su rostro la más pura humildad,
el incienso aspiraba
cuando en lienzos de nube sus contornos nimbaba
enmarcando el poema de su virginidad.

Otra vez habló el cura
desgranando sus frases con juiciosa dulzura:
—“Tú, varón valeroso,
tú que fuiste en tu tierra atalaya celoso
y por ella peleaste con denuedo y honor;
tú, que diste a esta tierra
el prestigio de hacerse invencible en la guerra
y las armas rendiste al llamado de amor;
¡tú serás la simiente
de una raza pujante, valerosa, potente,
con la sangre de España y la sangre Quiché!

Tú serás el patriarca de esta tierra bendita
que a la especie del hombre, hoy enferma y marchita,
será un día el milagro de su resurrección,
en sus pueblos pujantes y la civilización
de la América indiana
que resurge al amparo de la idea cristiana
y por eso en su nombre, yo te nombro: “José.”

“Y tú, virgen preciosa,
cual la orquídea que exorna su esbeltez primorosa;
tú, la flor más humilde, abnegada y sencilla;

tú, que llevas la sangre de la raza más pura;
 tú, que al indio le ofreces tu sincera ternura;
 tú serás, mujer pura, del espíritu el vaso
 de la raza que engendre tu amoroso regazo,
 por la fuerza creadora
 de tu vientre intocado, de tu sangre, señora;
 tú serás la semilla
 de una raza que surge, como un astro que brilla
 de la unión de dos sangres que bendice la Cruz;
 porque tú eres tan pura, como pura es la luz;
 por tu encanto hija mía,
 en el nombre del cielo, yo te nombro: "María."

.....

Tata Cura, el tocado de las frentes les quita,
 y al bañar sus cabezas con el agua bendita,
 con su mano les moja cariñoso la sien.
 Y después de estas cosas, en la frente les hizo
 la señal de la cruz, y amoroso les dijo:
 —"Yo os bautizo,
 en el nombre del Padre, en el nombre del Hijo,
 y el Espíritu Santo, por los siglos, amén."

.....

Después vino la fiesta,
 pues no ha habido en la historia cofradía como ésta,
 en que el padre las Casas nos cambiara el hechizo
 por el dulce consuelo de su nuevo bautizo. . . !

VIII

¡NOMBRE ETERNO!



DEL SERMON y el bautizo que se hiciera ese día,
 nueva lámpara es vida de la gran cofradía!
 Se ha prendado en el indio la viviente promesa
 de un amor que mitigue su suprema tristeza:
 ¡Le prodiguen los "blancos" tratamientos humanos,
 porque están bautizados, porque son ya cristianos!

.....

Mas ha visto que pasan de los siglos los años
¡y los siguen tratando como a seres extraños!
¡Y también él ha visto
que esos hombres no siguen los ejemplos de Cristo!

Son de amor tan mezquinos
que los llaman "los indios." Y se dicen "ladinos"
aunque tengan su sangre; y les den su sostén
los que tienen su vida consagrada a la tierra,
¡los que alivian su angustia cuando viene la guerra!
¡los que siembran los campos y dan frutos de bien!

¡Los que entonces vinieron, de su amor no dan nada!
¡Sólo ven —a su raza— mantenerla humillada!
¡Ambiciosos la explotan, la desprecian y vejan,
y después —¡ofendidos!— contra el indio se quejan!!

.....

¡Cómo vive en su mente el recuerdo inefable
de aquel fraile amoroso, que el amor les decía,
consolando sus penas, con la frase amigable
ante el ara sagrada de su gran cofradía!

¡Desde entonces espera
que el "ladino" les brinde de su amor nueva era!

En el indio se alienta viva llama de fe,
esperando el retorno del varón valeroso
que por él interceda, como el fraile piadoso,
¡aquel fraile abnegado que veló por sus fueros,
fustigó la conciencia de los encomenderos
y a los indios vio dueños de la tierra Quiché!

.....

¡Oh, cuán ciertas las frases de aquel fraile en el ara
que al vencido y humilde con la cruz predicara!
¡De Jesús viene al indio ese don milagroso
de la dulce esperanza que mitiga el sollozo!

¡Nunca el indio se queja! ¡Nunca el indio se encona!
¡Sólo pide a sus dioses! Sólo dice su cuita
en dialectos que lloran su amargura infinita,
y al sentir su consuelo, ¡en su nombre perdona!

¡Es el grande milagro que hace arder hasta hoy día
esa fe tan piadosa
con que el indio se acoge a la cruz portentosa,
tal lo hiciera en el ara de la gran cofradía!

¡Por los "blancos" cristianos, que lo tienen odiado,
en sus simples costumbres vive siempre apartado!

¡Del "ladino" están lejos! ¡Y aunque estén en el templo,
nunca imitan los indios ese cínico ejemplo
con que llegan los "blancos" que golpéanse el pecho,
mas sus ojos codician las riquezas ajenas,
¡no conmuévenlos nunca de los pobres las penas,
y al humilde le niegan del descanso el derecho!

Ellos oran pidiendo santa lluvia en sus siembras,
la bondad y ternura que se encarne en sus hembras
¡y los bienes prolijos
que den paz en su rancho y el sustento a sus hijos!

.....

¡Aunque pasan los siglos, está asido del nombre
que les diera el bautizo,
recordándole al hombre
la divina promesa de un milagro que le hizo
recibir en su tierra a los "blancos" hermanos
que venirle, dijeron, como buenos cristianos...!

.....



Tal la historia ignorada de un solemne bautismo
cuando el indio aceptara en su fe al cristianismo,
y el sermón más fecundo de promesas que emplaza
en dos nombres eternos la virtud de una raza.

Porque fueron legado de su gran cofradía,
es la llama que eterna sobrevive en su fe!
Desde entonces, sus indias son la dulce "María",
y sus indios se llaman, cual patriarcas, "José."

LA FE, RAYO DE LUZ Y ESPERANZA EN SUS TINIEBLAS



Los descendientes de los que concibieron la divinidad en pétreos dioses y fueron convertidos al cristianismo por el milagro operado en su Ishim sustantivo, llegan reverentes a las iglesias ofrendando candelas y flores, a cambio de la resignación con su destino.

Y acompañado de la inseparable compañera de su vida e infortunio, el indio llega ante los altares del cristianismo, con aparente devoción, a quemar el pom sagrado y a elevar plegarias que en lo hondo de su corazón ofrece a los dioses de sus creencias ancestrales.

XI

VALIN T'MANEK

Primer premio y medalla de oro en el concurso literario de la Feria de Primavera en la ciudad de San Marcos.—Año 1951.



GUATEMALA es admirable por el supremo encanto de sus paisajes y por la embrujante belleza de sus mujeres morenas; pero el aspecto con que despierta más interés es la variedad de dialectos con que los hombres iniciales de sus tribus regionales dieron nombre a las cosas y forma de expresión a su pensamiento.

De esta suerte, el quiché, de grata y poética musicalidad onomatopéyica, dominó el sur del país, el cakchiquel y el zutujil, cubrieron el centro; el chortí y el quekchí, el oriente y norte; y el mam y pokomam que vibraron en los labios de los mames, habitantes de la región correspondiente al hoy extenso departamento de San Marcos y Huehuetenango.

La historia que se narra en este capítulo tiene por tema el origen de una frase en dialecto mam, que algún día hará desaparecer la rivalidad racial que hasta la fecha separa a los pueblos de San Marcos y San Pedro Sacatepéquez.

I



FUE EN el siglo XVI, de cuya época, el año, mes y día no guardó el detalle en sus narraciones la historia. Proveniente de las llanuras de la costa ascendía hacia las cumbres de estas tierras una caravana de varones con raro vestido. En sus túnicas blancas habíanse prendido gotas del lodo de los campos; y pequeñas rasgaduras decían que las zarzas y breñas de la selva habían puesto en ellas la caricia de los abrojos. . .

Grueso cordón atado a la cintura dividía la figura del torso. En libertad la inquieta mitad del cuerpo, movíase acompañada y lentamente, marcando los pasos de un cansado caminar. Los extremos se tendían sobre la pierna izquierda para terminar con rústico nudo, en lugar de las borlas que usan los trajes de los príncipes. Calzaban sencillas sandalias, protegiendo sus plantas contra las asperezas de los guijarros donde todavía no estaban los caminos que más tarde darían movimiento al vivir de los pueblos que nacieran para ser hermanos y vecinos.

Ancha gola negra caía sobre los hombros, protectora contra las inclemencias del sol, o de la lluvia, cuando ésta cayera.

El caminar era humilde, y la actitud sencilla.

La amplia frente y la blancura de la tez, revelaban en los semblantes de estos varones, al bañarlos la luz del sol la posesión de un alma distinta a la de los otros hombres blancos que antes llegaron conquistando con el arma y la guerra; matando a los nativos, destruyendo sus viviendas y hollando en la virginidad de las doncellas y princesas de la corte mame que aquí existía. . .

No traían espadas ni mosquetes. Ni había en ellos el gesto agresivo. Sólo, mansamente, sobre su pecho se veía caer una cadenilla, de donde pendía una cruz en que estaba enclavado el cuerpo de un Cristo.

Y entre los dedos de sus manos un rosario. Sus labios musitaban las plegarias mientras los pies avanzaban lentamente hacia el lugar del destino cuyo éxito en la llegada era tremenda interrogación.

Esta caravana de vestir extraño en estas tierras, era una misión de frailes dominicos venidos para hacer la conquista espiritual de los moradores de un pueblo donde antes habían pretendido doblegar el alma de sus hombres los portadores de la muerte.

En su corazón venía el sentimiento noble y en su labio la palabra que es bálsamo para los afligidos en la esclavitud que imponen los tiranos.

Traían el mensaje de la existencia de Cristo, consuelo de los que están en la ignorancia de las doctrinas del amor y de la esperanza en la igualdad de los humanos. . .

Y es que los dioses que en la antigüedad iluminaron la existencia de los hombres de estos pueblos, habían sido derrotados. El abatimiento había caído sobre los corazones con todo su cortejo de tristezas. Pero estos frailes ahora traían para ellos la luz de un Dios que sabe prodigar bendiciones inagotables, siendo su primera bondad iluminar a sus predicadores para que se aventurasen en tierras pobladas de odios para los hombres blancos; y venir a hablar en su nombre y a regar la semilla de sus grandes consuelos. . .

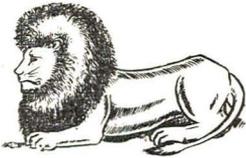
Ya estaban a punto de llegar a su destino estos varones de túnica blanca, gola negra y humilde sandalia.

La mansión del descanso no podía estar en otra parte que no fuera la fortaleza misma de su fe en el Cristo, en cuyo nombre sus labios regarían la predicación inmortal. . .

Se llamaban: fray Pedro de Angulo, fray Luis de Cáncer y fray Rodrigo de Ladrada, todos tres de la Orden de Predicadores de Santo Domingo de Guzmán. Eran como tres soles que emergían sobre las cumbres occidentales para irradiar con su luz y destruir las tinieblas que respecto a la fe cristiana cubrían estas tierras.

Era un amanecer para las almas atormentadas por la esclavitud que los hombres forjan para sus hermanos.

II



TODAVIA coagulados sobre el verde lúcido de los campos estaban los rubíes de la sangre derramada de los que defendieron con bravura la independencia y la soberanía de sus lares. Era, esta tierra, como la imagen, en grande, de su gran dios de la libertad, que se cubre con plumajes de esmeralda y ostenta el rubí de la herida que en su pecho puso el arma y la osadía del conquistador.

Las almas estaban medrosas y los ojos inflamados, tal había sido el llanto de las madres que perdieron a sus hijos, de las esposas que perdieron al compañero de su vida, de las hermanas que perdieron al hermano y de los hijos que perdieron a sus padres. . . Pero quienes no tenían inflamados los ojos sino el corazón, eran los varones de fiero y entero coraje, que habiendo perdido esposa e hijos, viviendas y sembrados, habían tenido, sobre estas tierras, otra más grande e irreparable pérdida: la triste y nunca bastante llorada pérdida de su libertad.

En ellos sólo brillaba la luz de un sol: el sol de la esperanza de que llegaría un momento en que, alzando el brazo y el arma guerrera, con ella pudieran expulsar al usurpador. . .

Por eso su mirada se volvió triste y su actitud desconfiada. . .

En parte dominante de la cumbre, el grupo de los guerreros que trajeron el trueno y la tempestad de sus cañones, vigilaba y dominaba a los vencidos batiendo al viento su bandera de rojo y gualda que ostentaba el escudo de los leones rampantes; mismo que condujera su coraje de conquistadores hispanos.

El león era su emblema, el alma que animaba en ellos. Rugía en la voz ronca de los cañones y estremecía la montaña con su imponente presencia; y así los nativos, vencidos, aprendieron a temer el rugir del león hecho disparo de cañón, y también a temer su presencia hecha hombres de rostro blanco, ojos azules y rubio cabello, pero con garra opresora que aniquilaba su valor y destruía su libertad.

En los otros —los conquistadores—, el león de su amada y lejana España, viviente en el escudo de su bandera triunfadora y viviente en su corazón de hombres intrépidos, era su baluarte.

Y bien pronto comprendieron que su emblema aterrorizaba a los guerreros indianos que quisieran tomar la revancha.

Entonces acordaron erigir en su campamento la forma de un león, su muralla insuperable, si pretendían atacarlos.

Y el pueblo vencido tembló de miedo ante la presencia del león ibero que velaba la paz y el sueño de los conquistadores. . .

III



AL EMERGER el sol —como si saliera de un escondite detrás de las cumbres—, días después, de los montes venían por veredas, grupos de hombres que sobre los hombros traían los maderos de grandes y gruesos árboles derribados en el corazón de la montaña.

Presto fueron éstos sembrados en la tierra a manera de columnas, sobre cuyos extremos superiores, horizontalmente fue atado otro madero formando un cuadro que ponía interrogaciones de curiosidad en los ojos de los nativos cuando así tenían que colocarlos obedeciendo el mandato de los guerreros conquistadores, esta mañana despertados con semblante afable y sonriente, como si en ellos estuviera brillando un rayito de las luces del arrepentimiento.

Pero no era arrepentimiento.

Era la dulzura que se asoma en la faz del hombre cuando se acuerda de dar gracias a su Creador. Habían librado jornadas de matanzas, de exterminio y de conquista. . . Y habían sido vencedores. . .

Porque el tirano, aun cuando su acción fue arrancar lágrimas y matar la libertad de otros hombres, en un momento dado siente en plenitud su pequeñez y se da cuenta de que apenas ha sido un instrumento de altos designios del Gran Creador; pues, sin su protección, nada habría podido hacer. . .

Y tiene que dar gracias.

Esa mañana se había acordado —por los frailes recién llegados— celebrar la primera misa en el campamento de los conquistadores, para que elevaran sus corazones al cielo, dieran gracias al Creador por las victorias obtenidas, y si habían causado angustia y dolor en los vencidos, la gracia de Dios los perdonase, porque no se mueve la hoja del árbol sin su voluntad.

Para instalar el altar de esta misa era aquel cuadro de maderos cortados en la montaña y traídos en aquella fresca mañana sobre los hombros de los vencidos.

Y es que con ellos ahora estaba el hombre de rostro blanco que no usa coraza ni yelmo, sino una cruz sobre el pecho y un círculo blanco, como imagen del sol, en la coronilla. Era el sacerdote que, después de la conquista, había llegado para recordarles la existencia del Dios Creador, también formador de los humanos por ellos matados en la batalla, a quien si debían darle gracias por cuanto habían logrado, también debían pedirle perdón por los daños ocasionados. Mas todo por conquistar nuevas tierras y nuevos corazones que serían campo propicio a la predicación de su evangelio e incorporarles al imperio de la doctrina de Cristo, su hijo amado.

Y luego estaba aquella mañana, en recio marco de madera instalado un altar, donde sería oficiada la misa solemne, y en otro marco similar e inmediato, pendiente el cuerpo bronceo de una campana cuyo metálico acento anunciaría la primera comunión que en estas tierras tenían los hombres con el Dios de las alturas, para que sus tañidos volaran sobre las montañas llamando hacia la nueva religión que, para morar, había elegido los corazones vírgenes de estas cumbres.

Los hombres de rostro blanco que antes trajeron la guerra y la muerte, ahora traían el amor que mantiene unido al hombre con su Creador; la religión de Dios que derrotaba la idolatría indiana y desde entonces para siempre quedó reinante en el corazón de los seres nacidos en estas cumbres, también hechura de Dios.

Aquella misa encerraba la oración de gracias y la oblación de entrega de las tierras conquistadas al poderoso señor de las batallas.

Los conquistadores guerreros habían concluido su misión.

Ahora empezaba la otra conquista, la de los corazones para que éstos fueran troncos donde se asentara y viviera para siempre la fe y el amor hacia el Dios verdadero que los había formado.

.....

Cuando el sacerdote alzó el cáliz, ante el altar hincaban la rodilla con toda humildad los conquistadores arrogantes. Su semblante estaba inclinado hacia la tierra, misma que en ese momento era entregada al reino del cristianismo. Y después de éstos estaban los nativos, llevados para que, por primera vez, recibieran la bendición del supremo conquistador de almas y, como símbolo

de la conquista que hicieron las armas guerreras, su raza idólatra fuera entregada al Señor para que él los iluminara y les perdonara el haber ignorado su culto en los siglos anteriores.

Pero estos nuevos asistentes a una misa —con adoración de hondas raíces hacia los dioses que enseñaronles sus mayores— no sabían nada de la fe hacia un Creador único. La curiosidad aguijoneaba en su corazón. No les permitía doblegar la frente, ni elevar plegarias que ignoraban. También ignoraban, después de las matanzas que en sus lares dejó la guerra y la esclavitud que sufrían, las palabras que hablan del perdón. Estaban acostumbrados a pedir venganza ante sus dioses, no a pedir perdón. Ignoraban que el perdón es la esencia del culto del Dios ante cuyo altar estaban por primera vez.

El vibrante sonar de la campana dijo a las montañas que en ese momento se elevaba la plegaria y las tierras conquistadas iban a ser entregadas al gran Dios conquistador de almas.

Era el momento solemne. Parecía que las montañas estremecidas en la emoción de su entrega al reino del Creador, entonaban su cántico en la fronda acariciadora de la mañana y en el gorgor de las aves anidadas en sus eucaliptos y sus pinos centenarios. En los nativos asistentes honda impresión causó la solemnidad del culto y la majestad del nuevo sol que para sus almas brillaba en el cáliz; pero también, internamente, gritaba el odio a sus conquistadores, los hombres de rostro blanco, ojos azules y cabello rubio. . .

Entonces el sacerdote recibió la inspiración de comprender la tragedia de su corazón. Y articuló la sencilla elocuencia de un sermón que venciera aquellos temores, aplacara aquellos odios, y fijara en la medida de la mentalidad de los presentes, el principio de respeto que para siempre deberían al patrono que desde entonces conduciría sus almas.

Y así habló el sacerdote:

—La Divina presencia ha llegado a vosotros, para derramar sobre vuestras vidas, sobre vuestros hijos y sobre vuestros hogares y haberes, su bendición inagotable. Sois hijos suyos, hermanos nuestros, porque él ha mandado que nos amemos los unos a los otros, con ese mismo amor con que él todos los días nos derrama sus bondades y nos prodiga la vida. Sed como él, que sabe perdonar nuestras ofensas aunque le ofendamos, aunque lo ignoremos o aunque lo olvidemos. Aprended a perdonar y acercaos a quienes, de hoy en adelante, seremos los que alivien vuestras penas y os conduzcan hacia una vida mejor, tal como la disfrutaban otros

seres, otros hermanos que viven al otro lado del mar, en lejanos países, todos prósperos y felices, porque viven en comunión con el único Dios, con el Dios verdadero que hizo la tierra, los cielos y el mar. . .

Y sabed que él para siempre estará con vosotros. Para cuidaros y protegeros os ha enviado un patrono espiritual que será el guía que os conduzca por los caminos de la felicidad. Os ha dado la presencia de su apóstol San Marcos, señor de este día, a quien habréis de pedirle cuanto necesitéis y quien os concederá cuando lo pidáis en el nombre de nuestro Padre Santísimo.

Su brazo fuerte os libraré de todo peligro. Con él está para defenderos el león valiente que, cuando este apóstol escribió su evangelio en el seno de una montaña, cuidaba la entrada de la cueva donde moraba. Y este león, fiel compañero del apóstol San Marcos que os es dado por patrono, desde ahora será también el alma de los hombres que nazcan en esta tierra. Será el espíritu que encarne en cada uno de vosotros, porque es vuestro destino formar un pueblo de valientes, de alma altiva, de mano fuerte y de corazón grande.

Sed como el león: noble en vuestros sentimientos, grande en vuestros gestos y enteros en la valentía cuando la adversidad os envíe sus vientos fatales. Adorad a vuestro patrono, el generoso y sabio San Marcos, dador de gracias infinitas, y respetad y amad su león, símbolo de la nobleza y entereza del alma que para todos los siglos habrá de alentar a vuestro pueblo mediante la gracia y la misericordia de Dios.

Y presto que hubo terminado su sermón, las manos del sacerdote colocaron al pie de la imagen del apóstol San Marcos, la figura de un pequeño león para que fuera acompañante del gran patrono del pueblo y símbolo de la fuerza que a sus hijos protegía contra el mal; para que ante este altar se inclinaran no solamente los vencidos en la batalla, los abatidos de corazón, sino también, humildemente, ahí llegaran los altivos conquistadores, que si habían triunfado había sido justamente por tener la valentía de los leones de la lejana Iberia. . .

La perplejidad de los nativos llegó a su máxima intensidad cuando vieron que, más tarde, ciertamente todos los días los poderosos señores manejadores de los cañones con rugir de león, humildemente llegaban a doblar la rodilla ante el divino patrono, San Marcos y su león, símbolo del poder.

IV



ALLA EN el corazón del poblado indígena, donde vivía medroso y acongojado el cacique del pueblo conquistado, el sol brilló más luminoso, tiñendo en rosa los celajes y en purísimo azul la inmensidad del cielo; cantaban más alborozados los pájaros y la fronda mecía las ramas de los vetustos pinares, como si en todo hubiera el concierto de una salutación para un redentor amanecer . . .

Por un camino que venía de los montes vecinos, un grupo de comerciantes nativos llegó entonando alegres canciones que decían la esperanza de un consuelo para los afligidos . . .

Gentes del pueblo estuvieron prestas a escucharlos y a quedar admiradas de sus cantares . . .

—¿Quiénes os han enseñado tan bonitas canciones? —les preguntaron curiosas.

—Hombres de rostro blanco y de corazón dulce, que nos quieren y se duelen de nuestra derrota —respondieron los recién llegados.

Más de uno de los que escucharon sus novedosas canciones y se enteraron de la explicación de los cantores dirigiéronse inmediatamente a comunicar a su cacique lo que acontecía . . .

—Decidles que vengan a este pueblo —ordenó el cacique a sus informantes—; quiero escuchar de sus labios estas canciones que os han enseñado.

Y horas más tarde en el pueblo indiano entraban tres varones vestidos con túnica blanca, gola negra, cordón al cinto y sencilla sandalia . . .

Y más tarde también, cuando los tres varones habían abierto el precioso estuche de sus labios para regar las joyas de su palabra sabia, el cacique los atendía en su palacio y por el privilegio de la frase amable y convincente, un alma era conquistada para el cristianismo y se entregaba para ser bañada por las aguas lustrales del bautismo . . .

La entrada de los tres frailes dominicos era entrada triunfal.

Conquistar al gran cacique del populoso poblado indiano era conquistar, en esencia, el alma, el pensamiento y la confianza de todos sus gobernados.

—Preparad los altares —dijo el fraile más respetable de los tres, al poderoso cacique—, como si fueseis a celebrar la gran fiesta de los frutos que os prodiga la tierra.

—Será como queréis, hombre de rostro y de alma blanca, —respondió complaciente el cacique.

Y presto, aquella noche, todos los varones del pueblo se regaron por los montes para traer al altar, con que se celebraba la fiesta de los frutos, las más aromáticas flores y los más hermosos y fragantes ejemplares de las frutas que habían florecido del seno de la tierra.

.....

Cuadro imponente formaba en el altar la serenidad del fraile, al lado del gran cacique, que ahí estaba con la mirada llena de alegría en revelación de haber botado las congojas que en los días anteriores habían afligido su corazón. Y el pueblo estaba atónito al ver el fenómeno de aquella renunciación a las creencias ancestrales que por siglos y siglos, de generación en generación, habían sido incommovibles en el alma de la larga prosapia de caciques que rigieron su destino.

En las manos de otro de los frailes se meció, pendiente, el incensario emanante de aromosas volutas envolviendo la erguida figura del fraile maestro y la humilde actitud del gran cacique, que —como no lo hiciera ante el arma guerrera— habíase doblegado ante el conjuro de la palabra evangélica.

Y alzando la mano y pidiendo la bendición de lo alto, el fraile posó su diestra sobre la cabeza del jefe indiano y dijo con voz uncida de inspiración y solemne majestad:

—En el nombre de Dios, yo te bautizo con el nombre de Pedro y te pongo bajo la protección del que es piedra angular de la Iglesia del Señor, para que así lo seas tú en tu pueblo, donde el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo han de ser amados y glorificados desde hoy por los siglos de los siglos.

El chorro de agua clarísima bañó las sienes del cacique, haciendo el pacto de la nueva fe que llegaba a todo un pueblo en el vehículo divino del verbo de un predicador admirable, también llamado Pedro, como aquel que fuera designado para ser la piedra fundamental de la Iglesia Cristiana.

—Señor —preguntó con humildad el cacique cuando el fraile terminó el bautizo—. Si soy bautizado en la creencia de tu Dios, que ahora es el mío, qué será de mi pueblo sin bautismo y sin fe en nuestro Dios?

—La Gracia Divina te inspira y esa luz que te ilumina me ordena bautizar y poner bajo el amparo del Divino Jefe de Nuestra Iglesia a tu pueblo que, desde hoy en adelante, como tú, tendrá el nombre y la santa y poderosa protección del apóstol San Pedro.

Y volviéndose hacia el pueblo en masa, que presenciaba la ceremonia del bautizo de su gran cacique, el fraile trazando una cruz en el espacio lo bendijo y dijo:

—Pueblo sufrido y abnegado, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, yo os bautizo con el nombre de Pedro y os pongo bajo la protección divina del que siendo amado discípulo del Señor, es el guardador de las llaves del cielo, y ha de ser el consuelo inefable de vuestra bienaventuranza en los siglos a venir.

Y agitó el hisopo asperjando brillantes perlas de agua bendita que iban a prenderse sobre las cabezas de los presentes y hacían la conversión al cristianismo de millares de almas. Porque aquellas perlas no eran gotas de agua como materialmente lo representaban, sino fulgores de luz y de consuelo para los corazones atribulados que antes estuvieran en las tinieblas al perder la fe en sus dioses indios.

Así fue como en otra mañana plena de fulgores y bendiciones, el admirable fray Pedro de Angulo, en nombre del apóstol tutelar de la Iglesia Cristiana hizo el bautizo de un gran cacique y la conversión de todo un gran pueblo, desde entonces llamado San Pedro, justamente hermano y vecino del que antes fuera puesto bajo la dirección y amparo del evangelista y amado apóstol San Marcos.

Ahora ya estaban fundados dos pueblos, bajo la vigilancia suprema de dos patronos. La inspiración que pondrían en la mente y el corazón de sus hombres, habría de hacer surgir el acercamiento fraterno con que la fe religiosa une a los hombres, todos hijos de un mismo Dios, y así ordenados amarse los unos a los otros, tal como los dos apóstoles patronos lo oyeran de labios del Divino Maestro.

Misión era ésta encomendada al tiempo.

V



EL TIEMPO, igual que los hombres, comenzó a moverse en el desempeño de su misión y empujaba a los nuevos creyentes a medida que caminaban sus días. Los hombres de uno y otro pueblo comenzaron entonces a acercarse.

Y bien pronto los discípulos de fray Pedro de Angulo supieron de la presencia del evangelista San Marcos, cuidando de su pueblo acompañado del símbolo de la fuerza que representa su león. Los oídos fueron abiertos en la leyenda formidable del gran acompañante del patrono del pueblo de los conquistadores. Entonces sus corazones se entristecieron y volvieron hacia su predicador para dolerse de la falta que veían en su patrono, de un acompañante que igualmente, como a San Marcos, lo hiciera poderoso e invencible.

Fray Pedro de Angulo escuchó con dulzura las cuitas de sus gobernados por la fe. Y cuando hubieron terminado, sus labios se abrieron para darles la frase alentadora, la lección suprema que atesoraba su sabiduría.

—No se quebrante vuestro corazón —díjoles amorosamente— porque no acompaña a vuestro patrono protector la presencia de un león; la gracia divina ha sido pródiga en dar sus bondades al pueblo que está bajo el amparo de San Marcos, inmortalizador de su evangelio, como a vosotros al daros por patrono a San Pedro en quien depositó su confianza para afirmar la existencia de su Iglesia.

Ciertamente el león de San Marcos representa la fuerza, mas no es a su lado la representación de la fuerza que oprime, sino de la nobleza y la valentía del corazón. Ahora sabed que vuestro patrono está acompañado y así tenedlo en su altar para siempre, de otro símbolo tan grande y noble como el león de San Marcos: vuestro patrono San Pedro ha recibido de la sabiduría divina la compañía eterna de un gallo, y saber tal virtud debe alegrar vuestros corazones. . .

—¿Un gallo? —exclamaron inconformes los presentes—. Fijate Tata Cura: ¿cómo podrá defendernos un gallo contra la fuerza que tiene el león?

—Sabed hijos míos, que el poder de las cosas creadas por nuestro Dios no ha de medirse solamente por la fuerza de su tamaño material; el símbolo del gallo que acompaña a vuestro patrono representa tanta fuerza como la pujanza del león poderoso que

acompaña a San Marcos. Ambos son obra de la gran sabiduría para enseñar a los hombres el desempeño de su misión sobre la tierra. Voy a narraros la misión que al gallo le fue encomendada por el Señor, misma que le dio méritos para ser compañero de San Pedro vuestro patrono:

—En día de tristes acontecimientos, cuando Nuestro Señor fue traicionado y apresado por los hombres, San Pedro, el discípulo amado lo negó por temor de ser apresado como su Maestro; en ese instante el gallo cantó recordándole que debía ser valiente, que debía ser fiel. Y ante los ojos del apóstol se abrieron los caminos del arrepentimiento con tanta firmeza, que desde entonces le fue entregada la misión de cuidar la existencia de la Iglesia y puestas en sus manos las llaves del cielo a donde llegan los hombres de corazón limpio, porque haya sido limpiado por el dolor de los yerros cometidos.

Desde entonces el gallo acompaña a San Pedro, no para proteger con la fuerza de su cuerpo, sino para estar vigilante y darles a los hombres con su canto, el reproche de sus faltas y que vuelvan hacia la fe que los hará merecedores de lo eterno.

El gallo es símbolo del espíritu vigilante contra el olvido de nuestras obligaciones. Su canto os hará despertar y volver nuevamente hacia la virtud de discípulos amantes y amados del Señor. Vuestro patrono que vela por vuestro destino, os conduce hacia un futuro de grandeza y felicidad; pero si un día fallara esa fe en vuestro porvenir y en vuestra grandeza, el espíritu del gallo os hará escuchar su canto y vosotros lloraréis lágrimas de arrepentimiento, como llorara el apóstol en aquella noche triste de la pasión del Señor. . . En vosotros ha sido puesta la misión de ser llama ardiente, vigilante de la lealtad en la noche que dan los egoísmos y las pasiones. Tenéis el privilegio de estar bajo el patronato de dos santos poderosos, hermanos en la vida al lado del Señor, y hermanos, siglos después, cuando el Cristianismo fecunda en el corazón de los hombres, cuidando y conduciendo la existencia de dos pueblos que nacen y emprenden su marcha hacia un porvenir espléndido. Sed como ellos. Sed hermanos. Que en los altares de la fe que forman vuestros corazones vivan ellos; y como ellos os améis los dos pueblos. Haced vuestros altares en las fiestas de las frutas y que en las alegrías de vuestros pueblos estén presentes ambos con sus símbolos que son: uno para la nobleza y valentía

del corazón y el otro para la vida vigilante del espíritu, rompedora de las tinieblas de la duda, del egoísmo, y del olvido; del olvido del amor que todos nos debemos a sí mismos.

.....

Las palabras del fraile siguieron brotando elocuentes en la gran lección que forjaba el alma del pueblo bautizado por él; y los hombres que le escuchaban fueron robustecidos en la fe que les daba el despertar hacia un conocimiento sobre misterios que para orientar y conducir la vida de los hombres hizo la gran sabiduría, encarnados en símbolos que hablan elocuentemente a los entendidos...

VI



EL PUEBLO estaba de fiesta.

El altar lucía la embriagante ofrenda de todos los frutos opulentos y aromosos de la tierra. Y ahí estaba su patrono en el anda, próximo a ser llevado en hombros cuando saliera a recorrer las calles de su pueblo y a bendecir con su presencia la vida de cada uno de los hogares bajo cuyo techo se le invocaba con fe absoluta. Las calles y la plaza sonreían con la policromía de los trajes vistosos y en cada rostro se encendía el fuego fervoroso del amor hacia el santo patrono que celebraba la fiesta de su día.

A la hora convenida las manos alzaron el anda y la procesión inició su marcha, conducida por el canto de las chirimías y el ritmo de los tamborones. El pueblo entero formó en largos cordones humanos acompañando a la imagen del patrono que allí iba, llevando, a un lado, el símbolo de las virtudes de su gente...

El recorrido principió en el extremo de la calle de su pueblo, hacia el pueblo vecino, para que fuera cumplida la enseñanza del fraile predicador: de amarse los unos a los otros...

Mas también acontecía que en el otro extremo del camino, es decir, donde arrancaba del seno del pueblo hermano, otra anda y otro patrono eran conducidos por sus adoradores fervorosos. Y

así las dos procesiones caminaban a su encuentro, en simbólico acto de fraternidad tal como lo fueran cuando, apóstoles del Señor, ambos anduvieron juntos. . .

Sonaban los tambores anunciándose el encuentro. Vibraban las chirimías con gorjear de ruiseñores como si hablaran la alegría de su fiesta hecha gesto fraterno. Y, al unirse, los hombres de ambos pueblos se confundían y se regocijaban en gozos intensos al ver que las andas de uno y otro patrono se acercaban al encuentro y al saludo con ritos de santos. . .

Y entonces el pueblo que sólo sabía gritar de alegría o llorar de amargura, estando en un instante de máximo regocijo, vivaba a su patrono y también vivaba a su símbolo:

- ¡Viene el león de San Marcos!
- ¡Viene el gallo de San Pedro!
- ¡Vivan San Pedro y San Marcos. . . !

Los vivas llenaban los aires porque los corazones se henchían en fe y entusiasmo de hermanos. . . Los dos patronos estaban frente a frente y las andas comenzaban a inclinarse para que, acercándose uno al otro, los santos se dijeran al oído el saludo cariñoso en su lenguaje celestial. . .

Las miradas entonces llegaron hasta los símbolos acompañantes y como ellos también habían de saludarse en gesto de fraternidad, los labios presentes no contenían la exclamación de su entusiasmo y así también repercutía en el ambiente la explosión de regocijo:

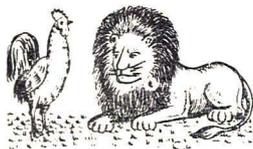
- ¡Se han juntado, son hermanos el león y el gallo. . . !
- ¡El león y el gallo! ¡La fuerza que protege y el espíritu que vigila! ¡El león y el gallo. . . !

La exclamación iba de labio en labio y el entusiasmo repercutía de corazón en corazón. ¡Ya no había separación, los dos pueblos eran uno solo, por el milagro del acercamiento de sus patronos! Los símbolos de sus fuerzas estaban unidos; y el grito de la alegría seguía saliendo a torrentes:

- ¡El león y el gallo!
- ¡El león y el gallo!
- ¡El león y el gallo!

VII

LA EXCLAMACION alborozada salía del labio de los hombres.



Pero el viento recogía esa exclamación, y con sus alas invisibles la llevaba a la montaña para que en la entonación del eco ella también repitiera la frase que era salutación del gesto fraterno de dos pueblos:

—¡El león y el gallo!

—¡El león y el gallo!

Y así quedó grabada en el granito impalpable de la tradición, este lejano suceso que ahora trasladamos a la versión del castellano que habitualmente hablamos, porque en aquel entonces los hombres de esta tierra no habían olvidado su lenguaje materno y sus palabras tenían la pureza de sus sentimientos, brotados como pedrería en las fuentes preciosas de su corazón.

De ahí que ahora, como un misterio a nuestra comprensión, suene extraña aquella exclamación de los primeros hombres que recibieron la fe cristiana en un día como éste, porque cuando celebraban el encuentro y el saludo de sus santos patronos y la unión de sus animales símbolos, ellos no decían ¡el león y el gallo!

Nada habrían entendido los que los escuchaban.

Su frase era más bella, más pura, más intensa; en el idioma mame que les enseñaron sus mayores y mamaron en los pezones de la raza, ellos exclamaban alborozados, no ¡el león y el gallo! sino:

—¡Valín T'Manek!

—¡Valín T'Manek!

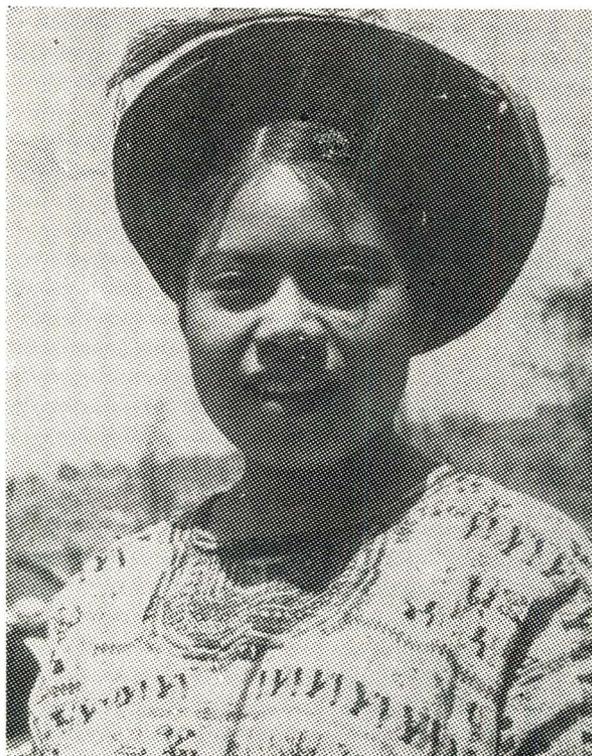
—¡Valín T'Manek!

Y la cumbre, con ecos sonoros y majestad de siglos, también repetía cariñosamente con su idioma legítimo y melodioso:

—¡Valín T'Manek!

- - -

Y tal es la historia de la conversión de estos pueblos al cristianismo y del nacimiento de una frase en lenguaje mame que ahora es ostentada en muchos lugares, sin que a la verdad, los que la aplican y los que la repiten, sepan a las derechas su significado ni el papel que desempeñara un día que estos pueblos se unieron como no han vuelto a unirse. Y ya debieron hacerlo.



LAS DOS CORONAS DE NUESTRAS INDIAS PRECIOSAS

Sonriente, con sonrisa de juventud soñadora, quizá soñando con un príncipe de las páginas del Popol Vuh —o animando un guerrero de las estelas graníticas— esta joven zutujil luce graciosamente: el tocoyal que la eternizó reina y el color de su traje, gala de los oros del sol y los añiles del jade, que un día iluminaron la romántica leyenda de su lago ensoñador.

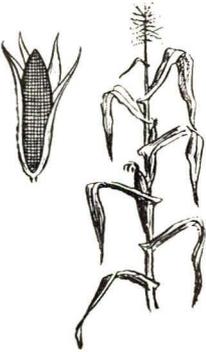
Y serena, con serenidad de reina dueña de su destino, esta hija de la costa ubérrima, con pelo color de la noche luce el tesoro de sus trenzas, se corona con el canasto, en la espalda adormece el fruto de su vientre, y su busto de madre, de mujer y de reina, se orna con el policromo güipil que cubre sus pechos erectos como volcanes y olorosos como la flor del corozo.



XII

EL MILAGRO DEL ISHIM

Primer premio y medalla de oro en los Juegos
Florales de la ciudad de Mazatenango.—Feria departa-
mental "El Carnaval".—Año 1952.



ISHIM es, en el bellissimo idioma Quiché, original de los guatemaltecos, el fruto de la gramínea originaria de América que Linneo llamó "Maíz" en su clasificación botánica de universal aceptación. Y subdominó "var. picta" (variedad pintada), a la especie de grano del Ishim o Maíz que es tema de este capítulo.

Dicho maíz tiene por característica especial, la cualidad de que sus mazorcas parecen salpicadas de sangre, porque lucen en cada uno de sus granos la figura exacta de la salpicadura de una gota de sangre, tal como se ven en el cuerpo de Cristo crucificado.

I



UN HALITO de tristeza cubría la majestad de estos prados que siempre habían sido nido de alegrías.

Silencio de tragedia y murmullos de protesta.

Las guacas en los palos, llenaban de palabras y alaridos el silencio del bosque. Exacta algarabía sólo igual a un grupo de comadres poniendo en azul y oro a cualquier prójimo.

Y en el cielo, en partidas nutridas y confusas, volando y murmurando, pasaban indignados los loros y pericos, comentando atropelladamente las cosas sucedidas en el pueblo.

Pero no eran solamente las guacas y los loros y pericos los que acerbamente condenaban el atropello inaudito. No.

También en la noche, cuando ésta tendía su manto de tinieblas, del corazón del bosque salía el coro iracundo de los tecolotes y las lechuzas, que con su incesante tucur-tucur le decían a las horas y al alma del silencio, el recuerdo dolorido de las sangrientas infamias que sufrieron los que moraban en el pueblo...

Ahora, quien hacía temblar a las tinieblas y a las horas silenciosas de la noche, era el grito lastimero de dolor y sentimiento que desde lo alto de las ramas lanzaban los micoleones; y, desde las lomas, el coro plañidero de los coyotes, que aullaban de rabia y pedían a los dioses de la selva les diesen un encuentro con los audaces despojadores de las tierras del inofensivo venado, para hacer con sus fauces y su furia, la venganza de la afrenta inferida a los hombres de esta tribu.

En el pueblo que había sido alegre, ahora todo era silencio, tristeza y abatimiento.

II



LO QUE habían visto las guacas, los loros y pericos, los tecolotes y lechuzas, los micoleones y coyotes encendiéndolos en cólera salvaje, era una cosa hecha por los hombres, tan infame, tan brutal, que en verdad no tenía nombre.

Estando en lo suyo, viviendo su vida de paz y trabajo sin ofender a nadie; ¡sólo por el delito de ser pequeños como pueblo! la ambición de los que tenían en sus manos las armas sembradoras de la muerte, había desencadenado una guerra de despojo y exterminio; y por defenderse con valentía, sus hombres habían sido asesinados en batalla desigual. Habíanlos despojado de sus tierras y habíanles arrebatado a sus bellas y graciosas doncellas.

El pueblo había quedado tan triste, que tal vez ya no podría llamarse pueblo . . .

Pocas eran las gentes que estaban en él. En las puertas o en los patios de las casas, sólo se veían ancianos cabizbajos, con la mente torturada por recuerdos de tragedia: ¡la desgracia que habíales venido —la que iba a terminar con su vida— era muy grande!

Sólo mujeres ya viejonas en los caminos hacia el río o al cacahuatal, iban con la tinaja o el canasto en la cabeza, llevando montado sobre la cadera el hijo que prendido de sus chiches les mamaba ya la leche de los odios de la raza. Y mientras aquel niño se nutría en el manantial inagotable para que fuese inacabable el rencor que esa leche sembraba en el alma del hijo, de los ojos de la madre desprendíanse las lágrimas con que lloraba la ausencia de su hombre. ¡La ausencia de su **guachajil** amado, dueño y tesoro de su corazón!

Sólo ancianos, sólo viejas crianderas y sólo niños vivían; ¡se ahogaban en llantos, en lamentos y tristezas, en el pueblo sojuzgado!

Ya no era el pueblo cuajado de alegrías en la cara feliz de sus varones y en la dulce sonrisa de sus doncellas, hembras de ojos soñadores, con miradas cuajadas de ternura que sabían meterse muy dentro del corazón —herida de amor indiano— punzante como espina de ishcanal.

Los varones de brazo fuerte habían caído en la batalla o habíanse ido, con el cuerpo y con el alma heridos a refugiarse en el seno intrincado de la selva.

Los jóvenes de la tribu, luchadores con fuegos y corajes propios de su juventud misma, habían caído peleando con bravura, en suprema ofrenda a la tierra, que amorosamente recibía el regalo de su cuerpo y de su sangre para escribir con ella la narración eterna de su gesto de patriotas.

De las doncellas que iluminaron con sus gracias la dicha inefable de los días felices de la tribu, sólo estaba el vacío y el recuerdo; porque el guerrero conquistador habíalas tomado por botín para saciar en su cuerpo moreno y en su pureza de vírgenes el apetito bestial de su lujuria.

Por eso el pueblo estaba triste; tan triste que ya tal vez nunca más podría, otra vez, llamarse pueblo. . .

III



UN DIA mansamente, con cara que decía tener hambre y tener sed; con mirada suplicante que pedía un lecho dónde descansar, al poblado que asolaron los guerreros llegó un hombre que no venía montado en caballo, no traía lanza, ni arcabuz; que no vestía traje con mallas, ni coraza. . .

Era blanco, mas no era igual a aquellos blancos que antes habíanles traído tanta pena y tanto llanto.

Su vestido era raro; pero en su rareza no traía nada que les trajera más dolor.

Y entonces dejáronlo pasar.

Cautelosos, los ancianos y las viudas, acercáronse a tocarle la sotana que vestía, y a tocarle su cabeza descubierta, en cuya coronilla se mostraba la tonsura, círculo rasurado como la silueta de un sol.

Y le dieron generosos, compasivos, tortillas para comer y petate para dormir.

Alimento y lecho. Regalos amables al extraño —aun con la pena del dolor— que ya entonces se enseñaba a prodigarlos en la tribu.

Mas, como quiera que fuese un extraño, aunque nada malo parecía que pudiera hacerles éste, los ancianos varones no durmieron en la noche y la mirada del atisbo vigilaba el sueño del huésped extranjero. Y vieron que su sueño era sueño de paz.

El día siguiente, con las luces de la mañana lo encontraron postrado de rodillas, orando ante una cruz hecha con dos trozos de rama de un árbol; con la cabeza inclinada y las manos unidas, sobre el pecho, como si con ellas quisiera hacer la forma de un corazón.

—¿Qué estás haciendo tata? —le preguntaron curiosos.

—Orar. Estoy pidiendo su bendición al Señor —respondióles.

—¿A quién orás vos, pues?

—A mi Dios, nuestro Señor Jesucristo que murió en la cruz para salvarnos a los pecadores.

—¿Jesucristo? ¿Una cruz? —interrogábanse aquellos hombres que en los largos años de su vida jamás habían oído el nombre de Jesucristo ni habían sabido de su cruz.

—¿Quién es tu Dios, pues? . . . —inquirió uno.

—¿Por qué le adorás en la cruz? —terció otro.

Y el recién llegado, para responder a estas preguntas, hablóles largamente de una doctrina de consuelo, de milagros, de perdones y de promesas que aquellos ignoraban.

La palabra cariñosa cayó como bálsamo en los corazones afligidos, porque a la mujer inconsolable le fue prometido el regreso de su **guachajil**, al anciano la devolución de su hija raptada, a todos les fue hablada la restitución de la alegría del poblado, si la resignación y el perdón ayudaban a cicatrizar la herida recibida de los otros.

Y entonces los del pueblo entendieron que era hombre de paz que les traía paz.

—Iré allá, a la montaña, a donde están los vuestros —les dijo él— y traeré a vuestros maridos, vuestros hijos y vuestros hermanos; y quede en vosotros la fe de la resurrección de vuestra dicha...

Pero también, si ellos entendían que era hombre de paz, que les devolviera a sus seres queridos restañándoles la felicidad trunca, lo que no podían entender era la cuestión de adorar al Dios de que les había hablado y a la cruz ante la cual había amanecido postrado de rodillas; mucho menos entendían de perdonar a quienes habían matado a tantos hombres y deshonrado a tantas doncellas.

Porque ellos tenían sus dioses que por miles de años los habían protegido y habíanles dado hijos en la casa y cosechas abundantes en el campo. Allí estaban esos dioses esculpidos en la piedra, con mirada inmutable que siempre les habían dado su protección; sin embargo, cuando llegó la hora trágica de la guerra de exterminio que sobre su suelo trajo el hombre blanco, nada pudieron ni nada hicieron para protegerlos y salvarlos.

Tal vez porque se aterraron de saber que a ellos también les llegaba su fin. . .

El hombre de cara mansa y extraño vestido emprendió el camino y se perdió en el laberinto de la lejanía del sendero del barranco, de los llanos, del paraje y de la selva.

Y al llegar al centro de ésta, allí donde estaban ellos, los fugitivos de la opresión y de la muerte, asidos fervorosos al bastión de la montaña, reducto inviolable donde había intenso palpitar de libertad, también a ellos hablóles de paz y de consuelo; de volver a los lares y a los hijos; y volver a los días tranquilos, de quietud en su pueblo y de alegre sembrar en los campos.

Su palabra mansa y dulce los fue atando con los lazos invisibles del cariño y pronto como el venir de nueva aurora, con él entraron a su pueblo, en triunfal retorno reedificador.

IV



TODO había sido restaurado. La voz del amor a su pueblo también había hecho volver a aquellas que fueron doncellas soñadoras y, por ser tan bellas habían sido el botín precioso de los guerreros. Ahora volvían, mas no soñadoras, sino hechas simiente con engendros de raíz de nueva raza, cuyo florecer sólo era misión de poco tiempo.

La palabra de consuelo, y el fruto de la resignación, hicieron el portento; otra vez el pueblo estaba en paz.

Entonces comenzó el trabajo sutil de nueva prueba, de nueva conquista que no tendría sacudimientos guerreros, pero sí traería estremecimientos de espíritu, conmociones de incertidumbres y apelaciones de fuerzas poderosas en luchas invisibles de creencias y de dioses.

El hombre de la cara mansa y el vestir sencillo que los había consolado en las horas de tristeza; el que había hecho el retorno de los ausentes y el retorno de la tranquilidad y la reconstrucción de hogares y trabajo en el pueblo con su misma palabra suave, hablando de promesas, de consuelos infinitos, comenzó a pedir, a exigir con vehemencia que los hombres y las mujeres del poblado por los dones y alegrías que ahora gozaban, diesen gracias y adorasen ante el altar de su Dios, de su Cristo y de su cruz.

—Tata Cura —respondíanle los hombres— no podemos olvidar a los dioses que nos dieron nuestros padres. ¿No lo mirás que ellos lo hicieron nuestro pueblo desde el tiempo de nuestros tatanoles?

—Vuestro pueblo estaba muerto ya; quien vino a levantarlo fue mi Dios, que me envió a cumplir su voluntad.

—Sí, Tata Cura; vos lo hiciste de nuevo y por eso te queremos; si decís que tu Dios te lo ordenó, así lo vamos a decir a nuestros hijos y nosotros también lo agradecemos; pero ¿cómo nos vamos a cambiar de nuestros dioses, si ellos nos dan la lluvia buena para que nazca la mazorca galana; el ayote hermoso, la yuca y el aguacate, el chile y el chipilín, que es, Tatita, el fruta que comemos?

—¡Oh, hijos míos! —replicóles presto el predicador— sabed que todas estas cosas que decís, mi Dios os las dará por el don precioso de su sangre redentora.

—Está bueno, Tata Cura; pero nuestros dioses nos hacen los milagros que les pedimos. Nos defienden contra el rayo cuando truena el tempestad; quitan el viento que se viene del volcán; y si duele nuestra cabeza y se cae en el petate nuestro cuerpo, ellos nos quitan el calentura . . .

—Duro es vuestro corazón, ¡oh, hijos míos, que ayer estabais con tristeza inconsolable y hoy estáis en paz por la bendición de mi Dios que tuvo compasión de vosotros! Si esto no os puede convencer de su poder y de la protección que os dará de ahora para siempre, ¿qué necesitáis ver, para creer en él y adorarle como a vuestro Dios?

—Que lo haga un milagro, Tata Cura . . .

—¿Vosotros queréis un milagro de mi Dios?

—Sí, Tata Cura; lo queremos mirar un milagro de tu Cristo que vos lo adorás en el cruz . . .

—Bien, hijos míos; el Señor que bien sabe que dudáis de él y os perdona; porque sabe que antes que a vosotros, perdonó a uno de los suyos que dudó de él y hubo de mostrarle las heridas

de sus manos y sus pies; el Señor que es todo amor, todo clemencia os perdona a vosotros también, porque sois sencillos e inocentes de su gracia divina. Y os hará un milagro para que veáis y palpéis; para que, creyendo ya en él, su sangre sea alimento vuestro y sostenga vuestra vida y vuestra fe.

Preparad la Cofradía tal como lo hacéis cuando adoráis a vuestros dioses; traed a ella los mejores frutos que dediquéis para semilla en vuestras siembras y venid presto en el día del Señor, que de hoy en adelante llamaréis "Domingo" y no con el nombre que usáis en vuestro lenguaje. Y oyendo la misa que oficiemos en su nombre, venid y mirad el milagro con que ha de conquistar para siempre la fe y el amor de vuestros corazones.

V



HERMOSOS y fragantes, al altar de la Cofradía comenzaron a llegar melones y sandías, ayotes y güisquiles; las bayas aromosas del corozo, las pencas y las palmas del coyol, las hojas de pacaya y los collares de las manzanillas, los morados y olorosos melocotones, el chan, el frijol, el chile guaque y el chiltepe. Era su conjunto un canto, la fiesta de los frutos de la tierra.

Y en medio de todos estos frutos fragantes, como reina, como niña prometida, allí estaba en primer término, luciente, si vestida con sus tusas el cabello de oro; si deshojada, la blancura de sus granos, como inocencia de la novia. ¡Allí estaba la mazorca del Ishim, del maíz con que se hace la tortilla que nutre nuestro cuerpo y alimenta nuestra raza!

También estaba, frente al altar de la Cofradía indiana, el altar de la cruz y el Cristo Crucificado donde iba a officiar en culto solemne y decisivo el predicador extraño. Allí estaban en los dos altares, las semillas fecundas para una gran cosecha: en los frutos, la semilla destinada al seno de la tierra para que se sustentara el cuerpo, la materia; y en la Cruz y el Cristo, la semilla para que en el corazón de aquellos hombres floreciera la fe que sostiene y alimenta en las necesidades del espíritu.

Los hijos de aquel pueblo comenzaron a llegar desde temprano, curiosos de ver el evento en que habían de triunfar, o los

dioses de su tribu, sus ídolos de piedra adorados desde siglos de un pasado inasible, o el dios nuevo que ahora llegaba a ellos en la imagen del Crucificado, y por los labios de su predicador les demandaba la rendición de su antigua fe. . .

Todo sería el efecto de un milagro: para el Cristo si éste se realizaba. O para los dioses indianos si el predicador cristiano no podía realizarlo en nombre de su Dios.

Y llegó la hora.

Lento, musitando oraciones, el padre se abrió paso entre los mil espectadores que estaban allí, ansiosos de ver cómo sería, en qué consistiría el milagro prometido.

Y llegando al altar, sus manos derramaron el incienso en los braseros, el ambiente se perfumó con sus volutas de humo aromado y de los labios del oficiante salió un torrente de plegarias que pedían con angustia y con fe la gracia del milagro portentoso que doblegara la incredulidad de aquellas gentes.

—Señor: que tu gracia divina venga hoy a este lugar, y con tu presencia prometida como cuando hiciste el milagro de los peces y los panes; como cuando hiciste la resurrección de Lázaro, con que convertías a aquellos gentiles, así hoy, mostrando tu poder divino, sea el milagro que convierta a estos hijos tuyos también, y se agrande tu reino y se salven sus almas infinitas. . . !

Todo el pueblo, en silencio absoluto, con la mente y el corazón suspensos, esperaba atónito el resultado de aquella plegaria fervorosa del predicador cristiano, apenas perceptible como un murmullo de palabras que salían de los labios y se elevaban hacia el cielo conducidas en las nubes perfumadas del incienso. . .

El padre púsose en pie, como si quisiera hablar más cerca del Señor Crucificado. Volvióse hacia las gentes y, en el instante de pedir la oración de todos, en las miradas fijas y ansiosas de los que allí estaban, reafirmó su fe en la plegaria, porque todos los ojos que vio le estaban diciendo con su expectación, que si no hacía allí un milagro, él y su doctrina estarían perdidos. Con este apremio silencioso de los ojos que teníanlo emplazado, el padre volvióse nuevamente hacia el Señor y oró con más fervor y más angustia.

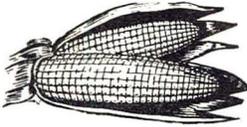
—Señor: ayuda a tu siervo y apiádate de estas almas, para que no queden perdidas en la ignorancia de tu fe; para que sean, también, testimonio de tus portentos y de tu misericordia. ¡Inspírame, Señor!

Y sintiéndose inspirado, tomó una ánfora con agua, bendíjola y tomando el misopo llegóse a ellos.

—En tu santo nombre padre mío: ilumina, bendice y salva a estos hijos tuyos y que tu reino crezca y sea grande por todos los siglos.

Y tal diciendo, sobre los presentes asperjaba el agua bendita. Entonces volviéndose hacia el altar de la Cofradía, sobre las frutas, sobre las blanquísimas mazorcas del Ishim, esparció plegarias y agua, de la contenida en el ánfora que bendijo junto a la Cruz, a los pies del Señor.

VI



POSTRADO de rodillas nuevamente ante el altar, humilde y abatido con su angustia, su fe era luz única que alumbraba en su esperanza. Y seguía orando con toda la potencia de su alma, en espera del milagro que pedía le fuera concedido.

De repente un estremecimiento recorrió todo su cuerpo. Una voz, una palabra dicha en el idioma de los nativos presentes había quebrado el silencio absoluto que antes los tuviera embargados. ¡Era su instante de prueba! En su silencio se acogió más a la súplica al Señor.

La palabra dicha por uno, despertó las palabras de otros; y pronto fue un murmullo de voces, después un coro de exclamaciones. . .

Las manos que esperaba en su inmóvil postura, con la cabeza inclinada, los ojos cerrados y el corazón palpitante; ¡las manos que esperaba lo tomaran y llevaran al martirio con que los incrédulos castigan la falta de un milagro, no llegaban! Las exclamaciones seguían, y él comenzó a consumirse internamente, porque tal vez ya preparaban su sacrificio ante los otros dioses, los ídolos de piedra de la tribu. . . y no quiso abrir los ojos, para no verlos; pero sí abrió más el corazón para pedir al Señor se cumpliera su santa voluntad. . .

Y se encomendó a él.

Pero las manos indianas no llegaron a apresarle, ni a conducirlo a sacrificio alguno. Las exclamaciones en cambio volviéronse frases que con claridad decían:

—¡Milagro! El milagro! ¡Allí está el milagro!

Entonces él abrió los ojos y al alzar la vista, el crucifijo estaba más radiante, patente, con los brazos abiertos y las heridas brillantes, como si en ese instante hubiera manado de ellas su sangre preciosa.

Y dio gracias al Señor, por el milagro hecho gracia de su misericordia.

Al volverse para ver lo sucedido, halló que todos los presentes estaban postrados en tierra, ante el canto de las frutas con estrofas de fragancias que entonaba la Cofradía, clamando con gozo y con asombro la maravilla realizada, el milagro jamás visto:

¡¡Las mazorcas del maíz blanquísimo que fueron salpicadas con el agua bendita que asperjara con el hisopo la mano del predicador cristiano, hallábanse ahora con los granos teñidos con una gota de sangre que antes sólo vieran en el cuerpo del Señor Crucificado!!

Y cuando los hijos de la tribu nuestra tuvieron en los granos del Ishim la imagen de la sangre de Cristo, ellos entendieron que no sólo era para iluminarlos en una nueva fe, sino que la sangre preciosa se ofrendaba, por este medio, como precio de las inmensas tierras, de las inmensas muchedumbres de almas y de tribus conquistadas para su reino, para que retratada en el maíz que forma su tortilla, fuese alimento de su cuerpo y de su alma.

VII



Y TAL ES el motivo fundamental que operó la conversión de los hombres al cristianismo en estas tierras, venciendo para siempre a los dioses de piedra de la tribu.

El Ishim, el maíz, grano sustantivo de la tribu, que antes tenía variedades de color amarillo, rojo, blanco y negro, ahora contaba con otra especie nueva que no sólo era para contar un color más, sino para dejar a los hombres el símbolo de un hecho trascendental en la historia de la raza nativa: la conversión de sus hombres al cristianismo. Los hombres de ese tiempo lo llamaron, desde entonces, con un nombre que prevalece y será inmortal: **Maíz con sangre de Cristo.**

Como la Humanidad, el maíz ya tenía también otra imagen de las especies de razas en el hombre: hombres de raza blanca, raza roja, raza amarilla, raza negra; y de la especie blanca, símbolo de

la inocencia o de la purificación por el arrepentimiento, la especie de los redimidos por la presencia en su corazón, de la sangre salvadora.

Desde entonces y hasta el día esta nueva especie de maíz se produce abundantemente en Suchitepéquez para alimentar a sus hombres y para narrarle a los hijos de la tribu y a los siglos del futuro, con el testimonio objetivo de sus granos teñidos con la imagen de la sangre redentora, la historia de un milagro tan grande como grande es ahora la fe de estas tierras hacia el amor y la protección del Señor.

Aunque después, pocas veces, escondidamente veneraban en el corazón de la montaña la presencia de un venado, nagual ancestral de su destino; y ahora todavía, teniendo los auspicios de un patrono celestial, el venado está presente en la sencilla y cariñosa pronunciación del nombre de este pueblo cuando dicen:

—Jo pa Kakol Quej (voy para la Mansión del Venado.) Y nunca dicen: —Voy para Mazatenango.

Pero es lo cierto que, desde la conversión de la tribu por el milagro del Ishim, su vida fue feliz y al crecer una florida generación de muchachas morenas y graciosas, otra vez fueron alegres sus días, con la cara sonriente y amable de sus hombres, y con los ojos soñadores de sus mujeres, cuya mirada se mete muy hondo en el corazón —herida de amor indano— punzante como herida de ishcanal.

- - -



Y DESDE entonces no protestan más las guacas, ahora tal vez sólo murmuradoras de idilios escondidos; ni en el aire van los loros y pericos, hablando de corajes y venganzas. Tal vez hoy lo que hacen las guacas es ir contando, a las loras y sus hijos esa historia memorable del milagro del Ishim.

Y muchos dicen que ahora son las chorchas, los chiltotes y los guardabarrancas, los que día a día, cuando empiezan a teñirse los celajes de la aurora, vienen a cantarle a nuestro pueblo y a sus muchachas preciosas la dulce serenata de su canción de amor.

LOS HIJOS DEL MAIZ Y EL CHILE, HOMBRES DE VIGOR PERPETUO



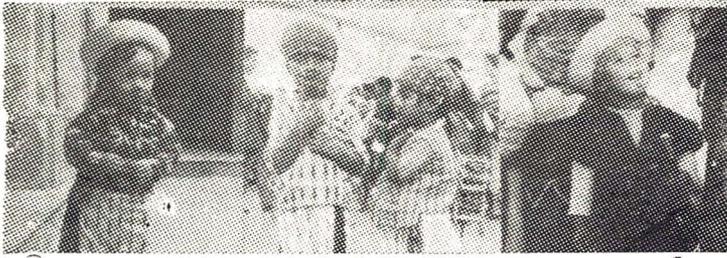
Ni el dolor ni la fatiga, quebraron la resistencia de estos hombres alimentados con sólo tortilla y chile; así devoran leguas bajo la carga del mecapan, para llevar sus trastos de barro, únicos que, —¡por artífices de una alta cultura!— les permitieron trabajar los conquistadores...

Y ese alimento, aliento de su tierra joven, que puso en sus mujeres la fuerza vital de madres perpetuadoras de su raza, erectas sus chiches nutritivos con savia pujante pone en su espalda la carga del hijo mientras sus manos lavan güipiles en la piedra del río, como ellas fuente de gracia y de vida!

XIII

LOS SEÑORES Y EL ¿HAY MARIA?

Primer premio en el Concurso Literario de San
Pedro-Sacatepéquez, San Marcos.—Año de Gracia
1952.



EN TODOS los pueblos de Guatemala, la conquista religiosa impuso la costumbre de invocar el nombre de "María" al llamar en la puerta de la casa cuya hospitalidad afectiva buscamos. Sin embargo, hay una excepción: en San Marcos y en San Pedro Sacatepéquez —su vecino—, al llamar en una puerta no se invoca el nombre de "María" sino que se pregunta, humilde y sencillamente, con la palabra: "¿Señores?", si está la presencia y la voluntad amable de sus habitantes.

I



NEGRO, con negrura de tiniebla eterna, era su pelo; ondulaba sobre sus hombros como el andar de la mazacuata, cuando lo llevaba suelto. O se enrollaba como cantil cuando, hecho trenzas, coronaba le redondez de su cabeza.

Cosa igual a sus ojos sólo se miraba en el cielo cuando brillaban los luceros; la imagen de la llama de su boca sólo estaba en el achiote; se hallaba la visión de sus ojeras soñadoras en la flor del Guayaacán; y la de sus dientes blancos y graciosos, en los granos del maíz que da la vida. La gracia de su cuerpo sólo la emulaba la torneada esbeltez de la palmera, y el encanto de su voz sólo era igual al suave trino de los cenizontes.

Era bella y era buena.

Era la hija del cacique de este pueblo nacido entre las cumbres.

Era la princesa que día a día recibía las caricias de la aurora, los besos del sol, la alisa ternura del viento de la montaña, la sonrisa satisfecha de su padre y la mirada enamorada y rendida de su pueblo.

Por ello, cuando los dioses la trajeron a la cumbre para que fuera orgullo, vida y esperanza de su pueblo, el alma cantora de sus poetas la llamó con un verso de su dialecto mame que en el idioma que hoy se habla dice: "Luz de la mañana".

Y dicen los recuerdos de la raza nativa que así era, porque volvía el día cuando ella abría sus ojos y mostraba los luceros

de sus pupilas; y pronto se asomaba el sol, para venir a poner sobre su frente el beso de los oros fulgentes que la vestían de más luz y la hacían más radiante.

El pueblo era feliz porque su princesa, su reina, era justamente la encarnación de su nombre: era "Luz de la mañana".

II



UN DIA, el cielo de la cumbre se nubló con mantos de tragedia. Hombres extraños que habían dominado a otros pueblos con armas mortales, llegaron a ella y la vida del pueblo fue vencida.

Ya no había libertad para sus hombres; ya no había el sonreír en sus mujeres; ya no estaba el correr y el jugar para sus niños.

Sólo estaba el silente y oculto admirar a su princesa, con alas de amor y de ternura teñidas en el verde inconmensurable de la hoja y la montaña, porque ella era esperanza de su pueblo y su nombre era ensueño en los corazones afligidos: los dioses de la tribu la habían traído a la cumbre para que fuera, en la hora de la pena, el consuelo de la promesa que les dio la sabia inspiración de sus poetas: "Luz de la mañana".

Y así pareció cumplirse un día el presentimiento libertario cuando, después del soldado que conquistaba con arma homicida, llegó a este pueblo de la cumbre el sacerdote que conquistaba con bálsamos de cariño y con promesas de redención, si recibíamos en nuestro corazón, en lugar de los dioses de la tribu, a su Dios Padre, su Dios Hijo y su Dios Espíritu Santo.

Fue así también como aconteció que otro día, para salvar a su pueblo, nuestro cacique, nuestro Señor, entregó su corazón al sacerdote de la palabra consoladora y, al darlo, le fue quitado su nombre que le dio la tribu y en cambio le llamaron "Don Pedro", porque Pedro se llama el santo patrono que desde entonces nos libra de todo mal; y así se llamó también y se llamará eternamente nuestro pueblo.

Las palabras nuevas de la lengua que hablaban los hombres blancos que llegaron a la cumbre y nos conquistaron, comenzaron a nombrar todas las cosas. Sólo faltaba el nombre de las gentes.

Pero un día "Luz de la mañana", que era buena y dulce como dulces y buenas eran las palabras del señor cura, también llegó a entregar su corazón a los nuevos dioses, para que ellos lo tomaran y lo derramaran en el altar de la felicidad de su pueblo. Y entonces todo el pueblo se entregó también, porque su princesa era, mas no se llamaba "Luz de la mañana".

La princesa y sus doncellas, todas las bellezas que habían florecido sobre la cumbre besadas por el sol y acariciadas por la nube entre baños de azul eterno, estaban para recibir el nombre lustral que simbolizaría para siempre su alma y su esencia de mujer, nacida en los picachos de la tierra virgen.

—Yo te bautizo —le dijo el señor cura— con el nombre de "María", porque eres alma y reina de tu pueblo, como ella, María Santísima, es reina y señora de los cielos. Y tú estarás con tu pueblo guiándole con cariño, como ella. Desde hoy, estará en cada casa y en cada corazón de vosotros, fortaleciéndole con su amor y la bendición de su presencia, que será la paz y la felicidad en la morada de todo aquel que la adore con ternura.

Así, en cada casa en cuya puerta tocareis, vuestro labio y vuestro corazón no llame al mortal que en ella viva; sino pediréis amor, paz y fraternidad para vosotros, si al tocar en sus umbrales preguntáis:

—¿Ave María Purísima?

Y quien esté con ella en el corazón y quiera daros la protección de su alero y de su paz, os responderá:

—Sin pecado concebida.

Pero, cuando os apremie una pena o se sienta abatido vuestro corazón, si no os ayuda el recuerdo, solamente preguntad al tocar:

—¿Hay María?

Y ella, conduciendo el alma del que more en esa casa, vendrá y os abrirá las puertas de su amor y su consuelo.

.....

Desde entonces, en nuestro pueblo empezó a reinar la costumbre de llamar en las puertas diciendo el nombre de "María", porque así habían bautizado a todas las mujeres de la tribu, representadas en nuestra princesa "Luz de la mañana", y porque así llamase la reina de los cielos, Reina y Madre nuestra para todos los tiempos a venir.

III



LA BELLEZA de las doncellas de este pueblo, el grito de la carne de varón, la fuerza misma de estas tierras donde la vida canta estrofas fecundas, habló en el deseo ardiente de los guerreros conquistadores que llegaron con armas mortales para arrebatat tierras, mas no vinieron con mujeres para mitigar sus horas de soledad y melancolía; y la mirada primero, y la caricia después, emprendieron otra campaña de conquista en cuyas luchas la victoria había de ser la mezcla de dos sangres y el surgimiento de una nueva raza.

Así principió la acción del amor sensual entre vencedores y vencidos. En unas ocasiones con la persuasión; en otras con la humillación, y en otras con la violencia. . .

La sangre indiana y la sangre hispana estaban ya mezclándose. . .

La naturaleza hablaba y se imponía; en unos casos por mutua atracción, y en otros por la imposición de la fuerza, madre y conductora de la conquista.

IV



RUBIO, con oros de sol, era su cabello. Azules, con inmensidad de mares, eran sus ojos. Alto y fuerte su continente, era el gesto encarnado de un león, cuya majestad se revelaba en la cauda de su conquista y en su austeridad para gobernarla.

Era el jefe de los conquistadores, en su campamento, instalado a poca distancia de nuestro pueblo. Tenía el título de "Jefe de Escuadra" y ocupaba el puesto de don Juan de León Cardona, dejado por éste cuando hubo de marcharse a organizar y disfrutar las encomiendas que en las tierras de la costa del sur dióle el Rey en recompensa a sus hazañas guerreras y conquistas.

Este guerrero español, con grado de capitán, era noble y era valiente como aquél; ¡pero también era hombre y tenía corazón...!

Su sangre, con el correr de los días, comenzó a arder en los fuegos del deseo, y sus ojos se encendieron con las luces opacas del atisbo . . .

Y así palpitaba en ansiedades recónditas, cuando el destino lo trajo por su senda al encuentro con la belleza indiana que fulgía en la negrura del cabello y en los destellos de luz de las pupilas.

Arrogante venía el guerrero, acompañado de ayudante, recorriendo el camino que mostraba la extensión de sus dominios; radiante, altiva y majestuosa caminaba ella, orgullosa de su continente de reina . . .

—¿Quién es ella? —preguntó deslumbrado el español.

—La hija del cacique, capitán —informó el interpelado.

—Seduca su belleza. ¿Sabéis cómo se llama?

—Su pueblo que la adora, llamábala "Luz de la mañana". Debiérais tomarla, capitán . . .

—¿Tomarla decís?

—Sois el jefe de los conquistadores: ¿quién puede oponerse a vuestro deseo?

—Mi calidad de caballero. Si es princesa, reina y señora de su pueblo, tratarla debo con hidalguía. Sabed que por mis venas corre sangre noble y en mi sentir de un tal Señor, conquistarla debo cual Señora . . .

V



DESDE aquel momento inquieto e inspirador, iluminado con las galas del véspero, diz que el conquistador irreductible quedó apresado en el embrujo de la belleza indiana.

Y todas las tardes, a la hora en que el cielo tiñe sus celajes con carmines, en el camino hallábase apostado el rubio soldado en espera del paso de la altiva princesa, que gustaba ir a escuchar la perlina canción de una fuente cuando lloraba en sus cristales la queja solitaria de la cumbre.

Y la tarde, el camino y la fuente, hicieron que en ellos naciera el idilio amoroso del conquistador de cabellos de oro y la princesa de cabellera negra.

También vino hacia ellos, después, la enamorada eterna; y entonces, la palabra apasionada y el paso cadencioso de la noble pareja fueron bañados con la flúida y celeste ofrenda de los plenilunios.

Ya dos corazones de raza distinta se amaban; cantaba la fuente, traían los vientos la fronda aromada de la hoja y la flor; la cumbre temblaba de amor y emoción. . .

Sentíase la dulce cadencia de un madrigal.

VI



LO SABIAN el camino, la tarde, la fuente y la luna. Mas de esos amores que con el rubio español tenía "Luz de la mañana", lo ignoraba su pueblo. ¡Su pueblo que nunca recordó que su princesa tenía corazón!

Y es que nuestra princesa era mujer, ¡era mujer cuya emoción es mayor en su amor si lo rodea el misterio, velo magnífico para cubrir la entrega de sus besos!

Pero vino un instante en que el soldado enamorado planteó la extraña forma de un deseo: que llegase la princesa a su recinto donde él era Señor y a donde ella llegaría a ser Señora.

La negativa se opuso presta.

—¿Cómo llegar una princesa a la mansión de un varón?

Verdad era que lo amaba, mas a ella era mejor amarlo ante la mudez del paraje, el camino y la fuente solitaria.

Pero si la mujer es caprichosa, el varón es convincente. Y un día, la insistencia de los ruegos y el dulzor de las caricias ablandaron la resistencia femenina y la princesa indiana llegó en visita al pabellón del Jefe de Escuadra en el campamento de los conquistadores. . .

Era el primer paso hacia su rendición definitiva, que pronto la obtendría el asedio del rubio conquistador. El primer eslabón de una cadena de citas amorosas en la mansión urbana, porque diz que, desde entonces, solitarios y olvidados, quedaron el camino, la fuente y los plenilunios.

VII



UNA TARDE de tantas, cuando ya vivía más allá de la vigésima cita este idilio apasionado entre el capitán español y la gentil princesa, en la puerta de la habitación en que éstos hallábanse, habló la voz de un hijo del pueblo —de ese pueblo que ignoraba el romance de su princesa—, y recordando éste las instrucciones del señor cura para invocar la presencia, el amparo y la acogida amable en nombre de la reina de los cielos cuando llegásemos a una casa, con toda sencillez preguntó:

—¿Hay María?

La princesa quedó sobrecogida de rubor y terror; el capitán, atónito.

¡María! El nuevo nombre de “Luz de la mañana”. ¿Quién era el varón, hijo del pueblo vencido, que había descubierto los amores ocultos de su princesa y llegaba, por ella, en su busca?

Pero reaccionando de la sorpresa, respondió con severidad el capitán español:

—¡Aquí no hay Marías! ¿Qué buscáis?

—¿Hay María? —volvió a llamar con sencillez el recién llegado.

Colérico, frenético, el conquistador salió de la habitación para afrontar lo que llegaba a disputarle la felicidad de su idilio. Pensó quizá en la presencia del cacique que llegara a reclamarle la devolución de su tesoro, de su hija. Mas al encontrarse con el humilde varón indiano, no obstante la humildad inocente de éste, lo reprendió con violencia:

—¡Aquí no hay Marías! Sabed que aquí sólo hay “Señores”. ¿Quién os ha dicho que llaméis sin preguntar si están los señores?

El indiano quedó aterrado al ver que había provocado las iras del conquistador. Y éste, ofuscado, sin comprender que aquel hombre sencillo solamente cumplía un mandato de la enseñanza religiosa, asiéndolo por un brazo y sacudiéndolo violentamente, le dijo exasperado:

—Sabed, de hoy en adelante, que no debéis tocar en puerta alguna, sin pedir permiso a los señores que se hallen en el interior. Y para que no se os olvide...

—¡Sargento! —llamó con energía—, castigad a este hombre por imprudente y decid a mi secretario que, de mi orden, sea publicado un bando en que se prohíba penetrar en ninguna casa de este lugar, sin antes tocar en la puerta y preguntar por los señores que estén en ella.

Y ciertamente, al día siguiente los tambores del campamento militar de los conquistadores redoblaban en las esquinas del poblado llamando al vecindario a escuchar un bando de gobierno con nueva ley que contenía severos castigos para quien no la observase al pie de la letra.

Atónitos y medrosos, los vecinos acudieron a escuchar al pregón que advertía: “. . . y serán castigados con azotes, los que llegando a una casa no toquen en la puerta y pregunten “¿Señores?””, para que los que estén en ella determinen, o no, el atenderlos”.

.

La terrible sentencia del conquistador enojado habíase cumplido sobre la carne morena del varón inocente de todo espionaje.

Pero la injusticia de aquel castigo, el alboroto mismo que produjo el ejecutarlo, arrancó el secreto de la presencia de la princesa en el idilio oculto. . .

Y el rumor del pueblo llegó a saber que la ira del capitán habíala provocado el sentimiento de admiración hacia la princesa seducida, a quien él llamaba “Señora” por la nobleza de su estirpe, y a quien también su pueblo adoraba como reina indiana. Y aconteció también el caso que, a partir de entonces, María, la adorable “Luz de la mañana” fue tratada cual Señora por los demás conquistadores.



TAL ES la leyenda del por qué, en San Marcos y en San Pedro Sacatepéquez, únicamente, no se invoca al “Ave María Purísima” que la tradición católico-religiosa estableció en todos los pueblos y ciudades de este país, al llamar a la hospitalidad de una casa; sino que, como queda narrado, se pregunta “¿Señores?” bajo el sentido de superioridad que sobre los nativos impusieron los conquistadores.

Sin embargo, parece ser que en el alma y el recuerdo de los hijos de estos pueblos, por la eterna vivencia del atavismo ancestral —aunque ya han pasado cuatro siglos— ellos todavía preguntan por los “Señores”, porque presienten que en cada casa que heredó las virtudes espirituales de la tribu primitiva nacida en la cima de la cumbre, allí se halle el alma de “Luz de la mañana” y no quieren interrumpir el idilio de su princesa con el alma del capitán de los cabellos de oro, postrado eternamente ante el embrujo de la belleza indiana, radiante en la cabellera negra y en la luz de sus ojos, rutilantes en los cielos del recuerdo como dos luceros.



DEL MISMO AUTOR:

PARA PRENSAS:

SEIS AÑOS DE OSTRACISMO

(MEMORIAS DE UN DESTERRADO)

EN PREPARACION:

“VERSION DEL **POPOL VUH**, LEIDO CON OJOS,
SANGRE, Y ENTENDIMIENTO INDIOS.”

INDICE

	PAG:NA
Dedicatoria	7
Ofrenda	8
Proemio	9
“Los Kines y los Uinales del Quiché”	27
El árbol de los corazones	77
Cuando nacieron la Chirimía y el Tun	107
Hunaphú, el que descubrió el Cacao y el Algodón	137
Kakalquej y Xetulul	153
La leyenda de los Monolitos	179
La infortunada aventura guerrera de Zamayaque y su Príncipe Coc- Uleuh	211
El guerrero y la Princesa Aczupil	233
La venganza del espíritu de dos reyes, que fue la venganza de su raza	257
El primer Sermón y el primer Bautizo	279
Valin T'Manek	299
El milagro del Ishim	319
Los señores y el ¿Hay María?	335

SÚCHILES DE GUMARKAJ, SE TERMINÓ
DE IMPRIMIR EL 22 DE NOVIEMBRE DE
1962, EN LOS TALLERES DE LA TIPO-
GRAFÍA NACIONAL DE GUATEMALA,
CENTRO AMÉRICA

